El hombre higiénico

Gerardo Gutiérrez Cham

ARLEQUÍN

NOVELA

Modesto es intendente en una dependencia de gobierno, donde pasa sus días pretendiendo ser el mejor. Sin embargo, constantemente se ve acechado por sensaciones, imágenes u olores que lo siguen a donde quiera que vaya o mire.

A pesar del ambiente negativo, en el que convive con jefes y compañeros que desprecian su «valioso trabajo», Modesto se ve enfrascado en una extraña relación con una de las secretarias del edificio. Con ella comparte un oscuro secreto, o al menos así lo ve: al principio no sabe cómo reaccionar frente a las cosas que le ocurren luego de comenzar esa torcida relación. En tanto, conoce al hijo de la secretaria y a su inusual mascota, personajes que parecen arrastrarlo dentro de un torbellino de sensaciones que antes no hubiera podido reconocer ni disfrutar.

Modesto emprende una extraña aventura que cambiará su vida tras proclamar: «Hoy, 26 de febrero, a las seis de la tarde con quince minutos, declaro, ante Dios y el mundo entero, mi deseo libre y voluntario de convertirme en hombre higiénico».

Gerardo Gutiérrez Cham es autor de la novela *Bajo la niebla de París* (Arlequín).

9 786079 046576

CONACULTA

Instituto Nacional de Bellas Artes

ARLEQUÍN

Ediciones Arlequín

@ArlequinMX

El hombre higiénico

Gerardo Gutiérrez Cham

Los peligros fabulosos de una promiscuidad pútrida y licenciosa.
Alain Corbin

Para Andrea, mi luna detenida por un cerezo

Aquella tarde, cuando Modesto Barroso abrió las puertas del Salón de Cabildo, lo primero que hizo fue aspirar una mitad de limón picado con clavos de olor. Como siempre, había entrado sin parpadear, desabotonándose la camisa, decidido a limpiar los asientos del recinto histórico, ya completamente vacío. La última sesión había terminado media hora antes. Cuánto disfrutaba esos momentos. Podía mover un micrófono, levantar un vaso y escuchar perfectamente el sonido ahuecado de sus pasos. Decidió entonces que ese era el momento perfecto para cumplir un deseo inexplicablemente prolongado desde hacía varias semanas. «Manos a la obra». Cerró la puerta de caoba y estuco, dejó la escoba y se subió al estrado. De los nervios dio un trago a un vaso con agua, seguramente abandonado por algún regidor. Levantó su mano derecha y entonces, como si el mundo se hubiera detenido, profirió las siguientes palabras

—Hoy, 26 de febrero, a las seis de la tarde con quince minutos, declaro, ante Dios y el mundo entero, mi deseo libre y voluntario de convertirme en hombre higiénico.

Las palabras de Modesto resonaron ahuecadas entre la sillería, los pasamanos de marquetería y los muros solitarios del Salón de Cabildo. Su rostro reflejaba una sonrisa de satisfacción heroica. Desde hacía mucho tiempo había deseado realizar esa declaración, así, a puerta cerrada, bajo la famosa frase pronunciada por Juárez en 1867. Ya no se avergonzaría más. «Al diablo con los demás», pensó, mientras comenzaba a silbar el tema inicial de la Quinta Sinfonía, de la cual sólo sabía eso, el estribillo inicial. Solía repetirlo docenas de veces durante una sola mañana de trabajo. Esa era una razón suficiente para que los otros colegas lo esquivaran como cangrejos asustados.

Indudablemente, aquel suceso cambió su vida para siempre. Asumir plenamente la condición de hombre higiénico, en los días que corren, no es cualquier cosa. Pero como ya se sabe, cualquier beneficio en esta vida se hace acompañar de molestias periféricas. Le sucedió a Modesto que, segundos después de haber vivido esa nueva experiencia libertadora, inmediatamente se sintió ofuscado porque debió recordar el otro motivo por el cual había entrado al salón de Cabildo. Debía limpiar cada uno de los asientos, veintidós en total. Ni uno más, ni uno menos, tal y como estaba escrito en su contrato. Vaya que lo recordaba bien. «El C. Modesto Barroso está obligado, entre otros deberes de intendente, a limpiar todas las curules del Honorable Salón de Cabildo.....».

Once años habían pasado desde que una secretaria le había mostrado aquel contrato «¿Qué se habrá hecho aquella ramera? ¿Por qué masticaba chicle todo el tiempo?». A Modesto le

gustaba hacer pequeños descansos para recordar buenos tiempos, especialmente si se trataba de sus primeros años de trabajo. Pero esos descansos solían prolongarse más de lo esperado, hasta que se daba cuenta de que sólo había limpiado unos cuantos asientos. «Qué importa», decía en voz baja. No tenía prisa ¿Por qué habría de tener prisa? Después de todo, Modesto aplicaba una fórmula muy precisa, concebida y desarrollada por él solo, sin ayuda de nadie. Pensaba que era más provechoso limpiar bien unos cuantos asientos cada día, que limpiarlos todos apresuradamente. Su método era simple. Después de haber limpiado cinco asientos, o a lo sumo siete, hacía una pequeña marca en el último respaldo. Para eso traía siempre consigo, un lápiz Berol de punta chata. Podía ser un punto, una raya, o a veces una cruz, con la esperanza de que algún regidor, al verla, sintiera el deber de legislar con la imagen de Cristo en la cabeza y no con la de su billetera. Entonces, al día siguiente regresaba directamente a buscar la última señal, donde se había quedado. A partir de ahí seguía limpiando. Bueno, decir que limpiaba es un tanto exagerado. Modesto no era precisamente lo que puede decirse un buen limpiador, a pesar de pertenecer a una estirpe conformada por famosos limpiadores. Podemos mencionar, por ejemplo, a su tío Beltrán, requerido tantas veces para limpiezas quirúrgicas en toda clase de hospitales. También debemos recordar a su pequeña sobrina Leda, que a sus doce años podía presumir de haber limpiado las oficinas personales del Gobernador del Estado. Inés Carrasco, la madre misma de Modesto había cultivado, desde muy niña, el arte de paliar obsesiones a golpe de trapo y detergente. Fregaba el piso de rodillas como una sirvienta de claustro. Nadie en casa lograba persuadirla de que aquello terminaría por derrengarla. Ni siquiera se detenía cuando el cielo vomitaba lluvias torrenciales y algún rayo tronaba los cables de la cuadra. Para ella, limpiar cualquier objeto de casa hasta la saciedad era un medio natural que le permitía conservar las canonjías de su poder matriarcal. Así que, fumando, cigarro tras cigarro, nunca dejaba de limpiar. Una vez, mientras partían el pavo de Navidad, había mirado fijamente a su marido y en tono amenazante le dijo que antes de morirse, tenía que llevarle el cajón para sacudirlo ella misma y perfumarlo con puntos de azahar, pues le parecía intolerable la idea de que alguien de su propia casa fuera a ser enterrado en un féretro mugroso.

Pero Modesto no heredó esas pulsiones. A ratos pensaba que limpiar, o simplemente afanarse demasiado en cualquier cosa, era una empresa tan inútil como tediosa. Claro, nunca faltan los espíritus envidiosos. Algunos compañeros de trabajo, especialmente supervisores, solían abordarlo para regañarlo por cosas que supuestamente había dejado de hacer.

«¿Por qué no has trapeado el pasillo?».

«¿Por qué no has levantado esas colillas de cigarro?»

«¿Por qué no sacaste las copias que te pidió el Licenciado?»

Por qué esto. Por qué lo otro.

Pero él no prestaba demasiada importancia a los regaños de sus compinches. Daba por hecho que se trataba de simples manifestaciones superficiales de neurosis colectiva. «Cuánta pedantería hay en el mundo» pensaba Modesto, mientras miraba pasar un grupo de abogados en plena discusión. «Ladrones» masculló entre dientes. Muchos decían que Modesto era un cínico, un hombre vacío de modales. Su jefe inmediato había perdido toda esperanza, pues cada vez que le reclamaba algo, Modesto encogía los hombros, se ponía triste y soltaba una jerigonza de excusas rocambolescas que nadie entendía. Cuando el jefe se desesperaba le pedía que dejara de hablar. Entonces Modesto empezaba a silbar delicadamente el tema central de la Quinta Sinfonía y ahí ya no había nada que hacer, lo que seguía eran ruidos de jungla. Cada supervisor en turno lo tenía claro: después de las dos de la tarde, nada podía ser más fastidioso que aguantar las excusas de Modesto y oírlo silbar a Beethoven.

Pero volvamos a la gloriosa tarde en que Modesto decidió arrojar por la borda toda esa tiranía del mundo contaminado. No hace falta decir que, después de haberse declarado abiertamente un hombre higiénico, Modesto se transformó para siempre en un hombre más puntilloso, escrupuloso y por supuesto se volvió lento en todo su proceder. Porque bien sabido es, que los seres higiénicos requieren ese grado de fijación meticulosa, imposible de lograr cuando hay prisas de por medio. Así le ocurrió, como una mariposa cuando abandona la crisálida. A partir de ese instante crucial, asumió que, bajo ninguna circunstancia volvería a humillarse dando explicaciones tan precisas y puntuales como lo había hecho hasta entonces. Después de todo estaba convencido de que sus enemigos eran personas amargadas y sin escrúpulos. Gente educada en la obsesiva puntualidad, en el rendimiento neurótico, plano, achacoso, lleno de sospechas, quejas e insidias sostenidas, más por la rivalidad absurda, que por la satisfacción de mantener limpios los pasillos de aquel edificio colonial. Por eso, aquella tarde, ni siquiera pudo terminar de limpiar los cinco asientos que solía imponerse de manera disciplinada. Decidió darse por vencido abiertamente, sin dramas ridículos. Sólo fue capaz de limpiar tres respaldos de un modo absolutamente insustancial. Una voz interior le dijo que debía festejar. Así que fue a la bodega, descansó un rato, se vistió despacio con la vista extraviada en un punto fijo y a las seis

con treinta minutos salió por la puerta trasera, haciendo valer una verdad asentada en cualquier manual de biología: cuando se abre la vaina de la pupa y se expanden sus alas, la mariposa debe descansar. A veces toda la noche para que sus estructuras se expandan y endurezcan antes de volar.

Mientras caminaba entre las calles adoquinadas de una plazoleta bien arbolada, Modesto empezó a darse cuenta de que en efecto, algo había sucedido en su interior. La película del mundo había empezado a disminuir velocidad. Todo parecía diferente. Los colores adquirían de pronto nuevas tonalidades, dando paso a intermitencias de luz, que nunca antes había percibido. Literalmente estaba experimentando los efectos de aquella súbita ralentización de su interior. Ahora, los rasgos de las personas con las que se cruzaba, le parecían más definidos que antes. Incluso, por primera vez comprobó que si miraba de frente a ciertas personas, era capaz de entablar una cierta comunicación secreta. Podía decirles directamente a los ojos cualquier ocurrencia sin sufrir las consecuencias de un reclamo. Por ejemplo, a una mujer cincuentona le dijo sin pronunciar palabra «Eres fea. Me arrepiento de haberte encontrado». A otro señor de traje y corbata que venía mirando el reloj, le soltó a la cara «Mira nada más cretinillo achacoso. De seguro andas rumiando por ahí en busca de un huesito». Buscó una banca en la plaza. Era tiempo de tomar un pequeño descanso. A esas horas mucha gente salía del trabajo apresuradamente en busca de un autobús disponible. Había vendedores de fritangas, elotes con crema y aguas frescas; todos arremolinados alrededor de un templo franciscano. Esa era una imagen asimilada desde la primera infancia, cuando mamá solía llevarlo cada domingo a confesión con el párroco Domínguez. A unos cuantos metros advirtió la presencia de gentes enmarañadas, obcecadas en abordar un autobús. Cuánta gracia le hacía mirar el espectáculo de adultos colgándose desesperadamente del pescante, como si en ello les fuera la vida. Allá va una mujer tratando de subirse con tres niños, uno de ellos apenas bebé. Le grita al conductor «¡Espérese. No avance, por favor!». Dos, tres veces rugió el motor y por fin la señora subió. A unos cuantos metros, Modesto reparó en esa calamidad.

Firme en sus convicciones, decidió no tomar ningún autobús en señal de protesta. «Ya habrá manera de explicarle a mamá». Pero inmediatamente reparó en una simple contradicción: si no tomaba el autobús, no tendría tiempo de llegar temprano a casa para festejar su nueva condición de hombre higiénico. Decidió entonces que lo mejor sería dejarlo a la suerte. En su bolsillo traía una moneda de cinco pesos. Echaría un volado. Si la moneda caía en cara tomaría el

autobús y si caía en águila se iría caminando a casa. Nada más necesitaba un testigo, porque ser un hombre higiénico exigía entrenamiento en el arte de aprender a liberar decisiones. Así que se acercó a un hombre que leía una revista en otra banca de la plaza.

—Disculpe caballero. ¿Sería usted tan amable en ayudarme a tomar una pequeña decisión?.

—¿De qué se trata amigo?.

El buen hombre tuvo que soportar una pequeña tropelía de absurdas explicaciones. Pero accedió, más para quitárselo de encima que otra cosa.

La moneda había caído en cara, así que tomó el autobús. Aquí sería pertinente contar cómo es que el chofer se molestó porque Modesto se tardó más de lo ordinario en sacar las monedas del pasaje. De un bolsillo sacó una, de otro sacó otras dos y así, hurgándose por todos lados pudo completar la tarifa —¡Recórrase ya! —gritó furioso el conductor. Pero Modesto, intuitivamente buscó un punto extraviado en aquel hacinamiento de gente cansada, como si el regaño viniera de un sueño. En vez de apurarse, sacó un dulce del bolsillo y lo puso en la mano del conductor. Instantes después, ya sentado junto a la ventanilla, se preguntaba por qué las personas pierden tan fácilmente la paciencia. «Nada sabemos del mundo», dijo en voz baja «Vivimos atrapados en la jaula de nuestra propia tiranía. Somos basura inmunda».

Modesto vivía con su madre; una anciana encorvada, frágil, achacosa y de carácter impredecible. Cuando llegó, esa tarde, igual que siempre, Inés Carrasco abrió desmesuradamente unos ojos verdes y diminutos, como si emergiera de una cueva seca.

—Me tenías con pendiente hijo. Ya pasan de las ocho y media. Nunca llegas tan noche. Hacen falta varias cosas del mandado.

—No se apure mamá. En este país todo se arregla.

—Pero ya van a cerrar la tienda. No te acuestes en el mueble. Nos hace falta leche, bolillo. Además necesito calabazas y otras cosas.

—¿Se da cuenta mamá? También está cayendo en esa trampa del apresuramiento funcional. Ni siquiera se ha puesto a pensar en eso.

Después volvía a repetirse una imagen de correspondencias múltiples. Era una escena repetitiva, aunque no por ello menos complicada, pues aunque en esencia se trataba de lo mismo, cada noche se agregaban nuevos matices que la complicaban aún más. Mientras mamá preparaba algo grasoso para cenar, Modesto encendía la televisión para echar un vistazo a *Mirada de mujer*,

la telenovela en turno. Invariablemente, casi por costumbre, terminaba enamorándose de la protagonista. Nadie sabía que en su escritorio guardaba un álbum de fotos con las imágenes de sus doncellas. Por supuesto nunca se obsesionaba con las mujeres malvadas. «Esas perras me dan asco» solía decir a mamá, pero doña Inés nunca fue demasiado afecta a los melodramas. Prefería limpiar, o hacer cuentas en la mesa, cosa que a Modesto le parecía un abuso, porque justo cuando llegaban las escenas climáticas, mamá le pedía con cierto nerviosismo que reparara algún desperfecto de la casa. Esta vez tocaba el turno al viejo lamparón del traspatio.

—Eso podemos dejarlo para el sábado, después de ir al trabajo. Ahora déjeme ver mamá.

En realidad no respondía. Sólo decía cualquier cosa digna de ser tomada como excusa, porque en esos momentos, en las escenas más álgidas del melodrama sus palabras parecían burbujas que reventaban al contacto con el aire. Modesto se imaginaba a sí mismo en lugar del amante millonario: lentes oscuros, pelo engomado, trajes adquiridos en boutiques londinenses, dueño de una personalidad irresistible, arribando a los mejores restaurantes de la ciudad en lujosos automóviles, y claro, no podía faltar una rubia enganchada a su brazo, completamente derretida por él, escuchándolo más allá del horizonte mundano, y por supuesto, haciendo hasta lo imposible por defenderlo contra las fatalidades del mundo.

Pero tales fantasías terminaban por derrotarlo. Invariablemente se quedaba dormido en el sofá, roncando como una bestia salvaje. El ritual se repetía una y otra vez. Mamá dejaba el cuchillo sobre el plato. Removía el vaso de leche junto al pan, con ese murmullo leve de animal enjaulado. Instantes después, subía maquinalmente las escaleras en busca de un cobertor. A esas horas arrastraba los pies, embutidos en unos mocasines de estambre rosa y se lamentaba del último aumento a los precios de las medicinas. Cómo deseaba deshacer esos nódulos artríticos enriscados en sus manos. Nunca más volver a planchar, ni tener que subir a la azotea de madrugada para dar maíz a sus gallinas. Pero esas diminutas fantasías flotaban en el aire. «Este haragán no gana suficiente para contratar a una muchacha, que de paso me lo haga hombrecito».

Bajó Inés con un cobertor de colores vivos. Al extenderlo sobre el cuerpo dormido de su hijo, experimentó una plácida tranquilidad interior. En esos momentos pudo percibir que el mundo no era tan cruel como ella se había imaginado tantos años. Tal vez habría sido capaz de mantenerse prisionera, con tal de conservar en ese mismo estado a su hijo durante el resto de sus días, aunque, en realidad era incapaz de sospechar la verdadera naturaleza de aquel haragán. Muy pocas veces dormía de verdad en el sofá. Todo era un vil pretexto para no enfrentar los reclamos

nocturnos de mamá. Una coartada que le permitía exhibir su fingido cansancio. Cuántas veces entreabría los ojos y con voz aguardentosa imploraba por una friega en los pies «Hoy fue una jornada terrible» decía, mientras mamá buscaba el pomo con hojas de romero y borraja humedecidas en alcohol.

Modesto recibía los mismos cuidados que mamá le había prodigado desde la primera infancia. No se arrepentía porque desde hacía mucho tiempo había descubierto que mamá también necesitaba de esos juegos entrópicos, a fin de mantener estables sus desequilibrios emocionales. Además, Modesto sentía que después de todo, no tenía más remedio que seguir manteniendo intacta su posición de hijo único, y qué más daba, si en el intento provocaba unos cuántos estertores de cansancio a su progenitora. También le hacía creer todo el tiempo que padecía hambres de agotamiento. Pero ya entrada la noche, abría el refrigerador y arrasaba con todo lo que encontraba. Medio litro de leche. Carne molida, salsa de tomate, pan, queso. Un verdadero festín. Al final eructaba complacido y en la bruma nocturna brillaban minúsculas salpicaduras de leche. Buscaba en las gavetas un palillo de dientes. Se limpiaba y sin perder el resuello volvía a meterse bajo el cobertor de colores vivos. Esa noche, una espléndida luz de luna se filtraba entre las persianas. En su rostro se dibujaba el amplio espectro de una sonrisa enigmática, cuya voraz tranquilidad era la de un hombre falsificador y embustero que había desatado para siempre los demonios del mundo. «Ahora soy un hombre definitivamente limpio. Qué más puedo pedir en esta vida». Modesto no podía más. Volvió a cobijarse en el sofá. Su mano derecha hizo un gesto asimétrico. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

Todo cambio radical en la vida de una persona trae consigo pequeñas alteraciones vitales que van acomodándose en los entrepaños del carácter. Así le ocurrió a Modesto. Sin darse cuenta, casi de un modo involuntario empezó a prolongar cualquier acto placentero, aún el más efímero de cuantos le ocurrían en la vida cotidiana. Por eso, a la mañana siguiente después de haberse declarado abiertamente un hombre higiénico, mamá no pudo despertarlo como siempre. Sus manos lo movían con cierta violencia, una y otra vez, pero era inútil «Tal vez me lo drogaron por

la noche» pensó doña Inés. Fue hasta después de un par de golpes con la palma en los cachetes, cuando Modesto abrió los ojos asustado. Se incorporó de golpe con un hilo de baba colgada en la comisura de los labios. Al jalón del cobertor, ni siquiera se percató de la erección matinal que dejaba descubierta ante los ojos de mamá.

—Ve al baño y enfríate.

Pero Modesto había cambiado para siempre. Ahora debía defender su nueva condición, del modo más honroso posible. No iba a actuar como un vulgar trabajador desesperado por llegar puntual a sus deberes. Así que volvió a cobijarse hasta que la erección cedió por completo. Ya en el baño, notó por primera vez, que la perilla oxidada no chilló. Algo extraño había en el agua. Las gotas caían sobre los pliegues de su rostro de manera mucho más diferenciada. Era un golpeteo gratificante, dulce, húmedo y tibio al mismo tiempo. Dentro de su cabeza, el ritmo frenético se amplificaba provocándole una sensación de insoportable placer auditivo, algo semejante al eco de cientos de pájaros cantando en una cueva. Lo mismo ocurrió con la espuma del jabón. Por primera vez en su vida se percataba de un delicado fenómeno: la espuma no era una simple argamasa informe, sino un maravilloso despliegue de cientos, tal vez miles de pequeñas burbujas semitransparentes, todas unidas y dispuestas en forma de panales derretidos. Ahí está Modesto, un hombre tan simple y arrogante, sentado en el piso del baño, con la regadera cerrada, completamente absorto en la vana contemplación de burbujas comprimidas. Eso era la espuma del jabón.

Se hizo tarde, claro que sí. Ninguna vida cambia de la noche a la mañana sin algún desconcierto. Tiempo atrás, Modesto solía relacionar la puntualidad laboral con la decrepitud. Ahora simplemente le parecía un espectáculo monstruoso. Toda esa gente deambulando en las calles como si fueran moscas ventrudas en busca de un bocado excrementicio para llegar temprano a sus deberes. Ahí van todos, exhibiendo sin pudor su ridícula ansiedad. Unos corren tras el autobús, otros apenas se detienen a mirar los coches cuando cruzan la calle. Sólo un anciano de barba plateada miraba de manera triunfal, mientras le boleaban el calzado, bajo la sombra de un espléndido hule. Modesto sentía esa mañana que andaba mezclado entre hordas de mercantes, científicos, miserables cortesanas, toxicómanos envilecidos, pequeños banqueros con sus ramos de flores, estudiantes atroces que a su lado pasaban en pequeños grupos como reptiles decididos a sucumbir en la mediocridad. Cada cual trataba de descifrar su propio enigma. Cuando

Modesto dio un salto para apearse del camión, sintió que abandonaba un frasco enorme de bacilos destinados al laboratorio.

Lentamente llegó al edificio del Palacio Municipal, donde trabajaba. Nada parecía diferente al resto de otros días. Ahí estaban los mismos policías platicando bajo el pórtico de entrada, picándose los dientes con palillos de madera. Funcionarios de mediana ralea entraban y salían con sus carpetas apretadas en el brazo. Alguien discutía en voz alta, quejándose por la excesiva burocracia, junto a un pequeño grupo de turistas extranjeros arremolinados en torno a un guía merolico. Modesto atravesó el patio empedrado. Saludó al jardinero con cierta displicencia. Una sucesión de arcos de medio punto lo devoró hasta la oficina de conserjería. Con toda parsimonia buscó su nombre entre las pequeñas tarjetas acomodadas verticalmente junto a la máquina registradora. Metió el cartoncito en la ranura horizontal y cerró los ojos complacido cuando escuchó el chasquido hermético de la picadora. Inmediatamente advirtió la mirada escrutadora de Sonia, una gorda policía que todo el tiempo traía una torta a medio mordisquear.

—Casi una hora tarde, primor.

Bonita manera de empezar la jornada. Nada reventaba más a Modesto que las llamadas de atención a primeras horas del día. Sonia sonreía irónicamente sin dejar de masticar su lonche de pierna deshebrada. Modesto se acercó a un palmo de distancia. La olisqueó en el rostro con un gesto de asco.

—Ah, sí, tienes razón. Se me hizo tarde porque estaba soñando con tus preciosas nalgas y no podía despertarme.

Allá va un pedazo de bolillo masticado, justo a los cabellos de Modesto, que se contorsionaba riéndose como un epiléptico.

—Me encanta tu aliento. Huele a cebolla.

—Grosero asqueroso. Me las vas a pagar con el jefe.

Dos secretarias que habían presenciado la escena intervinieron a favor de Sonia. Pero Modesto ya estaba curtido en esas lides, así que les dedicó una cándida sonrisa y acto seguido empezó a silbar el tema inicial de la Quinta Sinfonía.

Era tan pueril todo aquello. En esos momentos Modesto recordó el día en que siendo niño, le había obsequiado a mamá un poema de cumpleaños, pero como había ciertas alusiones al amor desnudo, inmediatamente aquellos versos fueron a dar al retrete. ¿Por qué pensaba en eso mientras entraba al almacén de limpieza en busca de cubeta, escoba y trapeador? Ciertamente

estaba convencido de que su talento se había desperdiciado desde hacía muchos años. «Y todo por culpa del carácter deprimente de mamá. Nunca permitió que el viento deshojara mi poesía. Ni hablar, el mundo se libró de un poeta que pudo ser excelso. De eso no me cabe la menor duda». Pero tal vez el almacén de limpieza no era el mejor lugar para recordar aquella profunda decepción en su vida. Además, estaba claro que al paso de los años terminó aborreciendo la poesía, pues según sus propias palabras «me deprimía hasta lo indecible». En esas disquisiciones estaba, cuando de pronto, al remover unos botes con detergente, entrevió, en uno de los estantes, una caja llamativa. Era un avioncito D-C10, marca Lodela, para armar. Junto a la caja estaba un estuche nuevo con diez frasquitos de pintura. «Diablos, a quién se le ocurre dejar esta clase de tentaciones precisamente en el lugar más inapropiado. Porque vamos a ver. En esta bodega sólo es posible pensar en trabajo y más trabajo. El que haya sido tendrá que vérselas conmigo».

Modesto salió de la bodega de limpieza con el rostro desencajado. Estaba decidido a dar con el culpable, pues le parecía evidente que alguien trataba de ponerle un señuelo, una vil y burda trampa, a sabiendas de su pasión por los avioncitos armables. «Alguien quiere obligarme a desatender mis deberes, o incluso acusarme de ladrón. Pero yo lo voy a desenmascarar». No tardó en toparse con José, un pobre anciano dedicado a sacudir los bustos de mármol que estaban colocados en las puertas de las oficinas. En ese momento estaba encaramado en lo más alto de una escalera quitando el polvo al busto de la diosa Eris. Modesto le pidió que bajara.

—Si crees que puedes engatusarme con un avioncito estás muy equivocado. ¡Quédate con él!.

José quedó perplejo. Quiso decir palabra, pero Modesto se había retirado visiblemente enojado.

«Está loco este idiota. ¿De qué avioncito me habla?».

Pero José no fue el único increpado. Modesto cargó con todos los intendentes que le salían al paso. A cada uno le soltaba la misma retahíla. Incluso se mostraba malhumorado con algunos políticos que deambulaban en los pasillos. Como era de esperarse, al mediodía el jefe lo mandó llamar.

—A ver Modesto. De qué se trata. Toda la mañana han estado viniendo compañeros tuyos a decirme que los abordas de una forma por demás extraña y agresiva. Todos me dicen algo acerca de un avioncito para armar, en la bodega de limpieza.

—Bueno, ya sabe usted. Para nadie es un secreto que desde hace tiempo he sido blanco de ataques.

—¿Cuáles ataques? No, olvídalo, por favor. No me des detalles. Limítate a explicarme sobre las acusaciones que has hecho sólo esta mañana.

—Pues verá usted. Resulta que hoy por la mañana, después de picar mi tarjeta, fui, como todos los días al almacén. Porque usted sabe que no me gusta perder el tiempo, a pesar de que muchas veces las secretarias me entretienen con sus pláticas absurdas.

—Sí, ya sé. Por cierto, una de ellas vino a decirme que hoy llegaste tarde otra vez.

—Perdone Licenciado, pero ese otra vez, me suena desproporcionado. Lo dice usted en un tono francamente acusatorio...

—¡Claro que te estoy acusando! No es la primera vez que llegas tarde a tu trabajo. Pero dejemos eso y explícame de una vez, por qué diablos has estado toda la mañana acusando a tus compañeros.

—Pues porque son unos cretinos Licenciado. Alguno de ellos, no sé exactamente quién, y la mera verdad no me importa saberlo, me ha puesto una trampa de muy mal gusto. Resulta que hoy por la mañana, después de picar mi tarjeta, fui, como todos los días al almacén y me encuentro un avioncito para armar exactamente junto a mis instrumentos de trabajo. ¿Se da cuenta?.

—¿De qué me doy cuenta? Dime.

—Pues más claro ni el agua. Se trata de un cebo para engatusarme. Lo hizo alguien que sabe de mi pasión por los avioncitos armables. Porque no podré resistir mucho tiempo antes de que me lleve a escondidas esa caja y me ponga a armar el avioncito en algún lugar del Palacio de Gobierno. O imagínese usted Licenciado, lo que podría hacer en un acto de desesperación. Sería capaz de llevármelo a mi casa. Así como lo oye. Entonces sí, el delito estaría consumado y podrían acusarme de robo calificado.

Mientras Modesto hablaba, el jefe daba largas bocanadas a su cigarrillo y seguía firmando una pila de papeles repetidos.

—¿Qué voy a hacer contigo Modesto? Ya no quiero más problemas en intendencia. Voy a mandar que me traigan esa caja y se acabó el problema.

—Perdone Licenciado, si no es mucha indiscreción, pero ¿qué va a hacer usted con ella?

—Eso no es asunto tuyo Modesto. Ahora déjame y vete a trabajar. No quiero volver a oír una sola palabra de este asunto

—Ni una sola Licenciado. Oiga. ¿Eso que está firmando son machotes o cartas de verdad?

El jefe paró de firmar. Se quitó las gafas y apuntó hacia la salida. En cuanto salió de la oficina del jefe, Modesto empezó a silbar el tema inicial de la Quinta Sinfonía. Mientras caminaba por uno de los pasillos pensó que no debía sentirse decepcionado aquella mañana. Sus compañeros de trabajo no eran malas personas. «La envidia es un cáncer que corroe al ser humano. No lo hacen por maldad. Sé que en el fondo me aprecian».

Lentamente se dirigió hacia uno de los bebederos, colocado en la parte oriente del patio central. Siempre cargaba consigo una botellita de pet. La llenó y se sentó plácidamente a beber agua bajo uno de los enormes naranjos. Le gustaba estirar los pies, cerrar los ojos y abrir los hoyuelos de su nariz como un acto preparatorio al placer que le proporcionaba el aroma fresco y ligeramente amargo de la flor del naranjo. Eran a lo sumo diez minutos de interludio mental. Una serie de exquisitas imágenes atravesaban el murmullo incendiado de su fantasía. Entreveía olas verdes, coronadas de espuma, reventando en el aire, lamiendo sus pies en la playa, mientras oteaba el horizonte con la transparencia y el ardor de un poeta consumado. «¿Cómo he podido pasar tantos años desperdiciando mi talento entre gentes ignorantes y vulgares?»

Pero en medio del regocijo, Modesto cayó en la cuenta de un hecho rotundo: esa mañana no había limpiado nada. Ni siquiera se había acercado a los baños de caballeros. Huye, camina, dilata su sombra. Nada hay tan misterioso como la tediosa monotonía de ciertos actos atrapados en la oscuridad de la culpa. Después de meditarlo, se dirigió lentamente hacia los baños de caballeros. Hay cuatro en todo el edificio. «Pero cuatro son demasiado para un solo hombre. Yo sólo tengo paciencia para limpiar uno ¿Por qué no mandan al cretino de Fabián? Ese nació entre basurales y tugurios. No debe molestarle en absoluto».

Finalmente se decidió por los baños que están junto al Auditorio. Indudablemente son los más pequeños del edificio. Dos retretes y dos lavamanos. Qué trabajo podía ser ese para alguien con tanta experiencia. Y sin embargo, Modesto no dejaba de sentir ese deber como una ofensa del sistema hacia su virilidad. Sobre todo desde el día en que leyó, precisamente sentado en un retrete, un artículo en Selecciones del Reader’s Digest, donde se contaba la historia de un prisionero incapaz de limpiar un retrete porque al hacerlo sufría crisis nerviosas, debido al cúmulo excesivo de recuerdos ingratos, fracasos y arrepentimientos.

A decir verdad odiaba limpiar los baños porque jamás lograba espantar esa terrible sensación de monótona frialdad encerrada en la soledad aséptica del azulejo. Además estaba esa fobia neurótica hacia las bacterias y muy en especial hacia la visión y el olor de los desechos corporales ajenos. Antes de entrar a los baños, todo su sistema nervioso se ponía en alerta máxima, como si fuera a emprender una misión de guerra. Era cosa de ver la extrema lentitud con la que se preparaba para entrar a limpiar los mingitorios. Primero el overol de nylon rojo-fosforescente con rayas amarillas. Después las botas de plástico impermeable. Una vez puestas, daba un par de vueltitas sobre sí mismo para cerciorarse del agarre en el piso. Después las chorreaba con un poco de agua jabonosa y aguardaba hasta estar seguro de no trabajar con filtraciones. Enseguida venía el ritual de los guantes. Se los ponía meticulosamente, como si fuera a entrar a una cirugía de médula espinal. Después levantaba sus manos enguantadas poniéndolas a contraluz, de manera que su vista pudiera hacer un barrido en busca de orificios. Le parecía absolutamente necesario estar seguro de que por ningún motivo, una gota de agua inmunda lograría llegar hasta la preciosa carne de sus dedos. Así que también sumergía sus manos con los guantes en tres diferentes cubetas: una con detergente en polvo, otra con pinol y otra más con agua. Por último se colocaba unos tapones en los oídos, pues entre otras cosas, le parecía repugnante el primer chasquido que producía el sifón del agua con excrementos, cuando su pie empujaba la perilla del retrete.

Allá va Modesto, completamente equipado como un astronauta. El carrito con los enseres de limpieza iba dando pequeños tumbos bajo las arcadas de cantera. Nunca estuvo de acuerdo con ese falso barroco. Le parecía una muestra de toda esa endeble identidad arquitectónica promovida por gobiernos dispendiosos. Una vez más, se detuvo a mirar en detalle. Estaba convencido de que si él hubiera sido arquitecto, de ninguna manera habría permitido tantas columnas jónicas. Debía haber alguna relación intrínseca entre jónico y joto. «Por eso hay tanto jónico en esta ciudad», solía decir enojado. También se percató de que su pequeño radio de pilas no estaba sintonizando bien su programa favorito *Salud en tu casa*. Cómo lo irritaba esa situación, pues de ahí extraía su decálogo de recomendaciones para toda clase de enfermedades. Lo vemos entonces subiendo y bajando el volumen, desplazando un poco a izquierda, otro más a derecha, el controlador de las estaciones, hasta dar en el blanco de óptima sintonía. Pero ya venía un abogado encorbatado a pedirle que baje el volumen, pues mientras trataban de aprobar el

presupuesto ordinario de la ciudad, todos adentro, incluido el Presidente Municipal, estaban oyendo las recomendaciones para adelgazar del doctor Longoria.

«No se altere caballero, enseguida bajamos el volumen».

Pero ya deberían saber todos estos hombres de leyes que un *enseguida* dicho en boca de Modesto es algo tan elástico y misterioso como los chicles de Talpa. Así que, por lo menos un par de minutos más se escuchó la voz del doctor Longoria en la sesión presupuestaria de Cabildo, hasta que fue diluyéndose por uno de los corredores como un eco lejano. Modesto entró a los sanitarios para caballeros, una hora después de lo previsto por su jefe. No está mal para un hombre higiénico, acostumbrado a los sacrificios estériles.

Lo vemos pues, entrar a los baños contiguos al Auditorio. Debe decirse que aunque lento, Modesto seguía siendo un profesional de la limpieza. Esperó pacientemente a que un pobre cristiano vaciara completamente sus intestinos. No era necesario apurar a nadie. Él recordaba muy bien que en uno de sus radioramas, el doctor Longoria habló del estreñimiento psicológico; de las inconveniencias de generar estados de ansiedad en alguien que está tratando de arrojar sus heces, pues de ese modo es posible desencadenar una dolorosa retención por reflejo. Además, le parecía sumamente desagradable limpiar los baños ante la presencia de un desconocido. Sería tanto como granjearse un inspector anónimo en casa de inspectores, porque si algo abundaba en Palacio de Gobierno eran precisamente gentes de toda condición adiestradas en el arte del escrutinio ajeno.

Por fin se abrió la portezuela del retrete. Salió un hombre gordo, visiblemente desaliñado. Modesto entró e inmediatamente hizo un gesto con la mano para demostrar lo desagradable del olor que había quedado. También le dedicó una sonrisa burlona, al comprobar que aquel hombre tenía dificultades para abrocharse el cinturón. Se notaba que tenía prisa porque abrió la llave del grifo precipitadamente y en cosa de segundos, ya se había lavado las manos y la cara. «Estos botargas me ponen los nervios de punta. Siempre dejan una peste que da trabajo extra sacarla. A ver si le sugiero al jefe que ponga letreros a la entrada de los baños, que digan: Prohibido el acceso a botargas». Mientras preparaba el jabón, creyó percibir en la mirada de aquel hombre, un cierto dejo de desprecio hacia su persona. Bajo esas circunstancias decidió que le resultaría degradante limpiar un retrete usado por un botargas tan despreciable como ese que acababa de salir. De manera que se avocó solamente a uno de los dos excusados. Pero en ese momento, él mismo sintió ganas de desalojar sus intestinos, así que entró en un nuevo dilema «¿Cómo voy a

ensuciar lo que tengo que limpiar? Debo aguantarme». Y se aguantó, lo cual no debe extrañarnos, porque ciertamente Modesto estaba convencido de que un rasgo distintivo de su recio carácter era precisamente su gran capacidad para soportar las ganas de orinar o defecar, aún en las situaciones más adversas. Tal vez por ello, Modesto era tan aficionado a las iconografías del Arcángel Miguel, de San Sebastián, de Santa Lucía, o del mismo Jesús agonizando en la cresta del Gólgota. Se deleitaba contemplando el dolor y la cólera fundidos en grabados telúricos, particularmente aquellos donde había tridentes ensartados en la piel de los condenados. No por simple casualidad llevaba siempre en su cartera una estampita de algún santo martirizado. Ese día traía una estampita doblada, con la imagen de San Bartolomé siendo desollado vivo. Era la famosa versión de José de Ribera.

Entonces, después de haber limpiado el lavamanos, después de haber limpiado un retrete a medias, después de haberse fumado un cigarrillo, después de haber ido a comprobar si aún estaba el avioncito DC-10 para armar, en el almacén de limpieza, y sobre todo, después de haber soportado hasta lo indecible la hinchazón de su vejiga llena de orines, Modesto sacó la estampita de San Bartolomé para ofrecerle silenciosamente la embriaguez de su sacrificio. No le cabía la menor duda. Si él hubiera nacido en tiempos de arcángeles perseguidos por jinetes voladores, seguramente también habría soportado con estoica entereza calderones de agua hirviente, grilletes, pinchahuesos, cataplasmas con cera ardiente o cuanta tortura le hubiesen endilgado a costa de sus buenas obras. Así lo vemos avanzar cauteloso bajo las arcadas del enorme patio colonial, con los brazos extendidos para ventilar el dolor quemante de su vejiga que a punto estuvo de un derrame catastrófico.

A esas horas serpenteaba una fila de ancianos en busca de algún remedio contra su raquítica pensión. Algunos de ellos se pusieron a mirar displicentes al hombre que iba pasando con los brazos extendidos. Vaya atrevimiento. Lo saludaban de manera familiar, entre accesos de tos, porque desde años atrás lo habían visto deambular en las entrañas de esa misma serpiente de espinas dorsales dobladas, cada vez más vencidas, como si la gravedad estuviera a punto de tragar a esos ancianos para siempre. Modesto también se detuvo. Reparó en aquel espectáculo de migajas, pero no fue capaz de ayudar particularmente a ningún anciano. Siempre le habían parecido seres encadenados unos con otros, envueltos en zarzas enmarañadas de piel, como si hubieran sido arrojados intempestivamente desde un tragaluz. Pero esa vez, a pesar de las ganas terribles de orinar, intentó acercarse a un viejecito que traía una canasta de quesos. Deseaba nada

más establecer alguna clase de conversación. Preguntarle dónde vivía, qué hacía. Pero cuando ya estaba a punto de hacerlo, de pronto se detuvo. Sintió miedo. Las manos empezaron a sudar, contrariado, ensimismado, vuelto hacia el eco negro de una voz con timbre de maullido que le recordaba cosas terribles de papá. Entonces el rostro de aquel anciano terminó por fundirse en el espectro volátil de otros rostros. Modesto siguió caminando sin detenerse, sin mirar a nadie hasta llegar a los sanitarios del Salón de Cabildo. Una vez ahí no sólo vació su vejiga, también vomitó dos veces hasta quedar exhausto. Cuando terminó se echó agua en la cara, respiró profundamente y clavó su mirada en el espejo transversal. Así estuvo un buen rato, quieto, jadeante como un gato, tratando de exorcizar el recuerdo terrible de su padre estrujándolo violentamente por haber roto un vaso con leche, cuando tenía cuatro años. Aquellos gritos de fiera enjaulada restallaron dentro de su cabeza y se dispersaron en mil pedazos a lo largo y ancho de su torrente sanguíneo. Acto seguido se llevó las manos a los oídos. Levantó la vista al techo y miró una danza macabra de minúsculas centellas alrededor de un foco pelado. Uno de los mozos de guardia que había entrado a orinar lo encontró tirado en el piso. Al principio creyó que Modesto estaba borracho, pero por más que lo movía y le decía cosas, cerca del oído, notaba que aquél hombre estaba sumergido en una especie de estado catatónico. Fue necesario echarle agua en la cara hasta que reaccionó un tanto idiotizado, volviendo los pliegues de los párpados hacia adentro para protegerse instintivamente de la luz. Decía una y otra vez que le estaban saliendo pelos en la lengua. Pero Francisco, que así se llamaba el mozo, le hizo sacar la lengua, y con voz dura, de amigo severo, le dijo

—No traes pelos en la lengua ¿Andas drogado?

Modesto emitió un gruñido. Se levantó despacio y sin pronunciar palabra salió del baño dando tumbos, todavía medio sonámbulo. A esas horas había pocos trabajadores en el Palacio Municipal. Es bien sabido que a los burócratas les gusta comer bien y a sus horas. Conciben el tiempo en retículas bien definidas y no les gusta fracturar el orden gris que los rodea. De manera que, no debió preocuparse demasiado por las miradas impertinentes de algunos colegas. La pista estaba despejada. También la fila de ancianos había disminuido notablemente, pero Modesto experimentaba en su interior un profundo malestar de coraje, rabia y temor, porque seguro estaba de que su malestar era obra de su padre transfigurado en el cuerpo de algún anciano melindroso. «No debo mirarlos nunca más. Vejetes odiosos. Recua de pulgosos». Así que decidió tomar un atajo entre las puertas interiores de las oficinas de cobranza, sin dirigir la palabra a ninguna de las

secretarias que aún conversaban, antes de retirarse a sus casas. Modesto estaba enojado. Cuando por fin llegó a la bodega respiró profundamente como si hubiera ingresado al litoral de un oasis perdido. Abrió su *locker*, sacó una colchoneta, la tendió en el piso y se puso a descansar con el ánimo abatido.

No hace falta mucho escrutinio de razón para saber que los edificios de burócratas en México están plagados de seres amantes del abuso, el trapicheo, la mentira, la tergiversación de cuentas, la prepotencia, el cinismo y toda clase de corruptelas mayores y menores, que desde tiempos remotos han prevalecido como tumores infectos, cada día más grandes, sebáceos, pestilentes e imposibles de extirpar. Sólo es cuestión de acercarse, con cierto ánimo desprevenido, a cualquier espacio donde se lleve a cabo uno de esos llamados *trámites*, para darse cuenta de que ahí las deudas no se pagan con moneda corriente sino con jugos biliares, líquidos pancreáticos y mucha saliva de por medio. Hablamos de pequeños ejércitos de hombres y mujeres entrenados para espesar los reflujos del poder, como si entre todos exprimieran la teta bestial que chorrea grumos de nata en la sopa de la impudicia. A veces desvían la mirada y se acomodan la corbata para no levantar sospechas. Pero casi siempre, si uno observa bien, les acoge un ligero temblor en las manos, les sudan las axilas y no dejan de fumar, cigarro tras cigarro, pues la imaginación es caprichosa y donde se vive de política y burocracia es necesario mantenerla despierta, viva y lenguaraz, como hacen las pirujas que saben conducir a la recámara con todas las artimañas del mundo, en aras del desfalco.

En ese ambiente, lo importante no es regirse por la verdad, sino vender informaciones como verdades. Los rumores, apenas se sueltan salen catapultados y van a dar a los sitios más recónditos. Rebotan, se incrustan detrás de las puertas, en la modorra de las curules, en la saliva pastosa de algún síndico, de algún regidor empantanado con el engrudo de su propio monólogo. También hay rumores colgados en las corbatas, o metidos en sobres sin remitente. Otros están atorados, pero arden por salir de las muelas que mastican tacos con chile, cilantro y cebolla. Algunos se cuelgan de los chicles que mascan los chupatintas. Otros rumores viajan de polizones

en los calzones de las mujeres, que disimuladamente abren las piernas en las oficinas de sonrientes abogados que se lamen los bigotes, se frotan las manos y se rascan el bulto para mostrar al buen entendedor quién es el que manda y por dónde van los tiros. Modesto conoce a la perfección toda esa jungla de signos. Después de todo, su trabajo también ha sido mondar los dientes del león. Si ve, se hace de la vista gorda, y si oye, parece que la virgen le habla, desde un catafalco fantasma. Cuántas veces, al trasiego del trapeador habían llegado a sus oídos noticias de hurtos, fraudes, fondos que se van al garete, contubernios, protecciones, dádivas, pequeños *amarres* que al final de la carambola viajan volando hasta las chequeras de cuentas bancarias apócrifas, cuyos mandarines pasan largos y felices días rascándose el ombligo con cerveza y limón bajo una palmera enana del Caribe.

Al principio todo eso lo atemorizaba. Cuando se daba cuenta de un fraude acordado tenía remordimientos, sudaba, incluso le costaba trabajo respirar, como si un sofoco interior decidiera también quedarse a cavilar en la boca del estómago. Pero ahora, cuando pensaba en esos asuntos de justicia civil, un sueño de plomo se le atoraba en el costado izquierdo. Será que al final del camino, a los hombres higiénicos y lentos les pasan de largo los avatares de la justicia colectiva. Se vuelven pesados de ánimo, flotan a la deriva del río, asomando nada más los ojos y de vez en cuando la cola. Dicho en otros términos, la filosofía existencial de sus vidas tiende a ser cocodrilesca. No eran pocos los colegas que alguna vez habían detenido a Modesto para hacerle notar que toda su persona destilaba grumos de inconsciencia fatalista. Él sonreía, se metía los manos a la bolsa del pantalón y empezaba a silbar el tema inicial de la Quinta Sinfonía, lo cual, como ya sabemos, era motivo suficiente para que todo ser pensante a su alrededor experimentara una descarga eléctrica en la espina dorsal.

Muchos sucesos ocurridos dentro del Palacio Municipal podrían servirnos de ejemplo para dar muestra del cocodrilo moral que había devorado para siempre las entrañas de Modesto. En estos momentos vamos a limitarnos a uno, entre tantos episodios escogidos al azar, de manera que el lector pueda juzgar. Cierta vez, mientras Modesto silbaba apaciblemente y limpiaba los ceniceros del segundo piso, vino hacia él un funcionario de corbata con rombos azules, brillantina y torzal de oro. Era un tal Licenciado Barrera. Gran bostezador en sesiones de Cabildo, experto en amarres a discreción y famoso entre colegas por sus dones de prestidigitación, a la hora de quitar, poner, meter o sacar números de facturas personales. En asuntos de dineros públicos tenía más demandas que años en servicio. Normalmente se le veía en los pasillos del Palacio de

Gobierno de un carácter solícito, bien apersonado, portafolio en mano, raudales de vaselina en el cabello, gafas oscuras y ese aire zalamero, de quien está siempre listo a soltar lisonjas y verborreas al menor apretón de manos. Pero esta vez, el hombre parecía fuera de todo encuadre cotidiano, porque miraba hacia todos lados hecho un manojo de nervios.

—Modesto. Necesito pedirle un favor. Vaya y sáqueme dos copias de estos papeles, pero no se le ocurra decirle a nadie. Guárdese todo el cambio y no se me atore por ahí. Yo tengo que arreglar unos pendientes.

Pero ya se sabe cómo, el ser humano, débil y caprichoso por naturaleza, sólo necesita saber que no debe hacer algo para que inmediatamente sienta deseos de hacer precisamente eso con todas sus fuerzas. De modo que, en vez de irse directamente a la papelería, Modesto empezó a urdir sus mejores artimañas para no regresar demasiado pronto con el encargo. Por demás está decir que a los hombres higiénicos les provoca escozor cualquier tentativa de seguir una línea recta. Se vuelven adictos a las periferias, ya que de ese modo logran exorcizar los demonios de la pereza. No había manera de explicar con precisión la sensación de vértigo que le provocaba aquella carpeta apretada en su axila izquierda, donde tal vez reposaban las evidencias de impuestos públicos rasurados por la mano santa del funcionario en turno que le había pedido tan solícito favor. Tal vez ahí llevaba, sudando bajo el brazo, la prueba de alguna dádiva millonaria, o probablemente los rescoldos de alguna partida pública en vías de fragmentación privada. Toda esa conjunción de posibles corruptelas comprimidas físicamente en los papeles que le habían encomendado, eran motivo suficiente para que Modesto experimentara las mieles execrables del poder. Así que se lamió el ralo bigotillo dándose cuenta de que en ese trayecto efímero, de unas cuantas cuadras, bien valdría la pena detenerse, primero a comprar unas papas fritas con mucho limón y chile púrpura. Después, inevitablemente tendría que hacer la visita frugal a su bolero de toda la vida, pues aunque nadie se lo había dicho nunca, él estaba seguro de que todo trabajador honrado debe traer los zapatos bien boleados, que por ahí se sabe si las personas son de fiar. Por último, antes de llegar a la papelería tendría que desviarse al confesionario de Santa María. Con un poco de suerte, a esas horas del día y podría plantarse de golpe ante su amigo, el párroco Domínguez. Claro, siempre y cuando no anduviera muy atareado. No sería mala idea ponerlo al tanto del encarguito bajo el brazo. Podría matar tres pájaros de un tiro. Primero podría exorcizar cualquier sensación de culpa. También podría darle nortes al padre, como él sabía hacerlo, de un modo discreto, sin falsos compromisos, ni componendas que pusieran bajo sospecha la

reputación del prelado. Por último, podría protegerse contra el secreto de confesión. Pero ocurrió que, en esos momentos el padre Domínguez no estaba en el templo. Un monaguillo le dijo que había salido a un mandado. Modesto decidió esperar. Se fue hasta el último rincón de las butacas y ahí, como no queriendo la cosa se recostó con la esperanza de reposar las fatigas del trabajo. Media hora por lo menos debió haberse quedado dormitando, hasta que sintió el zangoloteo de unas manos gordas y calientes. Era el padre Domínguez.

—Andas malo hijo. Dime si puedo ayudarte —Modesto no respondió. Simplemente bostezó, estranguló un poco el cinturón, y retorció hacia abajo una erección extraída de la coletilla de un sueño erótico, ante los ojos atónitos de una señora enlutada, que aguardaba turno junto a la mampara del confesionario.

—Ando con cierta prisa, Domínguez porque estoy haciendo un mandado de trabajo, pero antes de llegar a la papelería me tomé la molestia de aguardarlo aquí. Con mucho respeto, ya sabe. Mire. Traigo estas hojitas. Hágame el favor de echarles un vistazo y deme su opinión. Pero es urgente porque el dueño me está esperando.

—Ay hijo. De veras que no pierdes el estilo. A ver, muéstrame.

Ojos que no ven corazón que no siente. El señor cura Domínguez empezó a mirar con detalle aquella maraña de cifras, datos, números, pequeñas acotaciones descriptivas. Pronto empezó a mover negativamente la cabeza. Cerró la carpeta.

—Hijo. Dime qué vas a hacer con esto.

—Voy a la papelería padre.

—Más bien deberías ir derechito a la prensa. No...ni se te ocurra. Mañana mismo te pueden desaparecer con todo y botas. Anda, vete a la papelería, pero ni de broma le comentes a alguien sobre estos papeles. Yo diría que traes una bomba en las manos.

—Bueno, más bien en las axilas.

—Vete de aquí.

Se fue, o más bien dicho, estuvo a punto de irse porque al pasar bajo las alas extendidas del Arcángel Gabriel, que soplaba una de las cuatro trompetas proféticas, decidió que no estaría mal encomendar sus obras al príncipe de los heraldos, pues como ya se había enterado, en el reverso de una estampita, que le había vendido un ciego a las afueras de Catedral, Gabriel sabía proteger a los hombres de todo mal con la punta de su espada flamígera y las llamas de su espíritu indomable. Gabriel era capaz de someter leones, doblegar truenos e incluso hacer que la fruta

madure en un solo instante. Entonces ahí está Modesto, sentado otra vez en una butaca resinosa, tratando de explicar entre dientes al Arcángel Gabriel, cada uno de los pormenores que lo habían conducido a realizar esa clase de encargos tan desagradables para un espíritu tan noble como el suyo. «Pero tú sabes comprender. Tú sabes perdonar. En el fondo, sólo se trataba de acudir a una simple papelería, como hay muchas en la ciudad, nada más para darle un gustito a uno de mis múltiples e impredecibles jefes. Porque tú sabes, Gabriel. Bueno, tú y toda la recua de santos que me están mirando desde las alturas, deben saber de primera mano, que nada más estoy cumpliendo con mis deberes de trabajador burócrata, al servicio del Estado. Porque después de todo, un funcionario como yo, aunque de rango menor, siempre tiene que estar dispuesto y disponible a dar lo mejor de sí mismo en beneficio de la sociedad que nos da el sustento. Digo, no vayas a creer que me pagan de las arcas personales de los jefes, no, me pagan entre todos, no en bola pero de manera indirecta con los impuestos que derogan al gobierno. Bueno, ya me voy Gabriel. Ahí nos vemos en la otra. Cuídate. No te vayas a dar un madrazo desde allá con todo y trompeta".

Dichas estas palabras, aderezadas con el salpicón de dos bostezos, salió Modesto definitivamente del templo, decidido a llegar sin más contratiempos a la papelería. Así lo hizo, pero como era de esperarse, debió afrontar una pequeña fila de personas, también desesperadas a causa de no haber podido completar sus respectivos *trámites*. Claro que por ahí alguien lo reconoció, como es frecuente que ocurra entre personas que acuden de manera reiterada a las dependencias estatales. Pero él no se dejó envolver, pues no se olvidaba del consejo del padre Domínguez. En esos momentos cualquier persona dispuesta a intercambiar palabras con él, podía ser en realidad un esbirro solapado. Lo mejor entonces, sería no demostrar ninguna clase de confianzas. Así que no respondió ningún saludo, aún el de un anciano visiblemente menesteroso, que haciendo esfuerzos por levantar el espinazo le dijo que era un maleducado por no responder el saludo de un viejo como él.

Modesto cumplió su tarea dignamente. Pagó el importe de las copias y acto seguido regresó al Palacio de Gobierno, no sin antes advertir que ya había pasado más de una hora desde que aquel funcionario le había hecho el encargo. Bueno, tampoco estaba él para quedar bien con todos a las primeras de cambio. El secreto de la amistad y de los buenos negocios está en la paciencia mutua. Es como en los matrimonios, pensó. «Dos personas se casan y al cabo de unos cuantos años terminan odiándose porque lo primero que arrojan por la ventana es la paciencia

envuelta en pañales».

Nada más llegar a Palacio de Gobierno y subir la escalinata helicoidal, se dio cuenta de golpe, que un principio básico en toda relación de buenos amigos consiste en saber cumplir con lo pactado. Estaba el Licenciado Barrera desesperado, como fiera en su jaula, yendo y viniendo de un lado para otro; la corbata jaloneada, los cabellos desgreñados y fumando un cigarrillo tras otro. Por alguna razón extraña, Modesto percibió algo de farsa en aquella situación. Nada más verlo, aquel hombre se puso a vociferar

—¡Pero si eres un cretino Modesto! ¿Dónde has estado todo este tiempo? Me tienes con los nervios de punta. Cuántas veces te dije que se trata de un asunto importantísimo. Espero, por vida tuya que no hayas ido con alguien a contarle. Puedo hacer que te avienten a la calle y mucho más ¿me oyes?.

Pero hacía tiempo que Modesto había aprendido a no dejarse amedrentar por aquellos funcionarios bocones, que tanto abundaban en Palacio. Así que tras una sarcástica sonrisa le dijo —Mire Licenciadito. Ni se ande con amenazas. A usted le puede ir peor, ya sabe. Aquí tiene sus copias y su cambio. —Acto seguido metió las manos en los bolsillos del pantalón y se alejó silbando el estribillo de la Quinta de Beethoven, pensando que después de un trance como aquel, no le vendría nada mal un descanso bajo la sombra fresca de un naranjo. El Licenciado se fue echando pestes y maldiciones.

Pero mientras bajaba la escalera helicoidal, Modesto empezó a sentir un dolor como de cien agujas en la parte baja de la espalda. Se cogió de la baranda. «¿Será algo de cuidado?». A medida que seguía caminando le pareció que aquel manojillo de piquetes, bien podría ser el síntoma primario de alguna reuma interior, cuyas consecuencias, de no atenderse a tiempo, llegarían a ser fatales. Por un momento dejó de ser un hombre lento, pues a velocidad ultrasónica imaginó siete, ocho, hasta diez variantes de una misma excusa para ir con el jefe a solicitarle unos tres días de incapacidad, cuando menos. Uno para ir al médico general, otro para ir con el quiropráctico y otro más para ir a rehabilitación. «Pero si seré bruto. ¿Cuándo se han visto sesiones de rehabilitación estricta, que nada más duren un día?» Así que por lo menos debía solicitar una semana laboral completa con sus dos días festivos de rigor, a fin de completar el ciclo de sesiones terapéuticas. «De lo contrario estaré engañándome, estaré propiciando bajas en la calidad de mi rendimiento laboral».

Ya en el patio de los naranjos, recostado sobre una butaca de cemento, bajo una sombra

fresca, se puso a mirar las nubes y pensó que lo mejor sería ir ese mismo día con el jefe a plantearle su problema. Aunque la verdad sea dicha, el dolor de espalda ya había remitido. Se había ido como los ticuces que andaban chupando flores en la boca de los desagües. No importa, una vez oyó decir al doctor Longoria que muchas dolencias son más imaginarias que reales. Lo importante es tener el dolor en la mente, cuadrarlo, envolverlo, meterlo hasta el fondo del tuétano y no dejarlo escapar. Quién iba a saber si estaba o no metido aquel dolor en su columna. «Ni siquiera mi columna misma podría saber si algo le duele. Que yo sepa, hasta ahora no ha habido una columna vertebral en el mundo que se queje de una dolencia».

Allá va entonces, Modesto a la oficina del jefe, no sin antes realizar algunos ejercicios mentales, a fin de repasar concienzudamente lo que iba a decir. Sobre todo, le pareció de gran importancia recordar el punto exacto donde el dolor se había clavado en la zona baja de la espalda. Para las personas que, en esos momentos atravesaban los pasillos, no había nada extraño en la imagen de un hombre que andaba despacio y renqueando, con la mano derecha apoyada en la cintura. No se daban cuenta de que, en realidad, lo que estaban observando era la escena de un actor ensayando la escena de su propia farsa. Durante unos segundos le pareció que estaba a punto de realizar algo verdaderamente absurdo, aunque es bien sabido que las marañas de la adrenalina se vuelcan hasta retorcerse como resortes interiores, cuando alguien está a punto de culminar la madeja de un hilo mal enrollado. Tal es el acto desatado que ya no puede ser detenido, como ocurre en los placeres iniciales de una adicción.

Diez minutos, no más. Fue todo lo que necesitó Modesto para convencer al jefe de personal. Aunque la verdad sea dicha, desde hacía tiempo el jefe deseaba que Modesto le pidiera una hoja de incapacidad.

—Claro, me parece bien. Dime dónde te firmo. Tu espalda necesita reposo. Una semana está bien. Ya verás cómo te mejoras. Por aquí te vamos a extrañar. No dejes de llamar si necesitas algo, ya sabes. Anda, vete al Seguro. Si hay evaluación y dictamen médico, ya después me lo traes. Vete, pero por favor no me silbes esa maldita melodía porque me pones los pelos de punta.

Y así, entre fórmulas retóricas y falsos deseos, Modesto salió altivo, con el semblante alegre, y por supuesto silbando el estribillo de la Quinta.

La tarde aún estaba soleada. Faltaban dos horas para terminar la jornada. Modesto sintió que tenía los pies molidos, después de haber salido a la papelería, después de haber discutido con el Licenciado Barrera, y sobre todo, después de haber ido hasta la oficina del jefe a solicitarle una

hoja de incapacidad. Justo era entonces mojar los pies en el agua fresca de la fuente que había al centro del patio. «¿Pero no se vería mal en un empleado? Al diablo los remordimientos. Desde hace cinco minutos estoy incapacitado para trabajar, así que voy a tomar esta pequeña inmersión como un adelanto a mi terapia de rehabilitación». Dicho y hecho. Feliz de la vida se quitó los zapatos, metió los pies a la fuente y empezó a chapalear como niño, mientras entonaba *Granada* de Agustín Lara.

Pero Modesto no duró ni cinco minutos en el agua. Cualquiera diría que se había salido de la fuente porque le dio vergüenza verse expuesto a las miradas inquisitivas de sus compañeros. En realidad salió de la fuente porque sintió un aire frío en la nuca. Estaba convencido de que las enfermedades llegan de súbito, debido a un cambio en el rumbo de los vientos. Entonces, si ya había sentido el frío en la nuca debía actuar de prisa. Modesto creía que para contrarrestar los efectos era necesario provocarse el vómito lo más pronto posible. Así que se puso los zapatos y se dirigió hasta los baños del Auditorio. Fue más difícil de lo que supuso. Tuvo que esperar a que un hombre desalojara el retrete. Además, no había comida en sus intestinos. Por más que se introducía el dedo hasta el fondo de la boca no lograba expulsar nada, hasta que por fin, después de varios intentos vomitó una pasta rosada. «Ayúdame Dios mío. No le hago mal a nadie. No permitas que me enferme estos días. No eches a perder mi merecida licencia».

Esa tarde, cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue tirarse en el sofá y cubrirse los pies con un cobertor de colores chillantes. Alguna vez leyó en una revista de espectáculos que después de vomitar es posible que los pies se hinchen a causa de la bilis derramada. «Tal vez en la noche me vengan espasmos de fiebre». No era una simple ocurrencia, realmente sintió miedo. Cuando llegó mamá, le pidió que pusiera a hervir una olla de agua con árnica. Su miedo se acrecentó después de palpar el aire. Lo sintió espeso. Aquello era definitivamente una mala noticia porque también había leído en un folletín médico del siglo diecinueve, que la espesura caliente del aire aumenta el bochorno, y eso degenera fácilmente en oftalmias, dolores de cabeza y fiebres reumáticas. Mamá sucumbió a la condescendencia. No tenía ganas de preguntar nada. Preparó el árnica y puso un plato caliente de frijoles molidos en la mesa. No había mucho que decir. Prendió la tele en busca de *Mirada de Mujer*. Modesto ya estaba cobijado en el sofá y sólo se descubría los ojos cuando escuchaba la voz de Lidia, la protagonista. Mamá era incapaz de sospechar la cantidad ingente de minúsculos detalles sensuales y voluptuosos que Modesto capturaba a pleno vuelo, como hacen las gaviotas hambrientas. Pero justo cuando ya estaba a punto de cerrar los

ojos, sintió que por primera vez lo asaltaba un miedo desconocido. Nunca antes le había dado importancia al hecho de acostarse directamente sobre la tela del mueble sin una sábana o algo parecido. De golpe empezó a sentir náuseas. Por primera vez empezó a preocuparse ante la posibilidad de que su piel hubiera estado expuesta al contacto infame de millares de bacterias y partículas en proceso de putrefacción. Se levantó disparado, fue por una sábana limpia y empezó a sacudir furiosamente el mueble. Mamá parecía extrañada pero no dijo nada. Siguió dando sorbos pausados a una taza con avena caliente hasta que oyó el hervor del árnica.

—Sírvete Modesto. Ando muy cansada. Me duelen mis piernas.

El otro apenas asomó la nariz por encima del cobertor.

—¿Y cómo cree que me siento yo?. Ni siquiera sabe que hoy me dieron incapacidad en el trabajo. Hay algo destructivo en mi cuerpo.

—Has de haber comido algo echado a perder.

—No, no. Usted no sabe nada. Seguro traigo exceso de trabajo acumulado en el sistema nervioso. Ya para salir, me llegó un frío amargo hasta la boca del estómago. Siento que no puedo tomar nada que sea diurético. Se me puede inflamar la vejiga. Estoy pensando que para mañana voy a necesitar una purga abundante y terrosa. Pero también siento escalofríos de calentura. Sírvame el árnica mamá. No sea cruel con su hijo.

Encorvado en el sofá, daba sorbos espasmódicos, envolviéndose con el cobertor de colores chillantes hasta la parte alta del cuello. Parecía un hombre recién rescatado de una tormenta glacial. «¿Por qué estoy sudando? Los poros se me están abriendo caprichosamente». Durante unos instantes se puso nervioso, pensando que tal vez aquello era síntoma de alguna enfermedad degenerativa en plena batalla por instalarse en los rincones blandos y húmedos de sus órganos. Instantes después, cambió de opinión. «Es cuestión de lógica. Si el campo y las playas son saludables es porque están abiertos al viento. Eso es. Un cuerpo bien aireado debe ser más saludable». Dedujo entonces que los poros de la piel se le estaban abriendo para ventilar impurezas y para recibir el aire fresco de la noche. «Tal vez, si me concentro voy a lograr que se me abran miles y miles de poros al mismo tiempo. ¿Será eso? ¿No me estaré equivocando? A lo mejor si se abren miles de poros también se meterán a mi cuerpo miles, qué digo miles, millones de partículas indeseables y fétidas. ¿Dios mío, qué debo hacer?».

No hizo mucho. Permaneció acostado, embebido con imágenes fluctuantes de cuerpos coloridos, arcoíris, flamas anaranjadas, senos, caderas, muslos, cabelleras ensortijadas, un perro

negro saltando sobre una piedra. Tenía fiebre. No podía dormir. Daba vueltas de un lado a otro, preocupado a causa del vapor concentrado «¿Por qué las partes superiores sudan más que las de abajo? ¿Por qué al mover los brazos, el pecho y el cuello se empapan, mientras que las piernas se mantienen secas? ¿Por qué el sudor de la cabeza es más ligero y no está tan salado como el sudor que sale del vientre? ¿Por qué siento frío? ¿Por qué siento caliente todo el cuerpo si me cubro?».

A media noche aumentó el escalofrío. Daba vueltas de un lado a otro, sin poder conciliar el sueño. Mamá debió haber dejado abierta la ventana. Estiró la mano, pero la manivela parecía moverse en sentido contrario, como si no quisiera ser tocada por la mano de Modesto. Se levantó, El piso parecía hundido. Los ladrillos sin enjarre de la cocina eran como dientes atascados de sarro. La taza con infusión de árnica a medio tomar brillaba sobre la mesa como el ojal de un faro extraviado. Se llevó la mano a la ingle. Un dolor agudo lo contrajo lastimosamente. Fue al baño. Se remojó el cuello, las partes altas del pecho. Tenía la espalda empapada. Ni siquiera podía orinar a gusto. A lo mejor traía la vejiga inflamada «¿Por qué sudamos más por la espalda que por delante?. Yo no quiero sudar. Me molesta sudar. De hecho odio el sudor. No hay nada más detestable que esa sensación de humedad pegada en las axilas, y además el aroma que se transpira es de lo más nauseabundo». Y ahí está Modesto, en medio de la noche, bajo la regadera, enjabonándose furiosamente con la idea fija de eliminar todo vestigio de sudor en su cuerpo. En ese momento lo asaltaron imágenes terribles de cuerpos sudorosos: albañiles, boxeadores, cantantes, vendedores ambulantes, policías, una recepcionista de senos maravillosos que al inclinarse para mostrarle un documento, le había dejado ver esa mancha de sudor expandida por toda la superficie axilar del uniforme. Diablos ¿Por qué recordaba esas cosas? De verdad odiaba el sudor. Ni siquiera había podido evitar un gesto de asco hacia aquella recepcionista. Cerró la perilla de la regadera. «Modesto, de veras eres una escoria», se dijo entre dientes, mientras trataba de recordar el nombre de aquella recepcionista. «¿Por qué sentiste asco de aquella mujer, si se notaba que es una chica encantadora? Hasta te hubiera gustado salir algún día con ella. Confiésalo. Ni siquiera recuerdas su nombre. Tal vez, si hubieras sido más amable, ella misma te hubiera invitado a cenar por ahí. Después de todo, no tienes mal aspecto, y tu inteligencia inmediatamente se hace notar».

Casi eran las dos de la mañana. A esa hora terminó Modesto de secarse. Ya no sentía tanta ansiedad. Ahora estaba seguro de que no había rastro alguno de sudor en su cuerpo. De todos modos, a fin de asegurarse, tomó un bote de talco y se cubrió todo el cuerpo de polvo blanco.

Parecía listo para entrar a la freidora. Sin duda ya era hora de dormir, pero no sin antes dar con el nombre de aquella recepcionista. Después de todo, no iba a condenarla sólo por haberle mostrado en un mal momento para ella, las huellas visibles de sudor en sus axilas. Decidió buscar en el directorio de los trabajadores del Palacio de Gobierno. «¿Dónde diablos habré guardado ese maldito folletín?» Buscó en el botiquín, en las gavetas de la cocina, en las cajas con alteros del Reader's Digest. En las cajas más viejas, donde guardaba montones de chanocs, fantomas, kalimanes, supermanes, batmans y otros tantos superhéroes en revistas carcomidas por colonias de hongos rosados como polvo de alcanfor. Por fin. Ahí estaba. Era un folletín color sepia con el escudo de la ciudad. Empezó a leer nombres de personas clasificadas por áreas, departamentos y oficinas. Cuando reconocía a alguien se detenía por el simple gusto de obsequiarle un sarcasmo. Emilio Rodríguez, contralor general. «Y tu paleta de qué la quieres papá. Si deberías aparecer en la lista de conserjes para que te hagan trabajar». Carmen Ortiz, jefa de extensión. «¡Qué va!. Esa más bien tiene extendida la lengua de víbora y la cola de zorra». Domingo Ramos, coordinador de presupuesto. «Te conozco lo mañoso que eres para el trinquete. Pero no te muevas del puesto. A lo mejor y en una de esas, a mí también me haces un favorcito».

Por ahí se oyó la tos flematosa de mamá. Dejó de hojear el folletín. Esperó un rato a que pasara el absceso de tos. Volvió a leer. Ahí estaba el nombre que buscaba. Lo subrayó con marcador amarillo fosforescente. Maura Villaseñor, recepcionista de cobranzas. Tez almendrada, ojos grandes, muy expresivos. La recordaba con cierto aire de matrona selvática. «No es posible que alguien así trabaje en un lugar tan ordinario». En esos momentos se dijo que al terminar la incapacidad, lo primero que haría, según sus nuevos propósitos, sería ir a la oficina de cobranzas para constatar si aquella visión del sudor en las axilas de la recepcionista, había sido producto de un mal rato, o de plano se trataba de una secreción enfermiza. «Ojalá que no encuentre huellas de sudor en sus axilas. Me sentiría profundamente decepcionado; más aún tratándose de una mujer tan interesante».

Los hombres higiénicos no madrugan. Al menor intento sufren mareos, les duelen los huesos, y si

el viento es demasiado fresco les puede venir un vómito repentino, amarillento y pestilente a más no poder, como de almendras echadas a perder. La última vez que Modesto se levantó a las seis de la mañana, había sido dos días antes de pedir su incapacidad al jefe de personal. Aquella mañana Mamá casi lo tumba de la cama a golpes, urgiéndole que pusiera la bolsa con desperdicios en el camión recolector de basura.

—Me duele mucho la espalda.

—Levántate flojonazo.

Entonces, Modesto se vio obligado salir a la calle desgreñado, furioso y para colmo, debió correr media calle, a fin de alcanzar al camión recolector. En voz alta dijo —Madrugar es algo detestable. Una trampa espuria de la cultura occidental.

—Tiene usted razón señor, le había dicho el hombre que recogía las bolsas de basura. —A la chingada esa cultura occidental.

Se volvió a meter bajo las cobijas, y fiel a su convicción de no volver a madrugar nunca más, decidió despertar hasta las diez de la mañana. Mamá ya se había ido al mercado. «¿Por qué nunca me prepara un buen desayuno? Siempre los mismos frijoles recocidos y un batido de huevo apelmazado».

Fue al retrete. Orinó un chorro pesado y espuso. Sin voltear a ver el charco amarillo jaló el pequeño muñón del desagüe. Enseguida Se lavó la cara en pausas, como si fuera un anciano recién despertado en un rancho del trópico. Escupió varias veces en el lavabo mirando con cierto deleite el remolino espumoso del agua. Desde hacía mucho tiempo le gustaba rasurarse fragmentariamente. Así se daba tiempo para observar los repliegues de sus pómulos, el canutillo retorcido bajo la nariz, el doblez de las comisuras. Por fin, terminó de asearse. Fue a la cocina, se sirvió un vaso con leche y se sentó a tomarlo con una concha de pan.

En ese momento, mientras daba mordiscos al pan remojado con leche ocurrió algo que habría de modificar su vida para siempre. Por primera vez sintió enormes deseos de robar algo. Alguna vez lo había intentado, pero siempre terminaba pisoteado por sus propios remordimientos. Ahora estaba seguro de sentirse preparado para conducir esa necesidad, seguramente alojada en su interior desde que era un niño. En realidad no pretendía nada extraordinario, sólo algún objeto pequeño que le permitiera mantener vivo ese constante diálogo con los recuerdos de su padre. Fue al cuarto de mamá. Empezó por unos aretes y una estampilla de la virgen María. Mamá no se daría cuenta. La estampita estaba carcomida por todos lados.

Además, desde hacía mucho tiempo no le había visto unos aretes puestos.

Por supuesto, la cosa no paró ahí. Después de unos días, aquello empezó a convertirse en un juego astuto y divertido. Cada vez que iba al supermercado salía con algo metido en los bolsillos de su chamarra. Una botellita de lavanda, dos jabones, un juego de rastrillos. A veces nada más salía con un cepillo dental, o un simple pomo de Iodex. Con eso tenía para experimentar una profunda alegría. Cuando salía del supermercado miraba al interior de su bolsillo y sonreía, como si ahí adentro llevara la mascota de su vida. Ni siquiera era necesario andar de prisa. Mucho menos se imaginaba echándose a correr entre la gente. «Eso jamás» decía en tono altanero. «Nunca voy a correr de nadie. Primero me atrapan con las manos en la masa».

Modesto aprendió a robar despacio, casi con cierta parsimonia. Miraba algo que le gustaba y enseguida se ponía a contemplarlo entre sus manos como si fuera una reliquia. Después, en un segundo, el objeto en turno entraba al bolsillo de su chamarra como por arte de magia. Nadie notaba nada. Poco a poco su habitación fue abarrotándose de productos relacionados con la higiene corporal, a tal grado, que llegó un momento en que aquello parecía traspatio de botica. Mamá notó el cambio, pero ni siquiera hizo el intento de preguntar. Guardaba silencio como si se hubiera impuesto una penitencia religiosa.

Aquel cambio había sido fructífero. Hacía mucho tiempo que no se le veía de tan buen humor. Además de haberse agenciado una cantidad considerable de pequeños tesoros higiénicos, Modesto trataba de sacar todo el provecho de sus días de incapacidad. Podía levantarse de la cama hasta bien entrado el día. Desayunaba y salía a merodear sin ninguna prisa. A veces caminaba hasta el centro de la ciudad. Se sentaba en alguna butaca a contemplar las palomas y después iba al templo de Santa María en Busca del padre Domínguez, quien invariablemente le tenía suculentas noticias. Por ahí se enteró que el Licenciado Barrera lo andaba buscando. Seguramente seguía preocupado por el destino de sus copias.

—Cuídate Modesto. Esa gente es muy brava. No se anda con remordimientos.

—No se apure padrecito. En Palacio todos me conocen.

A los dos días de haber solicitado incapacidad laboral, Modesto se acordó que debía ir a una dependencia del Seguro Social, a conseguir la firma médica. De no hacerlo, no podría convalidar el pago por incapacidad en los requerimientos de su tabulador de percepciones.

Llegó a las once de la mañana. Había una cola enorme de personas enfermas, muchas de ellas con muletas, vendajes, incluso en sillas de ruedas. La mayoría estaban formadas desde las

cinco de la mañana.

Cuando se bajó del autobús miró la cola y se preguntó si acaso el país estaba en guerra. «Diablos, es un espectáculo arbitrario y repugnante». Por supuesto, él no estaba dispuesto a permanecer de pie durante horas. Ya bastantes años había soportado las aberraciones del mundo burocrático. Además, si algo había aprendido durante sus años de empleado municipal, era justamente a olfatear las mejores oportunidades para oír, ver, y colarse entre las rendijas de cualquier oficina pública. De manera que, un vistazo por aquí, otro por allá, y como no queriendo la cosa fue colándose hasta la puerta de urgencias, silbando todo el tiempo el estribillo de la Quinta. A cuanto médico, policía o enfermera se cruzaba en su camino los iba saludando, con ese aire de sarcástica familiaridad, que en México sólo tienen los compadres y los vendedores de baratijas.

Cuando llegó al inicio de la cola, se sentó junto al escritorio de una vieja secretaria que no paraba de gruñir. Parecía un gorila sacado de un desfile militar. Mascaba chicle con la boca bien abierta, y de vez en cuando se rascaba en la base de los senos. Justo donde Modesto se encontraba, había una cinta amarilla con la leyenda que se repetía hasta el infinito PELIGRO, OBRA EN CONSTRUCCIÓN. En realidad no estaban construyendo nada. La cinta había sido colocada ahí porque a alguien se le había ocurrido utilizarla como línea fronteriza entre la fila de pacientes y el periplo de los consultorios. A Modesto no le hizo gracia esa cinta. Volteó con la secretaria que estaba mascando chicle y le dijo «Órlae, aquí si tienen sentido del humor». La mujer apenas levantó los hombros, le dirigió una mirada sarcástica y sin dejar su chicle siguió anotando números en unas hojas de cartón rosado.

Las personas higiénicas desarrollan habilidades muy especiales para escurrirse entre la gente sin llamar la atención. Se percatan, olfatean, señalan. Saben diluirse como sombras en la noche. Así, Modesto, en un abrir y cerrar de ojos se coló al consultorio número dos, por delante de todos los que hacían fila. Lo primero que vio al entrar fue un botiquín derruido y unas muletas atravesadas en el piso.

—Pase, tome asiento por favor. Enseguida levanto esas muletas. Ya ve cómo es la gente del rancho. Avientan las cosas dónde sea. Por eso uno tiene que tratarlos como niños a todos.

Fabián Godínez era médico de carrera, pero sobre todo comerciante. Cualquiera podía darse cuenta porque debajo del escritorio sobresalían algunas cajas de auto estéreos y teléfonos inalámbricos. Como muchos otros médicos de su generación, tras algunos años de servicio, había

descubierto las bondades de una sociedad donde lo formal y lo informal conviven de manera enfermiza hasta la saciedad y el hartazgo. «En México todo es híbrido, ambiguo» solía decir a los amigos cada vez que se embriagaba. «Consultorio y changarro de fayuca. O al revés, según prefieran ustedes». En esos momentos, cuando entró Modesto, estaba terminando de firmar unas recetas.

—Buenos días doctor ¿A cuánto da ese teléfono?

—¡Ándele! Usté si tiene buen ojo para dar con las cosas bonitas de la vida. Pero no se me adelante. Primero dígame qué le duele y luego hablamos de negocios, faltaba más.

A Modesto le agradó el acento norteño del doctor.

—No me duele nada. Sólo vengo a que me firme una hoja de incapacidad.

—De dónde viene amigo.

—Trabajo en Palacio de Gobierno.

—Ah, eso sí está bueno. Pero alguna razón debe tener usté para haber solicitado un descansito en el trabajo. Dígame, ándele. Nada más le pido que se vaya al grano porque hoy tenemos mucha gente haciendo cola.

Quince minutos después, al abrirse la puerta del consultorio número dos, salió Modesto con una sonrisa de satisfacción esbozada en los labios. Había hecho un buen trato. El doctor Godínez, sin hacerse del rogar, es decir, sin revisión alguna, le había firmado la hoja de incapacidad. Él, a cambio, le había dejado cien pesos como anticipo por un teléfono inalámbrico. Tres pagos más, acordados uno cada mes, y el teléfono sería suyo. No parecía mala idea asociarse con el doctorcito. Podría vender aparatos electrónicos a los regidores de cabildo. Después de todo, si algo sobraba a esos señores era dinero y ganas de comprar cosas para sus camionetonas estilo *Indiana Jones*.

Al salir de nuevo a la calle, modesto experimentó una sensación indescriptible de placer y alegría. Era algo muy semejante a lo que había sentido una tarde de otoño, cuando a los catorce años, trepado sobre una barda de ladrillos pelones, se había puesto a contemplar por primera y única vez en su vida, a una mujer desnuda que se bañaba en una alberca de aguas termales.

Quince días completos de asueto pagado. La ocasión ameritaba celebrar. Mientras caminaba tomó una canica azul como el cielo y se la echó al bolsillo del saco. Ahí también guardaba el termómetro y el pequeño martillo de aluminio, que al doctor Godínez le había servido durante varios años para estimular el nervio motor eferente de las rodillas de sus

pacientes. Había sido tan fácil robar en aquel consultorio. Debía regresar, sin duda, por lo menos en busca de esa pequeña báscula que parecía un objeto salvado del mar, completamente solitaria, desvanecida. Un regalo perfecto para mamá.

«¿Dónde diablos puedo encontrar un buen sitio para celebrar mi primer día oficial de incapacidad laboral?».

Se sentó en una banca a pensar. Era difícil. Había tantas posibilidades. La ciudad está llena de infinitas opciones. Cerró los ojos y se dijo que entraría al primer lugar que llamara su atención. Dos cuadras adelante, contra esquina del hospital destacaba un enorme letrero con motivos rojos y azules. Se dirigió hacia allá. Era un club deportivo. «¿Por qué no?» Desde que era niño, nunca había regresado a un lugar como ese. «Vamos a ver qué clase de fauna humana hay por ahí».

El estacionamiento era amplio. A esas horas había poco espacio para más coches. Al llegar a la puerta principal se encontró con un enorme letrero rojo que demarcaba en ocho puntos las reglas de acceso.

Se dirigió a la ventanilla atendida por una mujer muy joven y simpática.

—Dígame señorita ¿Cuánto cuesta la entrada para un simple visitante como yo?

—Sesenta pesos para cualquier visitante, señor.

—Malditos. Eso es un abuso. Sesenta pesos. Pero si yo sólo quiero entrar a mirar.

—Si paga, puede hacer uso de las instalaciones deportivas.

—Mírame, niña ¿acaso tengo pinta de deportista? ¿Crees que por sesenta pesos voy a llenar mi cuerpo de sudor como una bestia? Soy un funcionario honorable. Además, no traigo conmigo nada, absolutamente nada que me permita practicar algún deporte. Sólo quiero dar un paseíto, caminar, mirar ¿Estamos de acuerdo?.

La secretaria ya empezaba a asustarse.

—De acuerdo señor. Aquí tiene un pase provisional.

—Perdóname amorcito, pero yo no acepto nada provisional. Extiéndeme un pase definitivo por unas cuantas horas, pero que sea definitivo ¿está bien?

—Como guste.

En cuanto Modesto cruzó por la puerta de entrada, la secretaria dio aviso al inspector general. Un tipo extraño acababa de entrar. No parecía peligroso, pero había que vigilarlo a cierta distancia.

Una vez adentro, Modesto se detuvo a echar un primer vistazo al paisaje. Por todos lados había deportistas que iban y venían de un lado a otro, como abejas en busca de colmena. No faltaban niños corriendo entre las mesas de Coca-Cola. Una niña que jugaba a las escondidas, casi se estrella con él. A la izquierda de la cafetería destacaba un enorme campo de fútbol empastado. Dos equipos de ligas menores estaban trabados en un duelo cerradísimo. Muchos aficionados lanzaban mentadas de madre al árbitro. Después se reían. Del otro lado había seis canchas de frontenis: pequeño laberinto de muros verdes con docenas de jóvenes disputando el torneo estatal de pelota vasca.

Llegó al borde de la piscina. Su aspecto no era precisamente el de un hombre dispuesto a meterse al agua. Indudablemente desentonaba en aquel ambiente, pero la presencia de tantas mujeres en traje de baño inmediatamente provocó el hervor de una libido incontrolable. Se sintió desconcertado, ridículo, un simple intruso fuera de lugar. No sabía qué hacer. Una señora, ya entrada en años, que leía plácidamente una revista, se percató de las miradas desnudantes de Modesto. De inmediato se levantó asustada. Fue a donde estaban nadando sus hijas y se las llevó hasta el otro extremo de la piscina, como si hubiera visto al demonio en persona.

Modesto se tumbó en una asoleadera. «Bah. sólo quería festejar mi primer día de incapacidad laboral». Empezó a bostezar. «No estaría nada mal echar aquí una siestecita». Pero una voz aguda hizo que de golpe abriera los ojos.

—Oiga, señor, o lo que sea. Páseme la revista de monos que está debajo de su trasero.

La voz provenía de un par de tumbonas a la derecha. Modesto advirtió que se trataba de una mujer embutida en un traje azul con rayas verdes chillantes. Al acercarse advirtió que usaba gafas oscuras con bordes de plástico en forma de flor. Nunca había visto unos labios pintados de un rojo tan intenso y brillante. La mujer parloteaba sin dejar de mascar chicle.

—Gracias caballero. ¿Por qué no se mete a la alberca? El agua está riquísima.

No dijo nada. Modesto se limitó a entregarle la revista que, en efecto, estaba justo debajo de la tumbona donde se encontraba. Volvió a recostarse. Pero inmediatamente la mujer se tiró al lado de él.

—Oiga, de veras no me diga que no se va a meter. Digo, porque si de plano es así la cosa, entonces ya somos dos. A mí también me da miedo el agua. La gente es muy méndiga. Prefiero quedarme aquí nada más a ver con quien platico.

Nunca antes había dado con una persona capaz de soportar su compañía durante más de

media hora sin inmutarse. Eva hablaba de todo. Primero fue llevando la verborrea hacia las miserias de su marido. Las últimas palabras que ella le había dicho antes de correrlo de casa «borracho de mierda; zángano, inútil». Después, dio un salto para contarle a Modesto sobre las peripecias que había tenido que hacer, a fin de sacar un coche en abonos. También le habló de sus pies hinchados, del trabajo esclavizante en una fábrica de hilados para estambre. Vino enseguida otro salto a su afición obsesiva por las veladoras a la Virgen María y a Nuestra Señora de Talpa. Veladoras que le mantenían viva la ilusión de encontrarse algún día con un hombre íntegro de verdad. También habló de su amor por los mariachis, el tequila, Cantinflas y Jorge Negrete. Ya en confianza, le reveló a Modesto que su fantasía más sagrada era desvestirse en presencia de un charro, digno caballero águila de sus deseos, imagen floreciente del vigor mexicano, y que después sería lo máximo que ese mismo charro de sus sueños la llevara a cenar mole poblano con candelabro y velitas a media luz. Pero a esas alturas, Modesto casi no escuchaba nada. Había soportado casi una hora de monólogo ininterrumpido, y los ojos casi se le cerraban de sueño. Después de todo, ya había sido suficiente haber aceptado beber esa bebida dulzona. Nada más alcanzaba a descifrar una especie de reflujo gutural circulando vagamente entre los contornos de su cerebro.

—Me voy señora. Tengo cosas que hacer

—A dónde vas, hombre. Si apenas empieza la tardecita.

—Tengo asuntos pendientes en la casa.

—Ah, ya sé. Te está esperando la mujer.

—Eso no es asunto suyo.

—Uy, no te enojes. Apenas te conozco y ya te me estás alebrestando. La verdad me caes bien. Te ves buena persona. Mira, aquí te apunto mi teléfono. En una de esas me llamas y nos vamos a dar una vueltecita al Santuario. A ver qué cenamos por ahí ¿cómo ves?.

Volvió a recostarse. Permaneció así, con los ojos cerrados hasta que tuvo la certeza de que ya no había nadie a su lado. Sentía un extraño dolor en las costillas, debajo del ombligo y hasta en los intestinos. Podía ser el anuncio prematuro de una colitis. Abrió su mano derecha y se puso a contemplar el tubo labial que había sustraído del bolso de Eva. Pensó en la historia bíblica del fruto prohibido. Podía ser víctima de una fatalidad artera. ¿No había leído una vez en el periódico la historia de un ladrón que murió fulminado por un rayo, justo después de haber robado una pulsera de oro en Maravatío?.

Por primera vez, desde que había decidido ser un hombre higiénico, experimentó el silencio inerte de la culpa. Un vacío descompuesto mordía su estómago, sin preguntas, sin previsiones. Para colmo, empezaba a lloviznar. Miró al cielo y una gota le cayó en el ojo derecho dejándolo tuerto por un segundo.

—No te asustes. Ven.

Era Eva.

Fue algo repentino. Así, de improviso, como una súbita exhalación. No hubo manera de negarse. Eva lo había conducido hasta donde tenía estacionado un Ford viejo, casi destartalado. Antes de sentarse, Modesto removió moronas de pan con la mano. También había manchas de café en el tablero. Quiso ponerse el cinturón de seguridad pero fue inútil. El broche no entraba en el orificio de ajuste.

—No sirve hijo. Desde hace años está descompuesto. Además, a quién le importa la seguridad en esta ciudad. ¿Te molesta si fumo?"

—¿Por qué habría de molestarme?

—No sé, hombre. Ahora la gente se toma muy en serio eso de la salud ¿no se te hace?. Oye, te invito a mi casa. Tengo un pastel envinado de tres leches. Está riquísimo.

Modesto estaba nervioso. Nunca le había ocurrido algo semejante. Aquella mujer indudablemente quería algo, y no sabía cómo reaccionar. Mientras el coche iba dando tumbos y abriéndose paso a través de una avenida con tráfico espantoso, la iba mirando de reojo, tratando de explicarse lo que estaba ocurriendo. No alcanzaba a descifrar la situación. Pero al detenerse en un semáforo levantó la vista y miró las cagarrutas de paloma sobre los arbotantes de una iglesia barroca. Eso es, se dijo, todo extremo contiene su propia oposición. Durante unos segundos pensó que el valor de la vida también consiste en dejarse conducir. Después de todo, siempre había vivido en zonas intermedias, ambiguas, caminando a gatas entre luz y sombra. Ahora estaba a punto de abrir otra puerta desconocida, y no iba a perder esa oportunidad.

—Está bien, vamos a ver qué daño le hacemos a ese maldito pastel. —Por primera vez en la tarde se rieron al mismo tiempo.

Llegaron hasta unas arcadas de falso *art nouveau*. Era un fraccionamiento privado, enclavado en las orillas del bosque. Modesto estaba sorprendido. Se había imaginado que una mujer como Eva tendría que vivir en un barrio popular. Algo dijo al guardia y se levantó la pluma de acceso. Una avenida enorme, custodiada por una muralla de jacarandas les salió al paso.

Después ascendieron por una pequeña ladera hasta llegar a otra sección de residencias, que parecían aún más exclusivas que las de la primera sección. Al fondo se apreciaban las farolas de un campo de golf. Modesto pudo ver, detrás de un pino, la figura escurridiza de un venado con su cría. Eva buscó en su bolso un pequeño control remoto. Oprimió un número y empezaron a crujir los rieles del portón eléctrico. En cuanto entraron con el coche, el portón volvió a cerrarse.

—Estás en tu casa. Ponte cómodo. Esta es la sala. Todo lo que veas era de mi marido. Lo he conservado intacto, tal y como lo dejó cuando se fue. Enseguida te preparo algo para tomar.

Modesto frunció el cejo. ¿No le había dicho en el club que había echado a su marido? ¿Por qué ahora decía «cuando se fue»?.

Nunca había estado en una casa tan grande. Aquel salón era enorme. Piso de madera, sillones de cuero bruñido, estantes de libros hasta el techo. Había obras francesas y alemanas de historia, literatura, geografía, bellas artes. En las paredes había hongos de Cholula disecados. También su vista encontró muchas figuras de madera, que estaban distribuidas aleatoriamente entre los estantes. Eran pequeñas tallas africanas de guerreros con escudos y lanzas, así como de mujeres desnudas con el vientre abultado. Con la mano acarició una esfera de plata montada sobre el dorso de una mujer en cuclillas.

—No toques eso, por favor.

Eva bajó las persianas de la puerta corrediza de cristal, que separaba el salón comedor del jardín. Fue como degollar las líneas diagonales de luz. Inmediatamente el ambiente se cargó de semipenumbra.

—Siéntate. No me tardo. Voy a preparar el pastel. Por favor, no toques nada.

Así lo hizo, pero cuando Eva se volteó hacia él, de repente creyó descubrir un fulgor ambarino. Algo que no había percibido desde que la conoció en la alberca del club deportivo. Pensó en una línea divisoria, en una línea impalpable de rostros superpuestos. Él mismo era un rostro extraño. Muchas personas se lo habían dicho. Frunció el ceño y volvió a sonreír. Lejos de ahí, un perro gemía. Se oía como si rascara una puerta con las patas, pero no estaba seguro, era muy lejos. No podía dejar de bostezar.

A un tiempo sonaron campánulas ahuecadas de varios relojes. Eran las siete de la tarde. Hasta ese momento no había sido consciente de la densidad que puede tener el silencio. Miró a su alrededor. La mesa de caoba tenía unas patas gordas de león. Una enorme araña de vidrio estaba colocada al centro de esa mesa. No había detallado en la pecera esférica que estaba metida en el

hueco de uno de los estantes. Se levantó del sillón para mirar más de cerca, pero un olor fétido lo hizo retroceder. Al fondo yacían dos peces de colores. El agua estaba podrida.

Volvió a sentarse, inquieto. Miró su reloj. Habían transcurrido veinte minutos "¿A dónde se habrá metido esa mujer? Mamá ya me debe estar esperando y yo aquí sentado como un inútil".

En cierto modo era una mascarada, una ilusión. Apretó los dedos entrelazados, mientras intentaba controlar su ansiedad. Qué lejos estaba del ambiente burocrático en Palacio. Sin embargo, por alguna extraña razón volvió a sentir deseos de estar presente en alguna sesión de Cabildo. Tenía ganas de volver a diluir pinol en agua, líquidos aromáticos y aceite de arándano para limpiar con la franela de siempre las curules de los regidores. Pero cuando ya empezaba a sentirse más inquieto, oyó los pasos de Eva.

—Ven conmigo. Acompáñame por favor.

Tomó su mano izquierda, empuñándola fuerte, de un modo incisivo, tenaz, ávido. Fueron al baño. Eva tomó un jabón verde. Abrió el grifo, humedeció una toalla con agua caliente dejando que el chorro penetrara con suavidad. Abrió los ojos desmesuradamente, como si algo la estuviera encandilando. Modesto pudo observar la dilatación de las pupilas. Enseguida abrió la puertecilla rectangular del botiquín. Sacó un tubo labial y empezó a pintarse lentamente, repitiendo varias veces la aplicación y retocando con el anular los pequeños excesos de crema que desbordaban las comisuras. Modesto hizo un gesto de molestia. Recordó que en el bolsillo de su pantalón traía un tubo labial idéntico a ese.

—Ya me voy. Tengo que ir a casa.

Eva sonrió. Ya no era la misma mujer parlanchina de antes. Ahora parecía mucho más apaciguada. Su rostro se había dulcificado grácilmente, iluminado por una luz color sepia. Extendió los brazos ofreciendo el pabellón desnudo de la espalda. Una línea de sudor se deslizaba por la espina dorsal. Modesto vio las axilas depiladas, la insinuación de los senos abundantes. Eva abrió la boca. Se miró los incisivos en el espejo. Dio una vuelta entera girando sobre sí misma. A Modesto le parecía que había algo impúdico en esos movimientos. ¿Por qué le estaba costando tanto trabajo hablar? Quería reclamarle. Quería decirle que ya estaba cansado de andar todo el día en la calle. Pero la lengua se le hacía pesada, como si un ejército de hormigas anduviera suelto desde la punta, hasta la superficie del paladar. También estaba sintiendo pesadez en los párpados. ¿De dónde provenía ese olor a guayaba y tejocote ¿Acaso de Eva? Estaba confundido. Un leve mareo muy agradable iba y venía como un rumor ascendente.

—Vamos, dijo Eva. Voy a llevarte a descansar.

Pero difícilmente podía caminar. Los pies estaban pesados, lodosos, como si hubiera andado todo el día metido hasta las rodillas en un riachuelo de aguas negras. Poco a poco las imágenes reales empezaban a mezclarse con barruntos prominentes, pasajeros, imaginando que su cuerpo nadaba debajo del agua y después volvía a emerger conteniendo un sofoco irresistible. Entonces quiso gritar, pero no pudo. Desde muy adentro, una voz interior le decía que se había quedado sin fuerzas, completamente inerte, y sin embargo sabía que estaba subiendo unas escaleras en forma de caracol. Era una espiral interminable. Sus pulmones no podían jalar más aire. Un frío helado quemaba en la frente. Sudor, irritación, sueño, mucho sueño.

Eva tuvo que arrastrarlo. Abrió la puerta de la habitación apoyándose con el codo. Los brazos de Modesto colgaban como los de un muerto. A Eva siempre le habían dado asco las babas de otra persona. Así que volteó la cabeza hacia otro lado para no ver. Por fin, tras mucho jadeo logró ponerlo a un lado de la cama. Pinocho emitió unos leves quejidos y empezó a mover la cola. Trató de acercarse, pero Eva lo jaló del mecate amarrado a una de las patas metálicas. —Shhhh. Vete de aquí —dijo en voz baja. Su amo también estaba tendido encima, sobre un colchón infestado de pulgas. Con ellos había sido más fácil. Habían llegado temprano como cada semana, jalando una carreta con pacas de cartón. Después, todo había sido confuso. Un vaso de agua con altas concentraciones de loprazolam, y hecho. Enseguida mareos. Palabras altisonantes. Antes de caerse, el cartonero había tratado de agarrarse a una baranda, pero de todos modos terminó desplomándose como un fardo, llevándose consigo macetas de crisantemos, y golpeándose la cabeza contra el suelo. Por supuesto, a Eva no le había hecho gracia esa destrucción masiva de flores.

Habían pasado varias horas. Todo estaba silenciado, soterrado bajo un muro de rumores lejanos, luces, destellos fragmentarios, sonidos de autos que iban y venían a toda velocidad sobre las arterias del Periférico. De vez en cuando se oía el gemido intermitente de una ambulancia que también pasaba de largo y se perdía devorada por el hocico inmenso de la ciudad.

Modesto abrió los ojos tratando de ajustar coordenadas. Arriba, en algún punto del techo había cúmulos concentrados de pequeñas nubes que se desplazaban horizontalmente y daban saltos como pulgas de agua. Sintió algo caliente en el vientre. Pinocho lo estaba lamiendo. Trató de hacerlo a un lado pero se sentía débil. El dolor de cabeza era punzante «¿Dónde chingados estoy? ¿Quién me trajo hasta aquí?» Entonces, casi de manera involuntaria, su memoria adquirió

la forma de una cueva llena de guerreros. Él empuñaba una tea encendida, y alguien, al frente, leía un edicto que lo condenaba a muerte. Más atrás estaba una mujer gorda flotando en una piscina. Era ella, Eva. Entonces se incorporó de prisa, pero el efecto fue devastador. Se vomitó en algún rincón de aquella habitación inmunda. Pinocho acudió a comer. Llevaba días sin probar bocado.

En ese momento se percató de que alguien más estaba tendido en la cama. Era un hombre de edad avanzada. Tenía los cabellos revueltos y la barba le llegaba casi hasta la cintura. «Está loca. Me tiene encerrado como una rata. Yo me voy de aquí». Pero al mismo tiempo empezó a llenarse de miedo. No sabía dónde se encontraba, ni tampoco tenía idea de cuáles podían ser las verdaderas intenciones de aquella mujer. Sólo estaba seguro de que no podía permanecer ahí. Entonces, tras unos momentos de incertidumbre, tomó la decisión de huir. Así que tentaleó en la oscuridad tratando de no hacer el más mínimo ruido. En cualquier momento podía despertar aquel hombre, o el perro podría ladrar. Trató de deslizarse por debajo de la cama para llegar a la ventana sin tener que acercarse demasiado a Pinocho. Pero el espacio era muy estrecho. Su cabeza no entraba. «Ni modo. Tengo que arriesgarme. No me vas a atrapar maldita». Se incorporó. Las piernas le temblaban como si hubiera cargado cientos de reptiles en un zoológico. En eso, un movimiento involuntario de su mano izquierda hizo caer un pequeño portarretrato que estaba sobre la mesita del tocador. Quiso acomodarlo de nuevo en su lugar, pero algo, como un reflejo diagonal, atrajo su atención. Levantó el portarretrato para iluminarlo con el rayo lunar que se filtraba a través del dintel de la ventana. «No puede ser, carajo». Era Eva, sonriente abrazada de la cintura por un hombre de saco y corbata. «No puede ser. Es Barrera». Sí, en efecto. Era el mismo Licenciado Barrera que él conocía. Amiba del sistema, parásito mutable, cabeza de mil ventosas, maestro de lo ajeno, chupamirto endemoniado, acostumbrado a ganar en pesos y a traficar en dólares. Funcionario inconfundible. La misma corbata de rombos azules, brillantina y torzal de oro.

Alguien tosió. Era un estertor del cartonero que se estaba volteando hacia su costado izquierdo. Modesto emprendió el camino alrededor de la cama. Afortunadamente pinocho siguió echado. Nada más levantó los ojos y se lamió los bigotes. Estaba acostumbrado a dormir en los tiraderos del mercado, entre montones de trabajadores que iban y venían descargando reses descuartizadas, verduras, frutas y pescados con hielo en cajas de plástico.

Logró llegar a la ventana. Jaló el pestillo. De golpe sintió el viento fresco. Salió al balcón, pero inmediatamente se dio cuenta que sería un error saltar, pues haría mucho ruido al caer sobre las losetas del vitropiso. Decidió encaramarse hasta la azotea por la escalerilla que usaban los trabajadores del gas. Así lo hizo. No hubo problema. Después logró pasarse a otra casa, y de ahí pegó un salto a un lote baldío. Un gato salió chillando entre las ramas. Modesto permaneció petrificado tragando burbujas de adrenalina. Algo se movía al otro lado del alambrado. Era una pareja de novios besándose. La chica emitía gemidos intermitentes. Tuvo que esperar un rato hasta que decidieron irse cuando pasó una patrulla. Ese era el momento. Dos movimientos y saltó el alambrado. Al caer se lastimó un tobillo. Qué importaba. Debía alejarse de ese lugar lo más pronto posible. Sin embargo, un presentimiento lo hizo voltear hacia la casa donde había estado encerrado. Miró hacia la parte alta. Fue una visión perturbadora que no habría de olvidar nunca. Eva estaba detrás de la ventana haciéndole una señal obscena con la lengua.

Cuando llegó a casa estaba furioso. Había tenido que caminar hasta el Periférico, bajo una lluvia pertinaz y con ráfagas de viento helado. Ningún autobús se había detenido. Fue necesario tomar un taxi, pero el chofer lo engañó haciendo mil rodeos innecesarios. Cuando el coche se detuvo, Modesto reclamó. Discutieron. No quería pagar. Entonces el hombre gordo abrió la guantera y le mostró una Beretta 9 milímetros. Inmediatamente Modesto soltó hasta el último centavo que traía en el bolsillo. Antes de abrir el cancel, se detuvo a mirar la fachada derruida de su casa. Estaba empapado, exhausto. Los perros del vecino ladraban. Para colmo, no encontraba las llaves. —¡Mierda! —exclamó —¡Cuánta maldad hay en el mundo!.

Mamá también estaba exhausta. Había tenido que agenciárselas ella sola durante todo el día. Saludó a modesto, pero apenas le dirigió palabra. En cambio acercó su nariz y empezó a olfatear en busca de perfume. Desde hacía tiempo sospechaba que su hijo andaba en líos de faldas. Eso le daba rabia. —Si andas por ahí revolcándote como un cerdo, te me vas de aquí ¿me oyes? Ni siquiera tu padre, en paz descanse, me llegaba tan noche. Seremos pobres, pero en esta casa no se ofende al Señor.

Mamá había empezado a llorar, de un modo espasmódico. Se frotaba los ojos resecos con un paliacate. Modesto sintió lástima. Tenía ganas de dibujar cosas elementales, frotarse los nudillos con agua caliente. Deseaba escribir, multiplicar, coger un lápiz y trazar miles de círculos en un papel blanco.

—Vamos, mamá, no es para tanto. No se apure. Sólo se me hizo tarde. Es todo.

Hacía muchos años que no se había atrevido a abrazarla. Fue como si durante un segundo, el mundo les hubiera dado otra oportunidad, aunque en el fondo, ella sabía que no podía dejar de hacerlo. Necesitaba castrar, justificar su existencia invocando al pecado; consagrando sus deseos incumplidos a la caricia secreta de un Dios infame, cruel y proveedor en cada acto de su vida.

—Me voy a dormir. Apagas la luz, hijo.

Antes, decidió tomar un vaso con leche, pero al enjuagar el vaso en el fregadero descubrió una línea de hormigas negras en una orilla de la tarja. La fue siguiendo por lo alto del muro. Se trepó a un banco. Vio que llegaban al techo bordeando hasta un punto disperso en el marco de la ventana. Trató de aplastarlas con la yema del dedo pulgar. Se quitó un zapato, pero fue inútil. En ese momento se dio cuenta que había una nata negra de hormigas flotando sobre un plato con restos de agua y comida. Una vez más la sensación de asco lo plantó en seco. Ni siquiera fue capaz de enjuagar el plato. «Malditos bichos. Mañana los mato a todos».

Apagó la luz. Se tiró en el sofá. Inmediatamente cayó en el abismo de un sueño pesado, oscuro y delirante. Empezaron a danzar en su cabeza docenas de imágenes superpuestas, algunas grotescas, otras apacibles y coloridas. El médico del Seguro Social estaba recostado boca arriba en el escritorio de aquel consultorio gris. Le mostraba unos dientes enormes, riéndose a carcajadas porque todas las cajas con aparatos eléctricos estaban vacías. Nunca le había vendido un teléfono inalámbrico de verdad. Todo fue un embuste, una bravata divertida como tantas otras. También miraba el rostro nervioso de la joven secretaria en la ventanilla del club deportivo. Se burlaba de él, abriendo y cerrando sus párpados morados. Pero sobre todo, volvió a ver el cuerpo gelatinoso de Eva haciendo giros, contorsiones en el aire. Después caía sobre una canoa repleta con cabezas de vacas. Se frotaba el abdomen con la mano derecha. Le hacía muecas quitándose las botas. Parecía una mandrágora cubierta de lentejuelas. «Eres un bruto. No te vas a escapar de mí». Aquel rostro de labios enormes como dos ostiones insípidos se acercó hasta su rostro en la penumbra y le escupió un buche con granos de maíz podrido.

Modesto despertó ahogado en sudor, sin saber dónde se encontraba, ni por qué los objetos se alargaban. Los perros del vecino seguían ladrando de un modo intermitente. Así estuvo durante unos minutos hasta que, poco a poco fue sintiéndose mejor. Un ligero escozor en el antebrazo derecho lo hizo recobrar plena conciencia de su cuerpo. Se levantó a la cocina en busca de agua, pero al encender la luz vio el piso tapizado de hormigas negras. Eran varios ramales que se bifurcaban y se volvían a cruzar unos entre otros. «Lo que faltaba. Demonios». El fregadero también estaba invadido. Algunas se habían desviado y subían sobre los dedos de sus pies. No era tan fácil quitárselas de encima. Preferían ser aplastadas antes que descolgarse de la piel. Ni siquiera le dio resultado echarse agua en los brazos. Empezó a ponerse nervioso porque vio la enorme contradicción de encontrarse en esa situación terrible y ridícula al mismo tiempo. «Si son simples hormigas, por Dios. Minúsculas creaturas inofensivas. Al rato se van a ir».

Pero no se fueron. Así que Modesto saltó al mueble. Igual se maldijo porque muchas hormigas que andaban extraviadas en sus pies, inmediatamente se escurrieron entre la sábana, la cobija, y finalmente empezaron a bordear todos los quicios del mueble. Ya en un acto desesperado fue al patio trasero, llenó una cubeta con agua y la derramó en el piso de la cocina. Ahora el problema era el sofá. También había hormigas deambulando por ahí. Ni modo, no había más remedio. Subió las escaleras y se metió en su cama. Nadie, ni él mismo sabía por qué desde hacía meses no soportaba dormir en su propia cama.

Al día siguiente, una vocinglera estridente lo despertó. Bajó en calzoncillos a ver qué diablos estaba pasando. Mamá y la vecina discutían sobre el origen de las hormigas. Se echaban en cara mutuamente por el tiradero de tablones, tejas y frascos de vidrio con restos de mermelada. Mamá decía que todo ese basural estaba alimentándolas. El vecino, con sus bufidos de animal triste, se hacía el desentendido. Decía que lo mejor era quemar hierbas de eucalipto y después echarles polvo con arsénico. Al oír esto, Modesto salió a la puerta en calzoncillos para decirle al vecino que si quería envenenar a su madre, que mejor lo hiciera con la suya. —Entra mamá. No tienes nada que tratar con estos vecinos traidores. —Y dicho eso, les dio con la puerta en la cara.

Durante varios días, Modesto y mamá permanecieron encerrados en casa. Se sentían impotentes ante el aumento incontrolable de hormigas. Por todos lados había ramales de obreras diminutas: en las paredes, en los pisos, debajo de los muebles. Habían probado toda clase de remedios caseros, así como polvos químicos de ferretería, mas nada parecía dar resultado. Ni siquiera las bolitas de dulce con ácido fórmico diezmaban al ejército de hormigas. De algún

modo se habían acorazado. Modesto empezó a comportarse con altivez y soberbia. Le hacía bromas hirientes a mamá. Buscaba mil modos de encrespar sus ánimos. Podía embravecerse nada más por un plato de sopa supuestamente fría, un filete de carne con algún nervio atravesado, las mangas de una camisa mal planchada. Cualquier cosa podía ser motivo de agria disputa. En una de esas, mamá le rompió un ferry de plástico Lodela. Por allá fue a dar al bote de basura. Modesto se puso espeso de furia. Subió a su cuarto y se revolcó en la cama como un idiota. «Es culpa de las hormigas. Vamos a ver hijas de perra». Bajó de nuevo, directo al pequeño traspatio. Conectó la manguera con la llave del lavadero. Giró la perilla del grifo y sin decir agua va se puso a fregar con jabón espumoso todo el piso de la casa, nada más para sentir el hiriente placer de mirar cómo se formaban natas de hormigas revolcadas en el agua. Fue como traspasar el umbral de un terreno alambrado con púas. Pensó en el catártico poder de los olores inhalados, porque sin proponérselo, todo su cuerpo se fue desguanzando bajo el influjo del vapor impregnado con pulpa de limón y eucalipto. Modesto sintió escozor en el cuello. Abrió a fondo las aletas de la nariz y en esos momentos tuvo la certeza de que muy pocos eran capaces de percibir tanta belleza en esa languidez. Mamá lo encontró sentado en el piso mirando fijamente el chorro del agua con miles de hormigas flotando hacia un pequeño abismo de tierra.

Había sido suficiente. Al día siguiente regresó a Palacio. El jefe lo recibió en su oficina con una sonrisa lacónica. —Buenos días Modesto ¿Ya no tienes dolores? —No hace falta decir que la pregunta había sido lanzada como un dardo irónico. Modesto no dijo nada. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza. El jefe esculcó en los cajones del escritorio. —Toma. Fírmame aquí, por favor. Ahora te vas a la sección de archivo histórico. —Tampoco dijo nada Modesto. Echó un vistazo al formulario, puso un garabato sobre su nombre escrito con dos faltas de ortografía y se retiró silbando una estrofa de la Quinta.

Antes de ir a la sección de archivo histórico recordó una promesa que se había hecho días atrás. Fue a la oficina de cobranzas con la esperanza de echar un vistazo a la recepcionista de finanzas, Maura Villaseñor. Ahí estaba. Era una chica hermosa de verdad. Modesto se acercó

disimuladamente con la simple y llana intención de preguntar cualquier cosa. En realidad deseaba exorcizar una pequeña obsesión. Buscó mil pretextos para acercarse, pero ninguno parecía suficientemente bueno. De todos modos se acercó, a pesar de sentirse ridículamente nervioso.

—¿Qué desea señor?

—Oh nada...nada en especial. Sólo quería..... Quería mirar un poco....".

—¿Qué desea mirar?

—Su axila derecha...

Salió de ahí casi corriendo. Era la primera vez que hacía verdaderos esfuerzos por desplazarse de prisa en los pasillos del Palacio de Gobierno. Bajo sus pies, el suelo debía reventar en mil pedazos. Hundió las manos en los bolsillos, agachó la cabeza y siguió de largo deseando que la tierra se lo tragara para siempre.

«Idiota, estúpido de mil demonios ¿Por qué había dicho eso?. Ahora voy a tragarme un escandalazo de primera».

Para llegar a la sección de archivo histórico del Palacio Municipal es necesario atravesar cuatro alerones de arcadas extendidas a lo largo del patio central. Durante la Colonia, se había promovido una comisión de higienistas encargados de construir una sección fortificada, libre de plagas, moho y grietas que, al mismo tiempo hiciera las veces de alhóndiga y bastión militar contra las hordas de mendigos y putas. Bruno Fortier, arquitecto y médico francés, que había prestado servicios a Luis XVI fue el encargado de diseñar los sistemas de ventilación, ornato y drenaje. El resultado fue magnífico. Durante cientos de años, aquel monumento albergó toda clase de comestibles y guarniciones en beneficio del Antiguo Régimen. Sin embargo, la infinita sucesión de gobernantes espurios propició toda clase de corruptelas administrativas. Durante los primeros años del siglo XIX aquella sección del Palacio se convirtió en *paso de todos*: refugio de maleantes, cárcel subterránea, hospital trinitario, bodegón de saneamiento, panadería del Ayuntamiento, y en ocasiones de guardar, se cree que ahí se levantaban pequeñas juntas de hacendados españoles que clandestinamente tasaban y vendían esclavos.

En cuanto Modesto abrió la portezuela de madera percibió una impregnación extrema. Algo mefítico flotaba en el aire. Aún estaba muy perturbado por lo que acababa de sucederle en la oficina de cobranzas. De todas maneras su olfato alcanzaba a detectar esa emanación quemante del óxido atrapado durante siglos en las criptas del papel. Algo le hacía pensar que los lectores agazapados en las mesas de lectura eran todos unos malnacidos. «Vagos que viven del erario

público», se dijo en voz alta. Podían ser todos profesores universitarios, historiadores, sociólogos, antropólogos, lingüistas, daba igual. Desde el primer momento, Modesto sintió deseos de fastidiar a esos infelices. Se paró en medio de la sala y los contó con el índice levantado como si estuviera haciendo un recuento de excursionistas extraviados. Eran dieciocho. «Son todos iguales. Aves de carroña. Ese de atrás debe comer como un cerdo. Y la mujer aquella de traje marrón, ha de ser ladrona. ¿De dónde, si no, ese aspecto tan cínico?. El mismo día que me nombren jefe de este archivo la mandaré a lavar retretes, no me cabe la menor duda». Enseguida se dirigió a la pequeña oficina donde se llevaba la contabilidad y se despachaban las solicitudes de documentos. En la puerta había una ventanilla de cristal recortada en forma de media luna. Los interesados debían tocar una campanilla, llenar una ficha básica y aguardar turno, pues invariablemente los tres encargados estaban ocupados.

Una mujer entrada en años le explicó a Modesto sus deberes. Debía encargarse de la limpieza interior, tanto de la sala de lectura como del sanitario. Ya le irían explicando cómo se deben tratar todos esos documentos antiguos, patrimonio del Estado, fuente de sabiduría, refugio de nuestra memoria histórica, bla, bla. Por lo pronto debía sentarse en una mesa y leer con cuidado el reglamento interno del archivo. Prohibido mover cualquier documento sin autorización previa. Prohibido sacar cualquier documento más allá de la sala de lectura. Prohibido introducir alimentos. Prohibido poner música. Prohibido picar, rayar, cortar, o incluso doblar una hoja. Prohibido esto, prohibido lo otro. No era broma. Las cosas ahí se decían de manera tajante. Un desacato podía ser motivo de sanción económica, e incluso penal, si así lo determinaba un juez. Pero Modesto no prestaba atención a la perorata de la anciana encargada.

—Firme aquí, por favor

—Ah sí. Donde guste. Será un placer

No debía hacerse notar a la vista de todos. Esa vieja costumbre de trabajar despóticamente en lugares públicos, lo indignaba. En poco tiempo había aprendido que las artes del fastidio requieren perseverancia y una cierta discreción. De modo que fue a sentarse en una mesa simulando leer un diccionario. Empezó a dar golpecitos a la mesa con un lápiz. Eran golpecitos largos, espaciados, punzantemente rítmicos. Al principio nadie le dio importancia, pero después de diez minutos, ya empezaban a verse rostros desencajados, miradas distraídas. Alguien tuvo que interrumpir su lectura para ir al baño. Un hombre visiblemente enfadado se levantó a pedirle por favor que dejara de hacer ese ruido. «Por fin cayó uno». Cuánto placer experimentaba

provocando esa clase de reacciones. Por supuesto, no dejó de dar golpecitos a la mesa con su lápiz. Bajó el ritmo pero aumentó la fuerza. El ambiente se estaba cargando. Había miradas de reproche deambulando por toda la sala. Un estudiante, de plano cerró sus cosas y se marchó indignado. El mismo hombre que ya se había levantado de su lugar, volvió de nuevo a la carga

—Una vez más, le pido que deje de hacer ese ruido, o tendré que reportarlo a la dirección del archivo.

—Está bien amigo. No se enoje. Son ocurrencias nada más.

Se alejó de ahí silbando fragmentos de la Quinta. Mientras estaba sentado en una de las mesas, se puso a fisgonear la apariencia de cada visitante. Trataba de saber por qué algunos le parecían tan detestables. En cada uno encontraba algún defecto digno de ser tomado en cuenta: bigotes mal cortados, rostros sin afeitar, lentes desvencijados, camisas mal fajadas. Había un hombre acatarrado, muy bajito, que no dejaba de sorberse los mocos. Modesto imaginó que aquel hombre debía vivir en la hediondez más absoluta. Sin andarse con rodeos le puso sobre la mesa un pedazo de papel higiénico. El caballero se sintió avergonzado y al poco rato se marchó. La siguiente víctima de su mirada voraz fue una investigadora, que se había identificado como la Doctora Miranda. Al parecer tenía un cargo importante en la universidad. Desde que la había visto, algo en ella le había inquietado. No sabía cuál era la razón, pero de pronto tuvo ganas de olerla. «Voy a limpiar su mesa». Fue por la franela y el pequeño aspersor con detergente aromático.

—Perdone. Debo limpiar la mesa. Si me permite

—Claro. No hay problema

A veces, una simple torsión corporal desata profundas fantasías. Modesto percibió inmediatamente una exudación dulce que manaba del cuello. Se detuvo cerrando los ojos para retener en lo más profundo de los orificios nasales, aquel pólipo delgado. Sin embargo, cuando la doctora le sonrió para advertirle que se apurara, Modesto advirtió pequeños restos de comida ensartados en los dientes de la mujer. Se retiró agobiado por la sensación de náusea. Tuvo que salir al patio a respirar. Durante un buen rato estuvo pensando minuciosa y obsesivamente en aquella dentadura impregnada con restos de comida. No podía evitarlo, era como un zumbido haciendo círculos en su interior. «Debe exhalar un aliento fétido». Por más que trataba de decirse lo contrario, experimentaba una terrible sensación de curiosidad. Cuánto hubiera dado en ese momento por saber si en la boca de la investigadora había realmente flujos malolientes. Ya

buscaría la manera. Trataría de ofrecerle un caramelo, un chicle, una galleta. Cualquier cosa. No, eso era imposible. Estaba prohibido introducir alimentos a la sala de lectura. Pensó que lo mejor sería robarle algo. Tendría que ser un cosmético, un perfume, lo que fuera. Todo sería cuestión de llamarla a la oficina, provocar un descuido y hurgar rápido en su bolso.

El resto de la mañana transcurrió sin mayores incidencias. Sin embargo, cerca de las dos de la tarde, cuando ya la sala estaba semivacía, Modesto vio entrar a la secretaria de finanzas. Apenas la miró y se escabulló al baño trasero. Cinco, diez minutos. No quería salir del retrete. Seguramente la secretaria había ido a descargar su furia. Media hora estuvo encerrado en el baño sin salir. Cuando regresó a la sala ya no había nadie. La oficina también estaba sola. Fue a descolgar su chamarra del perchero. En eso advirtió que, en uno de los bolsillos había una nota con letras rojas.

Me gustó.

Maura...

Guardó el papelito en el bolsillo interior de su chamarra y se alejó con el pecho erguido. En esos momentos sentía que nadie era digno de su mirada. Una princesa acababa de sucumbir a los encantos del guerrero.

ꕥ ꕥ ꕥ

Como era de suponerse, Modesto empezó a hacer de las suyas a los pocos días de haber sido asignado a la sección de archivo histórico. Las llegadas tarde no se hicieron esperar. En la libreta de firmas había un pequeño apartado donde era posible suscribir los motivos de algún retardo. Se tomaba muy en serio la redacción de excusas ingeniosas. A veces escribía algo sobre el camión de pasajeros averiado por falta de aceite. Otras veces anotaba detalles alusivos a ciertos achaques de mamá. Por ejemplo, describía todos los avatares que debió pasar con una inyección de calcio, que supuestamente no podía conseguir en ninguna farmacia de la ciudad. También le gustaba escribir cosas sobre sus ataques de ansiedad. Un lunes, a las diez treinta, escribió un párrafo

notable sobre el futuro incierto que había presentido al despertar. «*Sentí frente a mí una cadena infinita de ansiedades. Eso me obligó a mantenerme expectante en la cama*». Subrayó, expectante. Debemos anotar que a Modesto le gustaba subrayar con tinta roja ciertas palabras en la libreta de firmas, que le parecían de un efecto demoledor. Paradojas de la vida, ningún investigador se daba cuenta de que frente a sus narices, alguien les estaba obsequiando un precioso material de análisis. Por supuesto, nadie le decía nada porque preferían no meterse en problemas. A esas alturas, Modesto había adquirido toda clase de derechos no estipulados. En realidad estaba feliz en la sección de archivo histórico, pues acababa de descubrir las maravillas de un espacio nuevo, donde podía poner en práctica ciertas artes puntillosas del fastidio.

Pronto descubrió que la puerta principal estaba oxidada, así que antes de entrar batía varias veces una de las hojas a fin de desquiciar con los chirridos a los investigadores más madrugadores. Enseguida entonaba pedazos de la Quinta a todo pulmón y se paseaba entre las mesas, tratando de hacer el mayor ruido posible con la envoltura de un chicle. No es necesario advertir que la intermitencia de sonidos fuera de lugar suele provocar espasmos de ansiedad a quien los padece. Por supuesto hubo quejas, pero todas iban a dar al sombrío estercolero de un escritorio desvencijado. En ese lugar las denuncias se marchitaban antes de tiempo. Nunca alcanzaban a desplegarse porque invariablemente intervenían *diversas instancias* que hacían las veces de cortafuegos. En cierta ocasión cayó por ahí un mandamás del sindicato. Era uno de esos personajes grises, oculto detrás de unos lentes oscuros. Traía una camiseta de tirantes que le permitía lucir un enorme torzal de oro. Llegó diciendo que tenía prisa y que sólo había ido para hacerles saber que ningún trabajador estaba solo —...cualquier tentativa de agravio en contra de uno sólo de nuestros trabajadores sindicalizados, la podemos echar abajo en cuestión de horas. Que digo horas...minutos. —Modesto se había sentido tan impresionado que irrumpió en aplausos.

Dado aquel espaldarazo sindical, Modesto decidió que ya no valía la pena entablar confidencias con los otros trabajadores de la sección de archivo. De hecho, muy pocas veces se dignaba saludar. Había llegado a la conclusión de que los ocho compañeros de trabajo eran todos indignos de su amistad. Tarde o temprano terminaba por encontrarlos aburridos, indecentes, no aptos para merecer su confianza. Además, de un modo maníaco empezó a obsesionarse con ciertos detalles físicos que le parecían detestables, entre sus compañeros de trabajo: la mugre en las uñas del intendente, el fétido aliento de la archivista, las venas varicosas de la anciana

encargada, el cúmulo de barros y espinillas en el rostro del mensajero, la piel escamosa de otro archivista, las estrías que accidentalmente descubrió en la cintura de una de las afanadoras cuando ella estaba trapeando el piso. Las coronas de cobre que llevaba en los dientes frontales el auxiliar de cronistas. Cualquier defecto parecía un residuo repulsivo, una muestra de ese mundo obsceno del que ya no podía escapar.

ꕥ ꕥ ꕥ

Pronto cayó al pozo del tedio. Deambulaba entre las mesas con cierto aire decaído, sin ánimo de fastidiar. Incluso, por un tiempo dejó de robar objetos personales de los bolsos que los investigadores colocaban en los casilleros de seguridad. Incluso perdió el interés por la Quinta. Prefería silbar tonadas de villancicos navideños que a nadie molestaban. Eso sí era un bache profundo. Pero como ya se sabe, no hay trance sin salida. Al cabo de unas semanas, la vida interior de Modesto dio un giro inesperado. Sucedió un día entre tantos, mientras permanecía sentado en la oficina de la jefa. Realmente no estaba haciendo gran cosa. Bueno, en realidad nunca hacía gran cosa. En esa ocasión estaba oyendo por la radio, los consejos preventivos que daba el doctor Longoria contra las intoxicaciones botulínicas. Modesto anotaba en un papelito los nombres de los alimentos enlatados que ofrecían mayores probabilidades de desarrollar el *Clostridium botulinum*. Pero a medida que iba escribiendo fue entrando en pánico, al darse cuenta de que muchos de esos alimentos enlatados los había consumido infinitas veces a lo largo de su vida. Inmediatamente visualizó un cuadro de síntomas, aderezado con el drama de las consecuencias fatales. Parálisis en ambos lados del cuerpo, dificultad para tragar, trastornos progresivos en el habla, deterioro de la visión, dificultades para caminar, convulsiones, parálisis de los músculos respiratorios, asfixia y finalmente una muerte espantosa entre los llantos de mamá y los sarcasmos del doctor Godínez. Pero en ese momento debió cortar de tajo sus prefiguraciones porque vio entrar por la puerta principal a la recepcionista de cobranzas. Imaginó que venía a buscarlo con otra notita pasional. Sin embargo, ni siquiera reparó en su presencia. Directamente se dirigió a la ventanilla de documentos.

Modesto seguía a lo lejos todos los movimientos de la secretaria, tal y como hace un violador al acecho. Le pareció sospechoso que hablara de un modo tan desenfadado con el archivista de piel escamosa. Rato después la vio sentarse con un legajo de documentos antiguos. Durante dos horas Modesto no perdió detalle. «No puedo esperar más tiempo. Debo saber qué demonios está leyendo». Cuando Maura devolvió los documentos al archivista, Modesto ya se sentía alterado. Las manos le sudaban copiosamente debido al esfuerzo de haber retenido durante todo el día los fluidos intestinales «Nada mal estaría tirarme un pedo descomunal, a ver si así me dejan solo en la sala de lectura». Se paseó amenazadoramente entre las sillas, pero al final no se animó, pues tuvo miedo de que una pestilencia tan deliberada, pudiera llegar al olfato de Maura, ahuyentándola para siempre de la sala de lectura. Así que debió aguantarse hasta llegar al retrete más cercano. Enseguida se dirigió con el archivista, quien obsequiosamente le prestó el mismo legajo de documentos que había estado leyendo la recepcionista. Fue a sentarse al rincón más apartado. En la ficha descriptiva del legajo, leyó lo siguiente: *Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 1*.

Deshizo el nudo del cordón y empezó a leer. Desde el primer momento se sintió atrapado bajo el vértigo de un mundo alucinante. Sus ojos no daban crédito a lo que estaba leyendo. En la primera página encontró la descripción minuciosa de un anfiteatro de letrinas, muy cerca del actual Mercado de San Juan de Dios. Estaban colocadas una tras otra, junto a las cocinas de las casas. «Exhalando por todas partes el olor más fétido que alguien pudiera imaginarse. Los niños deambulaban con las bocas tapadas como si aquella peste saliera de los orificios del infierno». Enseguida, Modesto leyó las anotaciones de un tal doctor Vicente Calleja, respecto a la suspensión en el aire de las sustancias que se desprenden del cuerpo. Según este médico, la atmósfera debía actuar como una cisterna gigante que se encargaba de contener las emanaciones fétidas, telúricas y húmedas de cualquier ser vivo. Por tanto, el aire de un lugar habitado debía ser un caldo espantoso, donde fluían por igual azufres, humaredas, vapores grasientos y salinos, vomitados lentamente por cada cuerpo.

«¡Así que a Maura le gusta leer esto. Se ve que le encanta la porquería!».

Cerró el folio disgustado. Pero enseguida cambió de opinión. Incluso encontró excitante imaginar que, a través de aquellas descripciones sobre el mundo infecto, ambos podían establecer infinitos vínculos secretos.

«Sí, eso es, a Maura le gusta la porquería. Yo la detesto, por eso vamos a querernos».

Siguió leyendo. Más adelante se encontró con una serie de minuciosas anotaciones, referidas a la teoría de la putrefacción del alemán Becher. Por primera vez, alguien hablaba de lo nauseabundo con gran beneplácito, como si la corrupción biológica sólo fuera la contraparte invisible y necesaria de la vida. Cuando algo se pudre, inmediatamente fluyen los principios de cohesión natural. Fuego elemental perpetuado, gracias al espíritu balsámico.....Toda fetidez debe ser considerada como el simple signo de un proceso orgánico, liberador....Las moléculas nauseabundas deben escapar. Nunca deben permanecer atrapadas, ya que se rompería un frágil equilibrio....Sólo es posible detener una peste mediante líquidos antisépticos, porque de no hacerlo así, entonces no habrá poder humano contra el escorbuto, la gangrena y los vómitos negros. Un cura pregonaba que la muerte flotaba en los aires debido al olor de los cadáveres mal enterrados en las iglesias. Decía que las emanaciones podridas de los cadáveres estaban logrando nuevas combinaciones en las almas de la grey católica. «¡Ya no hay elasticidad en el aire!» se quejaba el cura en el atrio, con la voz inflamada y ante la presencia de cientos de fieles.

Más adelante, se topó con un breve relato sobrecogedor. En uno de los hospitales asistenciales de la Colonia se le había pedido a un joven practicante que abriera el hígado de un cadáver putrefacto. El pobre novicio abrió de tajo. Entonces un golpe de fetidez se le estrelló en la cara y lo hizo caer en síncope. Inmediatamente dos estudiantes acomedidos lo llevaron a su casa. Treinta horas después murió en medio de terribles convulsiones. Uno de los estudiantes que se había acomedido a prestar ayuda, vivió postrado para el resto de sus días, afectado de múltiples erupciones exantematosas. El otro estudiante fue el menos afectado, pero durante varias semanas sufrió diarreas intestinales y abundantes exhalaciones de sudor. Modesto no daba crédito. A medida que pasaban los minutos seguía leyendo sin poder apartar la vista de aquella escritura extraña, confusa, invertebrada como patas de araña. Pero lo que más le estaba fascinando era la sensación de secreta complicidad compartida con la secretaria Maura. Algo le decía que ella también se sentía profundamente atraída por las escaramuzas y los infinitos secretos guardados en el mundo de la suciedad.

Siguió leyendo. Por todas partes había escenas de carroña. Vecinos de Analco se decían indignados porque la matanza diaria de animales, a plena luz del día, producía insoportables hedores. Reclamaban a los munícipes, carretadas de aserrín esparcido sobre los corrales de las carnicerías, pues la peste de los desechos orgánicos se combinaba con las inmundicias de las vísceras expuestas a cielo abierto. La sangre de los cerdos fluía por las calles dejando una pasta

negruzca, la cual se descomponía muy pronto en los resquicios de las banquetas. A veces se acumulaba tanta grasa que la gente resbalaba y se caía rompiéndose algún hueso. Y por las noches, cuando se abrían las compuertas de esos mismos mataderos, la ciudad se impregnaba de olores tan sofocantes que la convertían en una olla podrida. Para dormir, se hacía necesario esparcir infusiones aromáticas de canela y limón en los dormitorios. Francisco Valegrín, médico español, recomendaba meter la cabeza en vapores de árnica para evitar los contagios nocivos del rocío nocturno. También sugería que ninguna agua permaneciera estancada, ya que sólo el movimiento purifica disolviendo las partículas acuáticas. Para demostrarlo mandó poner en plena plaza pública varios barriles con agua del río San Juan, los cuales habían sido almacenados durante un año en las bodegas de un vendedor de velas. Le pidió a un muchacho que abriera uno de los barriles, pero cuando el pobre diablo sacó los clavos y abrió la tapa, cayó muerto echando sangre por la boca. Los testigos echaron a correr. Desde entonces se colocaron bandos en las calles, obligando a remover las aguas de cualesquier recipiente. Si alguien era acusado de estancador, podía ser castigado con multa en reales y cárcel. En otro pasaje había pequeñas disertaciones respecto a los diferentes olores en la sangre de hombres y mujeres. Valegrín sostenía que en la sangre menstrual de las mujeres debía concentrarse una plétora muy potente de invisibles emanaciones. Ahí estaba la explicación de por qué los menstruos tienden a pudrirse con tanta facilidad. Según Valegrín el excesivo movimiento pélvico de las mujeres hace que la bilis se mezcle con la leche contenida en el cuerpo. «Ese movimiento de flujo y reflujo provoca la mezcla. Nuestras mujeres conservan leche en los tejidos flácidos. Con el calor, la leche se filtra a la matriz y ahí se mezcla con bilis echada a perder. He ahí la razón de tanta fetidez. En los hombres sucede lo contrario. El aroma fermentado del semen no conlleva esencias putrescentes. El semen es por definición esencia de la vida y el olor característico no debe ser percibido como signo decadente, sino como señal de animalidad potente».

Modesto leyó con mucho interés las recomendaciones que hacía Valegrín a los Varones. «Si desean mantenerse potentes, y por ende preservar su vigor sexual, ningún varón mayor de catorce años debe someterse a frecuentes abluciones, porque los baños debilitan. Cuántos varones vigorosos han sido destruidos hasta quedar idiotas. Y todo por la higiene. También se destruyen voluntades y el carácter se degrada hasta volverse gelatinoso, cuando las personas no saben guardar los humores naturales. Es bien sabido que un baño caliente provoca tristeza debido a que volatiza la pestilencia adherida. Si alguien tiene aliento podrido, no debería tomarse como algo

anómalo, al contrario, esa es una señal de que la bilis intenta salirse por la boca. No se retiene. El cuerpo busca diferentes causes odoríferos con tal de liberar aquello que lo acongoja. Por ejemplo ¿cómo hace cuando necesita escapar del terror? Lo hace a través de una densa y nauseabunda transpiración en los sobacos, en las partes bajas de las nalgas. También se producen ventoseos y defecaciones de un olor insoportable». Después de ese pasaje, Modesto se topó con las crudas descripciones de los mataderos municipales. Cuadros de hombres sudorosos yendo y viniendo sobre inmundos lodazales, cargando reses destripadas, lomos de cerdo y cabezas de corderos colgadas de garfios. A esas alturas sentía un vértigo profundo que iba ascendiendo desde la boca del estómago hasta las glándulas salivales. Siguió leyendo pasajes inciertos, cada vez más difusos. Perros famélicos por todas partes. Nubes de moscas al acecho. Una mujer, a punto de dar a luz hacía fila entre turbas de mendigos. Andaba buscando bofes para hervir. Con eso llenaba las bocas hambrientas de seis críos. Todo el subsuelo parece alveolar, mórbido, espeso de tantas sustancias orgánicas. Literalmente Modesto aventó los papeles, mareado y asqueado, como si de pronto hubiera descubierto una llaga secreta en alguna parte de su cuerpo.

No se había percatado del transcurso de las horas. Ya casi no había nadie en el archivo. Se levantó dando tumbos con las manos en la nariz, pues en algún lugar de su imaginación seguía percibiendo un olor amargo y dulzón, semejante al que exhalan los cadáveres en estado de putrefacción. Fue al baño y vomitó a horcajadas. Cuando salió a la calle tuvo la sensación de que todo el mundo estaba dispuesto a reclamarle algo. Las luces de los anuncios espectaculares se habían transformado en bocas de fuego incandescentes. Al pasar junto a un puesto de tacos le fue imposible dejar de mirar el comal invertido, donde se apilaban pequeñas montañas de carne sumergida en aceite hirviendo, junto a racimos de cebolla frita con cilantro. Volvió a taparse la boca y cruzó la calle de prisa, como si de nuevo estuviera mirando los cadáveres descritos por el doctor Valegrín.

Pero toda esa banqueta también estaba repleta de vendedores ambulantes. Se desvió abriéndose paso hasta llegar a una pequeña plazoleta, sin darse cuenta de que se había internado en un mercado atestado de gente. Algunos puestos empezaban a prender sus focos. Se agachó para no chocar con una res que colgaba de un garfio. Esquivó huacales con guasanas, manojos de plátanos macho, cucharones, molinillos, pequeñas tarjas de madera. Un vendedor de pájaros lo increpó —¡Cuidado. Fíjese por dónde camina!. —Del asco pasó a la rabia. Trató de calmarse, pero la náusea interior lo estaba desbordando. El aire se le quedaba atorado, hecho bolas en el

estómago. Empezó a jadear con pequeñas sibilancias. Los puños cerrados, las manos arqueadas. ¿Quién era ese hombre cruzado en su camino? Un vendedor de relojes que lo estaba tomando del brazo con suma insistencia. Modesto miraba aquel rostro agrandado, delicuescente, sonriéndole con sus dientes de de bronce, como si hubiera salido de una comedia negra. Gesticulaba mostrándole un reloj, un anillo, brazaletes, pulseras. —Lo que tú quieras amigo. A buen precio —¿Por qué permanecía así? Extraño, pasivo, indiferente. Algo le había engarrotado las piernas sin posibilidad de moverse. Y fue tanta su desesperación que, sin poder evitarlo dio un puntapié a un balde con agua turbia que estaba junto al vendedor de relojes. El agua corrió hasta mojar las enaguas de una mujer que vendía tunas y nopales. Inmediatamente increpó a Modesto, quien aventó una piñata en forma de Capitán Garfio y salió corriendo desesperadamente, dejando tras de sí una herida luminosa de vocablos enredados que rebotaban en sus oídos sin tregua, hasta que unas calles más delante pudo asomarse a las claraboyas de una atmósfera más fresca y apacible respirando profundamente hasta el último trago de aire limpio. Cuando por fin pudo tranquilizarse un poco, dejó pasar el jadeo como un flujo vital a través de todos los nervios de su cuerpo. Levantó la vista y miró una luna de papel flotando sobre su cabeza.

Aquella tarde, cuando abordó el autobús, Modesto experimentó una sensación de miedo hasta entonces desconocida. Por primera vez en su vida reparaba en lo siguiente: «Si soy un hombre higiénico, entonces los pasajeros pueden contagiarme». No debía ser obra de la simple casualidad aquello que había leído respecto al aire flogistificado que vicia el entorno y enferma los pulmones de quienes se ven confinados a espacios de hacinamiento. Mientras iba cogido del pasamanos se le ocurrió que el cúmulo de alientos condensados en la cabina del autobús podían viciar el aire, y por consiguiente, esos mismos alientos podían desatar una infección de incalculables consecuencias. Así que, sin mucho tiento empezó a correr las ventanillas superiores provocando el enojo de varios pasajeros. Una mujer, sentada con sus dos niños, cerró la ventanilla de su

asiento. Pero Modesto no se dejó intimidar. Volvió a abrir la ventanilla, y la señora volvió a cerrarla. Así estuvieron hasta que se hicieron de gritos provocando el llanto de los niños y la ira del conductor. —¡Hágame el favor de bajarse del camión!.

Modesto bajó en la esquina más próxima. —Miserables. El mundo está infectado. Sólo trato de ayudar. —Mientras iba caminando, abriéndose paso entre las arterias del barrio, escuchó en su interior un coro de culpa dando vueltas en los límites de su cerebro. Modesto abrió sus manos. Exploró los filamentos de cada dedo mirando con asombro las pequeñas manchas crepusculares que se deslizaban sobre la piel engastada. Al mismo tiempo escuchaba las disonancias borrosas y hostiles de los claxons. Voces chillantes, incrédulas. Órdenes al garete. Expresiones de consternación y asombro. Repentinamente dos hombres se mientan la madre, descienden de sus autos amagando una pelea de dientes hacia fuera, como hacen los mandriles en la estepa africana. En la esquina de su casa un drogadicto de cara colorada le pide unas monedas. Modesto esculca en los bolsillos. Un peso, dos. Pero antes de extender las monedas, le dice al mendigo —Lávate las manos hijo. Apestas. —Inmediatamente una nueva sensación de culpa. «Así te vengas de la gente. Humillando. ¿No serás más zángano tú que él?»

La puerta de la casa estaba semiabierta. Había muchas luces encendidas. Se oían risas. Al fondo, mamá y una niña estaban limpiando las últimas natas de hormigas que se habían adherido al suelo. Mamá se incorporó secándose las manos en el mandil.

—Este es mi hijo. Salúdalo

—Hola. Me llamo Enoé. Soy amiga de Inés

La niña dio un beso juguetón a Modesto. Pero al sentir el contacto húmedo en el pómulo, Modesto se limpió con el puño de la mano. Mamá hizo una mueca de enfado.

—Ah. Muy bien hija. ¿Pero qué andas haciendo a estas horas fuera de tu casa?

—Ya ves, las hormigas están por todas partes. En mi casa también tenemos muchas. Pero nosotros no necesitamos ayuda porque yago y misha se las comen.

—Voy a descansar un rato mamá. Hoy trabajé muchísimo en el archivo.

—Sí, ya sé cómo trabajas. Si quieres cenar, todavía hay caldo de espinazo.

Subió a su cuarto. Inmediatamente percibió algo extraño. La puerta estaba entreabierta. Era evidente que alguien se había metido. El piso estaba manchado. Había caras de gatos pintarrajeadas en las paredes, hojas con huellas de tinta escurrida, gomas de mascar en el escritorio, pedazos de tela roída en el suelo, monedas aventadas. Pero lo verdaderamente

desastroso fue descubrir que muchos de sus objetos higiénicos robados, estaban acomodados de otra manera, no como él los había dejado. Eso le molestó muchísimo. Cuántas veces le había advertido a mamá. Los frascos de vidrio no deben moverse; reaccionan a los cambios de luz, igual que las begonias de la entrada. ¿Por qué estaba destendida la cama? «¿Qué demonios había estado haciendo esa niña aquí?». Se puso furioso, como si de pronto lo hubiera asaltado el trágico recuerdo de un pasado prehistórico.

Alarmado, displicente, absorto en la rabia de unos temblores provocados por la excitación incontrolada, se fue de prisa al baño. No sabía exactamente por qué, pero sentía la imperiosa necesidad de lavarse la cara. Esta vez abrió el grifo echándose agua, dos, tres, diez, quince veces. Un poseso macerando la piel dolida, triste, deprimente. Miró el rostro húmedo en el espejo. Había un centro parpadeante. Sombras gualdas escurriéndose como entre las rejillas de una alcantarilla. Con las yemas de los dedos se restiró uno de los párpados. La piel estaba cediendo. Ya no era la misma tensión de años atrás. «Mierda», se dijo. «Además de jodido, me estoy haciendo viejo». Ahora los pliegues cutáneos tenían ese aspecto geométrico de escamas enraizadas. Algo le decía que en su rostro no había simetrías porque la superficie estaba cubierta de ínfimos gránulos, máculas, escoriaciones y otras marcas germinadas en poco tiempo. Modesto sintió miedo. Le pareció que la imagen reflejada en el espejo era la de un macrocéfalo tuberculoso y purulento. La suciedad se había deslizado hasta los quicios más profundos de su interior, impregnando sus órganos de humedad y aire podrido. Miró al detalle las uñas de sus dedos. Había puntos negros, escaramuzas de mugre alargadas hasta la misma raíz de las cutículas. Nunca antes había relacionado la mugre de sus uñas con su propia miseria. En otras épocas, la simple mirada de unas verduras echadas a perder podía parecerle algo detestable, pero siempre imaginaba que aquello estaba fuera de su ámbito personal. Sin embargo, ahora se daba cuenta, de un modo bastante cruel, que su cuerpo era un calabozo infestado de bacterias, y cada uno de sus órganos vivía atrapado en la hediondez de ese calabozo. «Esto no debe permanecer así. No puedo darme el lujo de desperdiciar mi existencia con la carga de la inmundicia interior». En lo sucesivo trataría de medir, por todos los medios a su alcance, los grados de corrupción interior hasta dar con alguna fórmula capaz de liberarlo. No más mugre, no más desorden. A partir de ese instante dio inicio otra más de sus manías incontrolables: poner las manos abultadas en su boca para oler la fetidez de su aliento. En esos momentos sintió un vaho caliente, apestoso a residuos de pan y garbanzos. Vertió más cantidad de Isodine al vaso con agua. Mientras hacía gárgaras se imaginó

peleando con un oso polar. Lo tomaba del cuello ferozmente hasta obligarlo a mostrar los colmillos afilados. También ese animal tenía restos de pescado ensartados entre los dientes. Ni siquiera en una región tan remota y helada, un ser vivo de esas condiciones podía desprenderse fácilmente de los restos de comida embarrados en la boca. El mundo debía estar más infestado de porquería de lo que se imaginaba. No sólo él temía ser devorado un día por millones y millones de minúsculas alimañas. Estaba seguro de que los miedos a las influencias nocivas de la suciedad eran ancestrales. En esos momentos recordó que en uno de sus cuadernos verdes, guardaba una docena de litografías que había sustraído de un viejo almacén.

Dio vueltas a las páginas. Encontró lo que buscaba. Eran varias acuarelas en pequeño formato. Deshizo el cordón morado. Empezó a mirar detenidamente. La primera era color sepia. Leyó «El rey Urizen se sumerge en el fluido sulfuroso de sus sueños». Enseguida, con la punta de su dedo índice fue trazando el contorno del dibujo. Después acercó su boca y tocó ligeramente con la punta de su lengua. Sabía a dulce de Manila. El anciano rey estaba desnudo con los brazos extendidos mirando hacia el cielo, feliz de la vida porque vivía en un mundo infinitamente más dulce y limpio. Las barbas extendidas flotaban bajo la superficie del agua. «¿Por qué?», se preguntó Modesto, «¿al final de sus días ese mítico rey había renunciado a vivir fuera del agua?». Claro, descubrió que el mundo era una ponzoña de seres inmundos. No debía salir nunca más del estanque. Otra pequeña imagen representaba la parábola de Saturno preparando el fluido esencial de la vida contra la putrefacción de la tierra, porque según se dice en las Escrituras (1, Gen, 2, 6), desde aquellos tiempos remotos, la tierra ha sido fétida. Está llena de vapores acuosos y todo el suelo cubierto de monstruos del mar. Modesto miraba complacido la figura de Saturno, con su túnica amarilla hasta los suelos, el cíngulo de plata en la mano derecha y la esfera de oro custodiada por una paloma en la mano izquierda. En otra imagen terrible, estaba representado el alquimista griego Zósimo, ante el cadáver que él mismo había descuartizado. Al igual que otros filósofos herméticos pensaba que cuando los miembros cortados ya habían adquirido el tono blanco de la sal, era porque ese cuerpo ya se había transformado en espíritu puro. En la mano izquierda del verdugo hay una hoja donde está escrito: «te he matado para que reboses de vida, por eso ahora tu cabeza es de oro».

Se vistió dejándose una toalla húmeda alrededor del cuello. De pronto entró Enoé.

—¿Qué haces aquí niña?

—Vengo a decirte que hace un rato me metí a tu cuarto

—Sí. Ya me di cuenta. No debiste hacer eso.

—¿Me perdonas, sí?

—Pero ¿por qué habría de perdonarte?

—Porque soy una niña, y porque te traje un regalito

—Ahh, siendo así, te perdono entonces. Ahora quiero ver mi regalito

—Enoé metió las manos a un doble fondo de su vestido.

—Aquí está. Es una de mis manos favoritas

—Tienes razón. Es muy bonita. ¿Sabes quién la hizo"

—Sí claro. La hizo mi amigo Antonio, el escultor. Una vez vino a mi casa a pedirle dinero prestado a papá. Como no tenía para pagarle mandó poner una escultura de las que él hace en la puerta de nuestra casa. Esta mano se fue desprendiendo a causa de la lluvia.

Modesto puso la mano a contraluz. Era un trabajo muy delicado, inspirado tal vez en la mano de una doncella muy joven.

—Vamos a buscarle un buen sitio. Aquí la podemos colocar, junto a esta imagen de una princesa camboyana. Así, vamos a imaginar que una persona muy fina y elegante ha venido desde muy lejos a visitarnos. ¿Qué te parece?

Enoé dio un salto de gusto. Enseguida le preguntó a Modesto de dónde había sacado tantas cremas y tubos labiales de mujer. Modesto titubeó, pero finalmente dijo:

—Todo esto que ves aquí, me lo he robado hija.

Enoé soltó la risa. Le parecía imposible que alguien con apariencia de tonto fuera capaz de robarse todas esas cosas. Siempre había imaginado que los ladrones de verdad eran personas muy simpáticas, apuestas e inteligentes. Pero a Modesto no le hacía gracia que aquella niña pusiera en duda sus habilidades de ladrón.

—Mira, para que veas que sí es cierto lo que te digo, te voy a enseñar algo que le robé a tu mamá".

Modesto se subió a una silla. De lo alto de una repisa empolvada tomó una cajita. La abrió y se la mostró a Enoé.

—Estos aretes y los dos anillos son de tu mamá. Una vez entré a tu casa a ver si nos daba un poco de veneno para las hormigas. En un descuido zazz, me la eché al bolsillo. ¿Pero no irás a delatarme eh?. Modesto le guiñó un ojo.

—Claro que no. Si voy con el chisme entonces se acaba el secreto y ya no vas a querer contarme tus historias. Ahora voy a bajar otra vez con tu mamá. Ya casi estamos acabando con las hormigas.

Al día siguiente llegó al trabajo vestido con saco y corbata. Traía el pelo engomado, gafas oscuras, pitillera en el bolsillo. Por supuesto, nada más cruzar las arcadas del pórtico central empezó a silbar el estribillo inicial de la Quinta. Parecía una mangosta en busca de hierbecitas para comer. Por primera vez en muchos años iba saludando a todo el que se le cruzaba, enroscado en frases de rancia retórica, salidas desde las cloacas más profundas de la hipocresía. —Órale papá —le dijo Toño, el bolero maricón. Modesto sonrió devolviéndole una señal obscena. Tomó un vaso de plástico abandonado, lo depositó en el bote de basura y se sacudió las manos como si hubiera hecho algo completamente ajeno a su persona. En esos momentos avanzaba solemnemente como un cangrejo arrogante, gorgoteando fragmentos inconexos de la Quinta. Se detuvo frente a los murales del maestro Gabriel Flores, enmarcados por columnas de cantera plomiza. Días atrás, habían colocado unos andamios de restauración. No había nadie por ahí. Entonces, tuvo una idea. Levantó el dedo índice apuntando hacia un caballero águila caído en desgracia. Hizo un gesto arrebatado, como si él también quisiera defenderse contra pendones, gallardetes y cruces coloniales. Enseguida sacó del bolsillo un escalpelo diminuto. Echó varias ojeadas por todos lados y cuando estuvo seguro de que nadie lo miraba, se trepó rápidamente a los andamios. Nervioso, preso de gran ansiedad, hizo un corte con la punta del escalpelo en la parte más baja del caballero águila derrotado. Nadie notó nada. Tal vez nadie, durante siglos, notaría esa pequeñísima hendedura vandálica. Pero a Modesto eso no le importaba en lo más mínimo. Había clavado su arpón. Deliraba y gemía por dentro. Sus dientes blancos brillaban en la sombra como si fuera un caballo encabritado.

Risa, mucha risa. No hay nada mejor que tragarse el absurdo, y si es posible afeitarse con él. Se dirigió al baño más cercano. Abrió la portezuela del retrete. Sabandija en su madriguera. Se puso a examinar con extremo cuidado la punta de la navaja. La levantó a contraluz. Ahí estaba su tesoro. Unas cuantas carcomas de pintura gris. Olfateó. Tocó con la punta de la lengua. «Ahora soy un héroe. Pintura universal en mi poder, coño». Desenroscó suavemente el mango del escalpelo. De la solapa sacó una bolsita transparente de plástico. La abrió con las yemas de los dedos y metió en ella la punta del escalpelo. Volvió a sonar la Quinta.

Cuando entró a la sala de lectura del archivo empezó a esculcarse apresuradamente los bolsillos «!Mierda. Estoy en la ruina¡». Inmediatamente un hombre gordo que tenía extendido un mapa sobre la mesa volteó enojado. «Shhh, cállese, por favor». La frase gravitó desnuda en la sombra. Modesto se encerró en la oficina de personal sin saludar a nadie. La libreta de firmas aún no estaba lista. Reclamó a la anciana encargada haciéndole notar que sin su firma a tiempo, la bitácora del archivo carecía de validez. —Debe entender, querida señora que nuestra firma puede protegernos contra huelgas y abusos sindicales. Vivimos en una república engrandecida por los tiempos laborales de sus hombres más ilustres. Hágame el favor de ponerla en su lugar cuanto antes, o me veré obligado a solicitar audiencia con la directora.

La anciana no oía bien, pero todo lo que decía Modesto le parecía gracioso. A los otros empleados de servicio les pedía que le tuvieran paciencia.

—Búscala tú hijo. Yo estoy arreglándome las uñas.

Así lo hizo. Buscó en el escritorio de la directora hasta que encontró la enorme libreta. La sacó del cajón y la puso sobre la carpeta del mostrador. Buscó en los cajones una pluma roja. En el espacio dedicado a notas y comentarios escribió lo siguiente: *«Hoy llegué un poco tarde porque me detuve a contemplar los maravillosos murales de nuestro Gabriel Flores. A pesar de tantos años trabajando en esta dependencia, no pude abstraerme al influjo de todo ese poder. Dejo constancia de mi admiración por el descomunal talento de este hijo ilustre de nuestra patria».* Puntos suspensivos, dos cruces y un guión largo. *«Encarecidamente, le pido que no se descuide ni un sólo centímetro de restauración. He dicho.»*

Esa mañana era diferente. No tenía ganas de fastidiar a ningún investigador en particular. Sentía que la vida podía ser increíblemente tranquila y poderosa. La jefa le había encomendado como única tarea, revisar las fichas de clasificación. Si alguna estaba fuera del anillo metálico, sólo había que volver a ensartarla en su lugar. Pero no hizo caso. Era preciso mantenerse alerta.

En cualquier momento podría llegar *ella*. Tomó asiento junto a la ventanilla. No debía distraerse ni un momento. Bueno, ni un momento, es un decir. Encendió un aparato de radio diminuto, empotrado bajo una máquina de escribir. Buscó en el cuadrante la voz del doctor Longoria. De nuevo rostros enfadados. Seis o siete investigadores dejaron de leer. Por fin apareció la voz gangosa del doctor. En ese momento daba consejos contra la manía obsesiva de morderse las uñas. Modesto abrió desmesuradamente los ojos. Algo se le estaba ocurriendo. Hizo una seña a la anciana encargada para que se acercara.

—Oiga

—¿Qué pasa Modesto?

—¿Ha oído hablar de la onicofagia?

—Ay hijo, me estarás insinuando una de tus groserías

—Cómo cree Amparito. Un caballero de mi clase, jamás. Onicofagia es el vicio de morderse las uñas para calmar los nervios.

—Ah sí. Por aquí hay mucha gente que se muerde las uñas

—Se da cuenta. El doctor Longoria dice que si este vicio infecto no se corrige a tiempo se puede convertir en acto reflejo. La boca se apesta. Las encías se inflaman. Dejan de crecer las cutículas, y lo peor del asunto es que las manos se vuelven inútiles para separar cintas, hojas, grapas, en fin. ¿Sabe de qué estamos hablando?

—No hijo, no lo sé

—Pues imagínese nada más lo que podría ocurrir si a alguien del archivo le da por volverse onicófago. Simplemente sería un inútil para servir en esta dependencia, o peor aún, véalo de esta manera. ¿Qué pasaría si este vicio se contagia y todos aquí nos volvemos onicófagos?. El caos total Amparito. No debemos permitir que eso suceda. Le pido entonces que si usted ve, por asomo siquiera, a uno de estos malandrines que trabajan aquí, mordiéndose las uñas, me lo haga saber de inmediato. Yo mismo me encargaré de ponerlo en su lugar. ¿De acuerdo Amparito?

—De acuerdo, pero ya deja ese trajecito por ahí. Acuérdate que hoy te toca limpiar los baños. La jefa no tarda en llegar.

—Bah. Me tiene sin cuidado la jefa. Hoy no me muevo de aquí

—¿Y se puede saber el motivo?

—Espero a una persona

—Uyyy, no me digas. Entonces yo me voy a rascar la roña donde no moleste a las pulgas, ji ji

La anciana se alejó riéndose y tosiendo al mismo tiempo. El sonido estentóreo parecía provenir desde el fondo de una lata.

Modesto siguió atento a la voz gangosa de Longoria. Así transcurrió la mañana: hueca, disonante, fragmentada y repetida entre las voces de la radio. Recordó unos versos lacónicos en voz de León Chávez Texeiro.

se va la vida
se va al aujero…
como la mugre en el lavadero

Estaba desesperado, débil, a causa de las infinitas variantes del mundo que no lograba poseer. Sin embargo, ya cerca del mediodía apareció la figura menuda de Maura exorcizando el dictamen de un proverbio chino muy antiguo: *La belleza y los ideales perversos de un amante cruel, no pueden ocultarse demasiado tiempo*. Fue directamente al mostrador de documentos. Llenó una sola ficha y se la entregó a Luis, un joven archivista que padecía de un tic convulso en la quijada. Invariablemente se apoyaba en una muleta atascada de autógrafos.

Modesto lo interceptó por detrás de los estantes.

—Luis, déjame ver esa ficha. Si no lo haces caes en pecado mortal

—No digas pendejadas. Toma

Inmediatamente después de ese pequeño sabotaje, Modesto regresó a su puesto de vigilancia. Su cabeza era una bóveda tumultuosa de pensamientos inquisitoriales. No perdía detalle de Maura. La seguía como un buitre inflado, por cada rincón de la sala de lectura. Era terrible contenerse, pero en esos momentos hubiera sido un error garrafal intentar cualquier acto provocativo en contra de algún investigador. «¿Por qué no se largan todos de una buena vez? Malditos parásitos».

Cuando Maura terminó de leer se levantó de la mesa. Fue a donde estaba Modesto. Se plantó frente a él, y así, sin más, le mostró su axila derecha.

—No está sudada, ves.

Al pobre, se le atoró una flema de la impresión. Empezó a toser moviendo las manos como un pollo recién atrapado. Maura le dio golpecitos en la espalda. Se alejó sonriendo hacia el mostrador de documentos, jugando a ser la pequeña reina trepadora que acaba de intimidar a su macho. Inmediatamente Modesto cerró los ojos para recrearse una y mil veces con la imagen de

esa pequeña región de piel escasamente cubierta de pelo. Necesitó unos minutos para dominar su turbación. Fue otra vez con el archivista en muletas a pedir los mismos documentos que Maura acababa de entregar. Volvió a sentarse en una mesa meneando el cuello. Justo, en ese instante sonó la campanilla de servicio. Era la jefa «Bah, que se joda». En esos momentos no estaba para atender a nadie.

En la parte alta del racimo de hojas Modesto leyó: *Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 2*. Desató el cordón violeta mirando hacia todos lados, como si estuviera a punto de cometer un acto vandálico. Lo cierto es que estaba nervioso. No podía derribar la húmeda sonrisa de Maura, clavada en la memoria como un artilugio de espejos inversos. Durante unos cuantos segundos cerró los ojos, adelgazó la respiración e inclinó la cabeza, con tal dulzura que, de pronto, hubo un viraje profundo en todos los páramos y rellanos de su triste imaginación.

Los primeros documentos estaban dedicados al mar. Pedro Goncalvez, capitán de Toledo narraba los avatares y sufrimientos que debían soportar los marinos anclados en el Puerto de Navidad. No era fácil seguir el hilo. Había marañas de anécdotas inconexas, elisiones, comparaciones, cláusulas contables. De pronto, en medio de la descripción de un torreón, se atravesaba una oración a la Santísima de los Vientos, o bien, hacia el final de una historia, se metía un filón de cuentas y alcabalas. Sin embargo, a esas alturas Modesto había desarrollado cierto instinto de arponeador. Sabía encontrar detalles intensos que de inmediato inflamaban su imaginación. Pronto dio con un maravilloso reporte de marinos varados en una dársena. «¿Cómo imaginaba Maura todo ese amasijo de gentes?». La brea mezclada con los aires infectos de la cala bastaba para explicar los brotes putrefactos del escorbuto. Algunos navíos tiraban anclas convertidos en verdaderos pantanos flotantes. Por todos lados se filtraban las aguas del mar, haciendo estragos día y noche en las costuras de cordajes y revestimientos. También el agua dulce hacía estragos oxidando el fierro de las poleas, alcayatas y balas de cañón, dando lugar a charcas negruzcas donde millones de larvas y huevas de mosca burbujeaban al menor atisbo de fermentación. Por un instante, Modesto se imaginó embarcando junto a Maura en el mismo buque donde Drácula hacía su último viaje a Transilvania. Se preguntaba si ella también sentía extraños placeres mientras leía esas descripciones de cadáveres putrefactos flotando en las aguas calientes y espumosas de las sentinas. Trataba de saber si a ella también le gorjeaban los intestinos mientras merodeaba, como ahora él estaba haciendo, entre beques, bacines, tarjas,

retretes y las inmundas respiraciones de las bestias embarcadas. Se preguntó si acaso ella también había contenido la respiración cuando leyó esa misma historia del navío *Fontanelle* que transportaba heces fecales pulverizadas a la isla de Cuba, pero que al llegar a La Habana ya sólo era un barco fantasma, debido al exceso de muertes provocadas por el nauseabundo cargamento.

En ese punto dejó de leer. Las manos le sudaban. Tenía sed, mucha sed. Echó una mirada. Se levantó y descaradamente se agenció un botellín de agua, propiedad de un joven estudiante que aún permanecía leyendo en una de las mesas traseras. —No hay pedo. Tómatela toda. Le dijo el muchacho, cuyo rostro reflejaba un aburrimiento de años.

Modesto no podía darse cuenta, pero a medida que iba leyendo, su conciencia higiénica se iba infectando perniciosamente. No sólo era el poder visual de las descripciones, era ese tráfico incontrolable de cientos, miles de sensaciones olfativas y visuales colándose por el resumidero de sus depósitos cerebrales, en espera de saltar y morder a la menor oportunidad.

Más adelante, se adentró en descripciones y pequeños relatos carcelarios. Un piquete de reos se había amotinado en protesta contra la falta de aire fresco en las mazmorras. Al parecer, durante la refriega contra guardias de mosquete se registraron gritos de ahogo y desesperación. Algunos guardias murieron pisoteados, otros huyeron atemorizados porque al reventarse los candados, también escaparon exhalaciones terribles que manaban de aquellos cuerpos sudorosos y cubiertos de ampollas reventadas. Un solo reo de apellido Fernández provocó el caos cuando fue presentado a declarar en la sala de audiencias, pues en cuanto ingresó al lugar, un hedor terrible se levantó, se expandió y espesó el aire provocando arrebatos de histeria, gritos, caos. La gente salió huyendo a trompicones. Hubo quienes murieron apretujados y pisoteados. Se dice que más de doscientas personas enfermaron y fueron a morir a otros lugares. Por último leyó un pasaje dedicado a describir las infames condiciones de higiene que prevalecían en las cárceles de caridad. Por todos lados había enfermos estacionados que derramaban sudores infectos y esputos purulentos. Poco a poco Modesto fue ingresando al túnel de las visiones amplificadas. De pronto se tapó la boca, pues las imágenes de putridez e insania se volvieron tan densas y abigarradas que lograron sobrepasar sus límites de tolerancia. Por todas partes había enfermos de peste. Llagas escurriendo sanies enmoscadas. Tráfago de bacinicas vertidas, tan sólo en dos retretes para toda la prisión. Miembros gangrenados y cadáveres rajados en canal a cielo abierto. Los moribundos eran abandonados en cuartos obscuros y húmedos, a fin de apurar la muerte. Cuando ya no había lamentos, entraban dos alguaciles con palas y carretillas para llevarse a los recién finados hasta

los sepulcros mal tapados del cementerio trasero. Por ahí se dice que esas tumbas mal cerradas eran aprovechadas por saqueadores interesados, no sólo en dientes y muelas de plata, sino en algo mucho más valioso y bien cotizado entre fabricantes de velas: *grasa.* Armados con estiletes, cucharones y varias cubetas, abrían rápido tres o cuatro vientres en lonchas largas extrayendo todo el sebo que podían, hasta salir huyendo al amparo del sancocho caliente y el zumbido de las moscas.

No aguantó más. Cerró la hoja de folios. Amarró el paquete y lo entregó a Luis, el archivista con muleta. Estaba mareado. Le dolían las quijadas. Se revisó las uñas de la mano izquierda, luego las de la mano derecha. Sobre el mostrador había una botella semivacía con agua mineral. Se la bebió toda dejando escapar un eructo sonoro. Los ojos se le habían puesto gordos y llorosos, como de sapo.

—Ya te dio alergia. Así pasa las primeras veces cuando alguien revisa documentos antiguos. Ve al baño a lavarte la cara. Pareces drogado.

—Dime Luis ¿Te asusta la inmundicia?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé. Nada más dime. Haz un esfuerzo.

—Bueno, depende. Hay grados de suciedad. No es lo mismo ver un plato con sobras de comida, que mirar un escusado lleno de caca. Pero no pienso en eso muchas veces.

—Justo, eso es ¿Tú crees que la gente piensa mucho en la suciedad de las cosas?

—Me parece que actúan como ardillas en su madriguera. Mientras se sientan a gusto, no les va a importar si están rodeados de lombrices, moscas, bacterias o lo que sea.

—Pero eso es una estupidez ¿No te parece?

—De ninguna manera. Es cuestión de supervivencia. Si la gente pasara sus días preocupada por la suciedad que la rodea, terminaría volviéndose loca.

—¿Insinúas entonces que se me está zafando la chaveta, eh? Gracias por tu ayudita, simpático.

Modesto se fue. Necesitaba salir a la calle en busca de aire fresco. La barriga le ardía como si fuera un cachorro hambriento. Clavó las manos en el bolsillo observando el piso negruzco. En su cabeza restallaban imágenes de cementerios derruidos, vapores arsenicales, cadáveres, gentes arrojadas al abismo. Nunca hubo recortes metódicos. El tiempo devoró todo

intento purificador, puesto que las infinitas sumas de hacinamientos y miasmas fueron incubadas multiplicándose de un modo tenaz y laborioso, como la más peligrosa de las enfermedades.

Aunque no lograba comprender el fondo articulatorio de los mecanismos históricos, Modesto era capaz de percibir empíricamente el fenómeno de la multiplicidad aleatoria. Trataba de hacer conclusiones sólidas, aferrándose a una fenomenología perceptiva tan rudimentaria como sensitiva. Su cuerpo se estaba transformando en un molusco incapaz de soportar tantas sensaciones. Mientras caminaba entre avenidas, calles atestadas de gentes y automóviles, iba percibiendo la fuerza de un brutal descenso hacia los umbrales de la nocividad más abyecta. Presentía incertidumbre en todo lo que miraba. Nada parecía concluido. Todo estaba lleno de ansiedad, miedo, conmoción. Fue entonces cuando, a partir de lo que había leído en los documentos del siglo XVIII, vislumbró a cabalidad su propio sueño de pureza.

Fue así que, al llegar a casa se dirigió directamente al baño mostrándose displicente ante Inés y Enoé, quienes estaban metidas en la cocina colocando bolitas de pan con veneno para hormigas. Esperó a que el agua de la regadera saliera hirviente. Dos, tres, cuatro veces se talló con estropajo y jabón neutro. Había cierta rabia contenida en la intensidad y la presión que ejercía sobre la piel escoriada. Pensaba en la diversidad de formas que debían tener todos esos seres microscópicos, aferrados al pigmento poroso de su piel. Después de todo, el doctor Longoria había dicho por la radio que las bacterias corrigen y aumentan su resistencia con el paso del tiempo, —¡Muéranse, perras inmundas!

—Oye Inés. ¿Con quién se está peleando Modesto?

—Ah. No es nada. A veces reniega solo, ya lo conoces.

Cuando la puerta del baño se abrió, Modesto emergió desde el fondo de un hongo de vapor, embozado en la bata de toalla. Parecía un pollo recién sacado del caldero. Entonces, sentado en la silla de su pequeño escritorio hurgó en la bolsa del saco. Sacó la bolsita transparente donde había metido el escalpelo con las pequeñas carcomas del mural de Gabriel Flores. Tomó hilo y aguja de un cajón. Encajó la aguja en una esquina de la bolsita y la amarró con tres nudos. Rato después, el pequeño trofeo pendía colgado en el muro, junto a su arsenal de productos higiénicos. Enseguida buscó su libreta personal y escribió: *Hoy deseo reafirmar la declarotoria que hice el 26 de febrero en el Salón de Cabildo, ante las sabias palabras del mismísimos Juárez. Me voy a transformar en un hombre higiénico. Esta decisión no sólo es trascendente para mí, sino para la civilidad de esta inmunda ciudad. Lo primero será evitar*

cualquier cercanía con un cadáver. Nunca jamás asistiré a un cementerio, ni por asomo. Si alguna vez me veo en la necesidad imperiosa de ir a un hospital, indagaré a conciencia dónde diablos se encuentran los muertos, a fin de evitar cualquier contagio. Nadie se sorprenda si me tapo la boca en los velorios, porque si algo me da asco y miedo es el olor de un cuerpo en plena descomposición. Lo segundo será evitar a toda costa cualquier visión fecal, incluidas mis propias heces. Para ello desarrollaré una técnica de aseo que me impida mirar hacia abajo, cada vez que me limpie el ano. Llegará el día en que mi mente ya no recuerde cómo son los desechos humanos. Lo tercero será alejarse de cualquier enfermo, pues he descubierto que mi cuerpo tiene cualidades esponjosas; puede absorber toda clase de bacterias, algunas de ellas tan peligrosas que podrían ponerme al borde de la muerte. El cuarto punto consistirá en purificar el ambiente hasta el último rincón de esta maldita atmósfera. No bastan los perfumes. Esa técnica es complaciente y engañosa. Será necesario valerme de vinagre, alcohol, fumigantes y todo aquello que la química médica sea capaz de proveerme.

Pero además de estas anotaciones, Modesto asumió nuevas decisiones higiénicas, a fin de aumentar su resistencia a lo que él llamaba *infecciones flotantes*. Esa noche estuvo musitando frases inconexas, casi hasta la madrugada. Cuando amaneció se vistió y salió de prisa al Mercado Corona. Un par de horas más tarde regresó con pequeños envoltorios de plástico. Inés le ofreció un recalentado de tamales con arroz, pero no hizo caso. —Tengo algo importante que hacer arriba. —El tono de su voz era cortante y precipitado, como si hubiera dejado una mujer desnuda a medio satisfacer. Subió pues. Abrió una bolsa verde chillante. Sacó un limón y lo partió por la mitad. Lo piqueteó con clavos de olor. Exprimió unas gotas frotándose el jugo entre las manos, sobre los brazos y el cuello. Después remojó un poco de ruda en alcohol formando una almohadilla con algodón. Lo mismo hizo con hojas de toronjil, mejorana, romero, azahar, orégano, basilisco, tomillo, laurel, cáscaras de naranja y membrillo. Fue colocando cada almohadilla en lugares estratégicos donde, según sus cálculos, sería más probable que se enquistaran bacterias de peste. «Nunca se sabe. Cualquier día de estos se desata una epidemia y todos empezamos a vomitar esputos negros en la calle».

Pero no sólo pensaba en el arribo de alguna pandemia. Modesto deseaba provisionarse contra males más personales. Traía consigo unos trozos de araucaria. Se la habían recomendado como cicatrizante y paliativo contra úlceras gástricas. También consiguió unas cuantas bayas de enebro, magníficas para desechar por la orina bacilos malignos. Después sacó una bolsita con

flores molidas de lavándula, pues según sus cálculos, muy pronto entraría a una edad en que los gases intestinales empezarían a volverse nocivos e incontrolables. En otro paquetito traía cortezas de melisa por si acaso le llegaban diarreas de flujo imprevisible. Por último abrió cuidadosamente un paquetito con hojas conocidas como uñas de gato. El anciano barrigudo que le vendió todo, le había dicho enfáticamente que esas hojas eran maravillosas para contrarrestar los efectos de la quimioterapia. Le importaba un rábano que nadie le hubiera diagnosticado algún tipo de cáncer, qué tal si un día decidía regresar al consultorio del doctor Fabián Godínez a darle un abono a cuenta del teléfono inalámbrico que aún le adeudaba, y de pronto, así, sin más, le decía que estaba notando en su piel señales inequívocas de cáncer estomacal. Entonces, si eso llegara a suceder, además de infusiones de uñas de gato, tendría que beber largos y pausados tragos de boldo, abedul, malvavisco y poleo, porque su estómago se pondría boludo, rígido y plagado de grumos como callos rebajados con lija de agua. Modesto jadeaba de los nervios.

Por último, abrió el clóset. Se dio a la tarea de esparcir flores de Angélica en polvo sobre sus ropas. En uno de los documentos del siglo XVIII que había leído; el gran higienista Fouchellez afirmaba que las flores de Angélica constituían el mejor remedio contra los venenos morbíficos. También vertió un poco de polvo en una cajita de mentas. Se subió a la silla para sacar unos pequeños frascos oscuros que, meses atrás había robado en una droguería del centro. Mezcló unas gotas de alcanfor con el polvo de Angélica. Cerró la tapa de la cajita y la selló con cinta diurex. A partir de ese momento se prometió a sí mismo llevarla todos los días en sus ropas, como un amuleto contra venenos e insanias flotantes. No conforme aún, se dio a la tarea de preparar con sumo cuidado uvas pasas con bicarbonato. Recordaba que, en uno de los folios de higiene se hablaba de un médico dado a repartir entre sus pacientes uvas secas impregnadas con bicarbonato para cicatrizar postemillas. Cuando terminó de preparar cada uva, las colocó en una cajita de plástico sobre un pequeño buró, a la entrada del baño, de modo que, según sus cálculos, siempre estarían a la mano en caso de emergencia, incluso en medio de la noche, porque Modesto estaba convencido de que las postemillas invariablemente duelen de noche cuando la saliva se vuelve caliente, amarga y espesa como vinagre.

Fascinación y repulsión hacia lo abyecto. La espiral no cesaba. Cada día las pulsiones interiores de Modesto se tironeaban dejando tras de sí pequeñas estelas imperceptibles de sufrimiento. Una mañana bajó a desayunar. Inés había puesto sobre la mesa un plato de arroz con leche. Apenas tocó la superficie de nata cuajada con la punta de un dedo, e inmediatamente

sobrevino el asco en arcadas. Cruce de imágenes con escenas de basurales, charcas enmoscadas y cagarrutas de paloma «¿Por qué me está pasando esto?» No lo sabía. No había manera de saber cómo demonios era que esa tela cuajada, lechosa, inofensiva y simple como una hoja de celofán, de pronto le parecía tan repulsiva, siendo que desde niño había desayunado cientos de veces arroz con leche. Entonces ocurrió una pequeña tragedia. Se acercó hasta tocar con los labios la superficie de la nata. Por la boca del estómago subió un espasmo grueso, intermitente. Se figuró que lo vertido en ese plato semejaba desechos de cloaca. Se llevó las manos a la boca. Retorció el vientre. Hizo cuñas en las vísceras. El cuerpo se crispó cubriendo de sudor la frente. Ahí mismo volvió el estómago sobre la mesa como si fuera un niño de dos años sorprendido por el espasmo. Cuando Inés lo encontró estaba llorando en el suelo todo embarrado de vómito.

Durante varios días anduvo contrahecho. Tenía la rara sensación de que algo incontrolable se le había colado por todas las rendijas de su piel. Era como si de pronto el azar, frágil y engañoso le hubiera tendido una trampa. Un día amaneció creyendo que por todos lados había cadáveres ocultos. No eran simples imágenes intermitentes y secuenciadas, era toda una serie de cuadros vivos ubicados en los sótanos de las casas, en los patios de las escuelas, en las bodegas de los supermercados. Siendo niño había sentido los mismos terrores cuando papá le había dicho riéndose, que un día los muertos iban a salir de sus tumbas en busca de niños tontos como él. Ahora, además de miedo percibía en esas imágenes el colmo de la abyección. Era la muerte infestando la vida, su propia vida. Al mismo tiempo dejó de comer alimentos que días atrás todavía le parecían apetitosos. Cada plato de comida era meticulosamente revisado. Lo mismo valía el tenedor o los dedos. Hurgaba entre los granos de arroz, entre las hojas retorcidas de lechuga. No le importaba meter los dedos en el plato caliente de lentejas. Buscaba siempre lo mismo; algún nervio, un minúsculo insecto atrapado al calor del aceite. Buscaba cualquier vestigio ajeno al concepto de alimento que obsesivamente se había construido para sí mismo, lo demás empezaba a importarle poco.

Fue así que empezó a elaborar su propio teatro de higiene alimenticia. Cualquier insinuación de impureza le parecía que inmediatamente debía recibir el mismo trato que la hez. Fuera, expulsada para siempre de su vista. Si acaso era un filete de carne asada, inmediatamente le hacía surcos con el cuchillo en busca de jugo rojo. Nada más ver un poco de líquido escurriente era suficiente para integrarlo con estrepitosa violencia, al cuadro de una herida con sangre y pus. Cuando eso ocurría, la frente comenzaba a sudar indicándole que ya estaba al otro lado del límite.

En ocasiones lograba contenerse, pero otras veces no aguantaba. Se levantaba de prisa con la sensación de repugnancia atorada en el esófago y corría hasta el retrete más cercano.

Cierta noche le ocurrió algo extraño. Inés terminaba de fulminar una pequeña colonia de hormigas junto a la estufa. De pronto se incorporó y le dijo.

—Tengo ganas de cenar pozole

—¿Qué…?

—Tengo ganas de cenar pozole, hijo.

—Pero mamá. Ese plato es asqueroso. Puros granos de maíz hervido con carne de puerco, guácala.

—Bah, tonterías. Ese plato es orgullo nacional. Además, has comido pozole desde que eras un chiquillo. No me salgas con asquitos ridículos.

—Vamos, pero con una condición.

—A ver, dime

—No me hagas probar nad".

—Ándale, ponte una chamarra y péinate esos cabellos, pareces limosnero.

La fonda *Tres Marías* estaba clavada en un rincón bullicioso del barrio, junto a la parroquia local. Era un lugar grande y bien iluminado, con adornos y motivos evocadores de películas antiguas: Irma Dorantes, María Félix, Pedro Infante, Cantinflas, El Santo. Cuando llegaron a la fonda, Modesto fue directamente al pretil donde se preparan los alimentos. Con las manos atrás se acercó al comal en plan de sabueso. Dos mujeres hundían alegremente sopes, tacos y enchiladas en una pequeña charca de aceite hirviendo. Inquisitivo y escrutador, Modesto empezó a mirar detenidamente los movimientos de las dos mujeres. Movía la cabeza de un lado a otro en busca de algún detalle inconveniente. Las dos mujeres se miraron sorprendidas. Una de ellas detuvo la cuchara.

—¿Se le ofrece algo señor?

—Sí señorita. ¿De cuándo es esa carne que le está poniendo a los sopes?

—Ay corazón, de hoy mismo. Faltaba más, si casi acaban de matar a la vaquita hace un ratito.

—No se burle de mí señorita. Mire, mi madre es aquella señora de allá. Estamos a punto de pedir un plato de pozole nada más para ella; claro, yo ni muerto soporto ese caldo. Por favor

revíseme bien la carne. Ni un solo nervio por favor. Si por ahí sale uno flotando me voy a molestar mucho.

Antes de sentarse, Modesto metió la mano a una bolsa de la chamarra y sacó una mitad de limón picado con especias de clavo y mejorana. Lo acercó a su nariz y aspiró profundo. Se lamentó de no llevar alcanfor, como recomendaba el sabio Lémery.

—Te ves ridículo con ese limón pegado a la nariz

—Me da igual. Debo protegerme contra gérmenes volátiles

Estaba inquieto, nervioso. Había transgredido su propia frontera. Por todas partes lo asediaban imágenes repulsivas. Antes de sentarse miró al techo. De un vistazo descubrió natas negras de mosquitos atrapados en los cuatro focos colgados. Inmediatamente imaginó que todas esas cagarrutas mezcladas con el humazo negro del aceite se estaban expandiendo peligrosamente, pues tal y como había leído en unas notas del médico Brieude, las huevas de mosca engordan con el calor y los bochornos húmedos, hasta adquirir consistencia de almohadillas que terminan por convertirse en celdas de peste. En ese momento Modesto pensó que lo mejor sería huir.

—Debemos salir de aquí mamá. No te imaginas lo peligroso que es este lugar.

Inés no le prestó atención. Platicaba amistosamente con una de las meseras, al tiempo que ordenaba un plato grande de pozole con carnaza y trozos de lengua. Modesto se quitó el limón y empezó a mirar obsesivamente a su alrededor. A dos mesas, un hombre gordo masticaba con la boca abierta mientras se reía estrepitosamente. Modesto, visiblemente enfadado, acercó la cabeza hacia Inés.

—No puede ser. Ese hombre de ahí es un cerdo. Mira nada más cómo traga. Me está poniendo nervioso.

—No lo veas y ya.

—Bah, ese no es el problema. Se me revuelve el estómago nada más de imaginar el amasijo de comida batiéndose entre los dientes de ese idiota. Ya ves, ahora mismo no sería capaz de comer absolutamente nada de este lugar.

—Pero si tú ni siquiera pediste algo. Deja ya de estar molestando.

Fue suficiente. No aguantó más. Se levantó y salió de prisa.

Cuando llegó a casa subió inmediatamente al cuarto en busca de su libreta personal. Anotó lo siguiente: *Acabo de sufrir un severo revés al interior de mi balanza higiénica. Mi*

propia madre se convirtió en misteriosa cómplice de la peor corrupción moral que un hombre honorable como yo es capaz de soportar. Ahora no deseo dar demasiados detalles para no afectar la buena imagen de ella, pero sobre todo para no dar pie, a que en un futuro no muy lejano, cuando mis méritos se hagan públicos y yo sea reconocido como un ciudadano ejemplar, alguno de mis adversarios pueda acusarme de haber actuado dolosamente en contra de quien me vio nacer.

Hace apenas unos minutos, mamá y yo estábamos en la fonda Tres Marías, ubicada muy cerca de aquí, junto al parque de colomillos. Un lugar, por cierto, lúgubre y maloliente. Si alguna vez llego a ser funcionario de alto nivel, como seguramente sucederá, llegado su momento, no tendré contemplaciones para mandar cerrar cualquier negocio donde se preparen alimentos en condiciones insalubres. Pues bien, debido a mi natural instinto de observador sensible y sagaz, no tardé en descubrir numerosas anomalías higiénicas. Mugre en las paredes, aceite requemada en los comales, cocineras hablando tonterías sobre los alimentos, uñas grasosas, delantales salpicados con salsa y manchas de aguacate; en fin, toda una secuencia desordenada de imágenes terribles. Ante ese panorama desolador debí actuar inmediatamente. Pregunté a un par de cocineras por el estado de la carne. Sus respuestas, por supuesto no me dejaron satisfecho. Había cierto color que me daba mala espina, tanto en la carne de pollo como en la de res. Además, todo ese barullo de gente entrando y saliendo, me pareció desde un principio intrigante y sospechoso. Era como si todo el mundo fuera cómplice. Nadie parecía reparar en las anomalías que sin mayor esfuerzo yo estaba descubriendo.

Debo decir que esos primeros vistazos ya eran suficientes para mí. En ese mismo instante podría haber abandonado el lugar, pero claro, accedí ante la insistencia de mamá. Fuimos a sentarnos. Los hijos a veces somos capaces de someternos a cualquier degradación con tal de dar gusto a nuestros progenitores.

En cuanto nos sentamos empecé otra vez a escudriñar el ambiente. Pronto me di cuenta de que estábamos en peligro. Por todas partes mis ojos se topaban con nidos de bacterias. Particularmente advertí malos humores y larvas enquistadas en los cables y en las cubiertas de los focos. Para colmo, junto a nosotros había un hombre dándose gusto como si fuera un cerdo desatado en la pocilga. Yo advertí puntualmente a mamá de todo lo que estaba ocurriendo en ese lugar, pero ella, en vez de tomar providencias haciéndome caso, una vez más me fustigó con el

flagelo de su hiriente sarcasmo. Entonces decidí salir porque la sensatez dictaba que no debía permanecer indiferente ante una situación tan humillante.

Ahora, ya con la mente un poco más templada comprendo que la experiencia no ha sido en vano. Me queda claro que será una batalla larga, difícil y solitaria. El monstruo está en todas partes, lo cual no me extraña, pues durante siglos ha sabido ganarse la complicidad de miles, millones de ingenuos, entre ellos mi propia madre.

Al día siguiente, Inés trató de levantarlo a manotazos. Modesto rezongaba, pero en vez de abrir los ojos se volvió a enredar en la cobija. Su madre estuvo forcejeando durante un buen rato hasta que se le ocurrió darle con una cuchara en el miembro erecto. Modesto pegó un grito seco.

—Ya van a dar las ocho y todavía no te arreglas, vamos, no seas huevonazo, por el amor de Dios.

—Déjeme solo pues. Necesito cambiarme. Ay, ¿con qué demonios me pegó en el pito? Sí, ya veo. Por cierto, dígame la verdad. ¿Todavía hay hormigas abajo?

—Sí, ayer estuvimos Enoé y yo poniéndoles un veneno nuevo. Su papá lo trajo de Toluquilla. Nos dijo que era fulminante. A ver si es cierto.

—Bah, tonterías. Llevamos meses probando de todo y nada. Entienda mamá que se trata de una plaga subterránea. Sólo unas cuantas se mueren arriba, nada más, pero abajo debe haber cientos de galeras infestadas de huevos. Yo las oigo toda la noche. Rascan sin cesar. Ahora mismo usted puede estar parada sobre una galera llena de obreras hambrientas ¿Se da cuenta?. Déjese entonces de venenitos. Ese hombre, lo único que quiere es utilizarla para que le cuide a la chiquilla esa.

Salió de casa. Mientras iba en el autobús, una y otra vez se llevaba a la nariz una mitad de limón picado con palitos de clavo. Parecía un hombrecillo macerado en su propia trampa. No pocos pasajeros miraban de reojo. Una señora jaló del brazo a su hijo para que no se acercara demasiado. Cuando Modesto llegó al Palacio Municipal se dirigió directamente a la oficina de cobranzas. Iba decidido, montado en su pequeño plan de grandeza. A esas horas Maura

permanecía varada en su escritorio, un tanto indiferente al mundo que la rodeaba. Trataba de cerrar costuras a veinticuatro facturas de viáticos exorbitantes, ejercidos sin pudor alguno por ocho funcionarios que recientemente habían pasado una semana de arduo trabajo en una isla caribeña.

Modesto se paró frente al escritorio de Maura. Al principio no dijo nada, sólo permaneció un tanto pensativo mirando con cierto nerviosismo a la gente que entraba y salía de la oficina.

—Hola. Vine a verte... Es que...tú sabes. Necesito....

—Sí, dime.

—Necesito mirar tu axila.

Maura se puso colorada. En su rostro se dibujó una sonrisa armoniosa, complaciente, digna de sutiles y astutas discreciones.

—Ven. Sígueme

Salieron de la oficina. Cruzaron el patio de naranjos. Modesto iba detrás sin decir absolutamente nada. Era un esclavo abandonado al capricho de su ama. Atravesaron varios pasillos hasta llegar a un pequeño patio de arrayanes. En esos momentos no había nadie por ahí. Maura lo tomó de la mano y lo llevó a sentarse sobre una banca de piedra cubierta de moho.

Modesto estaba idiotizado. Nunca en su vida había percibido ese dulzor claro y salino aprisionado en el cuello de una mujer. Su conciencia se había alterado, de un modo semejante al de ciertos catatónicos cuando perciben la cercanía de una grave desgracia.

Maura, por su parte, sabía lo que hacía. En esos momentos era una fiera tranquila, un ser perfecto, sin tiempo. Lentamente abrió el ojal del primer botón en su blusa. Levantó el brazo derecho, de manera que todo el pabellón de su axila depilada quedó expuesto.

Modesto miró detenidamente regodeándose en cada pliegue, hasta que pasados unos segundos, la turbación se volvió intolerable. Por toda la espalda le corrió una gota de sudor espeso que fue bajando sin detenerse hasta incrustarse en la juntura de las nalgas. Un segundo paso fue acercarse un poco más a percibir la emanación de un tufillo amargo, pero delicadamente impregnado entre las ranuras de la carne depilada. Maura ofreció sin reticencia. Ambos sabían que sólo puede haber complicidad erótica en las periferias de la animalidad.

Modesto, por fin cerró los ojos emitiendo un resoplido feliz. Maura abotonó su blusa y se fue.

Durante varios días anduvo mareado. Suprimía palabras dando paso al delicioso aguijón del deseo inacabado, centelleante, incluso cruel. Por primera vez en su vida sentía que el erotismo había dejado de ser una simple posibilidad, aunque, de hecho, eso mismo acabó por desanimarlo. En el fondo se daba cuenta de que no había posibilidades verdaderas. Maura formaba parte de sus múltiples fantasías. Curioseaba, aunque en el fondo era como jugar con un puñado de almendras frescas en la boca.

Una noche decidió acercarse hasta los linderos de un burdel. Lo hizo a escondidas, como si fuera ladrón de medio pelo. Claro, todo fue un vil fracaso porque nada más entrar por la puerta de luz roja, inmediatamente su olfato percibió ráfagas de secreciones corporales que relacionó con el mundo abyecto y desolador de los poderes sexuales. Fue a sentarse al rincón más oscuro del bar. La música rumbera a medio gas era propicia para el regateo de precios al oído. Una mujer de tacones brillantes y senos al aire se le acercó.

—¿Algo para tomar cariño?

—Una cerveza con limón, nada más

Por increíble que parezca, Modesto no había reparado tanto en los senos desnudos de la mujer, sino en los dientes impregnados con ajo machacado y restos de verduras. Una vez más recurrió a la mitad de limón con palitos de clavo, que traía en el bolsillo del saco. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que, justo a unos metros de donde se encontraba sentado, estaban los baños para caballeros. Un hombre gordo, bigotón, sombrero alto y botas picudas salió del baño abrochándose el cinturón. Segundos más tarde Modesto percibió la pestilencia inconfundible a mierda caliente. Se levantó de prisa y salió hasta la calle sin detenerse, como si esas arborescencias defecatorias hubieran decidido abandonar la cloaca y perseguirlo hasta el fin del mundo.

Al día siguiente llegó al trabajo sin dirigir a nadie la palabra. Todavía no se reponía de las visiones sofocantes del burdel. Fue directamente a la libreta de firmas. La anciana encargada del aseo estaba anotando su nombre en el espacio correspondiente. Modesto se colocó justo detrás de ella para presionarla. Cuando la anciana terminó de escribir se dio la media vuelta dirigiéndole una mirada de reproche.

—Y ahora... ¿qué mosca le picó?. Salude cuando menos, hombre. —La anciana se alejó gruñendo. Entonces Modesto tomó la pluma y en el espacio asignado a retardos escribió lo

siguiente «*Ayer, envenenado por el aguijón del deseo, me vi obligado a descender hasta las fauces del averno. Maldito quien me pregunte*».

Después tomó sus enseres, entró a la sala de lectura y se puso a limpiar las mesas de un modo frenético. Una y otra vez apretaba el palanquín del bote aspersor con detergente aromatizado, al tiempo que pasaba el trapo con furia sobre cada centímetro de las mesas. Quienes estaban leyendo tenían que levantar la bandeja para evitar el rocío del detergente. Algunos lectores asiduos ya lo conocían, así que se lo tomaban de buen humor, pero había otros recién llegados que no comprendían aquella actitud displicente y hostil. Reclamaban, se negaban a mover sus cosas, o de plano se levantaban furiosos de la mesa. Después de todo, para esas personas Modesto era un simple conserje, uno de esos hombres confinados al recinto medianero del bajo mundo; alguien caído, expulsado; alguien absolutamente prescindible, pero a quien se debía tener cierta paciencia, y sobre todo compasión. Así dictaban los cánones de la hipocresía social.

Cuando terminó de limpiar fue al baño a lavarse la cara. Miró las gotitas de agua impregnadas en su rostro y comprendió que él mismo era un enorme y dilatado animal en proceso de purgación. Se acercó al espejo para mirar con más detalle los pelillos interiores de la nariz. «¿Qué demonios puede haber ahí dentro? polvo atrapado, bacterias, virutas de moco retorcidas ¿A dónde irán a dar todos esos vapores infectos y malolientes que respiro. Será mejor no enterarse nunca. Debe ser algo asqueroso».

Cuando salió del baño se detuvo en seco. Maura estaba leyendo. Por supuesto no se atrevió a acercarse. Prefirió permanecer quieto, agazapado como un ocelote triste al acecho de su presa. Para ello, nada mejor que la oficina de la directora. En ese momento no estaba, así que se recostó en el sofá para invitados. No tardó en quedarse dormido. Cuando la anciana encargada de limpieza lo despertó, Maura ya se había ido. Inmediatamente fue a pedir los mismos documentos que ella había estado leyendo. Como de costumbre, se dirigió a Luis, el archivista con muletas. En todo el archivo era la única persona capaz de comprenderlo.

—Anda, por ahí dejaron eso para ti

Modesto no dijo nada, sólo una mirada furtiva, de reproche. Se llevó los papeles a la mesa y empezó a leer apuntando cada línea con el índice: *Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 3.*

Esta vez, un cirujano de apellido Castrejón discurría en torno a la nocividad de ciertos venenos que solían permanecer atrapados en la atmósfera, debido a la elasticidad del aire. Recordaba cómo, una reina de la India, enfurecida por los celos arrojó a los brazos de Alejandro una doncella muy hermosa, que terminó matándolo porque su aliento se había envenenado de tanto olfatear hierbas venenosas como dedalera, hiedra inglesa y lactucarium. Más abajo, el mismo médico recomendaba a los trabajadores de minas no bajar al tiro sin almohadillas impregnadas con vinagre y dos dientes de ajo. «Debéis llevarlas atadas a los cuellos con un cordoncillo resistente». A los hombres solteros les recomendaba «encarecidamente» esparcir hojas de enebro y romero en los pisos de sus dormitorios. De ese modo se cerrarían las puertas a la peste. Será necesario «colocar las vestimentas sobre el suelo para que actúen mejor las esencias salvadoras». Modesto imaginaba, memorizaba, escribía todo cuanto podía en su cabeza embotada, como si las palabras de Castrejón estuvieran dirigidas a su propia persona. Poco, o mejor dicho, nada le importaba que aquellos papeles se hubieran escrito por lo menos doscientos años antes. Además, algo mágico se ocultaba en esa caligrafía de hebras extendidas, plagada de anatemas, vituperios y toda clase de frases soeces contra curanderos y parteras.

A medida que avanzaba en la lectura, Modesto percibía exhalaciones, esfuerzos, miles de repliegues que impedían progresos en la higiene corporal. Afortunadamente, en aquella época los caprichos femeninos y el amaneramiento de la moda contribuían al uso cada vez más común del agua y el jabón. También se abría una nueva época de esplendor para la industria del perfume. Las mujeres incorporaban a los enseres de tocador toda clase de efluvios de jazmín, ámbar, violeta, y por supuesto la famosísima agua de rosas. Cada perfume con distintos y bien calculados matices se asociaba con la molicie, el placer y por supuesto con un erotismo que todavía se practicaba en la oscuridad casi telúrica de las alcobas.

Poco a poco, según iba leyendo, todo su sistema perceptivo se agudizaba, casi hasta el paroxismo. Le bastaba con cerrar los ojos durante unos cuantos segundos. Podía ver, olfatear, tocar. Por todos lados había cuerpos inmundos, basurales con moscas en los callejones, perros inflados con las patas al aire, lápidas mal tapadas, emanaciones sanguinolentas escurriendo desde los mataderos y coagulándose a pleno sol en las calles de tierra. Nadie a su alrededor hubiera sido capaz de entenderlo cabalmente. El hecho es que, a pesar del asco retenido, Modesto experimentaba infinitas sensaciones voluptuosas. Intuía que lo putrescente había contribuido a la construcción del progreso. Cuántas mentes brillantes como Boyle, Ramazzini o el mismo Pasteur

debieron dedicar lo mejor de sus vidas a sacar conclusiones, después de haber realizado cientos de observaciones y experimentos con cadáveres, larvas, carne podrida, levaduras fermentadas y cultivos excrementicios hervidos en tubos de ensayo.

A Modesto le maravillaba el hecho de que en la superficie de su discernimiento se pudieran revelar tantas evidencias armónicas sin barnices protectores. Estaba claro que odiaba cualquier indicio de suciedad, pero al mismo tiempo se regodeaba imaginándola en todos sus matices. Después de todo, no era el único. Maura también era adicta. Se le notaba en esa constancia sin compromiso, en la manera de leer sin tomar notas. No era investigadora, profesora, o cualquier cosa que se le pareciera. Tampoco recababa información para cumplimentar algún pendiente laboral. Simplemente leía por el gusto de hacerlo. Ese hecho era fascinante a los ojos de Modesto. Algún enigma había en ello y él tendría que descubrirlo.

Siguió leyendo. Castrejón se preguntaba por qué, en la sociedad de su tiempo, había tantos temores contra el uso desconsiderado del baño. Él mismo se respondía diciendo que el agua caliente ciertamente era muy peligrosa, pues originaba pérdidas irreparables de vitalidad. Además, le parecía evidente que los vapores ablandaban todo el organismo y languidecían las fibras viriles. Sólo en casos de gordura hidropésica eran recomendables los baños templados, pero siempre a las mujeres, nunca a los hombres, «que si todos se bañaran en aguas calientes, la humanidad se quedaría sin descendencia». No debía ser descabellada la idea, pues algunas veces, cuando era niño, mamá lo metía en una bañera vaporosa durante horas y cuando salía experimentaba un desguansamiento de mil demonios. Pensó que tal vez, debido al agua caliente y a los vapores, muchas veces había tenido que abandonar la idea de hacerse una pajita. Ese tal Castrejón realmente sabía muchas cosas. Ahora hablaba del aura y de los delicados deseos implantados en la voluptuosidad de un cuerpo sudado. «¿Por qué?» se preguntaba «¿los cuerpos sudados de las mujeres son objeto de tardías aficiones? ¿Será porque antes de la pubertad son más secas y el sudor les sale más amargo? Esto también se observa en plantas y animales. En los hombres no ocurre tal cosa porque a medida que se hacen más grandes, aumentan los calores que hay bajo la piel y entonces el esperma se cuece con más rapidez. Ese es el motivo principal de la urgencia por expulsar el esperma entre hombres que han alcanzado la pubertad más alta. Necesitan enfriarlo».

Más adelante, Castrejón arengaba sobre los peligros tóxicos provocados por la reabsorción de la inmundicia entre campesinos que se lavaban el cuerpo dos veces por mes.

Advertía que tal desmesura higiénica podía provocarles «conmociones voluptuosas» capaces de provocar raptos de lujuria muy peligrosa, principalmente en épocas de cardo. También les hacía recomendaciones a las mujeres para que no se dejasen seducir por los calvos, ya que de natural «son lascivos e hipócritas, igual que todos aquellos a quienes se les caen las pestañas». A Modesto no le hizo gracia la observación de Castrejón, pues desde hacía tiempo había notado más pronunciadas las entradas de cabello sobre su frente, y estaba seguro que, desde niño tenía las pestañas caídas. Ese debía ser motivo suficiente para justificar su permanente lascivia. Por algo Castrejón hacía tanto énfasis en ese punto. Basándose en Aristóteles, sostenía que, debido a los calores de la lascivia repartidos por todo el cuerpo de abajo hacia arriba, las partes superiores se enfrían «llegándoles poca sangre». Debido a eso, los pelos plantados sobre el cráneo, al no recibir flujo sanguíneo, se caen, como también solían caer muchos incautos a los bajos fondos de las letrinas, apenas cubiertas por un costillar de tablas esmirriadas. Castrejón no perdía oportunidad, en este punto, de sumarse a la caterva de naturalistas que, desde siglos atrás habían denostado al Nuevo Mundo, pues afirmaba que, debido a la fragilidad de las tablas colocadas en las bocas de las sentinas, el cerdo pudo alimentarse de excremento. «De ahí el desmesurado florecimiento de esos detestables animales a lo largo y ancho de todas las Américas, donde abundan tierras húmedas y excrementicias».

Modesto se puso de pie con ganas de vomitar. La imagen de los cerdos revolcándose en el fango se le había clavado en la boca del estómago. «Nunca más volveré a comer carne de puerco. Desde ahora declaro la guerra al pozole, al chicharrón y a las carnitas fritas. Aunque mamá trate de obligarme. Soy capaz de armarle un escándalo en cualquier cenaduría». Y diciendo esto empezó a gimotear en voz alta. Algunas personas a su alrededor dejaron de leer o de escribir, según fuera el caso. No comprendían por qué ese hombre parloteaba de una manera tan grotesca. Modesto volvió a meter el refajo de documentos en la caja de resguardo. A pesar del asco, alcanzaba a experimentar una cierta sensación de alivio, pues estaba seguro de que Maura y él habían establecido vínculos secretos a través de esos documentos. Ya vería el modo de hacérselo saber de una manera más directa. «Debo ser precavido. Los secretos enloquecen».

Mientras volvía a rehacer el nudo que sujetaba los documentos, descubrió la mirada furtiva de un hombre que trabajaba tranquilamente en la mesa vecina. Inmediatamente Modesto se puso nervioso. «Desde hace cuánto tiempo me estará observando. Seguramente sabe cosas de mí. ¿Será un inspector disfrazado? Si llega a enterarse de las horas que dedico a cultivarme,

seguro tratará de denunciarme con los jefes de personal. No debo permitirlo. Maura se sentirá traicionada cuando sepa que me vi obligado a revelar nuestro secreto de una forma tan vulgar. Debo hacer algo». Entonces se acercó al buen hombre que estaba enfrascado en la paleografía de un documento eclesiástico del XVIII. Sin aviso previo, le endilgó una retahíla de preguntas inconexas sobre los por qué, cómo, y desde cuándo había decidido trabajar con tanto afán en un lugar tan deplorable. El hombre, totalmente desconcertado trató de salir al paso poniendo buena cara. Al principio se mostró cortés, respondiendo puntualmente a las preguntas de Modesto, pero al poco rato empezó a perder los estribos.

—Si no me deja trabajar en paz tendré que reportarlo con la directora del archivo.

—Ya, No es para tanto. Sólo quería ayudarlo.

Tan de mal humor se puso el hombre, que ni siquiera advirtió el movimiento de mano que hizo Modesto para robar la pluma fuente, con la que estaba transcribiendo un texto de Fray Jerónimo Alcaraz.

Modesto resopló. Volvió a silbar el tema inicial de la Quinta Sinfonía. Hacía mucho que no le salía de un modo tan vivaz. Estaba seguro de que ya no desentonaba ni una sola nota. Lo atribuyó a los efectos catárticos de la lectura. Además, aquel pequeño hurto acababa de proporcionarle una dosis de mutación psicológica, que iba del asco a la venganza y del hastío al placer. Apretó sus dedos contra la pluma resguardada en su bolsillo. «Ahora Maura, puedo acurrucarme como un perro a tus pies».

Después de entregar el folio de documentos a Luis, Modesto decidió recluirse en la oficina de la directora. —No estoy para nadie. Tengo un dolor de cabeza terrible. Si necesitas algo, tocas la puerta, pero no muy fuerte ¿de acuerdo amigo? Últimamente ando muy sensible del oído. —Luis no respondió. Ya estaba acostumbrado a los trucos de Modesto. Encogió los hombros y se dio la media vuelta.

Como ya hemos mencionado anteriormente, la oficina de la directora era bastante amplia. Dos escritorios colocados a cada extremo. Una mesa de centro adornada con piedras de colores y motivos frutales. Los libreros estaban repletos de ejemplares enciclopédicos y tomos de referencias históricas, que seguramente no se habían abierto durante años. Un detalle peculiar, sin duda, era la gran cantidad de monos de cerámica distribuidos por todos los rincones de la oficina. Grandes, pequeños, medianos, oscuros, coloridos, sonrientes, esquivos, en posición de loto. Cada uno había sido traído desde distintos lugares del planeta. Después de todo, la directora no

ocultaba su pasión por los viajes trasatlánticos, a pesar de los rumores que la acusaban de viajar excesivamente a costa del erario público. A Modesto eso no le importaba. Se tumbó en el sofá y se quitó los zapatos. «No sería mala idea llevar uno de esos monos a casa. ¿Para qué demonios quiere tantos esta señora? Bah, tampoco vale la pena, ya tengo el cuarto lleno de trastos y mamá no va a saber apreciar un mono de Tailandia». Sumergido en estos pensamientos, Modesto cerró los ojos. En el fondo, sólo deseaba tener un rato apacible, sosegado, casi de tranquilidad absoluta. Mas no fue así, porque al levantar la vista hacia el cielo, empezó a concentrar su foco visual en algún punto lejanísimo del horizonte azulado. Muy pronto pudo ver un gran número de pequeños circulitos, que se deslizaban suavemente hacia abajo cuando mantenía sus párpados quietos, pero cuando volvía de nuevo a parpadear, esos mismos círculos aumentaban en número y tamaño. Al principio, Modesto no le dio mayor importancia al asunto, sin embargo, a medida que su atención se concentraba con mayor intensidad en el mismo campo visual, se iba percatando de que los glóbulos se hacían cada vez más intensos y amenazadores. Todo parecía indicarle que se trataba de bacterias diminutas, las cuales se habían hecho visibles debido a los esfuerzos de su concentración. Entonces lo asaltó una duda terrible. «¿Están afuera o dentro de mis ojos? No importa, si las veo es porque están ahí, al acecho. Pueden ser la causa de una grave enfermedad. Hasta puedo quedarme ciego. Definitivamente es hora de ir con un oculista. Ah, pero debe ser un especialista de verdad, un hombre de pantalones bien fajados, capaz de hacerme saber sin rodeos las verdaderas causas de esta enfermedad. Ahora bien, si acaso el muy cretino intentara decirme que esas moscas deslizándose por todo mi campo visual están ahí como resultado de alguna enfermedad venérea, soy capaz de apretarle el cuello ahí mismo. Bueno, tal vez me estoy adelantando un poquito». Volvió a cerrar los ojos una vez más. Quería estar seguro, antes de pedirle permiso a la jefa para ir al día siguiente al Seguro Social. Ahí estaban. Ahora las moscas voladoras habían adquirido forma de garrapatas alargadas. Algunas movían la cola de un modo intermitente, como si trataran de liberarse de algo. Para Modesto, aquello no podía significar otra cosa que la presencia invasora de larvas en gestación. «Demonios, mis ojos están infestados de larvas en plena reproducción. Debo darme prisa o puede ser demasiado tarde». Se levantó del sofá para hurgar precipitadamente en el escritorio de la jefa, en busca de una hoja en blanco. Abrió todos los cajones. «Vaya desorden tiene esta señora». Por fin encontró un block de notas. Arrancó una hoja y escribió lo siguiente:

Estimada directora.

Quien escribe, a no dudarlo, se ha desempeñado a lo largo de estos días, como uno de sus trabajadores más cumplidos y eficaces, motivo de orgullo para el archivo histórico del Palacio Municipal.

El motivo de esta carta urgente, y seguramente precipitada, no es otro, sino solicitarle su amabilísima comprensión para concederme un permiso extraordinario, a fin de poder ausentarme del cumplimiento de mis labores durante el día de mañana. Debo acudir al Seguro Social en busca de un especialista, pues hoy mismo acabo de saber que mis ojos están invadidos por una extrañísima enfermedad, tal vez incurable y de impredecibles consecuencias. No se angustie usted. Tal vez aún estemos a tiempo de llegar a una solución satisfactoria. Por supuesto ya he dado instrucciones para que alguien se haga cargo de mis deberes correspondientes, de modo que la sala de lectura no se vea afectada por mi ausencia.

En espera de su distinguidísima comprensión, se despide

Modesto Barroso M.

Con mucho cuidado acomodó la hoja al centro del escritorio. Antes de salir se metió a la bolsa del chaleco un pequeño mono en posición de loto. Sus dedos tocaron la cajita de mentas con alcanfor y polvo de Angélica. Aspiró un poco. A esas horas ya casi no había nadie en la sala de lectura. Nada más Luis el archivista andaba acomodando folios en las buhardillas de los estantes. No hacía falta despedirse. Casi nunca contestaba. Era uno de esos espíritus herméticos, acostumbrados a relacionarse con los demás, de un modo bastante simple. Jamás, ni por asomo se permitía mayores confianzas en el trato cotidiano. Saludaba, informaba, se despedía. Era todo. Algunos compañeros acudían a buscarlo para desahogarse sin temor a ser cuestionados o acusados. Luis era algo así como un espacio balsámico.

Se habían hecho las seis de la tarde. El sol estaba a punto de caer. Antes de salir del Palacio Municipal, Modesto se dirigió a la escalinata principal. No fue difícil encontrar el sitio exacto del mural, donde había hecho un pequeño corte a la pintura con un escalpelo. Ahí estaba. Sin duda nadie se había dado cuenta. Era una marca irrefutable en el tiempo, un signo limpio, casi transparente. Un trabajo sin duda profesional. «Ahora yo también vivo atado a la historia de esta obra de arte. Nos vemos, Gabriel». Enseguida se dirigió a la oficina de cobranzas. Maura ya

se había ido. No importa. En su mano llevaba un pequeño sobre para ella. Cualquier secretaria le haría el favor de entregárselo. Adentro iba una hoja firmada por él con la transcripción de uno de los párrafos del folio 3, donde el médico Castrejón advertía sobre los raptos peligrosos de lujuria, que podían experimentar todos aquellos campesinos aficionados a lavarse el cuerpo dos veces por mes. En realidad no estaba seguro de los motivos que lo habían impulsado a copiar ese párrafo y no otro. Daba igual «Maura, debes saber que estamos leyendo lo mismo ¿No te parece increíble?».

Afuera de Palacio, Modesto hizo una pausa para aspirar un poco de limón con clavo picado. El ambiente le parecía cada vez más infecto, así que debía protegerse sin miramientos. Adentro de su mochila traía un paquete nuevo con guantes de látex. Sobra decir que lo había sustraído sin permiso del mostrador para visitantes. Se los puso con algo de prisa, como si estuviera a punto de realizar una cirugía. «Hoy me voy a ir caminando a casa. No tengo el más mínimo deseo de poner mis manos en los tubos sudorosos del camión». En esos momentos actuaba conforme al más arcaico de los imperativos higiénicos, consistente en aislarse precavidamente de cualquier espacio digno de sospecha. Nunca se sabe. Tal y como afirmaba el higienista Lemand, en el folio 3 «las infecciones telúricas no descansan jamás».

Cuando llegó a casa, Inés estaba en la cocina esparciendo un nuevo polvo contra hormigas. El aroma era penetrante. Picaba. Modesto apenas dedicó unas cuantas palabras displicentes a manera de saludo.

—No dará resultado mamá

Subió a su cuarto en busca de su libreta personal. Escribió:

Tengo miedo. Algo terrible ha crecido adentro de mis ojos. Ahora estoy haciendo un examen profundo de conciencia para tratar de saber, desde cuándo pudieron haberse incubado esas malditas larvas en mi esclerótica. Probablemente fue en algún baño público. En esos lugares proliferan toda clase de líquidos y vapores inmundos. Sólo de pensar en las nubes de bacterias flotando sobre las letrinas y entre los lavaderos, se me revuelve el estómago. También pude haberme contagiado mientras leía las recomendaciones del doctor Castrejón. Eso sí es irónico. Estar leyendo consejos de un médico sabio, mientras un racimo de bacterias enquistadas desde hace siglos en el papel, terminan revolcándose en los agujeros de mi nariz. Ahora que lo pienso. ¿Cuántos escrofulosos debieron haber tocado con sus manos inmundas los mismos papeles que he estado leyendo? Incluso, no me extrañaría que un día de estos, algún idiota dé

con un folio absolutamente podrido. Si eso llegara a ocurrir se desataría el caos, porque al abrir las hojas y soplar, no faltarían bacterias mortales que inmediatamente saldrían volando y se reproducirían a causa del aire caliente. Dios mío. Ni por asomo se me había ocurrido. Todos en esta ciudad podemos ser víctimas de una epidemia terrible, desatada justo a un palmo de mis propias narices. Debo actuar, pronto.

Al día siguiente, Modesto acudió a la clínica del Seguro Social. Llevaba lentes obscuros por si acaso la luz del sol hacía eclosionar más bacterias en sus ojos. En cuanto se bajó del autobús fue abordado por tres niños que ofrecían tamales, lonches, jugos y pequeñas fritangas envueltas en servilletas y bolsas de plástico verde. Una mujer que llevaba a su hijo en silla de ruedas lo fulminó con la mirada porque estaba obstruyendo la rampa destinada a discapacitados. En ese instante Modesto sintió miedo de tener algún día un hijo monstruoso, un hijo plagado de granos resplandecientes y piernas infernales como había visto en las fotografías de William Klein. Apuró el paso asustado. Como siempre, los pabellones del hospital estaban atestados de pacientes y familiares indolentes. No eran pocos los que mostraban su rabia contenida moviéndose de un lado a otro como tratando de patear el culo de los muros. Eran cientos de gentes agotadas por las terribles negligencias médicas, que muchas veces los ponían al borde de la muerte. Mujeres a punto de parir, abandonadas afuera de los quirófanos. Ancianos parecidos a muñecos de trapo extraviados en los corredores. Algunos ya ni siquiera recordaban el motivo de su presencia en ese lugar, porque mientras rumiaban monólogos interminables, sus hijos andaban regateando precios en las agencias funerarias más cercanas al hospital. Modesto percibía toda esa miserable confusión en la mirada extraviada de los ancianos. Intuía cómo, a cada instante de sus vidas eran víctimas de una fragilidad intolerable que los había transformado en seres delirantes. Algunos de ellos mascaban entre dientes todo el desquicio de una sociedad corrupta y cruel, que desde hacía muchos años los había abandonado a su propia suerte, como si fueran enemigos detestables. Modesto sintió miedo. «En este país todos estamos expuestos a volvernos locos o a morir abandonados como perros».

Una hora después de haber recogido la ficha correspondiente, Modesto entró al consultorio del doctor Fabián Godínez. El hombre había engordado visiblemente. Ni siquiera la enorme chaqueta blanca con el escudo del Seguro parecía adecuada para enfundar aquel cuerpo enorme y grasiento. Modesto notó inmediatamente las manchas de sudor en las axilas del doctor.

—Buenos días caballero ¿Cómo se llama usted? Ah sí, por aquí tengo su expediente. Modesto Barroso M. Pues muy bien, dígame. ¿En qué puedo ayudarlo?.

—Voy directo al grano doctor. Algo muy grave me está pasando en los ojos.

—A ver, primero dígame y después podemos darle una revisadita. Pero por favor quítese los lentes obscuros.

—No, no, no… Si me los quito estoy seguro que se me correrá la infección por los efectos de la luz. De hecho le pido que por favor cierre un poco las cortinas

—Bueno, como quiera.

—Pues verá. Ayer, mientras hacía una pausa en mi trabajo, me puse a cerrar los ojos para descansar un poco de mis fatigas. Porque debe saber usted que un servidor trabaja como muy pocos en esta ciudad. Llego antes que nadie con tal de poner al corriente lo que dejan de hacer los haraganes de mis colegas. Pero bueno, eso no viene al caso. El hecho es que empecé a ver toda clase de alimañas deambulando en la superficie de mis ojos. No se imagina usted la angustia que sentí desde el primer momento. Eran animales filudos, blancos, medio transparentes. Casi todos con doce o veinte patas, muy espigados. Me pareció que algunos daban vueltas obsesivamente sobre su propio eje.

El doctor Godínez tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa. Pero a medida que seguía escuchando las explicaciones de Modesto, le parecía que no sería capaz de aguantarse más. Así que decidió levantarse para ir al baño a desahogar los espasmos. Regresó a su escritorio sonándose los mocos con un pañuelo arrugado.

—Perdón, últimamente las alergias no me dejan en paz. Continúe por favor

—Pues ya es todo. Como le estaba diciendo, cada vez que cierro los ojos durante un tiempo prolongado empiezo a ver toda clase de alimañas flotando. Me parece que se trata de una infección terriblemente contagiosa.

—¿Y por qué está tan seguro de que se trata de una infección contagiosa?

—Porque yo mismo me contagié doctor. Seguramente las bacterias saltaron a mis ojos en algún momento, mientras leía un documento sobre higiene del siglo XVIII. Vaya ironía ¿no le parece?. Recuerde que trabajo en los acervos del archivo histórico del Palacio Municipal.

Modesto dijo la última frase con orgullo profesional, mientras el doctor Godínez cerraba las cortinas y apagaba la luz, dejando el cuarto en semipenumbra.

—¿No me irá a hacer nada malo verdad?

El doctor Fabián volvió a reírse.

—No hombre, sólo voy a examinar el fondo de cada ojo. Recuéstese ahí por favor

Antes de tenderse sobre el camastro, Modesto sacudió repetidas veces la superficie de plástico verde con la palma extendida de su mano.

El doctor Fabián acercó el oftalmoscopio a unos centímetros de distancia. Modesto percibió de inmediato el aliento impregnado a barbacoa con cebolla. Náusea. Sensación de asco. Trató de comprimir el esófago. Se tapó la nariz con la mano derecha.

—No se mueva por favor

Una luz blanca, delgada como un cabello se proyectó repetidas veces hasta la superficie de la retina.

—Es todo. Vuelva a su lugar

Sentado en su escritorio, el doctor Fabián adoptó un aire aparentemente serio, pero en realidad sólo trataba de ocultar los efectos de la comicidad que le producía toda esa consulta. Después de aparentar que escribió algo importante, dijo por fin:

—Estimado amigo, en sus ojos no hay infecciones contagiosas ni nada por el estilo. Cuando usted cierra los ojos ocurre un fenómeno bastante común en cualquier persona de su edad. Se le conoce como miodesopsia. Se trata simplemente de opacidades que se van formando en el humor vítreo. Lo que usted ve no son moscas ni bacterias moviéndose; son las sombras de esas opacidades proyectadas sobre la retina. Es algo normal que a todos se nos puede manifestar. Yo diría que ahora lo conveniente será ir con un oftalmólogo para que le haga un examen detallado. Por lo menos hay que saber si usted es miope.

—Entonces ¿no padezco una enfermedad contagiosa?

—Yo diría que ni siquiera llega a enfermedad. Ah, y por cierto. Ya entrados en materia, por ahí le recuerdo que tenemos pendientes un par de abonitos por aquello del teléfono inalámbrico ¿Se acuerda?.

Cuando salió del hospital se sintió frustrado. Indudablemente todo parecía indicar que había motivos suficientes como para sentirse decepcionado de sí mismo. Sin embargo, aunque el veredicto del médico parecía bastante sólido, a Modesto le parecía que debía haber algo sospechoso en esa sonrisa cínica, en todo ese aire de arrogante autosuficiencia con que se había echado hacia atrás sobre el respaldo de la silla. No sería la primera vez que un médico emite un dictamen tajante para evitarse futuras complicaciones. «Sí, eso es». se dijo Modesto. Lo que

encontró en mis ojos el muy cretino lo asustó. Seguramente debe ser tan grave que, para no meterse en vericuetos prefirió decirme que se trata de un fenómeno común. Maldito. Como si yo estuviera para fenómenos comunes. Nada más faltaba haberme dicho que toda mi persona es un fenómeno común.

Al llegar a casa subió las escaleras y se metió directamente al baño. Ni siquiera saludó a Inés. Abrió la regadera, se desvistió de un modo mecánico e indolente, aguardando con la mirada extraviada hasta que el agua estuviera vaporosa para meterse. En esos momentos trató de explicarse los motivos reales que lo habían llevado hasta el consultorio del doctor Fabián Godínez, pero por más que lo intentaba no podía llegar a un punto de claridad, debido a que las imágenes del consultorio se mezclaban con la sonrisa cínica del médico. De algún modo desesperante sentía que se había producido un punto de inflexión en su personalidad. Sin embargo, por más que lo intentaba no podía encuadrar las cosas como deseaba. Todo parecía lejano, efímero, como si una taza con agua se hubiera roto en medio de la calle y nadie, absolutamente nadie se diera cuenta de ello.

En esos momentos, mientras el agua jabonosa resbalaba por su cuerpo, empezó a observar un punto fijo en los azulejos de la pared. Algo en las junturas de los azulejos llamó su atención. Se acercó a un palmo de distancia y descubrió que había cientos, tal vez miles de pequeños orificios escarpados en las líneas divisorias de los cuadros azules. Un temor desproporcionado lo asaltó, pues inmediatamente concluyó que millones de bacterias concentradas en desechos de vapor y agua, durante años debieron haberse anidado adentro de esos agujeritos. Entonces, a grito abierto llamó repetidas veces a Inés.

—¡Mamá, mamá, suba por favor!

Inés cerró de prisa la perilla de la estufa. A su edad le costaba mucho trabajo subir de prisa las escaleras, así que se tomó su tiempo mientras seguía escuchando los gritos de Modesto.

—A ver ¿Qué pasa hijo? ¿Por qué gritas tanto?

Mamá. Cuando acabe de bañarme lave las paredes del baño con cloro. Por favor no me pregunte por qué. Después le explico.

—Bah. Déjate de tonterías. Por cierto llegó una carta para ti. La puse encima de tu escritorio.

Modesto salió del baño envuelto en una nube de humo. Rezongando fue directamente hasta donde estaba la carta sin voltear a ver siquiera a Inés, que había permanecido de pie al

borde de las escaleras. Estaba claro que mamá no iba a lavar las paredes del baño con cloro. —Hasta estas labores de limpieza general tengo que hacerlas yo mismo y en mi propia casa. Es el colmo.

Para sorpresa suya el remitente del sobre estaba firmado por Maura, la recepcionista de cobranzas. No era precisamente una carta, más bien un mensaje breve, muy conciso.

Estimado Modesto. No será necesario presentarme pues usted ya me conoce. Soy Maura Villaseñor. Tengo un hijo muy especial. Necesito de manera urgente a una persona honrada que esté dispuesta a cuidarlo, sólo por cuatro fines de semana. Aunque no sé mucho a cerca de usted, me parece que es la persona indicada para cuidar a mi hijo. Por supuesto le pagaré honorarios. Le ruego acepte por favor.

Si decide favorablemente, lo espero este próximo sábado en la calle Orizaba 389 a las 10:00 a.m.

Afectuosamente: Maura

Cuando terminó emitió un gemido extraño. Dobló la carta y la metió debajo del colchón. Mirándose el ombligo, decidió entonces no mencionar palabra del asunto a nadie, ni siquiera a su propia madre.

Durante toda esa semana anduvo contrahecho. Se volvió hermético, indolente, a ratos irascible, a causa de cualquier tontería. En cosa de días volvió al vicio de los pequeños hurtos en supermercados, perfumerías y tiendas de abarrotes. Pero a diferencia de otros tiempos, ahora no encontraba demasiado placer en todas esas triquiñuelas ilícitas. En el fondo experimentaba un cierto deseo de vengarse contra sí mismo. Incluso, en varias ocasiones realizó hurtos de manera sumamente expuesta, sin las mínimas precauciones, arriesgándose a ser detenido en cualquier momento. Tal vez, de un modo inverosímil, más allá de su propia cordura, los caprichos del azar intervinieron a su favor. Todo ocurrió como si durante esos días aciagos una voz interior le hubiera ayudado a saber estar en los mejores lugares y en los momentos más propicios, a fin de robarse un jabón, un cepillo dental o un frasco de Astringosol sin ser molestado. Y era que, mientras entraba a un supermercado para robarse algo, trataba de encontrar una respuesta al

enigma que Maura le había planteado. ¿Debía presentarse el sábado? ¿Debía ignorar la propuesta?, o tal vez sería bueno ir directamente a la oficina de cobranzas a pedirle una explicación. Pero no, esta última opción le pareció inmediatamente ridícula. Ella lo tomaría como una tentativa de confrontación. Se molestaría y nunca más volvería a dirigirle la palabra.

Olvidamos decir que, al momento mismo de meter la carta bajo el colchón, advirtió un nuevo problema. ¿Qué iba a ocurrir si durante esa semana se topaba con ella? ¿Cómo debía comportarse? ¿Qué debía decirle? ¿Sería prudente mencionar el asunto? ¿Debía hacer como si nada hubiera ocurrido? Parecían demasiadas cosas llenas de matices y minucias imposibles de soportar. Decidió entonces recurrir a un remedio infalible. No ir a trabajar por lo menos durante el resto de la semana.

El autobús lo dejó a dos cuadras de la calle Orizaba. No era fácil caminar de golpe hasta la casa marcada con el número 389, pues en su cabeza restallaban toda clase de pensamientos contradictorios. Se quedó parado junto a un poste de luz. Fue necesario esperar un tiempo mínimo hasta que su sistema nervioso fue capaz de absorber los estragos del miedo y la incertidumbre. Un perro callejero le movió la cola esperanzado en recibir por lo menos un pedazo de tortilla. Tapándose la boca, Modesto lo apartó con el pie derecho. Mientras caminaba lentamente trató de poner en claro el funcionamiento de esa incomprensible atracción hacia la fatalidad, que lo había perseguido durante los últimos años de su vida. En esos momentos lo más sensato hubiera sido pararse en seco, dar la media vuelta y regresar. Nada ni nadie podían impedírselo. Sin embargo, un impulso frenético le decía que ya no era posible dar marcha atrás. El choque fugaz estaba convirtiéndose en llamada súbita. Sus ritmos acuáticos funcionaban de manera precipitada, a tal grado que, ni siquiera se percató por completo cuando ya había tocado el timbre en la casa de Maura.

La puerta se abrió sola. Al momento de empujar la perilla se dio cuenta de que el marco de la puerta estaba despostillado, casi podrido. No había mucha luz en el zaguán debido a que inmediatamente la hoja de madera gruesa volvió a cerrarse. Solamente unos pálidos reflejos se

filtraban a través de una pequeña ojiva circular colocada en la parte superior de la puerta. De inmediato, su olfato percibió un vaporcillo caliente, mezcla de alcohol, yodo y anís. Al final del zaguán se topó con una puerta cancel, también cerrada. Esperó un rato pero nadie vino a abrir. Quiso llamar en voz alta. No se atrevió. Entonces sacó una moneda de su bolsillo y tocó varias veces, primero débilmente, después con más fuerza. Mientras tanto, se puso a mirar a través del cancel. Había macetas alrededor del patio. Ninguna tenía flores. Al centro despuntaba una fuente de cantera enlamada con su chorrillo de agua brotando sin cesar, a través de una gárgola en forma de rana. Junto a una de las macetas yacían apilados varios trapeadores y escobas, así como una jaula para pájaros, seguramente arrumbada desde hacía mucho tiempo en el mismo clavo. Particularmente llamó su atención una pared con montones de bules de agua, palos de bambú, sogas, máscaras y caretas de colores chillantes .

Por fin, desde el fondo emergió una voz temblorosa.

—Ya voy…

Era una anciana en silla de ruedas. Su aspecto rozagante contrastaba con el ambiente desordenado y lúgubre del patio. A tientas, con ambas manos encontró el cerrojo sin dejar de sonreír. Traía empuñada en la mano una llave enorme de acero, como si fuera un amuleto. Después de muchas dificultades, por fin se oyó un chasquido seco y la puerta se abrió.

—Buenos días. Usted debe ser el señor Modesto. Pase por favor. Mi hija lo está esperando

Antes de entrar, Modesto se detuvo unos segundos a observar la cabeza de la anciana. Indudablemente acababa de tomar un baño. Aún tenía los cabellos húmedos. A los lados sobresalían dos trenzas muy delgadas, anudadas hacia la parte alta de la nuca mediante una coletilla color sepia. El rostro, cubierto por una capa muy fina de polvo rosado, así como las pestañas y los labios cuidadosamente delineados de rojo, le daban un cierto aire de actriz de teatro. Debía ser una mujer acostumbrada a dormir y soñar profundamente.

—Sígame

Mientras ella iba por delante, Modesto sintió un alivio extraordinario. Pasaron el comedor, un par de dormitorios y un largo pasillo hasta el umbral de un cuarto grande, bien ventilado. No había muebles, sólo un montón de cobijas revueltas en el suelo. Maura estaba atareada intentando darle de comer a Óscar, pero al parecer las cosas no salían del todo bien, pues su hijo manoteaba y movía de manera abrupta su cabeza hacia ambos lados.

—Hola Modesto. Siéntate por ahí, donde puedas

Modesto obedeció en silencio, torpe, como si fuera alguien extraviado en espera de una limosna. Esperaba cualquier cosa menos encontrarse a Maura con un niño gordo como una calabaza y con signos evidentes de atrofia cerebral.

—¡Óscar, Óscar, come de una vez. Estoy cansada!

Pero Óscar no hacía mucho caso. Manoteaba tratando de zafarse hacia el mundo exterior sin llorar declaradamente, sólo emitía una especie de gemidos intermitentes, un tanto ahogados por el pólipo interior de su respiración. Todo ese forcejeo con Maura parecía despiadado y hasta cierto punto cruel. Sin embargo, cualquier observador podía darse cuenta fácilmente de que el berrinche era parte de una escena cotidiana, repetida hasta la saciedad. Maura y Óscar parecían enfrascados en una guerra inútil, premeditada y excesiva. A ratos Óscar esbozaba una sonrisa juguetona, en busca de cierta complicidad. Entonces, cuando dirigía su mirada hacia un punto fijo, mostraba la profundidad de unos ojos pequeños como ciruelas chinas. En esos momentos los bizcos de sus ojos se hacían más evidentes debido a la inmadurez muscular de los globos oculares.

Modesto se sintió defraudado. Cualquier cosa hubiera esperado menos un espectáculo tan deprimente. Maura, su amor idílico forcejeando cuerpo a cuerpo con un niño retrasado mental. Por si eso fuera poco, las cobijas olían a orines, y los enjarres del muro apestaban a gas de los pantanos. En el cuarto vecino alguien sorbía insistentemente los restos de algún líquido poroso.

—Es mamá. No te asustes. A estas horas le gusta tomar un vaso de tejuino con nieve de limón. ¿Te gustaría probar un poco? Lo preparamos en casa.

Modesto no dijo nada. Seguía malhumorado, seguro de no merecer aquel recibimiento.

—¿Me pasas esa toalla?

Con su cara de pocos amigos extendió la mano hasta donde estaba una pequeña toalla con dibujitos de mariposas. Hizo un gesto de asco debido a las visibles impregnaciones de baba reseca. Se encogió como si estuviera a punto de sufrir un calambre. Muy a su pesar tomó la toalla con las puntas de dos dedos y la colocó a los pies de Óscar. Maura se limpió unas gotitas de sudor picadas en la frente.

—Ayúdame Modesto. Ponte detrás del niño. Lo vas a sujetar por los hombros sin que lo aprietes mucho. Voy a darle su jarabe. Sólo debe mirarme a mí. Si te ve, entonces no habrá manera.

A Modesto no le agradó ese tono decidido y enérgico. Levantó la cabeza para observar detenidamente las costras de pintura reventada en la pared. Había telarañas en los rincones y el techo de tejas polvorientas podía ser un refugio de alacranes. Ese temor y no tanto la orden de Maura fue lo que hizo que se pusiera de pie.

—Está bien. Voy a hacerlo

Pero cuando Óscar sintió el contacto de unas manos extrañas que sujetaban sus hombros irrumpió en un llanto frenético, desgarrador, agitándose hasta el paroxismo, sin dejar de girar los brazos como aspas de molino. Modesto, asustado, se cubrió los oídos y fue a sentarse de nuevo en un rincón del cuarto. Maura inmediatamente le hizo toda clase de currumacos y cariños hasta que poco a poco el pequeño Óscar se fue tranquilizando.

—Ya pasó, ya pasó. Mira, voltea para allá. Ves a ese señor. Él te va a cuidar. Será muy bueno contigo. No debes tenerle miedo

Óscar eligió, entre varios objetos a su alrededor, una botella de plástico vacía. Le quitó el tapón y se la arrojó a Modesto. Al parecer eso le hizo mucha gracia porque luego de tambalearse varias veces dejó escapar una serie de gorgoreos felices. Modesto recogió la botella, se la regresó de nuevo a Óscar y éste volvió a arrojarla, varias veces hasta que Óscar decidió poner fin al juego llevándose el tapón a la boca. Maura se puso de pie haciéndose una coleta con los brazos echados atrás y sujetando la liga entre los dientes. Modesto miró entre los pliegues abiertos del camisón y descubrió la superficie cóncava de una axila recién depilada. Fue su regalo; una sutil porción de libertad. Suficiente alivio para no sentirse presa del absurdo. Segundos después, ya no había necesidad de mayores explicaciones ni embelecos sentimentales. Aceptaba de una buena vez el trato de cuidar a Óscar, o mejor dicho, no podía negarse.

Fueron a la cocina, donde se pusieron a comer rodajas de melón recién cortado. Maura trató de explicar la situación. Todo ese infierno vivido desde los primeros días en el sanatorio. El conteo minucioso, como un caldo mal cuajado, cortado a pedazos, analizado en todos sus detalles por un tal doctor Martínez, especialista en pediatría degenerativa. Después, la herida punzante del dictamen final mezclado con todas esas imágenes del médico rascándose la cabeza, mirando nervioso hacia las partes altas de la ventana, ganando tiempo a como diera lugar, hasta que por fin se había decidido a mirarla fijamente para decirle «señora, no se preocupe demasiado, estas cosas nadie puede controlarlas del todo, pues como usted sabe intervienen factores genéticos sumamente extraños e inverosímiles, en fin, su hijo padece de síndrome frágil X».

Maura siguió explicando, acuciosa en detalles nunca antes revelados a una persona ajena a la familia. Óscar a los nueve meses convulsionándose por primera vez en plena avenida, ante la mirada atónita de un policía. Ella, de prisa, consiguiendo un paliacate sucio, lleno de mocos, no importa. Así lo metió a la boca de Óscar. Eso evitó el atragantamiento con su propia lengua. Después, todo ese tumulto de gente alrededor del niño tendido en la banqueta. Óscar agotado, exhausto, sin ganas de abrir los ojos, pero dando muestras de infinito pavor hacia el sonido agudo e intermitente de la ambulancia municipal. Otras veces ni siquiera había podido ayudarlo en los ataques porque ocurrieron durante la noche, como si la bestia de las catástrofes hubiera oliscado en todas direcciones, deslizándose hasta los rincones más profundos del cerebro de Óscar, provocándole toda suerte de cataclismos interiores, que al final lo consumían dejándolo embotado en el bosque de un sueño febril. Ya en la madrugada, Maura se daba cuenta. Palpaba la humedad salina extendida sobre la almohada. Se mordía los brazos. Rezaba un padre nuestro y abrazaba a Óscar. —No sé cómo hemos pasado estos años —dijo Maura, mientras encajaba el tenedor en un pedazo de melón.

Modesto escuchaba sin decir nada. Se rascó la cabeza tratando de comprender, aunque su atención estaba fija en las uñas descarapeladas de Maura. Apenas podía soportar el olor a frijoles hervidos. Lo mismo sucedía con las ollas quemadas en la estufa. Le resultaba imposible dejar de mirarlas de reojo. Se preguntaba si acaso había ratas por ahí. Era posible, después de todo no parecía un lugar muy limpio. En ese momento entró Óscar a la cocina, tambaleándose como un pequeño equilibrista. Se dejó caer en el suelo y empezó a jugar con las agujetas de Modesto.

—Mira. Parece que ya no lo asustas.

Modesto permaneció quieto, sin mover un centímetro los pies. Estaba seguro de que si hacía un movimiento brusco, Óscar podía berrear con la fuerza de un huracán. En ese momento también entró la anciana en silla de ruedas. Traía los labios excesivamente pintados de rojo. Sonreía con ademanes altivos lanzando besos al aire y ufanándose de la fortuna que nunca recibió. Por alguna razón comenzó a dar vueltas sobre un mismo eje, sin dejar de sorber con el popote los últimos restos del tejuino. Óscar trató de incorporarse sujetándose con fuerza de la pierna endurecida de Modesto. Realmente le costaba trabajo. Pujaba como si fuera un pequeño alpinista tratando de alcanzar la cuesta. La anciana no paraba de dar vueltas en la silla.

—Mamá deja de hacer eso. Asustas al niño, por favor.

Modesto se inclinó levemente para ayudar a Óscar, pero cuando trató de introducir sus manos debajo de los bracitos, el pequeño irrumpió en llanto. Esta vez el paroxismo llegó en forma de pólipos entrecortados y movimientos difusos del cuerpo. Al mismo tiempo apretaba los puños con fuerza, como si tratara de romper cadenas invisibles. Ni siquiera Maura pudo calmarlo. Cada vez se alteraba y lloraba con más fuerza. Modesto empezó a sentir resequedad en la boca, grumos de ansiedad, sudor en las manos, hormigueo en las piernas. De pronto se levantó, como impulsado por un resorte. Movió la silla de ruedas de la anciana y salió hasta la calle.

Cuando llegó a casa subió de prisa a su cuarto, se desvistió y se metió bajo el chorro de agua caliente. Por alguna razón tenía la piel extremadamente sensible. Sus dedos con jabón parecían tridentes encajando rebabas punzantes que se iban haciendo espirales hasta el resumidero. Nunca antes le habían dolido tanto los huesos. De repente sintió que estaba metido en el nicho de un espacio absurdo, inconsecuente y ridículo. Mirándose al espejo se dijo lo siguiente «Maldito infeliz ¿Por qué te viniste así de con Maura?» Se talló con furia todo el cuerpo dos, tres, cinco veces. Cuando salió del baño se subió a la silla despostillada con el propósito de hurgar entre los montones de bolsitas con hierbas medicinales encajadas en la parte alta de una repisa. Tomó un puño de hojas de abedul, encendió la estufita eléctrica, las metió en una vieja cafetera, se tiró boca arriba sobre la cama y se puso a contemplar una mancha de humedad en el techo descarapelado. Poco a poco los ojos se le fueron cerrando. Antes de quedarse dormido, levemente alcanzó a decir —Pufff….necesito algo diurético…depurativo.

Un par de horas más tarde, sintió que algo se le encajaba en la espalda. Eran los dedos filudos de mamá.

—Levántate ya flojonazo. Necesito que me ayudes a sacar unas latas de veneno a la calle. Hoy hubo muchas hormigas y se me hace que mañana madrugan los de la basura.

Modesto se volvió a tapar la cabeza. Rato después, los mismos dedos filudos volvieron a espolear su espalda.

—Anda, huevón. No me hagas enojar a estas horas. Deberías darme las gracias. Dejaste prendida la estufa eléctrica. Si no subo a la carrera te quemas con todo y tus hierbas medicinales. De veras, ya ni la amuelas.

Era cierto. La cafetera estaba quemada. Bajó a la cocina meditabundo, silencioso, un poco disminuido. Mientras cargaba los botes de polvo contra hormigas recordó algunos pasajes de su niñez. Solía jugar con botes parecidos a los que ahora cargaba. Eran unos botes amarillos repletos

de tierra. Él y unos cuantos amigos se divertían arrojando piedras hasta derrumbarlos. Un día se les unió un chico en silla de ruedas, de origen cora. Irónicamente lo hacían enojar gritándole «¡corre zancón!». Pocas veces se atrevía a lanzar piedras. Prefería mirar. Entonces, una tarde, después de haber derribado varios botes con tierra, mientras el resto de amigos se alejaban, Modesto vio al chico en silla de ruedas haciendo grandes esfuerzos por recoger un par de botes «¿Para qué los quieres?», le había preguntado. «Quiero ponerlos en una silla para platicar con ellos».

Nunca olvidó ese instante. Las palabras de aquel niño permanecieron en vigilia, casi adormecidas. Ahora, muchos años después le parecían mágicas. Pensaba que, tal vez, podría recuperarlas, como un regalo para el pequeño Óscar.

Dos días después, bajo el crujido de una tabla rota, se apareció de nuevo en la sección de archivo histórico. Parecía un caracol envuelto en su concha. No saludó a nadie, temeroso de algún reproche. Tenía la sospecha de que, a esas horas, ya todos debían estar enterados. Después de todo, Maura también trabajaba en Palacio Municipal y seguramente no tardaría en hacer tremendo chisme de lo sucedido en su casa. Así las cosas, lo mejor sería no fiarse de nadie. Tampoco sería conveniente mostrar amabilidades excesivas, sin alguna razón bien justificada, que por ahí, en una de esas conversaciones fortuitas con algún colega, bien se le podría escapar algún comentario sospechoso. No era para menos, pensaba Modesto «guerras y desastres se han desatado en el mundo a causa de rumores y falsas intrigas».

Así pues, con aires de fatiga y el semblante hosco se fue directamente a la bodega de intendencia. Tomó un par de trapeadores, dos cubetas con agua jabonosa y enseguida fue a plantarse justo al centro de la sala de lectura. Varias veces dejó caer intencionalmente el palo del trapeador provocando pequeñas estridencias que interrumpían el solemne trabajo de los esforzados investigadores. A esas horas, nada le parecía tan placentero como sacarse del bolsillo una envoltura de chicles y estrujarla entre sus dedos. Dos, tres, cinco veces. Una pausa de varios

minutos y otra vez a la carga. Luego venía la cereza en el pastel: varias veces la misma tonadilla de la Quinta, de ser posible silbada con la misma desafinación tonal. Modesto sabía muy bien que el arte del fastidio ha de ser dosificado pero incisivo, como un espolón que poco a poco va clavándose en el oído.

Después de una pequeña tregua, se acercó a una mesa de lectura y sin aviso previo soltó el trapo mojado con detergente. Brazos, codos, legajos de papeles debieron ser levantados abruptamente. En algunos rostros se notaba cierto pánico, pues inmediatamente advertían lo que podría suceder si alguno de esos documentos llegara a mojarse. Modesto, inmutable, sólo repartía sonrisas displicentes sin hacer el menor caso a los reclamos. Esa era su estocada final. «Nunca sigas la corriente a estos lambiscones. Quieren fastidiarte. No te dejes». Sin embargo, después de varios escarceos empezó a notar que ese día algo andaba mal, pues de pronto esa rabia contenida en el cántaro de sus propios resentimientos empezaba a diluirse. Ahora cualquier ocurrencia destinada a provocar fastidio en los visitantes a la sala de lectura, de pronto le parecía una simple pantomima; un truco de gesticulación estéril. Tal vez, sin darse cuenta había metido los pies en su propio círculo de fastidio. No podía saberlo con certeza, lo cierto era que imaginaba a Maura, cansada, triste, demudada en el asombro. Lo señalaba con el índice levantado como si trajera una espada flamígera «Cobarde. Saliste huyendo».

Así las cosas, una vez más, el mundo parecía volverse en su contra. Maura, Óscar, todos tenían derecho a culparlo y él no podría escaparse así nada más dejándose engañar por el miedo. Estaba seguro de que tarde o temprano las consecuencias de aquel acto cobarde habrían de alcanzarlo hasta morderlo con los colmillos de la venganza. Entonces, ninguna súplica habría de ser suficiente. Seguramente Maura jamás volvería a dirigirle la palabra, y todos en el trabajo, tarde o temprano llegarían a enterarse de los detalles. En los pasillos probablemente lo fusilarían con miradas de odio. «¡Míreme a los ojos!» Le gritaría furioso el jefe. «¡No sea hipócrita».

Por supuesto, ese cúmulo de pensamientos flotando en su cerebro, terminó por agobiarlo en un santiamén. Decidió dejar de limpiar las mesas y sentarse a reflexionar. Esa mañana tampoco estaba la directora en su oficina. No sería mala idea meterse y recostarse en el sofá. Necesitaba pensar con calma para decidir cuál habría de ser la mejor estrategia a seguir en una situación tan delicada como la suya. Pero antes de meterse a la oficina de la directora fue a la mesa donde estaba la libreta de firmas, y en el espacio destinado a comentarios por retardos

escribió lo siguiente: «*En medio de una laguna floto desesperado. Me agobia el peso infame de la culpa…..Nadie, por favor venga con su lástima hipócrita*».

Así lo hizo. Se sirvió una taza de café y se tendió cuan largo era en el sofá para invitados. Alguna vez había leído en un documento clínico del siglo XVIII, ciertas recomendaciones de un médico especializado en observar caracoles. Estebano Fernández, discípulo, entre otros, del gran Lavoisier, aseguraba que las bondades de la quietud estática no tienen límites porque ayudan a expulsar toda clase de humores mefíticos. También aseguraba que cuando el cuerpo es capaz de someterse a los rigores de la perfecta quietud, los pensamientos se purifican y cada incertidumbre vuelve a colocarse de nuevo en su lugar. Modesto recordó este pasaje mientras observaba de manera displicente, la colección de monos encaramados por todos los rincones de la oficina. Cinco minutos más tarde vio a Maura entrar por la sala de lectura. Aún de lejos percibió un aire de enfado en ese rostro que ahora le parecía indescifrable como la bruma de un sueño lejano. Sus cabellos ondeaban con el aire dándole un cierto aire de altivez. Inmediatamente, Modesto se encogió como gusano herido para no ser visto, aunque ese movimiento retráctil no le impidió retener, de un vistazo, la imagen de los pequeños senos moviéndose debajo de la blusa. Maura pasó de largo por la oficina de la directora. A juzgar por sus movimientos parecía tener prisa porque se dirigió directamente al escritorio de documentos, donde entregó un sobre y acto seguido abandonó el lugar sin saludar a nadie. No hacía falta mucha deducción para darse cuenta de que cualquier cosa que hubiera entregado al recepcionista en turno, sólo podía estar dirigida a una persona.

—Luis. Hace rato vino aquí la secretaria de finanzas.

—Cuál de todas. En finanzas hay muchas secretarias

—No te hagas el idiota. Dejó un sobre por aquí

—Uy. De dónde tanta urgencia…. El niño quiere su bombón

Modesto arrebató la carta. Estaba nervioso. Rápido se dirigió de nuevo a la oficina de la directora. Volvió a tenderse en el sofá y abrió la carta.

Un vendaval caliente lleno de piedras y basura se le estrelló en la cara mientras leía la carta de Maura. Todo parecía tan simple y confuso al mismo tiempo. Ahí estaba su voz ahogada, como si estuviera hablándole desde el hueco de un árbol. Se mofaba de su cobardía reiterándole repetidas veces lo aborrecible de toda esa conducta suya, propia de un ser abyecto, sin escrúpulos y a todas luces ruin. *Pero mejor así*, decía Maura *porque de los hombres jamás he recibido nada, sólo desprecio y mortificaciones. Como sabes, nunca me propuse ocultarte nada. Te abrí sin reparos las puertas de mi casa, aún a sabiendas de que muy pronto sería víctima de habladurías y chismes, ya sabes, nunca faltan amargados en el trabajo y viejas ociosas en el barrio. Todo fue inútil, ridículo. A cada rato me asaltan remordimientos, como si estuviera flotando a la deriva de un lago fangoso. Ni siquiera logro entender los verdaderos motivos que me impulsaron a invitarte. ¿Acaso Óscar te asustó? ¿Qué esperabas?, un chiquillo rozagante, pulcro, sin defectos, oloroso a talco. No, así no es mi hijo. Él padece de síndrome frágil X, una enfermedad terrible que sobrellevamos con bastantes esfuerzos y muchísima dignidad. Seguramente sentiste náusea, repulsión, tal vez asco, lo cual me importa un rábano porque no quiero volver a verte nunca más. Y por favor, cuando me veas en el trabajo, ni siquiera te atrevas a dirigirme una mirada. Te desprecio*.

Salió del Palacio Municipal aturdido. Quiso escupir al suelo pero no pudo. Su boca estaba reseca, ligeramente cubierta por grumos de saliva pastosa. Más adentro, en las amígdalas, cualquier tránsito de humedad se detenía como si anduviera crudo. Se detuvo perplejo a mirar el tráfago de gente, automóviles y camiones atestados de pasajeros. De pronto, ese mismo paisaje, durante muchos años conocido, ahora tenía formas indescifrables, como de animal retorcido, cuyas fauces se abren y cierran a cada segundo. Puso un dedo en su oído izquierdo. Tal vez así lograría contener esa marea de claxons, gritos, conversaciones, risas, llamadas compulsivas. Eran cientos, probablemente miles de ínfimas detonaciones estrellándose impunemente contra los filamentos de sus nervios. Se llevó las manos a la cabeza presintiendo la náusea de un oleaje interior, próximo, desorbitado, cruel. Para colmo, un voceador de periódico se plantó justo a su lado gritando a todo pulmón los últimos hechos violentos de la ciudad. Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue meterse al baño a restregar todo su cuerpo con el estropajo. Se talló con tanta fuerza que inmediatamente se cubrió de escoriaciones como si fuera una gigantesca zanahoria pelada.

No iba a darse por vencido así nada más. Ese día despertó temprano. Hizo gárgaras con Astringosol. Se cepilló los dientes cuatro veces. Después se dio a la tarea de recortar cuidadosamente cada filamento de sus uñas. Una noche antes había visto a un limosnero en la calle pidiendo comida. Le compró un lonche de jamón y una Fanta. Cuando estiró las manos pudo ver aquellas uñas crecidas como garras de tigre. Parecían uñas pintadas, pero en realidad eran las natas de mugre adheridas al tegumento. En ese momento se sintió obligado a cortar las uñas de aquel mendigo, antes de que alguna turba de delincuentes lo moliera a palos como a un perro rabioso. También se preparó una infusión con hojitas de alcaravea. Nada mejor contra flatulencias inoportunas. Se despidió de Inés y de la pequeña Enoé. Tal vez los padres de la niña sospechaban que Inés la había adoptado porque últimamente andaba casi todos los días en la casa. «Está bien mientras no se meta con mis cosas».

Llegó directamente a la oficina de cobranzas. Casi no había movimiento a esas horas, únicamente las secretarias deambulaban con sus tazas de café. Aquella súbita presencia debió sorprender a Maura, pues en su mirada cortada, Modesto percibió ráfagas de indiferencia controlada. Parecían simples disfraces de importancia.

—Qué se te ofrece Modesto.

—Vengo a disculparme y también a otra cosa

—Cuál es esa otra cosa

—Quiero llevar a tu hijo a pescar.

—No tienes vergüenza.

ꕥ ꕥ ꕥ

Llegaron a la orilla del lago cerca de las diez de la mañana. El sol era engañoso. A ratos se abría paso entre nubes cortadas. Luego volvía a meterse. Algunas personas levantaban la vista preguntándose cuándo empezaría a llover. Modesto percibió el olor amargo de algunas saponarias echadas a perder. Había un hombre con un pastor alemán atado a la correa, muy cerca de un puesto ambulante de helados. Desde donde estaban, podían oír los lengüetazos que el perro daba a unas bolas de helado tiradas en el suelo.

Maura hizo una señal para alejarse de ahí. Tenía miedo de que Óscar se asustara con el perro. Sin embargo, en esos momentos Óscar estaba completamente divertido sacando la lengua

contra el viento. Al abrir la boca enseñaba sus dientes y hacía gruñidos acompasados con espasmódicos manoteos. A veces estiraba las manos hacia arriba, como tratando de alcanzar algún pájaro. Maura también estaba de muy buen humor.

—Vamos a escoger una lancha.

—Está bien —dijo Modesto, mientras su vista seguía el revoloteo de una mosca sobre una cabeza de pescado abandonada en la parte alta de un bote con basura. El ojo viscoso, aplastado bajo una tira de periódico, le hizo recordar una tarde calurosa de mayo. Estaba sentado a la entrada del zaguán, cuando vio a su padre acercarse una ganzúa repleta de bagres. Tras mirar a mamá sacando con sus dedos las vísceras de un pescado fileteado, salió corriendo. Desde entonces nunca fue capaz de permanecer más de cinco minutos en una pescadería.

—Óscar, agárrate bien de aquí. No te sueltes

Una parvada de pájaros blancos pasó volando justo sobre sus cabezas. El lanchero dio vuelta al botón de una radio destartalada. Se oyó la voz entrecortada de José Alfredo Jiménez, como si las hormigas le hubieran carcomido la garganta. El viento húmedo les daba en la cara y por primera vez, Modesto percibió en el rostro de Maura una cierta felicidad infantil.

Cuando vio aquella lancha carcomida, sintió ráfagas de miedo. Pensaba en la posibilidad de caer al agua y enredarse en los lirios, junto con Óscar y Maura. Pero cuando leyó el nombre de la diminuta embarcación su rostro se aligeró. Nunca antes se había topado con un nombre tan hermoso para una lancha pesquera *La sensitiva*. Sacó entonces su cajita de mentas remojadas con alcanfor y polvo de Angélica. Al aspirar profundo se sintió un poco más tranquilo. Hizo la señal de la cruz y se persignó. A Maura eso le hizo gracia. —No tengas miedo. Súbete por aquí. — Apretó la mano de Modesto y lo jaló hasta el pequeño embarcadero de cemento. Ese gesto desató una sensación muy agradable. Sin embargo, al mirar de cerca la mano de Maura, notó pequeñas descarapeladuras de pintura en sus uñas. Sintió un poco de asco. Por un momento estuvo a punto de hacérselo saber, pero se contuvo porque alcanzó a percibir que eso hubiera sido una terrible indiscreción. Vaya, estaba empezando a convertirse en todo un caballero.

Ya en el agua, el lanchero seguía la voz de José Alfredo acoplándose muy bien a la tonada, como si se hubieran conocido de toda la vida. En una de esas se le soltó el sombrero, pero afortunadamente Maura alcanzó a estirar la mano antes de que se fuera al agua. El anciano chinchorrero sonrió agradecido mostrando las coronas doradas de sus dientes. En ese momento, Modesto aprovechó el descuido para sustraer un pequeño caracol atado a una cuerda. Cuando

llegaron a la Isla de los Alacranes se lo puso a Óscar en el cuello. Él se limitó a sonreír de un modo realmente sereno mientras trataba de mantenerse en pie. En aquellos ojos exageradamente abiertos había un cierto destello rojizo. Jadeaba, hacía gruñidos, daba manotazos al aire. Realmente estaba muy emocionado porque sentía que podía alcanzar con la mano alguno de aquellos pájaros blancos que se deslizaban hasta la orilla en busca de comida.

Claro, no todo podía ser perfecto. Cuando empezaron a caminar por un sendero de tierra, Modesto sintió un empujoncito en el hombro. Era la mano huesuda del lanchero. —Oiga, págueme el caracol. —Hablaba como si trajera hormigas en la boca. Tenía unos ojos pequeños que se hundían como dagas entre las arrugas apretadas y quemadas de su cara . —No me regañe maistro. Nomás era un recuerdito para el niño. Tenga. —Sacó diez pesos y se los puso en la mano.

—Deme otros cinco pesos porque ese lo saqué de unos lirios entrañados

—Ah canijo. Usté si sabe hacer negocio. Ahí le va pues.

Entonces, de pronto, un regalo de la vida. Modesto se dio media vuelta y descubrió una imagen bellísima. Óscar se había soltado cinco pasos. Dio un pequeño saltito. Quiso volar. Con sus manos trataba de atrapar el aire. Modesto sintió que aquello no era un simple arrebato. Cerró los ojos y vio a Óscar alzarse como un cometa de colores. Mientras iba levantando el vuelo, su cuerpo diminuto hacía zig zags en el aire, hasta perderse en un punto altísimo del cielo.

Un destello rojizo fulguraba en los ojos de Óscar. Camino al restaurante, Maura le pidió a Modesto que abrazara al niño. Al principio se negó, temeroso de ser babeado en los brazos. Pero Maura insistió, así que no tuvo más remedio. —Diablos, cómo pesa. —Sin duda era un niño gordo para su edad. Además, de vez en cuando soltaba unas terribles flatulencias mientras sacaba la lengua. Era ese olor inconfundible a caldo de res, que tanto le gustaba. Modesto no dijo nada para no disgustar a Maura. De pronto, algo llamó poderosamente su atención. Empezó a gruñir jalando el cuello de Modesto hacia el suelo. ¿Qué podía ser la causa de tanta emoción?. Ah, era una canica. Increíblemente la había descubierto, a pesar de estar casi enterrada. Modesto escarbó un poco, la limpió con los dedos y se la dio. Óscar la tomó como si fuera el tesoro más valioso del mundo, haciendo saltitos hacia atrás y hacia adelante. Maura lo jaló de la manga.

—Óscar, no puedes quedarte ahí sentado.

Pero el rostro de Óscar estaba iluminado porque en la canica miraba el reflejo deformado de un girasol. Por un momento tuvo ganas de flotar, desprenderse, dar vueltas en el aire, como si

fuera una bolsa de plástico metida en un pequeño remolino. Cuando llegaron al restaurante, Modesto cargó a Óscar y le puso un girasol grande en una de sus orejas. Óscar sonrió. Le dio un beso con babas en la cara. Modesto apretó los ojos, pero no hizo el menor intento por lavarse. Había comprendido en secreto, que si un niño le enseñaba algo jamás debía borrarlo.

Fue así como supo Modesto que Óscar era un poeta. Su poesía no estaba hecha de palabras, sino de formas coloridas, sensualidades atravesadas y toda clase de círculos verbales. Óscar sabe muchas cosas porque se ha despojado de todo. Cuando alguien habla con elocuencia erudita, entorna los ojos y mueve las manos como alas de pájaro. En esos momentos desea volar porque no soporta a los elocuentes de ninguna especie. Prefiere el devaneo de frases sin sentido. Le gustan mucho las palabras escurridas, mórbidas, tocadas por la punta de una seda ligeramente perfumada. Como todo gran apasionado, Óscar sabe perderse. Nunca da nada, nunca pide; sólo se entrega. Es capaz de pasar horas sentado en un arroyo, sólo para mirar cómo se mezclan las hormigas con el agua. Por debajo hunde su mano. Esa es su rima disonante, sin cortejos sonoros, sin expresiones trémulas de vanidad, sin ideas. A Óscar no le gustan las ideas, babea sobre ellas. A veces se queda a solas con una abeja. Sabe contarle historias. Sabe colocarla en la punta de su nariz y llevarla hasta una flor anaranjada. Cuando la abeja vuela, Óscar hace pequeños coros, silba, rechina los dientes. Trata de elevar la garganta haciendo gárgaras para festejar en grande, como un director de orquesta. En un momento dado, mientras caminaban sobre una vereda pedregosa, Óscar se adelantó y trató de meter su cabeza en el hueco de un árbol.

—¿Qué buscas ahí? —le dijo.

Óscar señaló hacia el cielo.

Entraron a un restaurante de mariscos y carnes asadas. Parecía una palapa gigante en medio del desierto. Un arco de flores moradas con guacamayas enjauladas daba la bienvenida al visitante. Pero no se podía entrar por ahí porque una mula pelona estaba echada, tranquila, muy a gusto. De no ser por su cola espantamoscas, uno pensaría que aquel animal estaba muerto. Óscar lanzó gruñidos haciendo lo posible por acercarse desesperadamente. Maura se asustó y lo jaló del brazo. —No hijo, es peligroso. —En ese momento se deslizó en el cielo un surco de nubes errantes. Entonces Modesto tomó a Óscar por debajo de los hombros y lo sentó sobre la barriga empolvada de la mula, que apenas entornó un poco los ojos. —Mira —dijo Modesto —Está moviendo la cola más rápido. Ha de sentir que Óscar es una mosca grandota. —Ambos se rieron

porque Óscar no quería desprenderse de los pelos del animal. Fue necesario destrabar cada uno de sus dedos. Al final se emberrinchó y empezó a dar manotazos y patadas al aire.

Adentro hervía de gente. Los niños corrían esquivando equipales y botes de basura. Por ahí, entre botellas de cerveza y platos con guacamole apareció la calva del mismo hombre que horas antes habían visto a la orilla del lago, con su pastor alemán. Aunque esta vez el perro no lamía helado. Más bien se notaba nervioso ante las ráfagas de gritos, risas y mariachis que parecían competir, para ver cuál de los tres lograba producir los sonidos más estridentes. Un golpe de náusea se clavó en el estómago de Modesto cuando vio un hilo de rebaba saliendo por la campana de una de las trompetas. Sintió que ya no iba a comer. Desde muy adentro empezó a subir el borboteo de un gas inflado. Tuvo que apretar con todas sus fuerzas la parte baja de los intestinos, a fin de contenerlo, de prisa, casi corriendo, hasta la puerta de entrada. Puff. Vaya descanso. A la burra echada no le importó en lo más mínimo.

Cuando regresó a la mesa, Maura estaba platicando con un viejo conocido del trabajo. Eso enfadó a Modesto, aunque tampoco podía explicar el motivo exacto. El caso es que no tuvo deseos de saludar. Simplemente dijo con aplomo —Soy amigo de la señora Maura. —Ellos no hicieron gran cosa por tomarlo en cuenta. De hecho, parecían entenderse bastante bien al calor de recuerdos, risas y miradas furtivas, que a Modesto más bien le parecían insinuaciones descaradas. Decidió tomar a Óscar y llevarlo a la parte de atrás, donde había resbaladeros, columpios y una cama inflable de colores.

Antes de subirlo a uno de los columpios, se puso a dudar. Tal vez sería demasiado vértigo para un niño como Óscar. Podría asustarse y en esos momentos no quería llamar la atención de Maura y su amigo. «Al carajo. Si llora, ni modo». Así que lo tomó de los brazos y lo sentó sobre uno de esos columpios de acero, parecidos a sillas de montar. Una niña, como de cinco años, parecía muy entretenida mirando los movimientos abruptos de Óscar. Cuando por fin logró sentarlo y sujetarlo del pequeño tubo frontal, notó cómo la nariz de Óscar empezaba a picotearse con gotitas de sudor. —Tiene miedo —dijo Modesto. —No va a soportar. —Pero en eso, la niña que estaba a un lado, se acercó a Óscar y empezó a hablarle de un modo muy cariñoso. Le hacía cosquillas en la cabeza con sus deditos. Se metió la mano a una bolsita de su vestido y sacó una servilleta. —Voy a limpiarlo para que no se ensucie con el columpio. —Y así lo hizo. Después, le dijo a Modesto que se hiciera a un lado, y sin darle tiempo de responder algo, empezó a columpiar a Óscar, de un modo tan espontáneo y cariñoso que nadie supo en qué momento, ya

estaban los dos felices de la vida, riéndose a carcajadas, como si hubieran nacido juntos. Modesto retrocedió con aire de animal pasmado. Por primera vez descubría en el rostro de Óscar, un contorno de felicidad rozagante.

Cuando regresaron a la mesa, ya no estaba el amigo de Maura. Ella escribía algo en un papel. Inmediatamente lo guardó en su bolso. A Modesto le pareció un acto sospechoso, digno de una explicación. «Tal vez», pensaba, «se trata de un mensaje potencialmente peligroso. No será nada extraño si ese papel me perjudica en un futuro no muy lejano». En esos momentos, como pocas veces, tuvo la certeza de que su desconfianza racional estaba detectando una seria anomalía en su contra. Por tanto, sin muchos rodeos le dijo a Maura

—Tu comportamiento es extraño.

Ella sólo se rió y abrazó a su hijo.

—Mira, parece que definitivamente ya no te tiene miedo. Siéntate, por favor. Como no estabas cuando vino el mesero, me tomé la libertad de ordenarte un delicioso filete a la parrilla con queso fundido y guacamole. Come, anda. Todo está delicioso.

A Modesto le pareció el colmo. Tenía la impresión de que nunca antes, alguien se había tomado tantas libertades con su persona. Nadie iba a decirle qué debía entrar a su amado estómago. No estaba dispuesto a permitir semejante abuso de confianza. Además, le preocupaba sobremanera no haber advertido al mesero, sobre las condiciones de higiene. «¿Se habrá lavado perfectamente las manos el cocinero? ¿Habrá limpiado la parrilla antes de colocar el filete?. Bola de marranos». Por supuesto, en aquellos momentos de tanto ajetreo, parecía evidente que nadie de los presentes estaba capacitado para responder a tan apremiantes cuestiones, aunque al mismo tiempo, Modesto sentía que ya el hambre lo estaba acorralando. Podría, tal vez, en honor a las circunstancias hacer una excepción. Fouchelez advertía que ante las dudas higiénicas no había nada mejor que untar un poco de vinagre con clavos esparcidos. De ese modo, la carne se escuece y las bacterias anidadas en las partes más altas terminan por ser aniquiladas, gracias a la fuerza del fermento. Por fortuna, el mesero trajo vinagre blanco. No hace falta decir que el buen Modesto siempre traía unos cuantos clavos en la bolsa de su camisa. Así que el asunto se arregló.

Pero la desazón imprevista nunca abandona del todo a los hombres higiénicos. Cuando estaba llegando al punto más suculento de su filete asado, se oyó un grito estremecedor. El eco se colgó de los candelabros, dio vueltas entre las paredes y se metió hasta la coronilla de los tímpanos. Muchos quedaron petrificados con el bocado a medio engullir. Algo le había sucedido

a una mujer. Se temió lo peor. Acuchillamiento. Asalto a mano armada. Venganza por celos. Allá van los chismosos a la puerta. Parecían avispas rumbo al enjambre. Maura abrazó a Óscar y también fue a ver. Modesto permaneció sentado, repitiéndose que esa era la manera más sensata de comportarse «como corresponde a un hombre maduro, que ha superado esa clase de morbosidades». Al rato vino Maura con la mano en la boca.

—Dios mío. Le reventó la boca

—¿Quién?

—La mula, quién más

—Cómo, explícame. Dame detalles

—Pues nada. Una mujer medio bruta se agachó por detrás para tomarle una foto a la mulita. Seguro se asustó con el flashazo y le rajó una patada en la mera boca.

Después de pagar, un tanto a regañadientes, lo correspondiente a su parte proporcional de comida, Modesto no se atrevió a salir por la puerta principal. Ni por asomo quería pasar junto a la burra echada. Prefirió meterse a saco en la cocina. Saltó una barda llena de babosas. Cuando vio a Maura junto a Óscar, sus ansias empezaron a disminuir. Sin decir nada tomó la mano de Maura y se fueron caminando. Modesto no se atrevió a volver la vista, hasta estar seguro de haber dejado atrás el sitio del accidente.

Al pie del embarcadero descubrieron un destello anhelante de ternura y tristeza en los ojos de Óscar. Su cansancio lo expresaba con gemidos huecos al aire. Al cargarlo, Modesto sintió un cuerpo más pesado. Dando tumbos, metió un pie a *La sensitiva*. Fue necesario apoyarse en el brazo del viejillo chinchorrero. Por alguna extraña razón, en esos momentos Modesto sintió irrefrenables deseos de echar un vistazo a las axilas depiladas de Maura. «Bah, no es el mejor momento de pedírselo» se dijo, antes de que el lanchero jalara con fuerza la cuerda de arranque. Pronto abandonaron la pequeña isla, un tanto somnolientos por el suave rugido del motor.

Algo cambió desde ese día. Seguramente un vapor de sensatez lo invadió. Fue una cosa extraña, casi grotesca. Ni él mismo podía explicarlo de manera detallada. Lo cierto es que al día siguiente de haber ido al lago de Chapala, con Maura y Óscar, notó más tolerancia en su nariz, hacia los olores nauseabundos. También se le fue retirando la sensación de náusea ante una visión de insalubridad urbana. Llegó a pasar junto a un puesto de comida callejera sin taparse la nariz. También soportó, con estoico dolor, la visión de un camión recolector de basura con sus tripas colgantes de papel, verduras y líquidos fermentados. Días antes hubiera sido incapaz de mirar unos segundos las uñas mugrosas de un limosnero. Mucho menos hubiera tolerado un sorbo de nata cuajada sobre la superficie del arroz con leche. Él mismo estaba sorprendido. Incluso llegó a dejar en casa la cajita con polvo de Angélica y alcanfor, que siempre traía en la bolsa del chaleco para defenderse contra venenos e insanias flotantes. Se abstuvo también de oler limón con clavo picado antes de ingerir alimentos.

Pero sin duda, la decisión más importante que Modesto asumió por aquellos días, no fue de naturaleza higiénica. Una mañana muy temprano, mientras miraba en el periódico la fotografía de un hombre mordido por una araña capulina, decidió no volver a sustraer objetos ajenos. Juró ante Dios y todos los santos, que no estaba chacoteando consigo mismo. Ni siquiera trataba de pisar la cola de algún impulso moral. Simplemente deseaba desinfectarse, purificar un poco su existencia. Decidió entonces que lo mejor sería ponerse a prueba, «pero pronto, sin jueguitos idiotas. Nada de ir a uno de esos lugares atestados de gente, donde uno termina por salir aturdido y con las manos vacías». Escogió un almacén enorme, lo cual, en esas circunstancias suponía una verdadera prueba de fuego. A esas horas de la mañana, seguramente no había mucha gente y la tentación sería tan grande, que incluso a un experto como él, podría costarle trabajo resistirse. Aventó el periódico y se puso manos a la obra. Para justificarse un poco, pensó que a su jefa de trabajo no le importaría que uno de sus trabajadores más eficaces se ausentara toda una mañana completa, con tal de mejorar su salud mental.

Casi una hora tardó en llegar. No era para menos. Aquella sucursal de Wal-Mart estaba en las orillas de la ciudad. Como había imaginado, a esas horas la tienda estaba semivacía, únicamente un guardia barrigón, que platicaba plácidamente con una de las cajeras, parecía un tanto interesado por lo que pudiera ocurrir en los pasillos. Pero indudablemente se notaba que aquel gordo estaba fuera de combate. Modesto hubiera podido entrar a la tienda forrado con cartuchos de dinamita sin ningún problema. Aunque a decir verdad, el guardia era lo de menos.

Cuando llegó a la sección de perfumería y se vio a solas frente a cientos de maravillosos objetos, que fácilmente podía haberse embolsado, empezó a sentir los estragos de una ansiedad humillante y artera. Las manos empezaron a sudar. Su ritmo cardiaco se batía frenéticamente, al tiempo que las piernas se atascaban de adrenalina. Había tantas cosas a la mano. Talcos, desodorantes, aguas de colonia, pastas dentales, vendajes en rollo. Puff, aquello era terrible. Modesto agachó la cabeza y siguió de largo entre pasillos y anaqueles, tratando de contener la fuerza de su terrible agitación. Cuando por fin salió a la calle y estuvo completamente seguro de que no había nada en sus bolsillos, respiró profundamente por la boca. Tragó una burbuja de aire fresco hasta las cavernas más recónditas de su estómago. En cuanto pudo regresó a casa, subió a su habitación y se puso a tallar con rabia las paredes del baño.

Por la tarde, cuando llegó a la sección de archivo, en el Palacio Municipal, se encontró con una pequeña novedad. Los colegas estaban reunidos en la oficina de la directora. Se trataba de dar a conocer los detalles de una nueva sección de documentos que debían ser clasificados. A Modesto esas cosas no le importaban porque sus labores no tenían injerencia en asuntos de clasificación. Su trabajo estaba limitado exclusivamente a limpiar muebles, aunque de vez en cuando también se ponía a fumigar rincones con sustancias olorosas. Cuando pasó junto a la oficina de la directora, tuvo ganas de silbar su estrofa favorita de la Quinta. Se dijo que no lo hacía por molestar «como muchos envidiosos creen. Se trata de una necesidad interior; un impulso quemante. Claro, varios idiotas voltearán a verme. Después de todo, yo sé que algunos aprovechan esas reuniones para holgazanear de lo lindo». Incluso sospechaba del mismo Luis, pues con todo y muleta tenía un pie extendido sobre el mismísimo sofá, donde a veces le gustaba hacer pequeños recesos estratégicos. De ser otro, seguro le hubiera reclamado por lo que él consideraba sus derechos ganados a pulso. «Bah. Dejemos el asunto».

En la libreta de firmas escribió la primera confesión relativa a sus cambios más recientes. *Queridos colegas. Hace unas cuantas horas asumí una decisión trascendental. No puedo darles mayores detalles porque no es el momento. De cualquier manera me atrevo a sugerirles muy sentidamente. No permitan que la inmundicia se apodere de sus vidas. Protéjanse de cualquier contaminación. El mundo puede ponerse al rojo vivo si seguimos empecinados en esta ruta de mugre.*

Antes de tomar los enseres de limpieza, Modesto fue a plantarse frente al espejo del baño. A esas horas de la mañana, casi siempre lo invadía una cierta necesidad de verificar cualquier

cambio en su rostro. Después de la terrible angustia que había pasado en la tienda Wal-Mart, estaba seguro de que encontraría alguna huella de ansiedad. Probablemente a esas alturas ya se habían declarado algunas manchas, o cuando menos algún proceso de urticaria había empezado a hervir bajo los pliegues de su piel. Sin embargo, no encontró nada extraordinario, salvo algunos barros encapsulados en la nariz. De ahí en más, todo parecía en su lugar. Respiró con cierto alivio, pero al salir del baño se topó de frente con un nuevo desafío. La anciana de limpieza se acercó a saludarlo mientras masticaba un lonche de pierna. Inmediatamente Modesto retrocedió ante el olor penetrante a cebolla. —¿Cómo estás muchacho? —dijo con voz aguda. Modesto no atinó a decir palabra porque su vista estaba clavada en la argamasa que asomaba entre los dientes amarillos de la anciana. Lo más terrible del asunto fue que, por alguna razón endemoniada, se le ocurrió precisamente en ese instante saludarlo de beso. —Puaff —chasqueó la boca. Descaradamente se limpió con la palma de la mano esa pequeña humedad, casi viscosa, adherida a la piel del pómulo derecho.

Pero el buen ánimo no tardó en llegar. La Quinta empezó a fluir cándidamente, sin rastro de molicie. Preparó sus aparejos de limpieza y se puso manos a la obra. No tardó en descubrir el suave olor a pino que desprendía el nuevo líquido limpiador. Era un aroma relajante, algo dulzón, casi picoso. Exactamente como le gustaban los detergentes. Debía tener excelentes propiedades asépticas. Así que, en vez de rociar solamente sobre la superficie de las mesas, Modesto se dio gusto aplicando una y otra vez el aspersor en el aire. Claro, eso molestó a más de uno. De hecho, varios infelices empezaron a toser. Una mujer se levantó de su asiento dando manotazos al aire.

—¿Pero qué está haciendo usted? dijo, visiblemente enfadada y sin dejar de toser.

—Estoy limpiando el ambiente señora.

—Pero si casi nos está fumigando en la cara. ¡Ya basta!, ¡Ya basta! ¡Deje de hacer eso! ¡Y no me diga señora por favor!.

Por supuesto, no le hizo caso. Se alejó de ahí como si hubiera localizado un foco de peste. Se fue hasta el otro rincón, donde siguió dale que dale, apretando el aspersor a sus anchas. «Este aroma es absolutamente delicioso». No se explicaba la causa de tanta molestia, si en realidad estaba llevando a cabo otra de sus pequeñas contribuciones para mejorar la elasticidad del aire. Semanas atrás, había leído algunas recomendaciones contundentes del gran Murveau, refiriéndose a las óptimas maneras de provocar una sana transmutación del ambiente. La mejor de todas, según él, consiste en fumigar por encima de las cabezas con afán persistente. Sólo así se

decantan las sustancias volátiles y poco a poco terminan por destruirse la mayoría de corpúsculos preexistentes.

Pero a decir de Modesto, aquellos chupatintas no entendían nada de eso. Actuaban guiados únicamente por impulsos apasionados y mecanicistas. «Bola de malagradecidos». Incluso le parecía que en algunos de ellos se notaba un fingimiento descarado. Tosían y manoteaban a todos lados con tal de llamar la atención. Cuánto los despreciaba, con sus aires de señoritos ilustrados. Claro, se dijo Modesto «esos truquitos tarde o temprano surtían efecto». La directora lo mandó llamar. Fue al grano. Le dijo que varias personas se habían molestado bastante por lo del detergente. Modesto no puso demasiada atención, debido a que estaba examinando las uñas de la directora. Para sorpresa suya notó que las traía perfectamente cortadas, bien limpias y sin descarapeladuras que lamentar. Ese detalle lo tranquilizó un poco. Le parecía claro que no debía aceptar un regaño si provenía de alguien cuyas uñas estaban sucias y mal cortadas. La directora volvió a mirarlo fijamente en espera de una respuesta, pero como Modesto no decía nada, ella regresó a la carga.

—Vinieron dos personas, Modesto. Estaban enojadas, yo diría que furiosas y con justa razón. Por favor ten más cuidado. Ellos merecen trabajar cómodamente.

Cuando pronunció esa última palabra, se inclinó hacia atrás haciendo un guiño extraño con los ojos. Por un instante, Modesto tuvo la sensación de que su presencia la ponía nerviosa. «Tal vez, en el fondo se siente atraída por mí. Puede ser. Cosas así pasan en las películas y de vez en cuando suceden en la vida real. Una mujer bien posicionada se derrite en secreto por un subalterno, mas no se atreve a soltar prenda. Prefiere guardarse, quemarse por dentro». «Sí señor» se dijo Modesto. «Así viven estas mujeres, atadas vilmente a las reglas morales de su profesión». Mientras la directora hablaba, una de las comisuras se le estiró dejando al descubierto una corona plateada en sus dientes, lo cual decepcionó a Modesto. «Jamás podría ceder ante una mujer como ésta» se dijo. Para colmo, advirtió sobre aquellos labios que le hablaban, una serie de pelillos negros demasiado gruesos. «Esto es francamente intolerable».

—Está bien señora directora. No volverá a suceder.

Fue todo lo que dijo. Salió de la oficina, decidido a tomar un pequeño descanso.

Pocos minutos antes del mediodía, la vio entrar. Modesto se deslizó como serpiente hasta la oficina de la directora, aprovechando que la jefa había decidido retirarse temprano. No deseaba, en esos momentos, afrontar un encuentro repentino. La gente siempre está lista para sacar el abrelatas de las murmuraciones. Desde donde se encontraba podía observar, a través de un cristal, todos sus movimientos. Era como estar adentro de un submarino, mirando plácidamente un manto de peces y tiburones. Los pasos de Maura eran pequeños, menudos. Casi andaba de puntitas. Así era ella, incapaz de molestar a los investigadores. Si supiera cuánto le gustaba a Modesto fastidiar a esos infelices. Bueno, tal vez ya lo sabía. Por ahí, alguien, sin escrúpulos pudo haberle contado. «Por todas partes anda suelta esa deleznable pasión por el chisme. Bah, me da igual». Cuando Maura pasó junto a la oficina de la directora, Modesto notó una serie de cambios en su persona. Nunca antes la había visto así. En vez de uniforme traía puesto un abrigo largo hasta las rodillas. Llevaba el cabello suelto, gafas oscuras y unos tacones de gamuza. Parecía una intrusa con cierto aire vampiresco. Al escuchar el ruido de sus tacones, Modesto sintió ganas de mirar los pliegues de sus axilas. En otras circunstancias se hubiera atrevido a preguntarle si acaso las traía depiladas, pero en esos momentos le pareció una soberana estupidez.

Por algún motivo, cuando Luis entregó el legajo a Maura, pareció darle indicaciones precisas, como si él conociera detalladamente los papeles que estaba entregando. Ese detalle fastidió a Modesto. Era como ver un costillar crudo y fatal, expuesto a plena luz del día. Un magma nervioso lo impulsaba a transformarse en espía; en juez implacable de ese empleadillo miserable. Pero aguantó completamente quieto. Maura fue a sentarse en una de las mesas más iluminadas. Modesto no se atrevió a salir de su escondite. Pudo haberle preguntado por Óscar. Después de todo tenía ganas de volver a verlo. Pero no. Eso hubiera echado a perder todo. Prefirió mantenerse quieto en su pequeña jaula. Fueron minutos largos, tediosos, volcados hacia adentro. Una eternidad. Cuando salió de su guarida, Maura ya se había ido. Luis ya le tenía listo el legajo de documentos. Aventó los enseres de limpieza al suelo, acomodándose lo mejor que pudo, junto a una vieja solterona que despedía un tufo caliente a cilantro, ajo y cebolla.

Se puso unos guantes de látex y desabrochó la cinta del legajo: *Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 4.*

Otra vez hablaba el cirujano Castrejón. Ahora se quejaba amargamente contra las autoridades municipales por haber permitido un apilamiento excesivo de cadáveres, en el patio del Hospital Público de la Caridad. Decía que por todos lados revoloteaban racimos de moscas verdes. «Era cosa de ver cómo llegaban hasta la parroquia, carcomiendo las paredes y metiéndose por debajo de las bancas». Al parecer, nadie podía aguantar el hedor caliente sin cubrirse las bocas, aunque algunos jóvenes y señoritas ya se habían acostumbrado y lograban oír el catecismo sin sentir asco. En uno de sus reclamos solicitaba a las autoridades, cuando menos la providencia de cuatro o cinco carretones con cal, pues ya se habían dado casos de cadáveres despedazados a media calle, por jaurías de perros hambrientos. Para colmo de males había llovido a cántaros durante varios días. Todo se volvió espeso, sucio, sanguinoliento. Las calles parecían muladares a cielo abierto. Algunos caballos de carreta patinaban espuelas con tanto estrépito, que por allá botaban pernos, charnelas y muelles de las ruedas, volcando fardos y mercancías. Nunca faltaba por ahí un par de marranos extraviados, que se daban gusto con toda clase de hortalizas desperdigadas. A Castrejón le indignaba saber que, en vez de ordenar el retiro inmediato de cadáveres, enterrarlos y lavar las calles con agua y lejía, aquellos señores de Cabildo se limitaban a reunirse con el propósito de organizar rifas para decidir a cuál santo debían encomendarse. Los más socorridos eran San Esteban, San Emigidio, la Divina Clemencia, San Cristóbal y Nuestra Señora de la Soledad. «Todos entraban en papelitos a la copa de un sombrero de uno de los señores y cuando ya estaban bien removidas las cédulas, a una sola saca se nombraba, siempre con fuerza y gran voluntad, el nombre del santo ganador». Inmediatamente se ordenaba disponer lo necesario para organizar una función solemnizada, con misa, sermón y asistencia en pleno de la Real Audiencia.

A esas alturas, ya se había cansado de leer. Tanta brutalidad lo puso de mal humor. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de cerrar el folio, se detuvo como fulminado por un rayo. De pronto, sin mayores preámbulos, Castrejón se alejaba de pestes y cadáveres para discurrir sobre el caso de un niño que había conocido en el Hospital Público de la Caridad. «Nunca antes vi nada parecido. Este niño se me presenta como un enigma del alma, pues a pesar de ser tullido, casi desde nacimiento, y de vivir en la inmundicia más abyecta, siempre guarda un reflejo bondadoso y transparente en su mirada. Desde hace más de dos años vive acostado en un camastro de palo. Se han debido colocar dos gendarmes a la entrada de la galera 28, donde se encuentra el susodicho niño, para ordenar una sola fila de gente piadosa que anda en busca de un milagro.

Dicen que es un santo por haber curado a muchos enfermos con la imposición de sus manos. En casos difíciles torna los ojos en blanco, gime como un borrego y al día siguiente alguien amanece totalmente rozagante de carnes. Yo mismo, hace unos días, mientras entraba a la galera 28, donde se encuentra el niño, sentí un calor muy vivo fluyéndome por todo el cuerpo. Todavía llevo retenida la fuerza de ese poder balsámico. Es cosa de ver señores. Todo el pie y la cabecera están repletos de flores, peticiones y agradecimientos a manera de exvotos. Ni siquiera la Virgen de San Onofre recibe tantas peticiones». Hasta ese punto, Modesto había circunscrito su asombro a las circunstancias propias de la época. Sin embargo, cuando leyó el nombre de aquel niño, sintió como un mazo de vinagre caliente agolpada en su cabeza. «Óscar Segura, natural de Guadalajara, huérfano de padre a los dos años, vive de la caridad y de los pocos emolumentos que su madre esclava de la Hacienda el Batán, le hace llegar en carreta cada doce días».

Hasta ese punto siguió leyendo. No hacía falta saber más. Anudó todo el folio, se lo llevó de regreso a Luis. El pobre estaba hecho bolas con un par de señoras furiosas porque ese día la máquina copiadora no funcionaba. Estuvo a punto de meterse a saco en la discusión y gritarles en la cara «¡por un demonio, entiendan viejas del carajo. A veces las máquinas revientan como el hígado de un borracho y ya, así de simple!». Bueno, en realidad eso lo pensó. No iba a enredarse en esa clase de discusiones absurdas. Mejor se fue a dar una vuelta por el patio de los naranjos. Ahí se sentó bajo una sombra fresca. Extendió el brazo. Una hoja seca descendió hasta la palma de su mano. La miró como si fuera un objeto extraño «Cierto», se dijo «pude haber vivido una vida inmaculada, pero me gustó más la soberbia». De pronto, como salida de un sueño, apareció de nuevo la figura espigada de Maura. Seguramente venía del lavamanos. Esta vez llevaba en la cabeza una especie de velo negro, como si recién hubiera estado en un funeral. A juzgar por su manera de andar, daba la impresión de que una prisa oscura la dominaba. De seguro no se dirigía a la oficina de cobranzas. Modesto se levantó dispuesto a seguirla, siempre a una distancia prudente. Por ningún motivo debía darse cuenta. «A veces las personas nos volvemos reptiles deslizados entre la yesca de un pantano». Cierto. Se mezclan el odio, la vergüenza y una deliciosa excitación ante la cercanía de lo prohibido. Tal vez esa es otra manera de encontrar un cuerpo donde refugiarse. Un eco, una puerta. Maura representaba la cercanía de un límite desconocido.

Antes de salir a la calle miró el interior de su bolso. Ni siquiera saludó a los guardias de la puerta. En la esquina de Hidalgo y Liceo se detuvo a comprar unos caramelos, o tal vez alguna tira de chicles. El hombre del puesto apenas le prestó atención. Esos hombres ya no miran nada.

Parecen autómatas del tiempo. Viven refugiados en un pozo de lámina, pero son infinitamente más felices que mucha gente, porque no saben hacer tragedia. Simplemente se dejan llevar por el insomnio y el calor de unos cuantos pesos.

A esas horas, la plaza hervía de gente. Por todos lados deambulaban boleros, vendedores de globos, confiteros. Unos turistas extranjeros trataban de protegerse del sol tapándose la frente con las manos extendidas. Sacaban sus mapas, los estiraban, les daban vueltas. Parecían náufragos perdidos en medio del mar. Uno de ellos señaló un detalle sobre el frontispicio del Teatro Degollado y en seguida todos levantaron la cabeza hacia el punto señalado. Ese movimiento monocorde le hizo gracia a Modesto. Junto a la fuente central, un hombre repetía pasajes de la Biblia. Gritaba con tal exaltación que las venas del cuello se le hinchaban. «La ira del señor ya descendió sobre nosotros... Anda regada como excremento del demonio. Ahí está esa voracidad insaciable de los políticos... Ahí está esa lujuria metida en el alma de los más jóvenes, siempre al acecho, lista para pecar... Ahí están esas muestras de infinita crueldad entre bandas de traficantes...». Y por estarse fijando en el predicador, casi pierde de vista a Maura. Todo quedó en susto. Allá estaba tras un puesto de revistas. La siguió sobre Belén hasta el parque dedicado a Fray Antonio Alcalde. En una de las bancas de cemento había un mendigo totalmente alcoholizado. Un perro sarnoso le lamía una de sus manos. «Éste va a estirar la pata muy pronto». Lo más contradictorio era que a su alrededor había cientos de plantas medicinales. Ya de cerca, Modesto se tapó la boca. «Demonios, cómo apesta el desgraciado». Era un sancocho caliente a orines y mugre. Todo junto. Le dieron ganas de regresar por los enseres de limpieza, nada más para meterle un par de restregadas profundas, con cepillo, agua y jabón. «Seguro me lo va a agradecer».

Maura se dirigía al Hospital Civil. Desde la acera de enfrente la vio entrar por la puerta principal. En seguida cruzó la calle Hospital. Estaba de suerte. La mujer policía lo dejó entrar sin demasiadas preguntas. Estaba platicando con unos estudiantes sin dejar de dar traguitos a su Coca-Cola. —Pásele, pues. —Entró a un zaguán con piso de cuadros blancos y azules. Inmediatamente percibió el bochorno del ambiente saturado. Por todos lados iban y venían personas muy humildes mezcladas con jóvenes médicos de bata blanca. Algunos pasaban caminando en grupitos soltando risotadas, como si toda esa miseria humana les fuera ajena. Tres de ellos chacoteaban al pie de las escaleras. Olían todos a camarón cocido. Al pasar junto a ellos se tapó la boca. Una de las chicas le reprochó con la mirada, pero a Modesto eso no le importó en

lo más mínimo. Al contrario, se tapó la boca con más fuerza. La chica le soltó una señal obscena, cosa que hizo gracia a Modesto.

Después de andar un rato medio perdido, entre pasillos y patios, volvió a dar con Maura. Esta vez la siguió más de cerca. Tenía miedo de perderla. Eso provocó una cierta sensación de indefensión. Se le ocurrió que, entre tantos enfermos, algún médico podía confundirlo. Nada en particular lo distinguía de mucha gente nerviosa que andaba por ahí.

Maura pasó al pabellón de pediatría. Lo que sospechaba estaba empezando a tomar forma. También entró por la puerta del otro extremo. Había cuando menos unas sesenta camas, repartidas en dos hileras. Más que una galera de hospital, aquello parecía un barracón de guerra. Rostros demacrados, miradas vacías clavadas en el techo. Algunos niños se deslizaban como pequeños pulpos heridos, con esas batas color verde zacate, que más bien parecían envoltorios de muerte.

Óscar estaba acostado en una de las camas del fondo. Le habían colocado una venda en la cabeza y un tubo en la nariz. No movía un solo dedo. «¿Estará sedado? ¿en coma?. ¿Qué le habrá pasado?» se preguntaba Modesto «si cuando fuimos al lago se veía tan alegre, tan feliz». Pudo ver a distancia cómo se colocaba Maura junto a Óscar removiendo un poco la sábana. Cuando se inclinó para darle un beso en la mejilla, Modesto sintió vergüenza de estar ahí. Era tan lastimoso ver a Óscar en esa cama inmunda, sin moverse.

Una mosca se paró en su brazo. Por primera vez en mucho tiempo no le hizo caso. Tenía ganas de ir con Maura. Abrazar a los dos, expresarles un poco de afecto, pero no se atrevió. Permaneció quieto, invadido por un miedo amargo de perdigones calientes en el estómago. Las piernas se le hicieron de trapo. Empezó a sudar. Tragó saliva y ya en el fragor de la impotencia dio un golpe con el puño cerrado sobre el acero de una cabecera. Una enfermera lo reprendió. En su rostro severo había algo de temor. Le dijo que abandonara el lugar.

—Está bien señorita. Disculpe. Fue sólo una cosa pasajera. Recibí una mala noticia, es todo.

Salió a un patio abierto. Ahí no había tanta gente. Sin embargo, en su cabeza las cosas seguían pasando muy deprisa. «¿Cómo había sucedido todo aquello? ¿por qué Óscar estaba ahí en ese lugar tan triste? ¿Por qué yo mismo había seguido a Maura? Acaso me estoy portando como un idiota impertinente». Seguramente Maura había visto a la enfermera reprendiéndolo «¿Estará enojada? Tal vez ya nunca volverá a dirigirme la palabra». Sintió miedo,

remordimiento. No sabía qué hacer. Se tiró sobre una banca de piedra. El sol pegaba de frente. «No importa, es mi castigo». Estaba dispuesto a permanecer ahí todo el día hasta zambullirse en un océano de abulia.

Había soportado más de una hora bajo los rayos del sol. La frente le palpitaba y tenía el cuello empapado. Pensó que no tenía caso permanecer más tiempo ahí, sentado como un idiota sin oficio ni beneficio. Pero de pronto, como si lo hubiera escuchado, salió Maura. Parecía una sombra extraña, indescifrable. Se sentó junto a él sin decir nada. Los dos se quedaron callados, absortos, mirando el trasiego de enfermos. Sacó un cigarrillo y se puso a fumar. Después, cuando terminó, aplastó la colilla con la suela del zapato. Entonces lo tomó de la mano y lo condujo hasta la cama de Óscar. Una vez ahí, de pie, junto al camastro despostillado, toda tristeza se volvió ridícula ante la dignidad de ese rostro dormido, semejante al de un ser flotante, congraciado con la naturaleza extraña del mundo.

—Le dieron ataques. Dos veces el mismo día. Yo no estaba en la casa. Mamá se comunicó a la oficina de cobranzas. Cuando llegué, ya se lo había llevado una ambulancia.

Maura dijo eso sin mirar a nadie, como si el mundo fuera una sombra. En algún lugar, lejos de ahí se oyeron ladridos de perros.

—Lleva dos días así. Lo tienen sedado.

—¿Cuánto tiempo Maura?

—Por lo menos, dos días más, hasta que se desinflame el cerebro.

—No te preocupes. Todo va a salir bien, ya verás. Aquí hay buenos médicos.

—¿Y tú cómo sabes?

—Bueno, mucha gente dice eso.

—Ah sí, pero también se dicen muchas otras cosas, no tan buenas. Mira a tu alrededor. ¿Te inspira confianza este lugar?

—Te repito, lo más importante son los médicos. Debes confiar en ellos. Son especialistas. Óscar está en buenas manos.

Maura no contestó. Sus ojos se habían rasado. Entonces apoyó su cabeza en el hombro de Modesto. Al principio se asustó, haciéndose a un lado. Luego reaccionó y le ofreció la manga de su camisa. Maura sonrió entrecortadamente.

—Por aquí tengo un paquete de clínex. Ahora debes irte. Del otro lado está una enfermera vigilándonos. Andan nerviosos porque hace poco robaron un bebé recién nacido.

Cuando ya se iba, Maura lo tomó del brazo y lo besó en la mejilla. La suavidad de aquellos labios húmedos caló hasta los huesos. Fue como una descarga eléctrica sin previo aviso. Modesto se trabó. A duras penas logró balbucir una frase incoherente mientras se despedía con la mirada.

Ya en los pasillos, extraviado entre el rumor informe de gentes abúlicas y tristes, lo asaltó un temor punzante, parecido a la picadura de una libélula. Era el temor de haber traspasado una línea invisible, sin retorno. Aquel beso había sido como una firma, un acuerdo trazado en silencio, sin reticencias. Nadie lo planeó. Simplemente las cosas se dieron así, como sucede cuando se fraguan acuerdos secretos bajo la piel, y ya nadie puede evitarlos.

Afuera, en el parque, seguía el mismo mendigo echado sobre la banca de cemento. Alguien había colocado junto al perro, un cacharro amarillo con leche y pedazos de tortilla. Sin pensarlo demasiado se sentó junto al mendigo. Inmediatamente todos sus sentidos fueron agredidos. Aquel hombre tenía costras de mugre encarnadas y sus cabellos parecían tripas cuajadas. Todo su cuerpo despedía un hedor nauseabundo, quemante hasta lo más profundo de los nervios. A pesar de todo, Modesto apretó los dientes, se amarró las manos y fue capaz de quedarse quieto unos minutos, sin taparse la boca. Era un remedio crudo. Ganas de sentir en carne propia un poco de abyección. «Aquí va mi castigo señores».

Después de unos minutos, el perro sarnoso dejó de comer, movió la cola, se acercó a Modesto y puso las patas sobre sus rodillas. Entonces, toda esa rabia contenida se dobló como un garfio oxidado. Sus ojos se humedecieron provocándole una sutil embriaguez, como si estuviera en medio de un campo de flores arrasado por el fuego. Apartó al perro con la punta del pie y se alejó de prisa sin dejar de pensar en el suave y terrible beso que le había dado Maura.

La tregua de las hormigas llegó una tarde anaranjada. Nada presagiaba el arribo de signos inquietantes, salvo el vuelo diagonal de dos palomas rumbo al campanario. Algunos automovilistas empezaban a encender las primeras luces de un tráfico marginal. Parecían animales de acero abriendo sus fauces en busca de caza nocturna. El viento caliente del sur, empezó a descender desde un velo estriado de nubes bajas, hasta envolver las copas de los enormes cipreses en el cementerio municipal. Enoé jugaba con vidrios de colores, barajas manoseadas y un pez de yeso que hacía las veces de señor de los siete mares. Como en otras ocasiones, había quedado puntualmente de estar a las cinco de la tarde con Inés, a fin de probar una trampa novedosa para hormigas. Esta vez se trataba de un artilugio de papel encerado en forma de cono. Tenían previsto instalarlo al pie de uno de los pocos helechos sobrevivientes a las terribles defoliaciones del verano. Sin embargo, Inés ya no guardaba muchas esperanzas. Para ella los venenos se habían convertido en simples pretextos de un ritual absurdo y anodino. Ya no buscaba eliminar a las hormigas. Más bien le interesaba alimentar sus propias fantasías, dejarse llevar por las minucias de una labor que le permitía trabajar en secreto, ideando toda clase de posibilidades, argucias y marañas. En una ocasión, ya casi a media noche, después de haber esparcido bolitas tóxicas a lo largo de un ramal de más de diez metros de longitud, Enoé y ella terminaron de bruces en el suelo, mirando fascinadas, la manera en que todo aquel arsenal de exterminio, de pronto era levantado por las hormigas y llevado en andas hasta un rincón del muro, donde hacía las veces de barricada contra ejércitos enemigos. Una tarde, Inés le dijo a la pequeña Enoé, que de seguir así, las hormigas terminarían por echarlas a ellas de la casa.

Enoé se dirigió al brazo de jardín, donde su madre había plantado cuatro helechos bien sombreados. Iba dispuesta a colocar su nueva trampa. Sin embargo, al llegar junto a los helechos no vio signos de amenaza. Normalmente, a esas horas, ya deberían verse las hormigas. Cuando baja la tarde levantan sus antenas oliscando con furia la proximidad de la luna. Eso las pone frenéticas. «¿Dónde se habrán metido?». Enoé se hincó y pegó su oído izquierdo sobre el pasto roído. Nada, ni el más leve burbujeo de tierra. Tal vez estaban descansando de un tirón. Tal vez se les había ocurrido hacer nuevas galeras en otra parte. Minuciosamente fue siguiendo el rastro de pequeños volcanes, protuberancias y hoyuelos diseminados. Por todos lados se percibía un aire de abandono, como si de pronto hubieran desaparecido. Su desconcierto fue aumentando a medida que removía nudos de musgo y levantaba hojas resecas sin encontrar el menor rastro.

Vaya cosa, durante muchas semanas había deseado acabar con ellas, pero ahora que no las encontraba, tenía sentimientos de vacío, parecidos a esa culpa candorosa que nos llega cuando sentimos amargura tras haber influido en el desequilibrio del mundo.

No deseaba resignarse. Tenía la esperanza de que se hubieran puesto de acuerdo para jugarle una trastada y dejarla plantada con su conito de aluminio. Pero eso también le pareció imposible. Su mamá le había repetido varias veces que las hormigas nunca descansan porque un deber muy profundo las induce a pasar día y noche haciendo procesiones en busca de comida. Media hora después empezó a sospechar lo peor. Salió a la calle, abrió el cancel de la casa vecina y sin llamar, se metió hasta el traspatio. Inés estaba en el lavadero tallando unas camisas de Modesto.

—¡Pero niña, qué susto. Mira nada más cómo vienes!

—Ven, acompáñame.

Inés se secó de prisa las manos en el mandil y se dejó llevar dócilmente por aquella niña impetuosa. Pensó que sólo deseaba mostrarle otro de sus elefantes azules.

—Mira Enoé, ahorita no tengo tiempo de mirar tus dibujos. Otro día por favor.

Pero al llegar a la cocina se detuvo en seco. Las paredes estaban limpias de hormigas. Ni una sola. —Vaya cosa más rara —dijo Inés. —Pero a mí no me engañan, malditas. Vamos a mirar en cada rincón. Las conozco bien. Me sé todas sus mañas. —Revisó detrás del refrigerador, en las gavetas de la alacena, junto a las bolsas de azúcar. Nada. —Ven, vamos a jugar serpientes y escaleras. No me muevo de la mesa hasta que asomen sus patas.

Así lo hicieron. A Enoé le encantaba mirar detenidamente aquella cartulina llena de círculos coloridos con todos esos dibujos de niños premiados y castigados. Pero sobre todo, le gustaba la sensación de imaginar a niños y animales flotando en múltiples abismos. Mientras echaban los dados, Enoé pensó en esas metáforas extremas de la vida. Se imaginó llevando una taza de té caliente a un niño enfermo. Al hacerlo, se le aparecía una escalera que la transportaba hasta un lugar imaginario donde ese mismo niño le obsequiaba un regalo envuelto en papeles de muchos colores. También se imaginó jalando la cola de un gato, nada más para hacerlo sufrir. El gato maullaba desesperado y los pelos se le erizaban del dolor. Entonces, alguien la empujaba cuesta abajo, sobre el lomo de una serpiente. Al final caía en un círculo rojo, donde el mismo gato la esperaba con sus garras afiladas y le daba dos o tres arañazos que le dejaban recuerdos

escoriados en la piel, no como un acto de maldad, sino más bien para advertirle sobre las impredecibles consecuencias que pueden desatar los pequeños demonios de la maldad.

Se pusieron a jugar con la esperanza secreta de verlas otra vez. Ninguna de las dos se atrevía a decirlo abiertamente, pero la ausencia de las hormigas, lejos de provocarles alegría, desataba en ellas una extraña sensación de vacío. Después de todo, su presencia había sido el puente para conocerse. A través de ellas Enoé había descubierto la posibilidad de acercarse a un mundo paralelo. Una vez, mientras trataban de colocar bolitas de pan con ácido bórico, descubrieron el nacimiento de un nuevo afluente de hormigas. Eran más pequeñas, de un color menos rojizo, casi transparente. Las más pequeñas se cruzaban con las más grandes, les hacían palpos con sus antenas y después seguían su camino sobre una línea perpendicular. Inés había traído una lupa y se habían puesto a observar, envueltas en un delicado frenesí de fascinación continua. Sólo rompían el silencio tras hacer alguna observación ingenua. Aquellos ejércitos de hormigas habían proporcionado cauces a la esperanza. Podían sucumbir algunas de ellas a la presión más efímera de un dedo, y sin embargo continuaban aferradas al destino de sus nervios, que era el recuerdo inicial de una hoja llevada en andas durante siglos.

—Ya se fueron.

—Sí. La tierra se las tragó para siempre

Dejaron el juego de serpientes y escaleras. Se levantaron de la mesa. Inés ya no tenía ganas de seguir tallando cuellos de camisas.

—Ayúdame a juntar los botes de venenos. Ahorita mismo vamos a ponerlos en la basura. Si ya no vamos a tener hormigas, tampoco vamos a tener venenos en la casa.

Pronto se dieron a la tarea de abrir gavetas, remover patas de burós, deslizar colchones, hurgar detrás de las macetas, levantar tapas de cajas carcomidas. Por fin, ya casi al anochecer, lograron reunir un montón de productos contra hormigas. No fue una simple maniobra de limpieza; fue como dar con los vestigios de una guerra. Metieron todos los botes, frascos, píldoras y ungüentos a una gran bolsa de plástico. Enseguida se dieron a la tarea de abrir ventanas, correr cortinas y lavar el piso con un detergente endemoniadamente aromatizado a pino. Más allá de la nostalgia, era necesario volverse al espejo de la vida, celebrar el hecho mismo de haber naufragado en la extrañeza. Tal vez, por eso mismo, a Enoé le gustaban tanto lo pequeños caleidoscopios. Ni siquiera podía explicarlo, pero sentía gran placer al tomar el tubito y hacerlo girar entre sus dedos, siempre había nuevas figuritas estrelladas al fondo del círculo azul.

Aquello parecía el abismo del mundo, un espectro incesante y para ello sólo era necesario hacerlo girar un poco, nada más, porque lo importante era justo eso, hacerlo girar. Lo mismo acababa de sucederles. Inés y ella habían hecho girar la casa como si fuera un gran caleidoscopio. Ahora las hormigas andarían en otro lugar, metidas en otro tubo de ladrillos.

Había llegado temprano al Palacio Municipal. Un desgano gris lo carcomía. Percibía dentro del estómago la forma de un cangrejo amarillo tratando de moverse. No saludó a nadie. «Ya será en otra ocasión coleguitas». Al cruzar el patio central se le ocurrió trepar uno de los árboles. Una niña con su dulcísimo algodón de azúcar rosa chillante lo observó cuidadosamente. Modesto cortó tres naranjas. Una se la dio a la niña y las otras dos las guardó en una bolsa de plástico. No sabía exactamente para qué podían servirle aquellas naranjas. Todo mundo sabía que eran extremadamente amargas. Alguna vez oyó decir que esas frutas maduras eran excelentes para dar un toque especial a la famosa cochinita pibil de Yucatán, pero Modesto no tenía la menor idea de cómo preparar un guisado de cochinita, así que esa posibilidad se fue inmediatamente al basurero. Mas la vida, llena de sorpresas, pronto le obsequió la posibilidad de resolver ese dilema. En una de las puertas laterales había un grupo de personas visiblemente enfadadas y ya con los ánimos caldeados, debido a la intransigencia de los guardias de seguridad. Aún y cuando habían intentado diversas vías de diálogo civilizado, simplemente no les permitían el acceso y punto.

Preguntando por aquí, por allá; discreto, como sabía ser, cuando la situación ameritaba, supo que esas personas eran vecinos de Lomas del Vergel. Vaya ironía. Así se las gastan nuestros gobernantes cuando están de buen humor. Aquello era un hacinamiento de casas miserables en calles polvorientas, sin agua potable y apagones de luz cada tercer día. Todos ellos reclamaban airadamente en contra de una resolución favorable que se había dictaminado a favor de la construcción de un basurero municipal, justo a la orilla de su colonia. Gritaban a coro toda clase de consignas

—¡Fuera ladrones.... contaminadores!...¡No más porquería....queremos agua limpia! Algunas señoras enfurecidas vertían desechos de verduras y huevos podridos, justo donde se encontraban los piquetes policiales.

—¡Aquí les traemos su basurero a domicilio!

Modesto salió a la calle, bajo las arcadas de la puerta principal. Rodeó el edificio por la parte oeste. Al llegar donde estaban los manifestantes, se fue abriendo paso entre la multitud enardecida. Sin pensarlo demasiado metió las naranjas en los bolsillos de una chamarra de mezclilla. El dueño de aquella chamarra, un joven de aspecto decidido, inmediatamente giró la cabeza en busca de alguien, mas no vio a nadie en actitud sospechosa. Cuando esas cosas ocurren no hacen falta mayores explicaciones. Aquel joven, inmediatamente comprendió lo sucedido. Volvió a gritar consignas con los brazos en alto como si nada hubiera pasado.

Modesto volvió a ingresar por la puerta principal. Nadie notó el sudor en su frente, ni el jadeo contenido a causa de la adrenalina. Mucho menos tenían motivos para notar que al pasar bajo las arcadas coloniales, involuntariamente se llevó las manos a la sien, como tratando de contener el pálpito arterial. Minutos después, mientras limpiaba unos estantes de archivo, Luis le comentó que se había armado una trifulca afuera del Palacio de Gobierno.

—Hubo gente golpeada y varios detenidos al calor de las mentadas, jitomatazos, huevos podridos, ya sabes.”

—Ah sí ¿por qué?

—Al parecer los polis empezaron a devolver a patadas algunas bolsas de basura

—¿Y algo más? ¿Hubo algo más en particular?

—Sí claro. Detuvieron a un buey que casi desmaya a un poli de un naranjazo en la cabeza. Trató de no mostrar sorpresa, ni siquiera un atisbo de asombro. Simplemente derivó la conversación hacia otro rumbo. Hubiera sido un error imperdonable acceder al ímpetu de su conciencia. Nunca se hubiera imaginado aquella forma de vengarse contra el poder instituido. Y todo por una simple ocurrencia. Subirse a un árbol, descolgar una naranja, meterla en aquella chamarra de mezclilla, vaya cosa. Si alguien se lo hubiera dicho, no habría dado el menor crédito, y sin embargo ahí estaba el hecho: pleno, consumado, sin arreglos mendaces. En el fondo experimentaba una cierta emoción secreta, pues el origen de aquel suceso había sido catapultado desde su propia mano. Cuántas veces había proyectado en su cabeza esa misma imagen difusa y certera al mismo tiempo. Un puño convulso rasgando el aire en plena protesta. Una naranja

disparada como si fuera un proyectil salido de un sueño. La imagen de un policía entre la multitud llevándose las manos a la cara, dando tumbos, tratando de no caerse, como si anduviera borracho por el mundo. En realidad, el naranjazo había sido tan brutal y certero, que el policía cayó de golpe como si fuera un cuerpo-tabla. Cuando lo arrastraron hasta un lugar descampado en el asfalto, alguien descubrió pequeños grumos de naranja embarrados en la frente del pobre policía.

Aturdido, sumergido en la voluptuosidad del asombro, Modesto abandonó los enseres de limpieza, justo al centro de una de las mesas de lectura más concurridas. Esta vez lo hizo descaradamente, frente a la vista de todos. El trapo roído, los guantes amarillos y un frasco transparente con detergente aromático. Después de aquel suceso no era conveniente exponerse a los efectos nocivos del detergente. Decidió no trabajar más por ese día. Después de todo, el doctor Longoria recomendaba dosificar las emociones. No excederse a costa del sistema nervioso.

Antes de bajar a la bodega entonó con brío la primera estrofa de la Quinta. En esos momentos no tenía intenciones de molestar, simplemente lo hacía impulsado por una complacencia circular. Una vez ahí jaló la cadenita del foco. Lo primero que vio fue una cucaracha deambulando en la pared. Estuvo a punto de gritar, pero se aguantó tapándose la boca con las manos apretadas. Luego, de prisa, como si temiera un ataque feroz, abrió la llave de un pequeño lavabo despostillado y se lavó profusamente la cara, los brazos y las axilas. Había una toalla colgada, mas no se atrevió a secarse. «Cuánta porquería debe haber embarrada en esa tela». Caminó hasta la mesa donde estaba extendida la libreta de asistencias y anotó lo siguiente: *«En estos momentos salgo al Hospital Civil con la firme convicción de visitar a un niño desvalido. No me juzguen colegas, asúmanlo como parte de mi deber humanista. Él me necesita más que ustedes, miserables».*

Esta vez llegó sin contratiempos al hospital. Se fue directamente al pabellón infantil. Frente a la puerta, una mujer con el torso huesudo movía su mano para cepillarse. Al voltear, Modesto vio dos orificios donde había una nariz. El horror lo hizo retroceder, casi al punto de tirar una cubeta con gasas remojadas en alcohol, agua oxigenada, yodo, violeta de genciana y otros desechos antisépticos. Al fondo estaba la cama de Óscar. Se dirigió hacia allá sigilosamente, mirando sin observar, es decir, sin entrar en detalles entre la maraña de cuerpos entubados y quejumbrosos, los cuales vistos así, daban la impresión de haber sido llevados ahí después de un bombardeo a cielo abierto en algún campo de guerra. «Sí, eso podía ser» pensó «Vivimos tal vez en guerra desde hace años y nuestras malditas autoridades nos siguen tapando los ojos y la boca». Esa imagen se volvió más cruda, pues Modesto percibió que, aunque enteros, aquellos cuerpos vivían desmembrados. Había brazos, piernas, dedos, oídos, narices, orejas y hasta mechones de cabello, que ya no les pertenecían a sus dueños. Algunos de esos miembros estaban totalmente muertos, otros nada más se habían dormido, como esperando resucitar algún día. Y si Modesto miraba un pie colgando de un cincho, en realidad ese pie no estaba ahí, se había ido a vivir a un campanario, donde se pasaba los días y las horas contando los dedos de su propio pie hasta que le llegara el turno de ser operado. «Esto sí que es magia pura» pensó Modesto, mientras se acercaba a la cama de Óscar.

Nunca se hubiera imaginado un recibimiento semejante. Óscar se le arrojó a los brazos haciendo grandes aspavientos para mostrarle su tigre de peluche. Enseguida comenzó a dar brincos de gusto sobre el colchón orinado. Reía, dejaba de brincar y tomaba al pequeño tigre moviéndolo circularmente, como si fuera un gran aeroplano. Este ritual se prolongó durante varios minutos, hasta que la presencia de Modesto dejó de llamar su atención. —¿Y mamá? ¿Dónde está mamá? —repitió con voz anhelante. Pero aquella voz retumbaba en los oídos de Óscar diluyéndose como un soplo de aire caliente. Óscar movía su cabeza de un lado a otro, riéndose y haciendo sonidos guturales. Después apuntaba con el índice hacia abajo y otra vez volvía a reírse. Modesto observó que en los dedos medio y anular de la mano izquierda tenía violeta de genciana. Una enfermera le informó que se había cortado con un resorte, al meterse bajo la cama para sacar a su tigre. Precisamente a esa misma enfermera le pidió permiso de sacar a Óscar al patio.

—Ni lo mande Dios. Eso está prohibidísimo. Aquí se han robado niños.

—Está bien. Entonces voy a quedarme junto a Óscar, sin molestar a nadie.

Y así lo hizo. En medio del bochorno caluroso y la sofocación extrema del ambiente, Modesto permaneció sentado en la orilla de la cama, mientras Óscar abandonaba su corteza vital y se dejaba llevar únicamente por las rutas de los sonidos que percutían en su cerebro. Allá va tras el tigre de peluche que fue a dar muy cerca de una redoma abandonada en el suelo. Al regresar se confundió, como en otras ocasiones, con las patas multiplicadas de las camas. Otro niño le indicó con la mano el lugar correcto, pero Óscar siguió confundido hasta que Modesto lo abrazó y lo llevó de vuelta a su cama. Casi nadie advertía la profunda angustia que sentía Óscar cuando esas cosas ocurrían. Terminaba mordiéndose las uñas en busca de refugio. A veces mordía las sábanas, otras veces se orinaba sin sentir ganas, o simplemente se volteaba boca abajo haciéndose el dormido. Todos esos detalles formaban parte de una serie infinita de pequeñas catástrofes enrarecidas. Miedos de todos colores se amontonaban en su cabeza: miedo a los claxons de los coches que pasaban a todas horas y durante todo el día, a través de los enormes ventanales colgados en la parte superior del dormitorio. Miedo a los gritos de los niños en las camas vecinas. Miedo a las órdenes autoritarias de las enfermeras. Miedo al sonido de las cucharas cuando alguien las hacía golpear contra un plato de cristal. Miedo a las luces intermitentes que emitían las lámparas de auscultación, cuando llegaba un médico y les pedía a los niños que abrieran sus bocas para ver si tenían inflamadas las amígdalas, o también para ver si traían alguna muela picada. Miedo al trasiego de camillas y al canto de los grillos por las noches. Porque no había nadie entre los niños, ni siquiera entre la camarilla de enfermeras celadoras, que fuera capaz de comprender cabalmente cuánto terror le provocaban los grillos al momento de batir sus alas, escondidos bajo las piedras amontonadas junto a los macetones del patio. Cuando eso sucedía, Modesto imaginaba que aquellos sonidos provenían de pequeños monstruos aguardando la hora en que estuviera dormido para saltar de sus madrigueras y meterse entre los orificios de sus oídos. Nadie sospechaba cuánto pavor le costaba eliminar esa imagen terrorífica. Nadie tenía idea, siquiera, de cuántas horas se la pasaba oculto bajo las sábanas, con los ojos abiertos y completamente empapado en sudor. Nadie sabía cómo es que a la mañana siguiente sus músculos se encontraban retorcidos provocándole desarreglos en el andar y movimientos extremadamente torpes, que al cabo de unos minutos lo dejaban molido. Nadie se explicaba cómo es que, aunque no entendía el significado de la palabra holgazán, sus nervios se erizaban de miedo cuando la enfermera más alta de todas, le soltaba esa palabra desde la boca y se la estrellaba en la cara como si fuera un huevo podrido.

Mas no todo era tristeza en el ambiente. La misma enfermera le dio buenas noticias. Óscar estaba a punto de abandonar el hospital. Su estado de salud había mejorado notablemente y según reportes médicos, no había motivos para temer nuevos ataques; por lo menos no en un futuro inmediato. «Vaya cosa» se dijo Modesto. «Qué saben estos señores del futuro inmediato».

Antes de abandonar el pabellón, solicitó permiso a la enfermera para darle de comer a Óscar.

—Ah sí, adelante. Pero no crea que es una tarea fácil, se lo advierto. A veces ese niño se niega y no hay poder humano capaz de abrirle la boca.

—Pues *a ese* niño se le abre la boca con cariño. Seguro le tiene miedo al sarro de sus dientes.

La enfermera abrió los ojos y se retiró indignada. Modesto debió ir personalmente a la cocina en busca de una charola para Óscar. Atravesó un patio estrecho, cubierto de mosaicos azules. Luego se internó por un pasillo, hasta dar con un muro de cristal. No había nadie para preguntar, así que abrió una de las hojas plegables. De pronto, ante sus ojos apareció el espectáculo de un lugar enorme lleno de ollas gigantes, estufas, cazuelas colgantes y toda clase de utensilios culinarios en plena ebullición de vapores y soflamas de carnes en aceite. Por todos lados iban y venían mujeres de brazos anchos y papada grande con las cabezas envueltas en pañoletas blancas. De algún modo, todos en ese lugar parecían seres felices, a pesar de la intensidad con que se movían y se daban órdenes unos a otros. «Buah, qué hermoso lugar» dijo para sí Modesto. «Aquí podría estar muchas horas».

No fue difícil explicar a una de las cocineras el motivo de su presencia. Inmediatamente aquella cocinera chaparrita y caderona le trajo una charola bien servida.

—Aquí tiene amigo. Una especial para Óscar —Con el dedo iba señalando cada cosa. —Vamos a ver, mire: sopa de fideo, arroz con verduras, puré de papa, un trozo de pescado. Es lobina, de la mejor ehhh, y sin nada de espinas. Aquí va su trozo de bolillo y un poco de arroz con leche sin canela, como le gusta a Óscar. También le pongo una jarrita con agua fresca de tamarindo.

Colocó la charola sobre un pretil de acero inoxidable, y sin dejar de sonreír se acercó a Modesto como si fuera a confesarle un secreto —Sabe, a los niños como Óscar me gusta servirles más porque yo sé cómo son difíciles para comer, puahh, dígamelo a mí que tengo dos en casa, todavía peores que ese chamaco. —Modesto le dio un apretón de manos y regresó al pabellón

infantil. Mientras caminaba con la charola bien atenazada, tuvo la certeza de que había buenas personas cerca de Óscar. Ese fue motivo suficiente para entonar La Quinta y dedicárselo a un palomo granate que andaba cortejando a su hembra sobre una gárgola musgosa.

Pocos minutos antes había llegado Maura sin autorización de las enfermeras. Cuando se acercó Modesto con la charola de comida, Maura lo abrazó efusivamente y le plantó un beso en la mejilla.

—Vaya, qué sorpresa. Déjame ayudarte con la charola. No debías molestarte. Aquí las enfermeras son afanosas. Casi siempre ellas traen lo necesario. Ya ves, aunque esto no es un hospital de lujo, hacen lo que pueden. Yo se los agradezco tanto.

—Sí, sí, es cierto. Óscar está bien cuidado. Lo quieren mucho, sobre todo las señoras de la cocina.

Maura se rió espontáneamente y al reclinarse hacia atrás dejó al descubierto el pliegue de los senos bajo el botón central de su blusa.

—Eso sí es gracioso porque no te imaginas la que armó anoche en la cocina

—Qué hizo, dime

—Pues nada, fuimos a ver si me calentaban un vaso con leche. Yo traía abrazado a Óscar, envuelto en una cobija, por si acaso se quedaba dormido. Pero en eso, cuando la cocinera me trajo el vaso con leche, Óscar se me soltó de los brazos y se escurrió como serpiente. Ya te imaginarás el susto. No lo encontrábamos por ningún lado, hasta que un cocinero nos hizo una seña. Vas a creer que el muy demonio se metió en una olla gigantesca, debajo de un pretil. Traté de sacarlo pero fue imposible. Comenzó a berrear como si estuvieran a punto de estrangularlo. Primero se aferró a la oreja de la olla, después a un tubo oxidado, de ahí pasó a un mandil salpicado con manchas de jitomate y chile verde. El dueño del mandil se lo quitó cuidadosamente y me dijo que podía llevármelo con todo y Óscar. Bueno hubiera sido, pero Óscar estaba tan emberrinchado que también quería llevarse al cocinero. A grito pelado se le prendió de un tobillo con las dos manos. Como podrás imaginarte todo el personal de cocina dejó de hacer sus cosas. La gritería los tenía pasmados. Pero a mí, lo que realmente me preocupaba, más allá de la vergüenza, era la posibilidad de que se me fuera a convulsionar otra vez.

Bajo un impulso incontrolable, Modesto dejó de poner atención al relato de Maura. Las palabras se le fueron escurriendo como gotas de agua cuando bajan por los cristales y terminan fundiéndose en un hilo delgado y transparente. De pronto ya no escuchaba nada, simple y

sencillamente porque el epicentro de su atención se fue deslizando hacia los labios carnosos de Maura. Y si la imaginación existe plagada de relámpagos, hay instantes, muy breves en la vida de cualquier persona, tan esplendorosos como el ardor de un fuego marino. Ese instante llegó mientras Maura seguía contando la historia de Óscar emberrinchado en la cocina del hospital, pero sobre todo, llegó cuando Modesto imaginó con todos sus matices, con todos su detalles y sus infinitas ramificaciones eróticas, la posibilidad de besar los labios de Maura, ahí mismo, en ese lugar habitado ciertamente por toda clase de bacterias, pólipos, heridas, pieles escoriadas y miembros vendados.

—No me estás poniendo atención Modesto.

—Ah sí, claro. Es que estaba pensando.

—Sí, eso está bien. Siempre debemos estar pensando. La vida se nos va entre las manos y casi no tenemos tiempo de pensar. Por cierto ¿has pensado en volver a visitarnos?

Modesto abrió los ojos sorprendido. Intuyó que esa simple pregunta estaba a punto de ponerlo al borde de un abismo sin retorno. Bastaría pronunciar un *sí* para dar cuenta de un asentimiento cuyas consecuencias podían ser favorables o tal vez catastróficas, nunca se sabe. También tenía la opción de permanecer callado como un pavo asustado. Podía incluso tomar al toro por los cuernos, como se dice popularmente y negarse con un *no* rotundo. Más aún, podía darse media vuelta y salir de ahí huyendo a toda prisa como hacen las aves nocturnas de Macedonia cuando alguien intenta acercarse demasiado. Así es el mundo, así vamos navegando por la tierra, montados sobre un globo que sube y baja entre nubes enroscadas y gaviotas extraviadas.

Días después se apareció en casa de Maura, del modo más enigmático posible. Como no estaba echado el cerrojo en la puerta del cancel, Modesto atravesó el patio sin hacer el menor ruido. La mamá de Maura estaba roncando en una mecedora de mimbre, junto a un enorme macetón con hojas de limón. Por la boca abierta de la anciana manaba un vapor amargo semejante a la fetidez de las merluzas en una pescadería. Modesto se tapó la boca y se metió hasta el comedor. En una de las paredes había una fotografía de un niño japonés metido en una enorme cesta de mimbre. Parecía un juguete de porcelana. Su mirada era expectante y apacible al mismo tiempo. Sin

proponérselo, casi de un modo hipnótico, se puso a contemplar cuidadosamente aquella fotografía, como si estuviera frente a un espejo mágico. Al pie de la foto había un papelito blanco donde podía leerse el nombre del fotógrafo: Ihei Kimura. El niño estaba envuelto en cobijas y amarrado a la cesta mediante un cordel sucio y roído. Al sentarse en una de las sillas del comedor, advirtió que los ojos de aquel niño eran profundos y hermosos como los de Óscar. También había otras fotos que lo inquietaron profundamente. Un hombre de sombrero y chaleco vaquero tenía inclinada la cabeza hacia abajo. Los ojos y la nariz no podían verse completamente porque estaban parcialmente cubiertos por los dedos de la mano izquierda "¿Qué estaba pasando con ese hombre?" se preguntó Modesto "¿Lloraba o simplemente se protegía del polvo?".

Cuando Maura entró al comedor, ni siquiera se sorprendió de verlo ahí sentado, como si ya estuviera acostumbrada a la presencia de Modesto en su casa.

—Dime ¿qué le pasó a ese hombre de la foto?

—No sé. A veces pienso que estaba triste por nosotros. Otras veces pienso que sólo estaba fingiendo delante de la cámara.

—¿Quién es?

—El papá de Óscar

—Ah, ya veo. Pero no me hables de él. No me interesa saber nada de su vida. Mejor dime dónde está el baño. Me estoy orinando.

Maura lo tomó de la mano y lo fue conduciendo a través de un pasillo cuyos obstáculos parecían haberse abandonado ahí desde hacía mucho tiempo atrás: revistas amontonadas en columnas a punto de venirse abajo, una vieja máquina de coser, cojines color beige, zapatos de mujer y varios juguetes de plástico abandonados después de una batalla imposible. Nada de eso importaba, pues al sentir el contacto de la mano cálida, Modesto empezó a imaginar con todos sus pliegues y recovecos, la piel blanda, húmeda y ligeramente rugosa que hay en las axilas depiladas de Maura.

—Ahí tienes

Cuando abrió la puerta para entrar, no se atrevió a orinar inmediatamente. Un caballero sabe sopesar la situación antes de caer a un barranco sin fondo. Sus aletas nasales se abrieron estimuladas por un suave olor a lechuguilla. Cerró los ojos y cual animal en celo se dejó llevar hasta la fuente de tan delicado aroma. Eran unas bragas color manzana, bordeadas con puntos de encaje finísimo, como una tela de araña. Estaban colgadas de un clavo junto a la regadera.

Llevaban el ribeteado por delante, con esa transparencia digna y vaporosa que desde todos los ángulos posibles fomenta la concupiscencia, y sobre todo permite imaginar el delicado sexo femenino ajustado al minúsculo triángulo. Entonces, de un modo lento, reposado, como si fuera a escanciar una copa de vino, acercó su nariz y olfateó sin ningún complejo de culpa. También, con la punta de su lengua descubrió el sabor dulce y avainillado, un color rubí intenso, una textura ligeramente viscosa como aceite de oliva y finalmente un olorcillo ahumado como de embutido francés. Cuando abrió la puerta para salir se sintió mareado. ¿Cómo digerir ese torrente de voluptuosidad, si hasta de orinar se había olvidado.

Nadie sabe cómo, pero tras la cresta de una experiencia erótica, muy lejos de languidecer el encanto, suele sobrevenir una especie de regodeo involuntario, semejante a esa prolongación de placeres y delirios tras una batalla de amor. Así, al entrar a la cocina, Modesto se encontró con una mujer transformada, casi irreconocible. Era Maura, completamente absorta, embebida en las maniobras simples de picar, verter, mover sartenes, dar vuelta a las manijas de la estufa. Se detuvo en seco sin atreverse a entrar, pues en ese momento recordó unas palabras de su madre: «A veces, el cuerpo de una mujer despide auras fulminantes. No es bueno hablarles porque se cortan.».

Si un gourmet la hubiera visto moverse con tal angurria en la mirada, con tal cadencia y concentración de movimientos, bien hubiera podido pensar que ahí se estaba cocinando pato trufado, salmón marinado, o cuando menos un suflé bañado con delicioso queso Livarot. Pero no, Maura estaba preparando una lengua de res en salsa verde. Para ello había dispuesto lo necesario en tiempos y medidas, tal y como dictaban los impulsos más íntimos del sazón. Una olla daba los últimos hervores a la carne con especias aromáticas. La flama a medio gas debía ser apagada justo en ese punto exacto, en el que la carne reblandecida puede ser despellejada de un solo tirón. Más allá, en otro lugar de la mesa permanecían quietos, a la espera del aceite caliente, los tres montículos esenciales: tomatillo verde, cilantro, chile serrano y un diente de ajo macerado hasta la médula. Sobre la misma mesa también aguardaba un molcajete con la argamasa roja y brillante de fresas molidas para el agua fresca.

Una sabia conseja popular demanda lo siguiente: la degustación más placentera de lengua en salsa verde requiere buenas dosis de abandono y humildad. Cualquier apego irrestricto a los buenos modales deberá ser arrojado por la ventana, pues en asuntos de lengua en salsa verde, tenedores y cuchillos no tienen cabida porque violentan el uso de las manos y cohíben el libre

tránsito de las miradas. Ahora bien, si todo sale a pedir de boca, es probable que de ahí brote una exhalación incandescente de sensualidad. Lo demás deberá resolverse por las vías líricas del paladar, claro está, dejándose llevar sin demasiados tapujos por ese magma de secretos contenidos, cuya efímera liberación puede conducir a los comensales hasta un valle de parajes insólitos. Nadie sabe hasta qué punto es posible derribar atavismos ancestrales al calor de un alimento rico y sustancioso.

Una vez dispuesto lo necesario sobre la mesa, Maura se limpió restos de salsa verde en el mandil y salió al patio, donde aún roncaba su madre con la boca excesivamente abierta y los ojos vueltos hacia arriba, como si un aerolito la hubiera espantado. Fiel a su costumbre, la despertó suavemente soplando un poco de aire tibio en el oído. Al ver aquello desde el comedor, Modesto imaginó algo parecido a una gota de luna cayendo sobre el agua de un estanque. Inmediatamente la anciana volvió a este mundo con los ojos desmesurados y un gemido hueco desde el abismo intestinal. En seguida venía esa labor meticulosa de bordear una saliente de piedra en el piso, rodar la silla hasta el borde de la mesa, colocar la palangana de latón sobre las piernas tullidas, lavarle las manos con jabón neutro y colocar el enorme babero sobre el pecho de senos escurridos hasta el ombligo. Después, Maura levantaba la voz para anunciar a su madre, lo que estaban a punto de comer.

—¡Hice lengua en salsa verde!

—Está bien hija. Eso me gusta

Modesto fue al cuarto donde Óscar estaba jugando con un caballito de madera. Tan pronto lo mordisqueaba volvía a golpearlo contra el suelo. Modesto permaneció un rato de cuclillas observando los esfuerzos de Óscar por montar al caballito. Nada parecía contener sus esfuerzos voluntariosos, a pesar de haberse enfrascado en un enredo circular, pues tan pronto acomodaba el caballito para montarlo, inmediatamente lo volteaba patas arriba con el movimiento de un pie o de una mano. Aquel juguete era demasiado pequeño para soportar a un niño del tamaño de Óscar.

Sin embargo, a él no parecía importarle demasiado este hecho. Su deseo de montar al caballito era tan firme que trataba de hacerlo por todos los medios a su alcance. Cuando Modesto lo ayudó, los ojos le brillaron intensamente como lamparones. Durante unos breves instantes Óscar logró permanecer en equilibrio sobre la pequeña montura del juguete. Ese momento de gloria fue premiado con un grito estruendoso y después con una serie continua de gemidos y manoteos circulares. Pero de pronto, Modesto vio una cucaracha moviendo sus antenas junto a las patas de un buró. Instintivamente, como refugiándose de un temor ancestral, apretó los brazos de Óscar y entonces el llanto no se hizo esperar. Vino Maura con rostro desencajado a ver qué sucedía.

—No es nada. Creo que se asustó con una cucaracha

—¿Dónde está?

—Allá. Se metió abajo del buró

Inmediatamente Maura movió el mueble de madera y en efecto ahí estaba la cucaracha. Durante unos segundos permaneció inmóvil con las antenas erguidas para calibrar milimétricamente la fuente de peligro y emprender la huída. Entonces corrió pegada al machuelo, pero Maura hizo un movimiento brusco y logró aplastarla con el zapato. Al oír el crujido seco, Modesto se tapó los oídos con las manos extendidas, como si hubiera pasado un jet supersónico encima de su cabeza. Alcanzó a ver la argamasa del exoesqueleto bordoneado por un líquido amarillento. Tuvo que ir al baño a lavarse la cara. Enseguida sacó de sus bolsillos la cajita con polvo de Angélica, que siempre llevaba consigo como amuleto contra insanias y venenos flotantes. Con la urgencia propia de un asmático se puso a respirar hasta sentir que poco a poco descendía una caldera de agua hirviendo por su estómago. También encontró en sus bolsillos un par de clavos para cocinar. A falta de limón los aspiró directamente. De sus lecturas en los folios del archivo, recordaba un párrafo donde el sabio Lémery aseguraba que un aroma depurativo es capaz de ejercer un efecto mecánico y reparador en mentes atormentadas por visiones inmundas.

Cuando entró a la cocina, ya todos estaban en su lugar, incluso Óscar jugueteaba con una cuchara en su silla de madera. Maura colocó al centro de la mesa la olla con lengua en salsa verde. Modesto aceptó un taco, renuente, pues aún sufría los estragos de la náusea. Sin embargo bastó un bocado para que las inapetencias salieran expulsadas por los cuatro costados. Poco a poco se propagó, al interior de su cuerpo, una sensación de íntimo placer, hasta el punto en que un remolino de colores intensos y aromas picantes catapultó en su imaginación el goce de recuerdos inolvidables. Se acordó de una tarde en el patio de la escuela correteando con amigos

bajo la sombra de un inmenso aguacate. Se vio a sí mismo en otro lugar, fuera de la ciudad, descolgándose de una rama alta, cayendo de nalgas a las aguas cristalinas de un estanque rebosante de amigos, cuyas risotadas y chacotas plenas de vulgaridad juvenil, volvían a restallar de nuevo en sus oídos con la misma efusividad, afecto y ternura de aquellos días. Por último, recordó a su padre envuelto en su traje de levita, chistera y reloj de leontina. Se perseguían mutuamente en un parque abandonado, y aunque aquel rostro se desdibujaba entre brumas, tuvo la sensación de que mientras estuvo vivo, su padre lo había querido plenamente.

—¿Estás bien?

—Sí. No es nada. Estaba acordándome de algo

—¿Te gustó la lengua?

Modesto apretó suavemente la mano de Maura.

—Nunca había comido algo tan…placentero

Maura esbozó una sonrisa de satisfacción. Al mismo tiempo apareció en su rostro un gesto maligno, rehusándose al gusto de aceptar ese halago como un hecho real. Sería erróneo dejarse llevar por una simple complacencia de cocina. El pasado podía volver con sus garras afiladas como un tigre cansado y hambriento. No tenía ganas de ser devorada otra vez. También ella tenía recuerdos, pero a diferencia de Modesto, no había efervescencias felices, ni rastros de certidumbre. Su memoria cabalgaba sin rumbo entre los surcos fétidos de la ciudad. Miraba su rostro de niña vulnerable detrás de un mosquitero con los ojos llorosos y el rostro acanalado de mugre. Ahí estaba la imagen de su padre con el rostro pasmado, llegando tarde a casa, bajándose de un camión repleto de chivos, mirándola de un modo extraño y hostil pero sin decirle nada, como si fuera un animal ajeno a su vida. Ciertamente por aquellos días su mente de niña diáfana era capaz de justificarlo todo, incluso los odios intermitentes de su padre, los cuales atribuía a la naturaleza irascible de los hombres.

De pronto cayó al patio una pelota anaranjada.

—Ah, esa pelota es de unos gemelos que viven al otro lado. Desde que metieron a su papá en la cárcel, se la pasan todo el día de ociosos.

Modesto se levantó a devolverles la pelota. Óscar se puso contento y empezó a dar manotazos sobre la tabla de su periquera. Al tomar la pelota entre sus manos, Modesto tuvo la sensación de que ese hecho, exactamente igual a como estaba ocurriendo, ya le había sucedido antes. Aquella pelota anaranjada llevaba impresa la silueta de un pequeño dragón lanzando

llamas de fuego. Cuando era niño, también había visto muchas veces en el barrio, pelotas con la silueta de un dragón lanzando fuego. Aventó la pelota sobre el muro divisorio, con la esperanza de oír las voces de los gemelos. Sin embargo no se oyó nada, fue como si la pelota hubiera caído a un agujero sin fondo.

Cuando regresó al comedor ya no había nadie. «Me estarán haciendo una broma», pensó. «Se habrán escondido por aquí». Buscó debajo de la mesa, detrás de las puertas, nada. Parecía como si una intempestiva noticia los hubiera obligado a marcharse sin recoger la mesa. Todo quedó abandonado, aún con restos de comida en los platos, vasos y cucharas. Sigilosamente fue pasando de una habitación a otra. Nada. Silencio total. Atravesó el patio bajo un pozo de luz. Al fondo había una portezuela de madera completamente destartalada. Al empujar se produjo un rechinido propio de fierros enmohecidos. Ahí estaban Maura y Óscar dormidos en una cama llena de hojas de papel, muchas de ellas arrugadas, otras rotas. Junto a ellos también dormía profundamente la anciana en su silla de ruedas.

Un extraño sentimiento de vergüenza se apoderó de Modesto al descubrir en la penumbra los pies descalzos de Maura. Pero en vez de salir, entró, cerró la puerta e inmediatamente se acercó de puntitas. Esa era una magnífica oportunidad que se le presentaba para observar en detalle los pies desnudos de Maura. Al acercar su nariz fue invadido por una endeble turbación tras percibir un olorcillo a queso fermentado. Aún así examinó detenidamente los pies de Maura, aunque al minuto se sintió decepcionado. No entendía bien. Aquellos pies colgaban de la cama desprovistos de vitalidad, lánguidos, vueltos hacia abajo del mundo, ausentes de cualquier fervor erótico. Además, parecían duplicados como dos grandes embutidos, bajo el peso de tremendas fatigas acumuladas a lo largo de muchos años, principalmente en el doblez de los tobillos, donde ya se había formado una capa gruesa y amarillenta de piel reseca, semejante al cardumen escamoso de los peces viejos y cansados.

Pero su recompensa llegó al mirar hacia arriba. Descubrió una axila depilada, la cual estaba siendo expuesta por un ojo de luz. Parecía un nido emergido desde una profundidad insospechada. Esa era la plena desnudez recobrada por completo desde su antiguo linaje de ninfa. Incluso, Modesto alcanzó a distinguir un extendido ramal de venas azules, claramente dibujadas bajo la piel. Ante sus ojos se abría una red infinita de sutiles y caprichosas disonancias. Supo entonces que no deseaba enamorarse por completo de Maura, sino de sus axilas «¿Quién se enamora de una persona completa?». Modesto había dado en el blanco sin llegar a ese ridículo

anhelo de la posesión permanente. A él sólo le interesaba la axila de Maura porque en ciertos momentos podía *ser captada* como objeto capaz de proporcionarle un asombro fugaz; algo parecido al delicioso asalto de una caricia, plena de deseo, obtenida por debajo de la mesa.

Por supuesto, fue tocado por una chispa erótica de fantasía y voluptuosidad, seguida por una imperiosa necesidad de compañía. Pero como no era posible satisfacer de un modo apacible sus apetitos, quedó atrapado en una burbuja de deseo más allá de sus propios límites.

Cuando despertaron, Modesto estaba en la cocina lavando los trastes. Óscar y la abuela permanecieron todavía un rato jugueteando sobre la cama con los papeles rotos. A un lado del fregadero había ido colocando uno a uno, los platos, vasos y cucharas perfectamente enjabonados. Bajo el chorro del agua ponía un vaso agitándolo con vehemencia. Después lo enjabonaba y una vez más volvía a pasarlo por el chorro de agua. Este procedimiento parecía eterno aunque sólo durara unos cuantos minutos. No se dio cuenta de la presencia de Maura detrás de él. Tenía los párpados hinchados después de la siesta. Lo observaba con cierta malevolencia pero sin atreverse a interrumpirlo. Por alguna razón se sentía fascinada al contemplar el modo en que Modesto estaba lavando los trastes. Había tanta pulcritud liberadora en los movimientos excesivamente escrupulosos de aquellos dedos que se detenían hasta rascar con las uñas algunos restos de comida adheridos al borde de un plato. No pudo evitar la aparición de un hilo de sensualidad y deseo.

Después de haberse ido las hormigas, Inés Carrasco decidió afrontar los privilegios de la soledad con nuevos bríos. —Vamos a renovar la casa —le dijo a Modesto, mientras lo zarandeaba para despertarlo. —Y tú me vas a ayudar pedazo de zángano. —Aún medio dormido podía oír la voz chillante de su madre y luego de hacer un cálculo precipitado de los costos, se levantó de la cama visiblemente contrariado —¡Ni lo pienses!. Ya en otras ocasiones tus reformitas me han dejado en bancarrota. —Dicho esto se levantó de la cama con los cabellos tiesos. Desde el baño siguió arengando a su madre bajo el pretexto de que su mundo interior podía derrumbarse. Le hizo recuento de préstamos, deudas, falta de liquidez y otras calamidades monetarias que, desde su

punto de vista, venía arrastrando desde niño, debido al poco sentido de ahorro inculcado por sus padres y, en última instancia, debido a la crisis financiera internacional.

—No son tiempos de malgastar el fruto de mis esfuerzos como trabajador al servicio del Estado, compréndeme mamá. Vamos atrasados hasta con los pagos de la renta

—¿Y eso qué? Ya me arreglé con esa vieja usurera. Pídele un préstamo a tu jefe y asunto arreglado. Quiero tener la casa bonita para el día de la Virgen de Zapopan. Ya ves cuántos favores nos ha concedido.

—Ya veremos. Ahora debo ir al trabajo y no tengo ganas de seguir esta conversación.

Se lavó la cara repetidas veces con jabón de cacao y miel, removiendo en pequeños círculos el miasma cremoso. Frente al espejo se revisó cuidadosamente los párpados. Pasó después a examinar los bordes asimétricos de su nariz, mirando con sumo cuidado hacia el fondo, entre los hoyuelos. Dio gracias a Dios por haberle dotado aquellos pelillos ligeramente cruzados. «Cuánta inmundicia habrán detenido, antes de meterse a mi organismo». En seguida, con un espejito, trató de mirar hacia el interior del oído. Encontró curvas, protuberancias, ángulos insospechados. Sobre todo llamó su atención una capa de cerumen extendida sobre la curvatura del pabellón interior. Mojó un hisopo en agua de colonia y con meticulosidad quirúrgica fue pasando la punta de algodón entre las grutas en sus oídos. Una vez satisfecho volvió a enjuagar la cara. Sobre la mesa de su habitación ya tenía preparada una mitad de limón picada con clavos de olor. Como hacía cada mañana, exprimió unas gotas frotándose el jugo en las manos, en los brazos y alrededor del cuello. Afuera, en la calle, no había camiones urbanos. —Están en huelga —le dijo alguien. Entonces decidió caminar sin dejar de pensar en los pequeños cataclismos de felicidad que había experimentado, un día antes, en casa de Maura.

El centro de la ciudad era un caos. Desde muy temprano, el gremio de camioneros urbanos había colocado una serpiente gigantesca de autobuses a lo largo de Avenida Alcalde, en protesta contra el aumento de los combustibles. Las esquinas estaban atestadas de gente desesperada en busca de algún transporte. Para muchos estudiantes era día de fiesta. Se les veía abrazados por las calles haciendo toda clase de guasas obscenas y demostrándose prolijos afectos. Por todos lados había piquetes de policías desperdigados, así como agentes de tránsito haciendo esfuerzos inútiles por tratar de controlar el desconcierto y la furia de cientos de personas enlatadas en sus automóviles. Al centro de la plaza, detrás de Catedral, un hombre arengaba a

favor de las luchas sindicales, a pesar de que aún no había una cantidad importante de personas a su alrededor. Se rumoreaba, sin embargo, que muy pronto daría inicio una gran manifestación.

Modesto asumía todo ese desorden como parte de la normalidad política en la ciudad, sin preocuparse en lo más mínimo por tratar de entender el trasfondo político y económico del problema. «Bah, sinvergüenzas. Desde que tengo uso de razón nos han tratado como animales de carga. No veo cómo vayan a mejorar las cosas en medio de tanta corrupción». Su única preocupación, en esos momentos, era el aumento de vendedores ambulantes en el primer cuadro de la ciudad. Sobre todo le indignaba la indiferencia de las autoridades ante la proliferación de carritos con frutas, aguas frescas, jugos de caña, tacos al vapor y toda clase de tortas ofrecidas a los cuatro vientos. Desde hacía tiempo rumiaba la posibilidad de quejarse ante las autoridades municipales del más alto nivel. Tarde o temprano, según deducía de un texto escrito a principios del siglo XIX por el gran Xavier Bichat, se desataría una epidemia gastrointestinal de proporciones descomunales. No podía ser de otra manera, estaba seguro. Las evidencias eran claras. Ahí estaba toda esa concentración inmunda de frutas y carnes fritas expuestas durante horas a miasmas de humedad infecta y a vientos cargados de rémoras sulfurosas. Tuvo la sensación de que una catástrofe podía desatarse en cualquier momento, sólo era necesario una gran movilidad de moléculas, liberar las trabas asépticas de su confinamiento. «Eso ya puede estar ocurriendo, maldita sea, con toda esta concentración de alimentos manipulados a la buena de Dios». Modesto se acercó entonces a un vendedor de piñas y sandías. Era un hombre joven al que se le notaba un rostro huraño bajo el sombrero. Aún sin clientes, aprovechaba el tiempo haciendo pequeños edificios de rodajas amarillas y rojas, sin inmutarse por la nube de abejas que revoloteaban entre la fruta con sus patas colgando, como diminutos helicópteros en busca de un buen sitio donde aterrizar.

—Buenos días caballero. Mi nombre es Modesto. Oiga, quisiera hacerle unas cuantas recomendaciones, en beneficio de su negocio y de nuestra salud pública, sabe.

—A ver, diga, nomás no me entretenga mucho porque se me espanta la gente.

—Resulta que según mis cálculos hay en esta zona, demasiados alimentos expuestos al aire libre.

—¿Y eso qué?

—Bacterias, amigo ¿no se da cuenta?

—Explíquese

El hombre seguía partiendo rodajas sin inmutarse.

—Estamos hablando de millones y millones de pequeñísimos organismos, todos a cual más de nocivos para el ser humano, reproduciéndose cada segundo gracias a la inmundicia del aire, a la fermentación facilitada por el calor y la humedad flotante, pero sobre todo, mi buen amigo, sepa usted que todos esos bichos se reproducen porque en estos carritos de fruta encuentran paraísos descomunales donde pueden alimentarse y reproducirse a sus anchas

El hombre dejó de cortar rodajas. Metió las manos a un balde verde con agua y se secó en su delantal.

—Mire, no sea mamón. Yo vendo fruta desde hace doce años. Soy un profesional. Que yo sepa, nunca se me ha enfermado nadie por comer mis piñitas. Ni siquiera me han reclamado las creaturas afuera de la primaria donde me pongo. Siempre traigo las manos bien lavadas y como ve, a cado rato le doy su rociadita a la fruta con agua de garrafón. Y si me permite aquí le paramos porque ahí viene una clientecita. Dígame seño ¿qué le damos?.

Modesto se retiró contrariado «Esta gente no va a entender nunca. Les gusta la inmundicia, peor aún, viven de ella como garrapatas. Ah, pero eso sí, cuando toda esta sopa de fermentos mefíticos reviente, no voy a ser yo quien pague los platos rotos, no señor. Para entonces ya estaré bajo la brisa de una enorme palmera en alguna playa solitaria. Mil veces voy a preferir una vida simple de pescador, a caer en las garras de una peste. Nunca dejaré que me alcance la putrefacción de la historia, lo juro». Y así, con estas palabras a cual más de contrariadas y desmedidas, llegó aquel día Modesto hasta la sección de archivo histórico. Sin mediar palabra con nadie fue directamente a la libreta de firmas, donde escribió lo siguiente: *La insalubridad nos acecha. Vivimos impregnados de bacterias que se alzan desde los más inmundos lodazales. No nos extrañe que un día de estos amanezcamos escuchando rebatos de campanas anunciando peste.* Inmediatamente después entró a la oficina de la directora a prepararse un café. La jefa podía llegar a la hora que le diera la gana, lo importante era que siempre estuviera lista su cafetera. Unos buenos sorbos bien calientes, acompañados de galletas con chocolate era justo lo que necesitaba. Sin embargo, muy pronto esa calma delicuescente terminaría por diluirse. Mientras meneaba el café con la pequeña galleta en forma de ladrillo vio a Luis haciéndole señas para que contestara el teléfono. Dejó la taza con café sobre el escritorio de la directora y fue a contestar.

—Soy Maura. Por favor necesito que vengas a casa, es urgente. Ahora no puedo darte muchos detalles.

En cuanto colgó el auricular le pidió a Luis que se inventara cualquier excusa con la jefa de intendencia. Luis asintió maquinalmente. Desde hacía tiempo ya no era necesario justificarle nada a Modesto. Nadie preguntaría por él. En realidad a la jefa de intendencia le daba igual si llegaba temprano, si llegaba tarde, o si de plano dejaba de ir a trabajar. Modesto había ingresado, sin darse cuenta, a un estado de flotación laboral. Era como un aeroplano con los motores apagados. Podía elevarse o descender a placer sin demasiados peligros. Si había dejado el café sobre el escritorio de la directora, tampoco importaba demasiado. Seguramente alguien más lo quitaría de ahí tan pronto como fuera posible, o incluso la misma directora en persona podría arrojar el líquido al resumidero sin hacer demasiadas preguntas sobre el origen de ese vaso en su escritorio.

No fue fácil encontrar un taxi disponible en medio del caos vial, pues a esas horas ya había comenzado la manifestación de camioneros. El ruido de voces, reclamos y silbidos era ensordecedor. Por todos lados había contingentes de personas lanzando proclamas y gritando consignas con los puños en alto. Fue necesario caminar cuatro cuadras hasta una avenida más desahogada. Ahí encontró un taxi disponible. Al llegar a casa de Maura pagó al taxista y se bajó precipitadamente. Timbró varias veces. Nadie abría. Sacó una moneda y golpeó repetidas veces sobre el acero del cancel. Por fin se oyó un chirrido monótono. Era la anciana en su silla de ruedas. Parecía que el cuello se le había torcido, pues le costaba trabajo levantar la cabeza. Modesto le ayudó a sacarse la llave del mandil y a meterla por la cerradura.

—Buenos días. Usted debe ser el señor Modesto. Pase por favor. Mi hija lo está esperando.

Nada más cruzar la puerta tuvo la sensación de estar repitiendo un suceso exactamente igual a un hecho del pasado. La anciana le había dicho las mismas palabras de la primera vez. Podía ser una simple casualidad, una broma, o tal vez en verdad ya no lo recordaba. Suele ocurrir en personas de avanzada edad. Durante varios días son capaces de reconocer a una persona sin problema alguno. Sin embargo, una tarde cualquiera, esa imagen puede volverse difusa como una foto remojada. Entonces sólo pueden reconocer ciertos rasgos, algún aspecto llamativo en la mirada, en el timbre de voz. Aunque en este caso, Modesto sospechaba que había algo

intencional y premeditado en la desmemoria de la anciana, pues cuando ya se alejaba de ella creyó ver de reojo un ligero guiño semejante al de una sonrisa sarcástica.

—Te estaba esperando —se oyó una voz al fondo del patio. Era Maura. Sin mayores preámbulos lo tomó de la mano y lo condujo hasta la habitación de Óscar. —Mira.

Al principio era difícil reconocer algo extraño. Óscar estaba sentado en el suelo dando vueltas a un trenecito de madera. Gritaba como siempre sacando la lengua y haciendo sonidos guturales con pequeñas implosiones continuas. Sin embargo, al agacharse, Modesto descubrió, en efecto, que la piel de Óscar se había transformado. Una especie de rugosidad continua empezaba a dibujarse a lo largo de todo el tejido epitelial, particularmente en las partes bajas del cuello y las axilas. No eran marcas demasiado pronunciadas, más bien era como si una película de cebolla hubiera cubierto superficialmente la piel de Óscar. Maura lo levantó del suelo envolviéndolo en sus brazos con infinita ternura. Sus ojos se rasaron en lágrimas. No podía articular palabras fácilmente.

—Desde hace dos días empezó esto. Al principio no le di mayor importancia. Pensé que se trataba de una alergia pasajera, pero todo indica que se trata de una dermatitis aguda. Ya sabes, es muy sensible a los mariscos y a la carne de cerdo. Se rascaba de vez en cuando sin dejar de jugar. Ayer en la tarde ya lo encontré rascándose desesperadamente. Entonces le quité la ropa y vi que tenía todo el cuerpo cubierto de sabañones alargados en forma de pepinos. Le unté pasta de Lassar en los pliegues de los brazos. Por la noche lo envolví en compresas de agua tibia con árnica. Durmió bien, pero en la mañana, cuando me acerqué a ver cómo estaba, ya le noté por primera vez un brillo muy extraño en la piel. Es como si de pronto hubiera dado un salto en el tiempo, mira, sus cabellos también se le están cayendo.

Maura hizo un movimiento muy suave en la cabeza de Óscar y, en efecto, al retirar la mano había cabellos desprendidos. Modesto se llevó las manos a la boca.

—Dios mío. Tienes que llevarlo con un médico.

—¿Tú crees?

—Sí, claro. Seguramente se trata de un proceso degenerativo. Debes acudir con un especialista. Cuanto antes, mejor.

—No. Estoy harta de hospitales. Si lo llevo otra vez, me lo van a llenar de pomadas con cortisona. No te imaginas. Es un sufrimiento terrible.

—Pero, entonces ¿qué vas a hacer?

—No sé. Voy a esperar unos días a ver cómo evoluciona. Después, ya veremos. Por lo pronto quiero pedirte un favor.

Modesto abrió los ojos echando la cabeza hacia atrás, mientras se rascaba un oído.

—Dime.

—Quiero que le regales algo a Óscar.

—Ah, sí claro. Siempre y cuando no exceda mis posibilidades. Ya sabes, trabajo en el Ayuntamiento, no soy empresario.

—De veras eres un miserable. No te preocupes por el dinero. Sólo necesito que tú me busques el regalo.

—Bueno ya, dime de qué se trata. Detesto las intrigas

—Un cerdo

—¿Qué?. No puede ser ¿Insinúas que debo ir a buscar un marrano para traérselo a Óscar? Yo sería incapaz de tomar con mis manos a un animal tan detestable. Va en contra de todos mis principios higiénicos. Además ¿dónde demonios voy a encontrar un cerdo para traerlo a tu casa?

—Ya pensé en eso.

Maura le extendió un pedazo de papel con una dirección. Modesto lo tomó de mala gana, como si de nuevo, en ese lugar, estuviera repitiendo funciones de empleado municipal. Tal vez una oración semiolvidada pudiera rescatarlo, pero en su efímero repertorio no había nada, sólo acudían a su cabeza vagos sonidos y resplandores sin señales de vida. Se sintió trastornado, al grado de llevarse la mano al rostro haciendo un gesto de vaga resignación. En el concierto de los ingenuos, él estaba en primera fila. Nada más ver la sonrisa de Maura, comprendió la imposibilidad de revertir el curso de los acontecimientos.

Pero a Óscar no le importaba ese jaleo. Seguía dando vueltas a su trenecito de madera sin dejar de reírse. De vez en cuando se rascaba detrás de una oreja y se desprendía pequeños mechones de cabello sin hacer aspaviento alguno, como si el escozor encendido estuviera localizado en algún lugar ajeno a su propio cuerpo. En esos momentos estaba fascinado por las ondulaciones del último vagón, que le producían pequeños espasmos de placer, parecidos al frescor de la tierra mojada. Y mientras más ondulaciones lograba obtener del trenecito, más radicalizaba su atención hacia el radiante fulgor de una estela, ciertamente invisible para todos menos para él. Porque nadie sabía cómo, pero desde hacía unas semanas había descubierto que se podían ver cosas con los ojos cerrados. Las primeras veces sólo fue capaz de obtener figuras

fragmentadas. Extensiones mimetizadas de objetos cotidianos: cuchara, lápiz, tijeras, borrador. Al cabo de unos días descubrió que, al cerrar los ojos durante periodos más prolongados, algunos objetos trataban de unirse a otros por su propia cuenta. La cuchara se metía en el plato y de ahí salía llena de sopa hacia una boca grande y vigorosa. Pronto dio con pequeñas variantes que hacían más divertido el juego. En vez de sopa salía un pez del plato y en vez de meterse a una boca, el pez entraba por la boquilla circular de una botella con leche. Nadie sabía cuánta felicidad sentía cuando cerraba los ojos y contemplaba al pequeño pez sumergido en aquel océano blanco. A él también le gustaría sumergirse en un mar de leche.

Durante varios días anduvo fastidiado. Imágenes multivalentes merodeaban su cabeza. El mundo estaba lleno de realidades ambiguas que se manifestaban de maneras terriblemente contradictorias. Cómo era posible, se decía, haber aceptado ir en busca de un cerdo. «Ni en mis peores días de miseria infantil me habían hecho semejante encomienda». Sin duda se trataba de una broma, un juego de máscaras sacado de alguna fotografía exótica. Maura vivía obsesionada con esos mundos simbolistas plagados de rupturas mórbidas. Un gato sentado en la oreja de un anciano con su cola transformada en cigarrillo humeante. La Mona Lisa mirando al mundo con ojos azorados, bigotes enhiestos y monedas a granel desparramándose entre los dedos de la mano izquierda. Una mujer desnuda, muestra de perfil el abultado vientre de su gestación, mientras al fondo de la habitación se ve la silueta de un gato a punto de salir, o de entrar a la habitación, nunca se sabe. «Esas imágenes están vivas, contienen actualidad psíquica porque cambian de aspecto y lanzan destellos de increíble fuerza poética» le oyó decir un día, mientras hacía girar el molinillo en una jarra con chocolate.

Finalmente, después de infinitas resistencias y toda clase de peripecias, a bordo de un camión urbano, Modesto compró un cerdo lechón recién destetado. La mujer que se lo vendió no paraba de reír al ver a un extraño individuo caminando de puntitas entre la espesura de los barrizales. Cuando sacó al puerco del corral y lo puso en los brazos de su nuevo dueño, la buena mujer no sabía distinguir si el animal gruñía más que el caballero o viceversa. —Parece que se

van a llevar bien —dijo la mujer de gordos mofletes y amplia sonrisa. Todo hubiera marchado sin mayores contratiempos, de no ser porque al cerdo se le ocurrió mearse del susto. Nunca antes, ni en sus peores años de trabajadora en el Rastro Municipal, había escuchado a un hombre ya entrado en años proferir tantas lamentaciones y expresiones de angustia, sólo por haber sido orinado a bocajarro por un cerdo lechón. Modesto aventó al animal como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Iba de un lado a otro, desesperado en busca de un lavamanos donde poder desprenderse de todo aquel tremedal de inmundicia, que le había caído en el vientre como látigo del infierno. La dueña del negocio se compadeció tanto de Modesto, que fue a buscarle una camisa limpia en el guardarropa de su hijo mayor. Pero el daño ya estaba hecho y nuestro buen amigo casi no podía pronunciar palabras. Se le habían endurecido las quijadas y por la lengua le corrían hilos invisibles, de manera que al hablar tartamudeaba. Por fin, después de un vaso con agua de horchata y media docena de servilletas para limpiarse el sudor, Modesto logró decir a la señora que sólo podía llevarse al puerco metido en un costal. Y así fue. Sobra decir que hubiera sido capaz de obsequiarle cuanto costal había en su granja, con tal de no ver más a ese hombre tan extraño, que además de entretenerla, ya le había puesto los nervios de punta.

Podríamos decir que ya en el autobús, el cerdo se portó a la altura de las circunstancias. Claro, al principio, cuando Modesto trató de colocarlo bajo el asiento, empezó a chillar y a patalear desesperadamente. No era nada personal, sólo protestaba porque no podía contemplar el bellísimo paisaje urbano con sus miles de automóviles escupiendo humo por los escapes. Tampoco podía disfrutar el espectáculo de los tragafuegos, vendedores de chicles y toda clase de voceadores apostados en las esquinas. Justo es decir entonces que el puerco tenía razón en protestar. Una mujer tocó por atrás el hombro de Modesto —Oiga. No lo ponga ahí, se le va a salar. —Iba tan nervioso que no se atrevió a decir palabra alguna. Se sentía terriblemente observado. Apretó los huesos y músculos de la espalda tratando de ahuyentar toda clase de pensamientos morbíficos. Pero mientras más lo intentaba más se ahogaba en imágenes del cerdo revolcándose en el lodo, tragando natas de maíz aguanoso, disfrutando toda clase de texturas pútridas, larvas y humores de sentina. Tampoco era posible deshacer aquella hediondez y botarla del camión para siempre. Hubiera dado todo su arsenal de objetos robados a cambio de un rescate inmediato. Pero eso no era posible. Los pasajeros ya habían abierto de prisa las ventanas. Unos se tapaban la nariz maldiciendo la hora en que decidieron abordar aquel autobús. A otros simplemente les hacía gracia el incidente y mentalmente lo sumaban al caudal ingente de

situaciones inverosímiles en las que se habían visto involucrados durante las últimas semanas. Aunque claro, a Modesto esas cosas no lo consolaban. Presentía que de un momento a otro lo echarían a patadas del camión. Y era cierto. Pocos impulsos son capaces de unir voluntades con tal desprecio y eficacia, como la detección evidente del hedor que invade la tranquilidad de un espacio público. Afortunadamente, poco antes de ser linchado, se le ocurrió timbrar. La puerta se abrió y de un salto logró poner los pies en la calle Orizaba.

Traía ya los sentidos embotados y una torta de sudor pegada en la espalda. Si alguien se lo hubiera pedio en ese momento, de buena gana habría regalado al puerco. Tampoco eso sucedió. Caminó de prisa, como perseguido por el demonio, hasta la casa de Maura. Timbró tres veces seguidas. Cada segundo de espera se volvía cauterizante, sobre todo porque ya traía cocida la nariz de tanto soportar aquel hedor caliente. Por allá escuchó los rechinidos oxidados de una silla ortopédica. Ni siquiera esperó a que la anciana terminara de abatir la hoja del cancel. Modesto empujó y se metió al zaguán con terrible desesperación hasta el patio, donde por fin soltó al puerco.

Maura lo recibió con una sonrisa dulcísima. Estaba recién bañada, fresca, un tanto vaporosa. De su cabello rizado y brillante fluía un perfume a jazmín. En otras épocas, en otras circunstancias, aquello hubiera bastado para una inminencia de amor. Había pasado la mañana fregando el piso y vigilando a Óscar con las ventanas abiertas para evitar que el vapor del cocido con elotes le provocara malestares. Ahora tenía ganas de agradecer aquel gesto de amistad e iniciar una nueva vida. Quiso abrazar al puerco, pero el animal, harto ya de venir encostalado, se escurrió entre las macetas. Entonces, Maura se dirigió a Modesto con cierta euforia. —Muchas gracias amigo, déjame abrazarte. —Pero Modesto sacudió el cuerpo y empezó a toser.

—No, por favor. Estoy asqueroso. Déjame entrar a tu baño

—Sí, claro, ve. Ya sabes dónde está

Literalmente corrió a través del pasillo atestado con objetos abandonados. En su cabeza restallaban toda clase de imágenes contrapunteadas: costal, cerdo, miradas hostiles, camión, lodo, hedores. Nada más entrar al baño se desnudó frenéticamente como si una plaga de hormigas hubiera invadido su cuerpo. Ni siquiera esperó a que saliera agua caliente de la regadera. Tomó un estropajo de ixtle y se talló con la misma furia de un monje arrepentido. Con el dedo meñique, a manera de cotonete lavó y lubricó minuciosamente los orificios nasales hasta ese punto de satisfacción maniaca semejante al blanco inmaculado. Hizo lo mismo con las grutas de cada

oreja, mientras apretaba los ojos y se imaginaba a sí mismo nadando desnudo bajo las aguas azules y cristalinas de un lago purificado. Al mismo tiempo deseaba descubrir, de una buena vez el universo abigarrado de microorganismos pululando a lo largo y ancho de su piel. —Malditas bacterias, hijas de perra —dijo en voz alta, enojado, sí, pero convencido también de que algún día, en algún momento de su vida lograría aplastarlas o asfixiarlas a punta de ácido fénico. En ese momento recordó una pequeña biografía de Leewenhoek, que había leído en un diccionario de bolsillo. Ahí decía que aquel pulidor de lentes ópticos no debía mentir cuando sostenía en 1675, que había visto en una gota de agua una multitud de animalitos vivientes, todos encerrados y moviéndose en un volumen igual al de un granito de arena «Dios mío. Si todo eso cabe en un volumen tan pequeño, cuántos de esos bichos no habrá retacados en un milímetro de mi piel. Y peor aún, cuántos más de esos asquerosos animáculos no habrá en un milímetro de la piel del puerco». Entonces, a Modesto se le ocurrió que las bacterias de su cuerpo eran de verdad unas perras en toda la extensión de la palabra, pues le fastidiaban los días y las noches sin hacer el menor escándalo. Tal vez, pensó, era porque al paso de los siglos habían enmudecido, o probablemente se la pasaban día y noche dormidas en los infinitos meandros y ramificaciones de su piel, sin tiempo de hacer el menor ruido. Pero incluso, si así fuera, está claro que por lo menos algunos millones de ellas debían roncar al mismo tiempo y eso, tarde o temprano tendría que notarse de algún modo. También se le ocurrió pensar que las bacterias de su cuerpo eran tan silenciosas porque se la pasaban todo el santo día fornicando unas con otras, como si vivieran hacinadas en perpetuas bacanales. «Vaya cosa», pensó «No conocen el pudor. Tampoco saben de ofuscaciones. Esa debe ser la razón por la cual se reproducen hasta la saciedad. Malditas. Pero ya me harté. Me están volviendo loco. Voy a bajar sus ínfulas aunque me lleve el carajo».

Tales divagaciones se enredaban en su cabeza como raíces de muérdago. Sin embargo, al cerrar la perilla de la regadera se sintió desorientado y macilento. Por un instante tuvo pánico a la muerte. La toalla colgada alrededor de un tubo transversal podía estar contaminada. Mejor sería no arriesgarse. Decidió secarse con las aspas del viento frío y un poco de sol filtrado bajo el ventanal. Su empeño dio resultado. Al abrir la puerta del baño logró exorcizar algunos temores. Poco a poco entró en un cierto estado de calma. Ahora debía buscar algo limpio. No tenía sentido volver a ponerse la misma camisa llena de lodo. Ni pensarlo. Corrió de puntitas hasta el extremo de la habitación, donde estaba el guardarropa de Maura. Seguro a ella no le importará. Hurgó con las puntas de los dedos entre racimos de blusas, hasta dar con una playera a su medida. Cuando

salió al patio, Maura y Óscar estaban felices de la vida lavando al cerdito con el chorro de la manguera. El pobre animal tiritaba de frío y chillaba despavorido. Tan pronto se escurría tenían que volver a atraparlo con una bufanda empapada. Finalmente lograron envolverlo en una toalla. La euforia de Óscar era tan intensa que su cuerpo parecía haber ingresado a un cierto estado de flotación. Incluso daba la impresión de que el aspecto escamoso de su rostro ya no era el mismo. Ya en la mesa del comedor, mientras disfrutaban de un delicioso caldo de cocido con elotes, Maura expresó plenamente su agradecimiento a Modesto. —Caray, no sabes lo agradecida que estoy por habernos traído al cochinito. Óscar va a sentirse acompañado y tendrá su propia mascota para jugar. Ah, y puedes quedarte con la playera.

ଌ ଌ ଌ

A partir de aquel día Modesto se volvió asiduo visitante a la casa de Maura. Llegaba puntualmente los sábados a mediodía. Nunca oprimía el timbre de manera precipitada. Primero aspiraba una mitad de limón picado con clavos de olor, después daba los últimos toques al cuello de la camisa. Enseguida removía rescoldos de polvo en sus zapatos y finalmente hacía recuento de fórmulas retóricas encaminadas a ocultar cualquier vestigio de hombre palurdo. En cuanto se oía el timbre, Óscar empezaba a dar saltitos de alegría y a moverse en círculos, como si fuera volando en avión. Le gustaba mojarse la cabeza, ponerse una máscara y esconderse detrás de una alcaparra. No era fácil sacarlo de ahí. Lograba encogerse como una oruga. Cuando lograba sacarlo, Maura lo regañaba de un modo complaciente, hasta que por fin lograba mantenerlo quieto en su silla de madera. Le ponía una toalla alrededor del cuello, lo peinaba cuidadosamente con la mitad de un jitomate exprimido y le ponía su gorrita de tafetán. —Ahora más que nunca debemos protegerlo del sol.

Generalmente Óscar y Modesto iban caminando al parque. Sin embargo, un día, antes de salir, Óscar se aferró con todas sus fuerzas a la rueda trasera de una bicicleta abandonada en el traspatio. Maura trató de hacerle ver los peligros de andar montado en esos cacharros por la calle, mas no dio resultado, porque Óscar tenía sus propios métodos de convencimiento. Lloró y pataleó hasta un punto de insoportable desquicio. Entonces Modesto hizo lo propio. Limpió aquel

armatoste de fierros enmohecidos, aceitó la cadena, infló las llantas con una bomba de pedal y colocó los tornillos faltantes a la canasta del manubrio. Por fin, un domingo fresco por la mañana salieron rumbo a un parque enorme, localizado a unos cuantos kilómetros. Al principio, Óscar no quería montarse en la parrilla trasera. Movía la cabeza negativamente agazapado bajo los manubrios. Era tanto su temor, que por un momento borró de la memoria todo rastro de humanidad conocida, a pesar de que la noche anterior había soñado con árboles, pájaros, cometas y niños vagando a su alrededor. Maura lo tranquilizó dándole un beso en la mejilla y colocándole una cadenita de oro con medallas de santos. Un vecino que pasaba por ahí, ayudó a montarlo sobre la parrilla trasera. El pobre estaba tieso como tronco de parota. Pero a los cinco minutos de sentir el viento en la cara, todos sus temores se disiparon. De pronto, abrazado a la cintura de Modesto, se transformó en un ser feliz, rumbo a los confines del paraíso. Nunca antes había experimentado con tanta fuerza la sensación de aire fresco en su lengua. Pronto dominó el pánico de la velocidad, a pesar de que Modesto pedaleaba moderadamente. Su alegría tenía formas de velero en medio del mar. Un horizonte abierto, plagado de brisa y picoteos dulces en los ojos. Desde ahí podía apreciar el majestuoso vaivén de los árboles. Con el dedo señaló un puntito en el cielo —¡Es un cometa! —gritó Modesto —¡Un día de estos vamos a volar uno!. —Pasaron junto a un grupo de corredores. Óscar los saludó a gritos sacando efusivamente la lengua. Todos ellos devolvieron el saludo. Alcanzaron después a unos ancianos y Óscar les aventó besos con la palma extendida. Orgulloso les mostró unos listones de colores prendidos en la playera como si fueran condecoraciones militares.

Ya en el parque fueron directamente a la zona de juegos. Había unas resbaladillas de doble piso en forma de caracol, adosadas con redes de cuerda y escaleras encontradas. Todo el conjunto de madera simulaba un galeón abandonado en el desierto. Por todas partes se oían regueros de música y ramalazos de viento estrellados en las copas de los árboles. Aquel ambiente alegre y festivo parecía envolver a todo el mundo en una enorme burbuja de concordia. Sin embargo, las cosas no suelen ser así de simples. El dolor del desprecio da vueltas en cualquier lugar, siempre intenso, puntual. Bastaba un simple vistazo al cuello de Óscar para que los prejuicios más atroces del criterio salieran a flote. Algunos niños corrían asustados hasta donde se encontraban sus padres exigiéndoles toda clase de explicaciones respecto a ese niño de piel arrugada, que tanto miedo les había provocado. Por allá una mujer dio un leve jaloneo a sus dos creaturas —Puede ser contagioso. Vámonos por otro lado. —Un par de ancianos se detuvieron

atónitos. Al ver a Óscar pensaron que el destino les estaba colocando un espejo al revés. Y tras emprender de nuevo la marcha se prometieron festejar esa noche con dos copas de Oporto bien servidas y brindar por la gracia concedida de haberles permitido llegar a los ochenta sin la necesidad de soportar esos trucos de Dios. Algunas personas, de plano, al acercarse no soportaban el aspecto que había tomado la piel de Óscar, pues era un hecho que unos cuantos minutos de viento, polvo y sol habían sido suficientes para agrietar aún más la pigmentación de su piel. Tras algunos gestos de lástima se retiraban despavoridos a comentar el suceso, todo en familia, claro.

A pesar de todo, Modesto no se desanimó. Con gran dignidad tomó a Óscar de la mano y lo llevó hasta un lugar en el parque reservado a la renta de camas elásticas circulares. Para su buena fortuna, la dueña del negoció resultó ser una persona amabilísima. Tenía el cabello rizado hasta los hombros, la piel curtida y una sonrisa claridosa de quien nunca se anda por las ramas. Nada más ver a Óscar, le obsequió un racimo de globos y dispuso la mejor cama elástica para el sólo. Como si ya lo conociera de toda la vida, tomó en brazos a Óscar, lo descalzó y lo sentó al centro del brincolín. A los tres segundos ya estaba feliz de la vida, manoteando, haciendo sonidos guturales y dando tumbos de un lado a otro. Más tardaba en ponerse de pie, que en volver a caer, siempre coronado por agudas explosiones de risa. Entonces ocurrió un suceso maravilloso. Una parvada enorme de pájaros granates, que venía surcando el cielo, descendió hasta posarse justo sobre la copa del árbol que estaba junto al brincolín donde brincaba Óscar. Inmediatamente cubrieron toda la copa del fresno, produciendo un sonido ensordecedor. Poco a poco dejaron de trinar como si estuvieran contemplando un espectáculo sobrecogedor. El hecho es que, en cuanto Óscar dejó de brincar, la parvada enorme de pájaros emprendió el vuelo a través del cielo despejado. Ya de regreso, mientras iba pedaleando, Modesto sintió que había estado en una cápsula varada en un mar de infinita belleza.

A la mañana siguiente, Modesto se presentó muy temprano en casa de Maura. Por alguna razón había decidido cambiar de apariencia. Parecía banquero del siglo pasado. Traje negro, cabellos

relamidos, corbata plisada, zapatos relucientes y medio pomo de lavanda encima. Antes de timbrar aplastó a diminuta una viuda negra con la punta del pie. —¡Ya voy! —gritó Maura, desde el fondo del patio. Andaba regando macetas con la misma parsimonia de todos los días. Le gustaba despuntar algunas hojas con los dedos. Según fuera el caso enderezaba tallos o removía nudos de tierra. Miró una vez más su reloj de pulsera. Tomó dos aspirinas de un trago. Sólo entonces reparó en la desesperación de Modesto. Al abrir la puerta esbozó una sonrisa candorosa

—¿Y tú? Pareces vendedor de biblias. Pasa

—Vengo por Óscar. Quiero llevarlo al archivo

Había tal aplomo en las palabras de Modesto, que Maura sintió un estremecimiento glacial.

—Ay Modesto, no me parece buena idea. Ya sabes cómo es la gente. Podrían lastimarlo. Últimamente se ha vuelto mucho más sensible a las miradas ajenas. Además, ayer en la noche traía la piel muy irritada. Sólo durmió unas horas.

—Está bien mujer. No necesitas explicarme nada. Ya será otro día. Nos vemos

Y se fue, no sin antes depositar un beso en la frente de Maura. Ese gesto fraterno duró muchos días dibujado en la conciencia de ambos. Mientras iba dando tumbos en un camión destartalado trató de aliviar su frustración con un limosnero que subió a destrozar dos canciones de José Alfredo Jiménez. —Oye chico, si no sabes cantar mejor dedícate a otra cosa. —le dijo Modesto. Ciertamente, aquel muchacho, acostumbrado a toda clase de imponderables, no esperaba recibir una crítica tan visceral a esas horas de la mañana. —Tiene razón amigo. Si supiera cantar a toda madre, ya me hubieran contratado en la tele ¿no cree? —Modesto sonrió y le tendió una moneda de cinco pesos. —Ahí te va campeón. Cómprate unos tapones y los repartes.

Nada más llegar al Palacio Municipal, Modesto avanzó por los pasillos con el pecho erguido y la mirada altiva. Sólo faltaba un maletín repleto de secretos inconfesables para hacerse pasar por algún acaudalado funcionario. En medio de obreros defraudados y gentes desplazadas, aquella fantasía le infundía nuevos ánimos. Como en otras ocasiones, habían llegado pequeños grupos de gente arruinada, desde los confines más remotos de la ciudad. Se veían niños, ancianos y mujeres tendidos por los suelos con sus enseres de viaje. Algunos ancianos sacaban un paliacate engarruñado para limpiarse el sudor, mientras, con la otra mano sostenían un cartón de colores chillantes, cuyas consignas tristes parecían hebras tejidas desde hacía muchos siglos.

Nadie les hacía caso, tal vez en espera de que el cansancio y los estragos del hambre hicieran su trabajo.

Al pasar junto al Salón de Cabildo tuvo una idea. No estaría de más poner a prueba los alcances de su nueva apariencia. Entró al baño a darse los últimos retoques. Al interior del recinto, poco a poco la gente iba disponiéndose para dar comienzo a la primera sesión ordinaria. Al pie de la puerta había una hermosa edecán contratada para edificar pupilas y ofrecer sonrisas artificiales a cada uno de los asistentes. Al pasar, Modesto devolvió la sonrisa con cínica naturalidad, no sin antes echar un vistazo al pliegue de los senos insinuados bajo una blusa de azafata. Esa era la primera prueba, un suspiro. Inmediatamente se puso a caminar entre los diferentes corrillos de funcionarios. Nunca antes había visto tantos Rolex exhibidos sin el menor pudor. Además, en el ambiente flotaba una mezcla densa de perfumes costosísimos. El olfato de un conocedor podría identificar esencias tan exclusivas como Clive Christian's, embotellado en cristal de Baccarat, o el mismísimo Caron's Poivre, cuya edición limitada, solía reservarse a los bolsillos millonarios de jeques, príncipes y jefes de estado. Pocos, muy pocos sabían que un solo frasco de este perfume requería cantidades milimétricas de ingredientes tan sofisticados como el ylang del ylang que, prácticamente sólo crece en Madagascar, y por supuesto nadie, en ese lugar tenía la más mínima idea del complejísimo tratamiento a base de moléculas aisladas, refinaciones y cientos de diluciones parciales aplicadas a ingredientes como la vainilla, el aceite de orris, la resina natural de goma, el sándalo y la bergamota.

Por un momento Modesto temió ser descubierto a causa de su penetrante olor a colonia Flor de Naranja «Bah, qué importa» se dijo, mientras levantaba el cuello como una garza dislocada en busca de inexistentes conocidos. Nadie reparó en su presencia, lo cual produjo un efecto de triunfo insospechado. El clímax llegó cuando uno de los síndicos más respetados pasó junto a Modesto y con esa cordialidad exquisita y bastante común entre políticos rapaces, se detuvo unos cuantos segundos para decirle casi al oído —buenos días Licenciado. —No lo podía creer. Fue un instante de hechizo. Literalmente lo estaban confundiendo. Se quedó sin aliento. En la parte frontal, junto al estrado, había dos mozos de intendencia dando los últimos trapazos a los reclinatorios de las curules. Como ambos eran viejos conocidos, Modesto decidió cortar de tajo el jueguito. Se escurrió por donde había entrado, no sin antes dar un zarpazo a un par de canapés clase *gourmet*.

Entró a la sección de archivo por la parte de atrás. Afortunadamente estaba desierta la bodega de intendencia. Con cierta premura de payaso triste aflojó el nudo de la corbata. Estaba ahogado en sudor. Se quitó el saco, la camisa, el pantalón. Cada parte de su atuendo fue colocada sobre la punta de un tubo oxidado. Parecían fantasmas pequeños, diligentes, abandonados en el traspatio de una feria. Una mariposa violeta salió volando. Modesto se puso el mono de servicio, entró al baño y se lavó cuatro veces la cara. De nuevo volvió a sentir arrestos de pequeño déspota, pulcro y macilento al mismo tiempo. Uno de los mozos de guardia, que minutos antes limpiaba las curules en el recinto legislativo, entró por unos trapeadores. Traía una radio a todo volumen y el ánimo encendido por alguna guasa de pasillo. Lo saludó efusivamente, mientras dejaba caer el chorro pesado de orina con la puerta abierta del baño. —Ahh, de veras la vida es injusta hermanito —dijo sin dejar de sonreír —Allá arriba está el patio rebosando de mujeres hermosas, todas forradas en billetes y nosotros aquí en esta pocilga, también rebosante pero de trapeadores ¿te das cuenta? —Al decir esto último soltó una carcajada estrepitosa y dio el portazo dejando una peste insoportable a piel aguardentosa.

Cuando entró a la sala de lectura fue a la libreta de firmas y escribió lo siguiente: *Acabo de comprobar mis dotes de funcionario público de alto nivel. Si alguien desea saber más detalles pueden preguntarme. Abstenerse en horas de servicio por favor*. No había muchos parroquianos esa mañana. La sala de lectura parecía negocio mosqueado. Un anciano derrengado se inclinaba tanto para leer, que daba la impresión de olfatear con sus anteojos gruesos un periódico amarillento del cuarenta y cinco. Su dedo índice, tembloroso y envuelto en látex iba deshebrando las palabras. Ningún esfuerzo parecía menoscabar su ánimo de albañil curtido a punta de caguamas y asoleadas inclementes, que al paso de los años habían dejado huellas indelebles en aquella piel de camarón. Después de todo llevaba años tras el rastro de un presentimiento enredado infinitas veces entre papeles burocráticos y camas matrimoniales. Trataba de encontrar una pista, una huella de certidumbre que le permitiera morir sin el pálpito agobiante de no saber nunca dónde diablos habían quedado los restos de su padre. Sólo sabía que una tarde soleada, allá por agosto del cuarenta y cinco, un pendenciero agraviado lo había cosido a puñaladas. Siempre oyó la misma historia del chaleco bañado en sangre, del joven presbítero abriéndose paso como una aparición sobrenatural entre el racimo de curiosos. Nunca supo más. Aquella muerte se fue al pozo de las reyertas familiares, algunas imaginadas, otras reales como el agua, pero casi todas encaminadas a disolver la reputación licenciosa de su padre. En el otro extremo de la sala se

encontraba una monja solitaria, en busca de un albacea fantasma que nunca llevó a término las disposiciones testadas de su madre. Sólo tenía tres días hábiles de licencia a fin de resolver el enigma de aquel hombre desaparecido en extrañas circunstancias, pocos días después de haber firmado el documento que lo avalaba como albacea universal. Tenía prisa pues no quería levantar un avispero de suspicacias, aunque incluso, en su fuero interno de clarisa inmaculada no había lugar a venganzas inútiles. Sólo deseaba meter aquel asunto viejo al cauce de un río legal, a fin de cumplir uno de sus más grandes sueños: colgar los hábitos y regresar a casa en paz.

A media mañana la vio entrar. Maura venía seguida por un ligero ventarrón de hojarasca, el cual se deshizo como un sueño premonitorio al filo del umbral. Traía puesto un abrigo deplorable hasta los tobillos. El anciano y la monja detuvieron su lectura durante unos segundos. Ni siquiera, al pasar junto a Modesto se quitó los lentes oscuros. Esa indiferencia lo dejó pasmado, sin aliento. Nunca hubiera imaginado un desplante de ese tamaño «Maldita. Si hace un rato acabo de saludarla en su propia casa». Ella caminó hasta el mostrador de servicio, cruzó unas palabras con Luis, el archivista y fue a sentarse en una mesa solitaria, sin ofrecer a Modesto el menor gesto de cortesía.

Enfadado, con resuellos de adolescente despechado comenzó a caminar entre las mesas vacías soltando ráfagas de aromatizante a diestra y siniestra. Estaba haciendo el ridículo, mas no podía evitarlo, pues había entrado a un círculo entrópico de irracionalidad. Terminó por sentarse al otro extremo, donde se encontraba Maura. Desde ahí se puso a mirarla de un modo insolente, sin escrúpulos. Incluso estornudó a todo pulmón y se dejó arremeter por un ataque de tos absolutamente fingido, justo cuando Luis llevó a Maura la charola con el folio de hojas apergaminadas. El calor se estaba haciendo insoportable. Hizo una señal a Luis para que encendiera los ventiladores del techo. Después de un rato no resistió la tentación. Se levantó y fue a sentarse justo en la mesa vecina de Maura. Con un movimiento ávido de los dedos sacó un chicle y se lo metió a la boca, pero tuvo que volver a sacarlo porque eructó de un modo seco, sin estremecerse. Maura ni siquiera parpadeó. Seguía leyendo pausadamente, arrullada por las aspas del ventilador. Así permanecieron ambos, durante más de una hora, ella leyendo y el otro clavado en su sitio. El único resquicio en aquel juego de mudos se abrió de repente cuando Maura levantó ligeramente el brazo derecho como para ventilarse. Al mismo tiempo, con un poder de seducción devastador, desabrochó discretamente el primer botón de su blusa, dando más libertad al pliegue de tela bajo el brazo. Modesto reaccionó con la puntual disciplina del individuo aislado y

morboso. Ladeándose estiró el cuello, los ojos y la nariz hasta lograr un ángulo inmejorable, desde donde pudo contemplar en toda su amplitud, la axila depilada de Maura. Ella, sin dejar de pavonearse por dentro, se estaba exhibiendo como nunca antes había hecho con nadie. Cuando era creyente pensaba que la desnudez sólo consistía en la exhibición pecaminosa del cuerpo. Ahora, sin ápice de culpa se regodeaba en ese jueguito de impudicia que la rejuvenecía.

Durante un segundo, Modesto alcanzó a percibir un tufillo delicado a crema humectante y transpiración. Cerró los ojos y se dejó llevar por un remolino de pequeñas fantasías voluptuosas. Por primera vez en su vida entendió a cabalidad que no era necesario decirse nada para comunicarse intensamente. Cuando Maura bajó el brazo, él se levantó con los párpados temblorosos y la boca reseca. Parecía un idiota varado en la playa. En esos momentos ni siquiera un temblor de tierra lo hubiera sacado del trance porque no supo a ciencia cierta cómo fue que salió al patio y se tendió a la sombra de un enorme naranjo con el firme propósito de buscar formas conocidas entre el ejército de nubes. Bueno, en realidad a Modesto le encantaba ponerse a contemplar las nubes en horas de trabajo. Una vez le dijo a otro conserje que los funcionarios de cabildo eran unos ladrones porque nunca se ponían a contemplar las nubes. Aquellas formas blancas, abullonadas parecían creaturas de fábula. No tardó más de ocho segundos en descubrir la axila de Maura. Suave, tersa, pequeña, pringosa. «Ah» suspiró Modesto «si yo pudiera vivir junto a la axila de Maura, sería el hombre más feliz de este mundo».

Cuando regresó a la sala de lectura, Maura ya se había ido. Sin perder tiempo, fue al baño. Se lavó varias veces las manos y la cara con abundante jabón. Lo mismo hizo con los dientes. Enseguida sacó un palillo de madera que traía en la bolsa de su camisa y fue picando uno a uno los intersticios dentales. Aspiró la mitad de limón picado con clavos de cocina y se dirigió al escritorio de documentos. Antes de que pudiera decir cualquier cosa, Luis le extendió el mismo folio de legajos que Maura acababa de poner sobre el mostrador.

—Aquí tienes, repollo. Vivimos en tiempos ingratos pero tú andas de suerte. Modesto tomó el legajo. Se acercó a Luis y le soltó en la cara —Oye maldito, que nadie me moleste. — Fue a sentarse al mismo lugar ocupado por Maura. Se puso unos guantes de látex y desabrochó la cinta del legajo: *Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 5.* Otra vez hablaba el cirujano Castrejón. Ahora, siguiendo el ejemplo de Hipócrates en Atenas, proponía hacer hogueras en varios puntos de la ciudad, a fin de combatir la peste. Solicitaba al Ayuntamiento la conformación de veinte cuadrillas de obreros dispuestos a barnizar grandes cantidades de madera

con una resina lechosa, a base de romero, enebro y brea de alquitrán. Así, además de combatir la hediondez suspendida en el aire, toda la ciudad será perfumada de una sola vez. Castrejón, sin embargo, se mostraba preocupado por las cantidades ingentes de orina y excrementos que a cielo abierto iban a parar al río San Juan de Dios. «Por las tardes cualquiera puede ver multitudes de hombres grandes y chicos que después de haber empinado cuantiosas jarras de pulque, bajan a la orilla del río a desaguar sus vejigas sin dejar de hacer chanzas, guasas y pitanzas. Es tanta la costumbre que a diario se colocan en grupos de ocho, diez o hasta quince rancheros alineados como cigarros, a ver quién lanza el chorro más largo». Suspendió la lectura. No podía dejar de pensar que muy cerca del edificio donde se encontraba, hubo una época en la que todo el río fue tomado por cloaca, lugar a donde iban a parar esos presagios de muerte que son los excrementos, así como animales muertos, desechos del menstruo y toda clase de frutas, carnes y verduras echadas a perder.

También Castrejón solicitaba al Ayuntamiento providencias respecto a los ladrillos de adobe cocido. Aseguraba que al paso de los años, miles de ellos habían estado en contacto directo con el suelo y habían terminado por absorber toda clase de sustancias pútridas adheridas a la tierra, provocando terribles enfermedades en ancianos, cuyos dormitorios no se aireaban lo suficiente, pero sobre todo, insistía Castrejón «quienes más padecen las terribles consecuencias de los adobes podridos son los niños pobres de la ciudad, acostumbrados a meterse terrones de adobe a la boca, muchas veces impulsados por ardores de hambre, aunque otras veces lo hacen nada más por divertirse. Doy fe, por tanto, de la situación apremiante. Familias por doquier hemos visto, con dos o tres infantes agobiados a causa de terribles punzadas en la boca del estómago. Algunos ni siquiera alcanzan a llegar al Hospital de San Miguel porque tan pronto vomitan copiosamente, les sobreviene el rictus de muerte, propio de cuerpos que se han vaciado. En otras casas hacinadas y miserables hemos visto infantes lombricientos, atacados por el mal del excremento duro y seco. A esas pobres creaturas no se les puede ayudar gran cosa, pues aunque los padres suelen tomar providencias mediante salmodias y regaños para que los pequeños no den más bocanadas a los adobes, el mal ya está hecho. Las lombrices terminan por consumirlos por dentro convirtiéndolos en cadáveres vivientes. Todo esto ocurre a pesar de aplicar en muchos de ellos lavativas con infusiones de malva y oliva».

Párrafos abajo, Castrejón se quejaba amargamente contra bataneros y peleteros acostumbrados a vaciar tinajas rebosantes de inmundicia afuera de sus talleres. «Esa fetidez

quema, escuece los ojos». Incluso relata el caso triste de un obrero muerto a causa de tanta pestilencia. «Una noche, después de haber tallado pieles como una bestia, se le ocurrió al infeliz esconderse entre unas tinajas a beber pulque recién curado. Pronto quedó perdido con la baba colgando. Al día siguiente lo encontraron engarruñado. Tenía la boca abierta como si fuera a morder una manzana y los ojos torcidos hacia la nada». Castrejón hace una pausa, reflexiona, mide sus fuerzas. Después arremete con doble saña, primero hacia las autoridades municipales por dejar sepulcros mal tapados y en seguida contra la imprudencia fanática de los mismos fieles. Cuenta el caso de dos hermanos que a media noche decidieron regresar al cementerio a llorar la muerte del padre. Para su mala suerte, nada más entrar al cementerio se soltó una lluvia torrencial, de modo que las pocas teas incrustadas en los árboles se apagaron. Uno de ellos trató de disuadir al otro advirtiéndole de peligros inminentes. Mas el otro no admitía nada, cegado por ese dolor narcotizante propio de los fanáticos. De modo que, pronto se les vio chacualeando entre barrizales, casi a ciegas, debido a las agujas de agua que les picaban los ojos. Dice Castrejón que «el par de imprudentes se inclinaban todo lo que podían, a fin de contrarrestar la fuerza del viento». Cuando lograron encontrar la tumba del padre, antes de abrir la boca para rezar, uno de ellos, en un descuido, tropezó con el bordo del sepulcro mal tapado y como traía sujeto del brazo al hermano, ambos cayeron hasta el fondo de la tumba. La noche se los tragó cuando un torrente de lodo terminó por sellar su desgracia. Modesto dejó de leer. Tenía miedo. Pensó en la posibilidad de visitar la tumba de su padre y caer hasta el fondo. «Por algo, aún en nuestros días hay rumores de tumbas mal tapadas y más aún cuando llueve porque la tierra se hace chiclosa». Entonces, por increíble que pudiera parecer, ahí mismo y arrastrado nada más por esa remotísima posibilidad, nuestro buen amigo Modesto decidió no volver a visitar la tumba de su padre. «Qué tal si una lápida se rompe. Me puedo partir en pedazos. El mundo no sabrá nada de mí. Lo siento papá, mejor te rezo en casa todas las noches, bueno, casi todas ¿está bien?» Por último, leyó una serie de airados reclamos en contra de los métodos utilizados por los miembros de Cabildo contra los males de higiene y salubridad que padecían muchos habitantes de la ciudad. «Estos señores, al enterarse del número de muertos a causa de fiebres esenciales y dolores de costado, sólo saben reunirse a pedir la intercesión divina. Hacen votaciones y rifas para ver a cuál santo van a encomendarse, que yo lo he visto con mis propios ojos. De mano en mano van pasando un sombrero de copa, a una sola saca y cédula de cada miembro. Una vez elegido el santo, se da la orden para que a la brevedad se organice una función solemnizada con misa en Catedral, sermón

y cantatas a coro, ante la presencia de altos dignatarios eclesiásticos y el pleno de la Real Audiencia. Por último, solicitan los señores de Cabildo que después de la misa solemne se haga una multitudinaria procesión por las calles más concurridas de la ciudad. A diferencia de estos métodos religiosos, yo propongo acogerse a la sabiduría higienista de la ciencia. Primero ha de hacerse un reconocimiento puntual y exacto de las panaderías que hay en la ciudad. Sobre todo ha de tenerse gran cuidado en revisar las harinas, para ver si no están corrompidas. Lo mismo ha de hacerse en almacenes y trojes, donde los panaderos pudieran haber comprado harinas picadas. Después se han de revisar los mataderos, a fin de constatar si las reses matadas son gordas y de carnes turgentes. También se debe constatar que las bazofias, la sangre con vísceras y demás inmundicias que salen de los mataderos sean arrojadas por lo menos a media legua de la ciudad. Lo mismo debe hacerse con basuras de estiércol, cisco, paja, zacate y animales podridos que haya en cualquier paraje. Todas las calles deben quedar libres de estas brozas y desperdicios fétidos. Por último, el Ayuntamiento debe organizar cuadrillas de limpiadores bien pertrechados con lejía y tinajas rebosantes de agua, que la inmundicia señores, se combate tallando banquetas a brazo partido y no con rezos».

Modesto dejó de leer. Metió la mano a sus ropas. Sacó una cajita con gotas de alcanfor y polvo de Angélica. Se la acercó a la nariz y aspiró profundamente hasta sentirse un poco aliviado. En ese momento notó la transpiración en las palmas de sus manos. Se puso de mal humor. No soportaba el sudor, pues le parecía un caldo inmundo de bacterias brotando incontroladamente desde el interior de su cuerpo. También estaba furioso contra las autoridades municipales. —Nos han sumido en el atraso y la ignorancia. Llevan siglos instalados en el dispendio y la ocurrencia. —Sus palabras en voz alta llamaron la atención del anciano y la monja, quienes aún se encontraban leyendo en la sala. Después de todo se sentía bastante involucrado en asuntos de higiene, como para no mostrar un cierto grado de enojo.

Pero, en esos momentos lo más gratificante era saber que Maura también se deleitaba con la ferocidad de aquellas crónicas. Estaba seguro de que ella también leía encarnizadamente sin esperar alguna recompensa. Ya no tenía dudas. Un vínculo extraño y convulso, sin compromisos ni acuerdos explícitos había surgido a través de la lectura compartida. Ambos tenían la misma necesidad de acudir a esos folios con una diligencia frenética. Sin saber cómo, ni a partir de qué momento, un pacto secreto los había atravesado. No hacía falta decirlo. De hecho, la esencia del pacto consistía en mantener el flujo vivo, sin cortes ni presiones de ninguna especie. Por tal

motivo, Modesto nunca se atrevió a interrumpir la lectura de Maura. Cada vez que por alguna razón se sentía tentado a hacerlo, inmediatamente le sobrevenía una sensación de pánico. Prefería esperar mordiéndose las uñas abotagado en la oficina de la directora. Se ponía nervioso, arrogante, pequeño déspota con los usuarios. Repetía una y otra vez la primera estrofa de la Quinta buscando una vía de escape a su ansiedad. Y sin embargo, a pesar de aquellas contrariedades de muerte, había un flujo de comunicación silenciosa por debajo de las historias. Llegó un momento en que, sin darse cuenta, empezaron a experimentar, con diferencia de unas cuantas horas, las mismas sensaciones de asco, miedo, terror, náusea y placer. Era tan preciado el secreto, que nunca se atrevieron a hablar de ello. Evitaban el tema o de plano se iban por las ramas. Ambos trataban de ser otros a través de una sucesión de historias olvidadas, pero a sabiendas de que una sola mención explícita echaría todo a perder. Así que, ni siquiera en las horas más apacibles de un almuerzo sabatino se mencionó palabra alguna en relación con los asuntos tratados por el cirujano Castrejón. Ese día, después de cerrar el manuscrito y regresarlo al mostrador decidió que lo mejor sería ir a un almacén grande a sustraer un talco para bebé. Y así lo hizo. No fue nada difícil. Por la noche, cuando llegó a casa, saludó a mamá y se encerró en su cuarto para cubrirse de talco, desde el cuello hasta la punta de los pies. Parecía un muñeco de nieve. Dio varias vueltas sobre su propio eje como si estuviera danzando una danza ritual. Estaba feliz.

ꕥ ꕥ ꕥ

La piel de Óscar empeoró. Con el correr de los días se le fueron abriendo unas grietas largas y espigadas a lo largo de la espalda. También empezaron a correrle unos sabañones pringosos en las axilas y en los pliegues anteriores de las rodillas. A ciertas horas del día, la comezón se hacía tan insoportable que se dejaba ir, como una cría de oso, hacia el tronco de un aguacate plantado en la esquina del patio. Ahí se frotaba contra las partes bajas de la corteza, de un modo desenfocado y sin medir las consecuencias. Terminaba sangrándose. Entonces, Maura, también desesperada, lo regañaba mientras trataba de consolarlo. Él hacía aspaviento con las manos y gemía —¡pica...pica!. —Para colmo de males, casi todo el cabello se le había caído. Sólo unos

cuantos mechones muy delgados, como filigranas de caramelo, parecían aferrados a la cabeza de Óscar. Una vez despertó a media noche llorando desconsoladamente —¡luz...luz! —gritaba. Y cuando Maura encendió la luz, se dio cuenta de que la sábana estaba empapada. —Ya no puedo más —le dijo a Óscar en voz baja. Al día siguiente lo llevó en taxi al Hospital Civil. No iba en busca de una solución específica. Tenía la certeza de que el padecimiento de su hijo estaba más allá de las posibilidades médicas. Había probado toda clase de jabones, cremas hidratantes, ungüentos. Nada parecía dar resultado. Más bien le interesaba encontrar una cierta relación de orden en medio del caos. Necesitaba escuchar una voz tranquilizadora y buena que la ayudara a sobrellevar con decoro las penurias de Óscar. Pero no fue posible. Sus peores temores se hicieron realidad.

Una vez en el consultorio, Óscar se negó rotundamente a cooperar. Ni siquiera permitió que la doctora se le acercara. En un segundo tiró al suelo una pila de libros clínicos, un estetoscopio y el estuche con las gafas nuevas de la doctora. Después, se metió debajo del escritorio. La doctora trató de sacarlo con promesas de caramelos y chocolates pero fue inútil. Óscar entró a un estado de paroxismo incontrolable. Lloraba desgarradoramente y de sus labios colgaban ligas de una baba reseca. Brevemente, haciendo todo lo posible por no contrariar más a Óscar, la doctora realizó una exploración superficial con su lamparita de auscultar. Fue todo.

Mientras iban en el taxi, de regreso a casa, Maura miró la bolsita con cremas y ungüentos de última generación que, diligentemente le había obsequiado la doctora. No sintió ningún alivio. Al contrario, los nombres incomprensibles de aquellas cajitas coloreadas sólo aumentaban su desconsuelo y frustración ¿Hacia dónde debía ir? ¿Cuál sería el destino más promisorio que podía encontrar en aquel torbellino de confusión? Miró por la ventana. Se fijó en las líneas que separan los carriles de los coches y se dio cuenta de que invariablemente los límites eran difusos. En muchas ocasiones las rayas amarillas, o los famosos pasos de cebra, se habían borrado en las esquinas. No había marcas precisas para detener el automóvil o para cruzar una calle. Las líneas amarillas no estaban bien pintadas en los cruces de las calles. Eso le parecía chocante, aunque sentía algo extraño en su reacción, pues desde siempre había vivido en la misma ciudad y nunca se había sentido incómoda a causa de esas minucias viales.

Lo mismo le ocurrió al salir de un túnel. A un costado de la avenida había un par de enormes columnas de concreto abandonadas desde hacía muchos años. Seguramente ahí hubo planes de construir algún paso a desnivel. Pero ¿por qué yacían ahí esas columnas como vestigios

de un barco abandonado? ¿Quién había ordenado suspender la obra? ¿Por qué nunca retiraron las columnas y los castillos de acero que asomaban como garfios? Nunca antes había reflexionado de un modo tan incisivo sobre el sentido profundo de aquellas inconstancias municipales. Por todos lados le parecía descubrir señales de incertidumbre, huecos, faltas, ausencias, contrastes entre una opulencia desafiante y esa pobreza de mal agüero que brotaba de los sitios más inesperados.

Cuando el taxi se detuvo al pie de un semáforo miró afanosamente a un grupo de personas apretujadas en la parada del autobús. En casi todas había expresiones ambivalentes de alegría y tristeza. Incluso creyó descubrir ese mismo rictus de alegre fastidio en el rostro de una chica muy jovencita que aparentemente se divertía con las bromas de su novio. Todo ese juego de apariencias se le estrelló en la cara. Será tal vez que una parte de su esperanza acababa de morir y todo a su alrededor no hacía más que reiterarle esa convicción. Al pasar por una iglesia de torres muy altas sacó la cabeza por la ventana y en silencio imploró por un milagro. ¿Pero cómo podrá suceder tal cosa?, pensó, si en el fondo de su corazón y desde hacía mucho tiempo había dejado de creer en los milagros.

ꕥ ꕥ ꕥ

Y sin embargo ocurrió. Un día, después de un virulento ataque de comezón, el pequeño Óscar caminó llorando hasta un rincón del patio donde el cerdo se encontraba durmiendo. Estaba tan agotado que se acurrucó sobre la barriga caliente del animal. No tardó en quedarse dormido. A esas alturas el cerdo ya había ganado peso y tamaño debido a los atracones de una mezcla preparada en costales, a base de papa, huevo, semillas de calabaza, pasto, cebada, palmiste y soya.

Era un mediodía espléndido de agosto. Modesto había llegado a casa de Maura unos minutos antes, con el firme propósito de llevar a Óscar al zoológico. Pensaba que tal vez un poco de euforia junto a las jaulas de los animales ayudaría a distraer los estragos en su piel. Sin embargo, cuando lo vio plácidamente dormido sobre la barriga del cerdo cambió de opinión. —

Tráeme una manta —le dijo a Maura. Aquella voz sonó tan convincente que Maura no dudó en acatar la orden.

Minutos más tarde, haciendo toda clase de esfuerzos por vencer su repugnancia, Modesto envolvió a Óscar y al cerdo con una manta enorme de cuadros chillantes. A una cierta distancia parecía la imagen de una madre amamantando a su cría. Maura no daba crédito a sus ojos.

—Oye, no está bien. El niño se puede enfermar. Ese animal está lleno de bacterias.

—Sí, pero tengo un buen presentimiento.

En ese momento las palabras de Modesto estaban cargadas de fuerza apacible, así como de inusitada autoridad. Tanto así que Maura ni siquiera se planteó la posibilidad de contradecirlo. De pronto Modesto hizo algo extraño. Acercó su oído al rostro de Óscar y como si fuera un médico del siglo diecinueve permaneció un rato quieto, profundamente concentrado y con los ojos cerrados. También olfateó. Se incorporó, se abotonó la camisa y dijo unas palabras que bien pudieran haber sido dichas por un médico de cabecera. —Respira profundo y caliente, sin perturbaciones. Los humores huelen bien. No lo despiertes. Debemos permitir que haya intercambio de vapores. —Dicho esto, Modesto se fue.

Al día siguiente, su madre lo despertó con la punta de un periódico. —Te hablan por teléfono. Debe ser esa muchacha del Palacio Municipal. Se oye medio alterada —¿Hizo una pausa y luego volvió a decir —Mientras tú contestas yo voy a cortar arrayanes —Ciertamente, al otro lado del teléfono, se oyó la voz agitada de Maura.

—¡Modesto! —exclamó —¡Es como un milagro!

—Qué cosa, dime

—El puerco. No sabes cuánto bien le hizo a la piel de Óscar. Amaneció mucho mejor. Tienes que venir a verlo.

Y así lo hizo. Hacía mucho tiempo que no se vestía con tanta prisa. Desayunó un batido de plátano con un par de huevos fritos. Se frotó los incisivos tras una sonrisa cargada de satisfacción y dignidad. En esos momentos le pareció absurdo llevar a cabo con todo rigor, sus rituales cotidianos de limpieza. Únicamente se dio tiempo de piquetear una mitad de limón con clavos de olor. Exprimió unas gotas frotándose el jugo entre las manos, en los brazos y el cuello. Cuando salió de casa, Inés ya estaba encaramada sobre una escalera de palo en busca de arrayanes. Desde ahí le gritó —¡Ay hijo ten cuidado, no me vayas a salir con una perra brava de mujer!.

Sin duda esa mañana era especial. Todo parecía diferente. Ni siquiera los pendones colgados de los postes con imágenes de candidatos políticos, le parecían tan falsos como unos días antes. Al llegar a casa de Maura, lo primero que hizo fue cerrar los ojos y aspirar profundo un aroma dulce que se colaba entre las ranuras de puertas y ventanas. Era flor de calabaza en caldo rojo. Entonces, como si un proyector se hubiera encendido en su cabeza, volvió a verse a sí mismo a los ocho años, dorado por el sol ardiente de las canículas y refrescado también por las inmensas sombras de los guamúchiles. Por allá va la mochila de gruesas correas. Papá está sentado a la mesa en camiseta interior. Lo ve jalándose los tirantes y aspirando entre sonoras carcajadas un puro, mientras mamá sirve tres platos de sopa de calabaza bien caliente. Por un instante sintió que el decoro de aquella pobreza debió desaparecer fulminado por un rayo, en algún momento de su vida. Un día papá se fue a perpetuar sus aventuras de alcohol y mamá empezó a marchitarse para siempre. Ahora ansiaba con toda su alma olvidar aquellos días de tristeza.

Era cierto. Óscar estaba mucho mejor. Andaba correteando al puerco por el vasto mundo del patio. Cruzaban entre las patas de unas sillas de hierro. Daban vueltas a las macetas y se abrían paso entre el tumulto de plantas medicinales. —Ven. Acércate —le dijo Maura —Fíjate en el color de su piel —Modesto atrapó a Óscar en plena carrera. Efectivamente, las escoriaciones en la piel, ya no eran tan agudas como un día antes. Aquel color rojizo de pápulas agrietadas había desaparecido. Ahora predominaba un tono rosado mucho más suave y homogéneo. Lo mismo ocurría en axilas y corvas, donde había grietas sangradas. Finalmente Modesto pudo observar que por diversas áreas del cuerpo colgaban diminutas tiras muy delgadas como de cebolla tierna.

—Bravo —dijo Modesto —Hasta va a mudar de piel.

Era tanto el regocijo de Maura que sin poder evitarlo tomó a Modesto de la mano y se lo llevó a su recámara. Una vez adentro permanecieron mudos. Ella se quitó los aretes, las pulseras y una diadema que le sujetaba el pelo. Todo junto lo puso sobre el tocador con esa parsimonia de mujer experimentada en rituales de recámara. En cambio, Modesto estaba aterrorizado tratando de adivinar cómo debería hacer para no mostrarse como un pelmazo. Se puso a mirar cuidadosamente los objetos que había en el tocador, el armario y sobre todo en una sillita minúscula parecida a las sillas de párvulos. Al notar que Maura empezaba a desnudarse en serio, tuvo ganas de salir corriendo, pero desistió en cuanto se dio cuenta de que la puerta estaba

atrancada con llave. Lo que sí hizo fue meterse al bolsillo un pequeño perfume que parecía un tanto apartado de los demás en la esquina del tocador. Ese hurto fue casi como un acto reflejo, un arañazo del instinto. Maura claro, se dio cuenta de reojo. —Oh, perdona, no sé como lo hice. De veras, fue una cosa involuntaria, así nomás. —Pero ella, completamente desnuda, lejos de molestarse le ofreció una sonrisa espléndida. Fue como un destello de luz deslumbrante. De ahí se desató una lujuria reprimida durante meses enteros. Y cuando Maura culminó el último espasmo feliz, Modesto supo que nunca iba a deshacerse del perfume que yacía oculto en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

Al día siguiente escribió en su libreta personal: *Ayer la vida me premió. Óscar está mejor gracias a una prudentísima ocurrencia mía. Su madre supo reconocer mi agudeza. No puedo dar detalles debido a mi recato natural, pero tal vez, algún día todo será revelado a la luz de mis memorias.* De entre todos los objetos robados que había en su cuarto, el perfume de Maura se volvió el más valioso. Desde un principio lo trató como si fuera un cuerpo viviente. Lo acariciaba, lo aseaba, lo colocaba cada tercer día en un cojincito impregnado con una pulgarada de polvos olorosos a violeta y jazmín. Cualquier cosa podía repugnarle, menos aquel frasquito en forma de diamante. Una vez, mientras el peluquero le sujetaba el cuello para recortarle las patillas, leyó en una revista de modas, que a finales del siglo XVIII se había extendido en Francia la costumbre de impregnar con gotas de perfume el entorno más preciado, a fin de invocar los recuerdos de la amada. Esa idea le pareció fascinante. Podía obtener de cualquier lugar, un profundo sueño de reminiscencias ligadas al cuerpo de Maura.

Llegando a casa puso manos a la obra. Perfumó la punta de un pañuelo y con extrema delicadeza fue papujando los entresijos de su almohada. Después hizo lo mismo en el sofá de la sala. Mamá lo vio desde la cocina pero no dijo nada «Será otra de sus inútiles ocurrencias», pensó, mientras colocaba la flama de un cerillo en la mecha de una veladora con la imagen de una virgen derramando lágrimas. Después, tomó la veladora y la colocó sobre un pequeño altarcillo de madera que había ido arreglando poco a poco. Se persignó varias veces y como si un hilo

delgado se le estuviera escurriendo entre la boca dijo: «No permitas que nos llegue una nueva plaga. Líbranos señora de las hormigas. Líbranos señora de todos esos bichos inmundos que fatigan nuestras vidas. Protégenos del pecado, abríganos con el calor de tu misericordia. Amén».

Cuando Modesto terminó de impregnar el sofá con el perfume, le pidió encarecidamente a mamá que por nada en el mundo permitiera que alguien fuera a sentarse ahí. «Se lo pido. Hágame ese favor». Minutos más tarde, ya estaba haciendo lo necesario para llevarse el perfume al trabajo. Sin embargo había un detalle mínimo que lo puso de mal humor. La cajita donde había decidido colocar el perfume para transportarlo requería de un pequeño clavo a fin de quedar cerrada. Y bueno, si era necesario un clavo, pues también se hacía necesario un martillo para darle al clavo. Más oh desgracias de la vida. Recordó Modesto que una semana antes, mamá había decidido regalar el único martillo que había en casa. Se lo había dado a un ropavejero a cambio de un par de jaulas oxidadas para sus pájaros.

Durante unos minutos trató de encontrar una buena salida a su problema. Lo importante era llevar la cajita bien remachada con un clavo. «Ah, ya sé» pensó «mi vecino debe tener un martillo. Pero tal vez no sea buena idea. Últimamente me he dado cuenta de sus mezquindades. Es un tacaño de primera categoría. Para nadie es un secreto que a Enoé, su propia hija, nunca le da un quinto. Además la reprende por cualquier tontería. Eso sí, cuando estábamos invadidos de hormigas, la mandaba a nuestra casa bajo cualquier pretexto».

Modesto empezó a desesperarse. Con las manos atrás daba vueltas entre la sala y la cocina. «Demonios, me urge un maldito martillo. Estoy seguro de que mi vecino tiene uno, pero seguramente si doy un paso al frente y se lo pido, no va a dejarme nunca en paz. Pensará que me debe un favor y claro, ya nunca voy a quitármelo de encima. Así son los tipos arrogantes». Entonces, como impulsado por una descarga eléctrica salió a la calle, tocó a la puerta del vecino y cuando éste salió, todavía con la crema de afeitar embarrada en el rostro, Modesto le soltó directamente a la cara —¡Puedes quedarte con tu martillo. No lo necesito!. —El vecino quedó atónito, hizo un gesto de indiferencia, recogió el periódico tirado junto a la puerta y cerró de un portazo.

—Bah, no importa. Me llevo el perfume sin caja y punto

Al llegar a la sección de archivo, Modesto bajó de prisa a la bodega de limpieza sin saludar a nadie. Se puso el overol rojo-fosforescente con rayas amarillas y subió a la sala de lectura. Esta vez empezó a silbar la Quinta imaginando que de su garganta salían fraseos

ardorosos de un aria de amor. En la libreta de firmas escribió lo siguiente: *«Compañeros. Mi estado de ánimo se encuentra algo alterado. Les pido comprensión y paciencia. Traten de no mortificarme»*.

En esos momentos sólo había dos lectores somnolientos revisando periódicos viejos. Pero como si la mala fortuna se hubiera confabulado en su contra, vio que uno de esos lectores estaba sentado exactamente en la misma silla donde solía sentarse Maura. Era el mismo anciano derrengado que antes de terminar sus días buscaba en periódicos de 1945, una huella de certidumbre que le permitiera dar con los restos de su padre.

«Ah no. Eso no lo voy a permitir» se dijo Modesto, e inmediatamente se plantó frente al anciano.

—Buenos días caballero ¿sería tan amable de cambiarse a otra silla?

El anciano interrumpió con cierta dificultad su lectura, sujetando sus anteojos con dos dedos temblorosos.

—Si me das una buena razón hijo, me cambiaré con gusto

—Pues verá, el día de ayer aplicamos insecticida en toda esta área, y precisamente en este lugar donde ahora está usted sentado se nos derramó un chorro de ácido. Aunque ahora no perciba nada, se trata de un líquido que puede causarle irritaciones en la piel y tal vez una estenosis bronquial.

Antes de responder cualquier cosa, el anciano ya se había incorporado con el rostro desencajado. Tomó sus cosas y fue a sentarse al rincón más apartado de la sala. Modesto se rascó la cabeza pensativo. Dejó escapar una sonrisa de satisfacción. «Ah, me gusta ser persuasivo y sutil como una abeja que merodea a su presa y sabe picar en el momento justo. Ahora manos a la obra». Sacó el frasco de perfume, abrió la tapa rosada y de inmediato escapó un olor tamizado con briznas de tomillo, lavanda y mejorana. Untó unas gotas en la punta de un pañuelo y en seguida fue aplicando el aroma a lo largo de todo el respaldo. Lo mismo hizo sobre la superficie de la mesa. «Ya está», dijo en tono triunfal. «Uff, me olvidaba». Fue a la oficina de la directora. No había nadie en ese momento, como ya era costumbre. Se rumoreaba que andaba muy atareada haciendo campaña para una diputación local. A veces venía de prisa por una hora cuando mucho. Daba instrucciones y se iba taconeando con un refajo de carpetas apretadas en el pecho.

Al momento de dejar caer unas gotas de perfume sobre el sofá, Modesto se dijo «Aquí es donde me he refugiado cuando vienes a leer, Maura. Pero ahora ya no seré un simple vigilante de

tu presencia. Seré un ladrón de sueños, un mago, casi un poeta. Mientras tú deslices tu mirada sobre esos documentos plagados de inmundicia humana, yo aspiraré este perfume para recordar ese tropel de pájaros fosforescentes que vimos juntos en tu cuarto. Será maravilloso...».

Tanto delirio poético lo agotó. Poco a poco empezó a cerrar los ojos hasta caer en el pozo de un sopor caliente. Minutos más tarde, cuando entró la anciana de limpieza a la oficina de la directora, se acercó despacio hasta donde se encontraba dormido Modesto. —Ah ya verás sinvergüenza como te voy a despertar de un pellizco en las nalgas. —Sin embargo, al acercarse notó que los párpados de Modesto vibraban de un modo abrupto. Incluso notó el movimiento oscilatorio de los globos oculares bajo la piel. —¡Ave María Purísima! —exclamó Lola —Este muchacho debe estar endemoniado. —Se persignó y salió por donde había entrado. Cuando Modesto despertó se puso la mano en la nuca. Estaba empapado en sudor. Sintió náuseas en la boca del estómago. Se levantó de prisa y fue al baño a lavarse la cabeza con abundante jabón. Por un instante tuvo impulsos de limpiar las mesas de lectura, sin embargo se arrepintió. «Si lo hago voy a borrar el perfume de Maura. Mejor voy a leer».

Pero en ese momento ocurrió un percance que habría de cambiar para siempre el curso de su vida. Debajo del lavamanos había una pequeña mancha de agua jabonosa que inadvertidamente se había escurrido a través del poste de cerámica blanca. Modesto levantó el torso para verse instintivamente al espejo, pero al dar un paso atrás, con la intención de secarse la cara, su tobillo derecho resbaló sobre la mancha jabonosa provocándole una caída estrepitosa contra el piso. Trató de incorporarse, mas no pudo. Estaba aturdido. Sentía que los objetos a su alrededor no guardaban una posición fija. Era como si alguna fuerza muy extraña los hubiera movido unos cuantos centímetros de donde estaban hacía unos segundos. Al tocarse una parte del pelo mojado comprendió que se había golpeado en la región occipital de la cabeza. Para su fortuna, Luis, el archivista entró al baño en ese momento. Cuando lo vio tirado en el suelo, retiró su mano de la bragueta, hizo a un lado la muleta y sujetó a Modesto por debajo de las axilas.

—¡Pero mira nada más! ¿Qué estás haciendo ahí tirado en el piso? —Modesto apenas podía hablar. Sentía hormigas en la lengua.

—Ah, estoy haciendo lagartijas... No, claro idiota. Me caí. Creo que me di un golpazo en la cabeza. Estoy hecho un asco.

Pausadamente le pidió a Luis que lo llevara a un lugar seguro donde pudiera descansar.

—Sí, vamos. Seguramente la oficina de la directora está desocupada —dijo Luis. —Ahí podrás tumbarte un rato en el sofá. Eso te hará bien —Para Luis no fue nada fácil tratar de incorporar a Modesto. Su mano derecha carecía de la fuerza necesaria para levantarlo en vilo. Tampoco podía apoyarse libremente sobre la pierna derecha, pues desde hacía años la tenía prácticamente paralizada. Por si fuera poco, Modesto tampoco daba muestras de ser capaz de incorporarse por sí solo. Bajo esas circunstancias, el peso de ambos carecía de puntos de apoyo equilibrados. En un momento dado los dos se tambalearon y estuvieron a punto de caerse. Si alguien hubiera entrado al baño, bien podría haber sospechado que se trataba de dos borrachos curándose a deshoras la resaca de la noche. Por fin lograron incorporarse y caminar hasta la oficina de la directora. Luis empujó la puerta con la cadera. Entró casi jalando a Modesto e inmediatamente lo ayudó a recostarse en el sofá. Una pequeña cucaracha deambulaba solitaria en el techo. Modesto emitió un gemido leve señalando hacia el punto donde se encontraba el insecto. —No es nada hermano. Ya sabes que a esos bichos les gusta este lugar. Hay papel, calor, humedad. Si tú fueras cucaracha también estarías feliz de andar por aquí —Modesto sonrió pero al mismo tiempo cerró los ojos tratando de evitar que su vista se encontrara, aunque fuera involuntariamente, con el óvalo marrón oscuro de le cucaracha.

—Por favor Luis. Habla por teléfono a mamá. Dile cómo ha sido todo, pero no le des muchos detalles. Si se preocupa demasiado es capaz de fastidiar la cosa ¿Lo harás?. Ah y también pásame un vaso con agua. Tengo mucha sed

—¿Y no quieres que te ponga el agua en la boca amorcito? —Ese sarcasmo reanimó un poco a Modesto, incluso pudo esbozar una sonrisa condescendiente.

Cuando llegó a casa, ya casi de noche, mamá no dijo nada. Estaba claro que Luis no había llamado. «En el fondo es mejor así» pensó Modesto. «Las preocupaciones de mamá son cosa seria». Tomó un vaso con leche y se fue directamente a la cama sin haberse lavado obsesivamente la cara y los dientes, como hacía religiosamente cada noche. Mientras se quitaba la camisa echó un vistazo al cúmulo de objetos robados. Parecían piezas abandonadas desde la sentina de un barco. ¿Por qué estaban ahí todos esos frascos de perfumes, desodorantes, botes de talco, lociones y cremas? ¿Desde cuándo habían abarrotado todos los rincones de su cuarto?. Vio las bolsas con plantas medicinales y tampoco se sintió capaz de encontrar una justificación razonable. Simplemente no podía responder, aunque sospechaba que esas mismas preguntas sí habían tenido lógica y sentido real, tan sólo unas horas antes de haber entrado esa noche a su

cuarto. Es decir, sabía perfectamente que si estaban ahí debía ser por alguna razón extremadamente importante en su vida. Después de todo, podía jactarse de ser una persona acostumbrada a actuar, sólo cuando sentía que había razones de peso «La frivolidad no es para mí» se dijo Modesto. Y así, pensando en esas cosas se dejó caer despacio sobre la superficie mullida del colchón. Todo su cuerpo estaba sacudido por un latigazo de languidez extrema, como si lo hubieran aporreado con tablas. Antes de quedarse profundamente dormido palpó con su mano derecha el pequeño bulto que había en el bolsillo derecho de su pantalón. Era el perfume de Maura. Su creatura de fábula seguía ahí. «Mañana todo estará bien, seguro que sí».

Pero no fue así. Al día siguiente, cuando mamá fue a despertarlo con la punta de un periódico, Modesto percibió un destello de luz que más tarde habría de describir como «fosforescente y translúcido». Pasados los regaños habituales de mamá, tiró la manta hacia un lado y le dijo que esa mañana se sentía indispuesto. —Es tiempo de tomarse las cosas con calma. Ya sabes mamá. No pasa nada si llego un poco tarde. En realidad a nadie le importa.

Era curioso, pero nunca antes había hecho una valoración tan tajante respecto a su presencia en el archivo. Mamá no fue indiferente al comentario. —Me sorprendes hijo. Tus palabras son de matrimonio viejo. Allá tú. De todos modos ya te calenté unos frijoles con salsa verde.

Tal y como hacía todas las mañanas, se metió al baño. Le gustaba echarse un vistazo rápido y superfluo en el espejo. Era un primer contacto de reconocimiento, a fin de recoger los trozos de su persona estragada. Sin embargo, esa vez no se miró al espejo de un modo rutinario. Mejor dicho, no pudo hacerlo. Esa imagen proyectada frente a su rostro no era la misma de todos los días. Había algo distinto, algo diferente y sutil que, en todo caso no daba la impresión de ser agradable. Se trataba de algo inquietante pero difícil de reconocer a simple vista. Durante unos instantes mantuvo su mirada firme en el espejo tratando de encontrar detalles esclarecedores. Los contornos de su rostro se veían perfectamente definidos, sin embargo algo estaba pasando con el tono de la piel. No eran exactamente manchas de mugre pero tenía la sensación de estar sucio.

Entonces se lavó la cara haciendo abundante espuma con el jabón. Lo hizo por lo menos un par de veces, a fin de asegurar la eficacia del procedimiento. Se secó la cara con la toalla, pero al volver a mirarse al espejo notó que la sensación de tener el rostro sucio aún persistía. Por un instante dudó de la eficacia del jabón. «No puede ser» dijo en voz alta. «¿Acaso estará defectuoso este jabón?». Sin pensarlo demasiado abrió una pastilla nueva y volvió a lavarse la cara dejando escapar resoplidos de ansiedad. Esta vez lo hizo con extremo cuidado, asegurándose de haber frotado cada pliegue de los párpados, de la nariz, de la frente y las comisuras. «Ya está», se dijo «Vamos a ver». Pero nada. La imagen proyectada en el espejo le seguía mostrando un rostro sucio. Un tanto asustado se alejó del espejo. Fue entonces cuando empezó a percatarse de que no sólo percibía una especie de película empañada sobre la superficie de su rostro. Lo mismo ocurrió cuando se miró el brazo y las manos. Todo él parecía haberse impregnado de una capa muy fina de arena grisácea.

De prisa se vistió y casi corriendo salió a la calle «¡Oh no. Esto no puede ser verdad!». Todo a su alrededor carecía de colores vivos: las casas, los edificios, los automóviles, las plantas. Pero sobre todo había algo sobrecogedor en las personas. Parecían fantasmas grises deambulando a su alrededor. Incluso el cielo, antes azul, ahora tenía un aspecto cenizo, deslavado, como si estuviera a punto de caer una tormenta. Aunque eso no iba a suceder, estaba seguro, pues no hacía viento. Nadie a su alrededor traía paraguas, ni se les notaba la menor intención de querer refugiarse. Además podía sentir perfectamente el calor del sol. Todo era tan confuso y lo más desesperante era descubrir esa especie de indiferencia rutinaria en las personas. Iban despreocupadamente a las escuelas y a sus trabajos como si nada anormal hubiera en el mundo. Esa era la señal más alarmante, la indiferencia de los demás. Por más que trataba de encontrar una respuesta lógica, invariablemente llegaba a la misma conclusión: era él y nadie más, la víctima de aquella inesperada transformación.

A su lado pasó la vecina con su perro labrador. Aquel era un animal color canela, estaba seguro. Así lo conocía desde hacía varios años. Sin embargo, ahora se veía totalmente negro y su dueña ya no tenía ese aspecto de cerdita bonachona. De pronto le pareció un ser muy desagradable, pues la gordura de sus carnes no se correspondía con ese aire fantasmal de color hueso que ahora registraban sus ojos «¿Qué está pasando?» se preguntó una y otra vez, mientras a su alrededor todo seguía mostrándose falso, inanimado, sin volumen. Buscó la manera de caminar hacia un parque donde poder sentarse a ordenar sus ideas. Al llegar a la esquina

descubrió que las luces del semáforo parecían todas iguales. Al cambiar, más bien parecían mezclarse. Eso le provocó una terrible sensación de saturación y náusea. Por si fuera poco, al cruzar la calle se topó con un puesto de frutas y verduras. En cuanto se acercó a un palmo de distancia exclamó —¡Pero qué es esto! —La mujer que despachaba hizo una expresión de susto. Probablemente ese cliente mañanero había descubierto algún bicho deambulando entre la fruta o algo parecido. Pero Modesto no dijo nada. Más bien trató de tranquilizarse. Lo cierto es que las frutas y verduras tenían un aspecto horrible. Zanahorias, pimientos, rabos de cebolla, manojos de cilantro, chícharos, manzanas, aguacates, incluso los enormes óvalos de sandía se habían transformado en simples bolas negras, unas más grandes que otras, pero todas negras.

—Algo se me jodió con ese golpazo que me di —volvió a decir en voz alta. La mujer, un tanto preocupada secundó

—¿Se siente bien caballero?. Si necesita por aquí también tengo yerbitas medicinales

—No gracias.

En vez de buscar una banca decidió regresar a casa. Sin decir nada a mamá tomó el teléfono y marcó a casa de Maura. El sonido de los timbres intermitentes parecía interminable. «No está. Ya salió a trabajar». Pero en eso oyó la voz de Maura. Tal vez no era un buen momento porque al fondo se oía el llanto de Óscar

—Sí, diga

—Maura, soy yo, Modesto

—Ah sí, qué pasa, dime

—No sé cómo explicarte

—Vamos, seguro será algo importante para que me hables a estas horas. Estaba a punto de salir

—Si quieres te hablo otro día. Tal vez no sea nada importante

—No por favor, dime. Espera... permíteme un momento

Maura se alejó del auricular tapando la bocina con la palma de la mano.

—¡Mamá, por favor, dale su papilla a Óscar. Ahorita voy a limpiarlo!

De nuevo se oyó la voz pegada al auricular.

—Ahora sí, dime

—He perdido la visión del color Maura. Estoy angustiado. No sé qué hacer

—¿Me estás bromeando verdad?

—Ojalá fuera una broma, pero esto es mucho más real de lo que imaginé.

Modesto hizo referencia a «una caída» pero era incapaz de dar cuenta de los detalles. El recuerdo de esos momentos se había vuelto borroso. Tenía cierta noción de haber entrado al baño de intendencia, pero nada más. De ahí en adelante las cosas se diluían hasta perderse en un laberinto de imágenes vertiginosas. —No importa —dijo Maura —Por lo pronto no vayas a trabajar. Debes descansar cuando menos este día. En cuanto llegue a la oficina me encargo de avisarle a tu jefa, si es que está, por supuesto. También voy a sacarte una cita con el neurólogo. A lo mejor te hiciste una lesión cerebral y vas a quedar idiota, pero no te preocupes, de todos modos voy a seguir queriéndote.

Lejos de molestarlo, aquel sarcasmo ruborizó a Modesto. En su cabeza restalló una frase misteriosa «me quiere». Cuando colgó hizo una sonrisa maligna.

Ese día decidió permanecer en casa. La sensación de náusea no desaparecía. Muchas cosas, antes familiares e incluso anodinas, ahora tenían un aspecto horrible. Las paredes parecían simples muros deslavados. Lo mismo ocurría con el piso. Tenía la impresión de andar caminando sobre una superficie pastosa, como si alguien hubiera derramado una lechada de cemento gris por todos los rincones de la casa. No menos extraño resultó la visión de la cocina. Tenía la sensación de haberse metido a un barracón de la Segunda Guerrra Mundial. Aquellos platos, cucharas, tenedores y cuchillos estaban impregnados de una grisura nauseabunda. No parecían simples objetos cotidianos, sino cacharros viejos y sucios. Incluso la tarja del fregadero tenía un aire de palangana corroída. «Qué demonios me está pasando» se dijo.

No era sólo una cuestión de pérdida de color. El mundo estaba cambiando de un modo demasiado brusco y no sabía con certeza si sería capaz de controlar ese vértigo. Por un momento se le ocurrió que debería tirar todos los trastes de la cocina y hacerse de unos nuevos. «Pero eso no servirá de nada» volvió a decirse. Sabía que a partir de ahora, cualquier plato, cualquier cuchara tendría ese mismo aspecto de cacharro viejo. Para colmo de males, no sabía cómo explicarle a mamá. «Lo mejor será esperar hasta que me revise el doctor».

Esa misma noche, cuando mamá le sirvió un plato de frijoles para cenar, Modesto tuvo la sensación de que en su plato había una plasta de lodo. Además, como no podía distinguir con claridad los bordes del vaso, tenía la impresión de que la leche estaba flotando. Era necesario tocar, a fin de percibir cabalmente que la leche estaba contenida en un vaso transparente. Para colmo, cuando mamá intentó ponerle a *Mirada de mujer*, Modesto descubrió que la televisión a

colores le parecía insoportable. Unas cuantas escenas bastaron para hacerle ver que las imágenes resultaban confusas, casi incomprensibles. Hizo unas cuantas pruebas tratando de quitar el color, pero el efecto resultó aún más desastroso. Los personajes parecían fantasmas planos, casi huecos. Además de la ausencia de color, se dio cuenta de que nunca había pensado en el volumen de los objetos y las personas, tal vez debido a que siempre había dado por sentado que todo tiene una cierta masa voluminosa. Sin embargo, ahora, mientras miraba el televisor, ya no tenía esa certeza. Todas las figuras en movimiento parecían caricaturas dibujadas sobre una película de papel. Aquello era falso, ridículo, casi insoportable. Además necesitaba mirar fijamente, a fin de establecer diferencias entre los distintos objetos que circulaban de manera vertiginosa a través de la pantalla. Pero no tenía la menor disposición de escudriñar escalas tonales. Simplemente apagó el televisor y punto.

—Qué te pasa hijo, te noto muy extraño ¿Te sientes mal?

Entonces, tomándose la cabeza con las manos, no tuvo más remedio que explicarle todo a mamá. Cuando terminó de contar lo sucedido, Inés estaba hecha un mar de lágrimas.

—Ay hijo, ni la tormenta más grande del mundo nos hubiera traído tal calamidad.

—No exagere mamá. Seguramente es algo pasajero. Mañana me voy a ver al neurólogo. Me van a dar algún tratamiento y listo. Será cuestión de unos cuantos días, ya verá.

Parecía un despropósito aquel optimismo en boca de Modesto. Inés, por supuesto, no le creyó. Su intuición de vieja tlapaneca le advertía lo contrario.

—Sí, ve al médico, pronto. La vida está llena de colores. Te quedan muchos años para volver a verla como Dios manda.

Y así fue. Al día siguiente, muy temprano, se oyó el claxon de un taxi destartalado que aguardaba afuera de la casa de Modesto. Escondida detrás de las cortinas, Inés lo vio subirse al taxi mientras despejaba con la punta de sus dedos el aroma penetrante a lavanda. Un pálpito se le agolpó en el pecho, pues además de la vista de su hijo, le preocupaba una cosa más azarosa y difícil de sobrellevar: su propia soledad.

Camino al hospital, Maura trató de animarlo. Le habló de Óscar y la increíble mejoría que había experimentado desde que jugaba con el puerco. —Ya casi no tiene escamas en la piel y está de mejor ánimo. —Modesto sólo asentía con leves movimientos de cabeza, pero no daba muestras de poner demasiada atención en lo que decía Maura. Se sentía confundido y un tanto desesperado porque de un solo vistazo le pareció que ahora el rostro de Maura tenía un aspecto

completamente diferente al que había conocido. Ya no había tonos rosados, ni destellos sensuales asociados al brillo cremoso de los labios. Los ojos parecían haberse enclavado en dos cavidades sombrías y en general todo el rostro de Maura parecía cubierto por una extraña mascarilla de mayonesa. Para colmo, algunas pequeñas manchas y sombras que anteriormente pasaban desapercibidas, ahora parecían haberse acentuado como un granulado de pecas negras. Por un momento Modesto llegó a dudar si la persona que iba a su lado era la misma persona que él conocía.

—¿Te cuento algo? Una vez, el padre de Óscar me dijo que un amigo suyo de nombre Nicolás, le había mandado una carta desde Sudán. El mentado amigo vivía en un pueblecito cerca de Jartum. En esa carta decía que tenía un hipopótamo que anda libremente por la aldea. Maura no paraba de reír, mientras el taxista seguía atento el monólogo a través del espejo retrovisor.

—¿Por qué te ríes así? —preguntó Modesto.

—Lo que pasa es que en esa carta, Nicolás contaba con lujo de detalles que a media noche su hipopótamo se tiraba unos pedos tan largos y sonoros, que a muchos lugareños se les iba el sueño.

El taxista no dejó de reírse hasta que llegaron a la puerta del hospital.

—Vayan con Dios, creaturas. Oiga, eso del hipopótamo está sabroso. Esta noche voy a contárselo a mi mujer ¿seguro no le importa verdad?.

—No qué va. Si esas historias pronto dan la vuelta al mundo.

Después de casi dos horas de espera, Modesto y Maura pasaron al consultorio del neurólogo, un hombre rechoncho y de apariencia bonachona. Después de escuchar atentamente el relato pausado de Modesto, lo sometió a varias pruebas que él llamó «de reconocimiento primario». Le pidió que describiera algunas tablas con letras, imágenes impresas sobre papel, ilusiones ópticas, etc. Cuando terminaron las pruebas, el médico se llevó las manos a la cabeza y se echó hacia atrás abriendo desmesuradamente los ojos.

—Vaya. Efectivamente parece un caso excepcional. Vamos a realizarle pruebas más minuciosas. Tenemos que saber cuál es el daño neuronal y cómo vamos a manejarlo

Pero Modesto atajó de golpe

—Doctor, dígame la verdad. ¿Se trata de un daño irreversible?

El médico regresó a su sitio en la silla.

—Mire, voy a serle franco, a reserva claro, de lo que arrojen los exámenes. Tengo la impresión de que hay un daño severo en una pequeña zona de células residentes a cada lado del cerebro. Esa zona se conoce como V4 y es la encargada de codificar los impulsos de color. Casos como el suyo son extremadamente raros y me temo que los pacientes difícilmente logran recuperar la visión a color, tal y como la tenían antes de un traumatismo. Sin embargo hay casos en los que el paciente logra mejorar sensiblemente, debido a que también intervienen factores neuropsicológicos. Esto significa que aún y cuando tengamos daños de naturaleza anatómica y fisiológica podemos hacer mucho por usted. Pero no adelantemos nada, le repito. Debemos hacerle pruebas minuciosas y ver qué resultados obtenemos. Por lo pronto le voy a dar las siguientes recomendaciones.

Cuando salieron del hospital, Modesto se notaba ofuscado. Al principio no dijo nada a Maura, pero ya en la calle fue tajante. —Bah, es un charlatán. Lo único que quiere es sacarme dinero. —Acto seguido, le pidió a Maura que lo llevara con Óscar. —Tengo ganas de verlo —Maura no respondió inmediatamente, únicamente se limitó a detener un taxi con la palma extendida. Cuando el chofer abrió la puerta, Modesto le preguntó ingenuamente a Maura por el color de ese taxi. Fue una pregunta de apariencia torpe, casi ridícula, pues tenía la certeza de que los taxis eran todos amarillos, sin embargo el coche que se había detenido frente a ellos parecía bañado por un esmalte lechoso, nada parecido a ese amarillo intenso, propio de los taxis. Aquello era tan real que, justo en ese momento experimentó por primera vez una terrible sensación de pérdida. En el asiento se abrazó a Maura como un niño y le dijo que tenía mucho miedo de empezar a confundir los recuerdos de colores almacenados en su memoria visual, con todo ese mundo de objetos grises y deslavados que ahora desfilaban por sus ojos.

Ya en casa de Maura, Modesto quedó perplejo al ver a la anciana en silla de ruedas. Parecía un espectro de piel apergaminada. Modesto podía ver con increíble nitidez los ramales de venas y vasos sanguíneos bajo la piel. Sin embargo, lejos de reconocer conductos verdes y azules, todo se veía como una maraña de hilos negros, lo cual acentuaba aún más la sensación cadavérica. No se atrevió a estrechar la mano de la anciana. En cambió, cuando vio a Óscar jugando en el patio se dirigió a él y lo abrazó. Durante unos instantes lo retuvo apretado contra su pecho. Fue un momento mágico. Ni siquiera Maura se atrevió a decir algo. Después lo examinó palmo a palmo, con la misma meticulosidad de un orfebre. Notó que el aspecto de Óscar era muy distinto al de cualquier otra persona. No era palidez ni grisura lo predominante. Había pequeños

pringos rosados por todas partes. Poco a poco fue descubriendo que, a diferencia de lo ocurrido con otras personas conocidas, no había nada inquietante ni aterrador en el cuerpo de Óscar. Al contrario, por primera vez, desde que había perdido el sentido del color, encontraba fascinante mirar el rostro de alguien. Óscar no tenía ese aspecto de fotografía en blanco y negro. Todo su cuerpo era la representación viva de un ser ligeramente cromatizado, y eso era mucho más de lo que podía pedir; un regreso a la vida.

Cierto, aunque inevitablemente su sentido del asco se había agudizado, ahora era capaz de soportar un embate de babas frescas sin hacer demasiado aspaviento. Desde que había perdido el sentido del color fue adquiriendo la habilidad de descubrir, con extrema facilidad toda una gama tonal en el espectro del gris. Este fenómeno hacía que cualquier mancha se volviera muchísimo más nítida. Podía detectar, incluso a cierta distancia todo un mapa de barros, espinillas y óvalos de mugre en cualquier rostro. Todo eso le provocaba un pánico de muerte, pues las personas, además de grises y deslavadas, parecían cubiertas por escamas de mugre.

Y sin embargo, con Óscar no sentía asco. Preguntó a Maura si le había puesto talco. Maura sonrió —No Modesto, así te parece.

Después de abrazarlo, fue capaz de limpiar un hilo de rebaba con la palma de su mano. Ese gesto, aunque parecía insignificante, en realidad era un gran triunfo. Durante años había sido incapaz de soportar el contacto con cualquier sustancia viscosa. No podía olvidar las palabras del médico Castrejón previniendo contra el contacto de sustancias ligamentosas, pues en algunos casos decía, nada más inhalar una sustancia de tal naturaleza podía interrumpir el espíritu balsámico de la sangre y provocar el triunfo de la gangrena, la viruela, el escorbuto, o cualquiera de las fiebres pútridas conocidas hasta entonces. Por si fuera poco, Modesto ni siquiera se inmutó cuando percibió el aroma nauseabundo de una flatulencia que indudablemente había dejado escapar el pequeño Óscar. Eso, digamos, fue ya un triunfo mayúsculo, prueba irrefutable de que algo había cambiado en el horizonte de sus percepciones escrupulosas.

Por ahí, junto a las macetas andaba rumiando el cerdo. Se oían como ecos cavernosos. A Óscar le gustaba imitar los gruñidos del cerdo. Se ponía en cuclillas, estiraba los labios y también el cuello dejando escapar una serie sonidos guturales acompañados de pequeños manotazos circulares.

—Es increíble cuánto ha mejorado desde que juega con el cerdo. Estoy segura que esta relación, daría para el guión de una película

—Sí, puede ser —dijo Modesto —Aunque ya sabes, los directores de cine, son todos unos malnacidos

En ese momento los dos se quedaron callados, sin decir palabra alguna. Así estuvieron unos minutos, nada más viendo cómo Óscar trataba de jalar la cola del puerco. Al fondo venteaba, como un rumor, el sonido monótono de las aspas oxidadas que giraban bajo el techo del comedor.

Pasada la conmoción inicial, después de unos días, Modesto fue gradualmente aceptando su nueva condición de vida *sin color*. Una parte muy rica de su pasado había quedado atrás, como si de un solo tajo, alguien le hubiera arrancado el dispositivo que le permitía percibir los colores del mundo. Paradójicamente ese periodo de aceptación llegó durante los primeros días de primavera, mientras la naturaleza se llenaba de flores blancas, amarillas, rojas y violetas. Modesto iba cediendo ante los embates del desamparo. Habían pasado ya casi seis semanas desde que se había golpeado en la cabeza. Una noche de insomnio abrió la puerta de la casa y se sentó a contemplar la luna. De pronto se maravilló ante la increíble belleza de lo que sus ojos estaban contemplando. La blancura de aquella luna parecía absolutamente sobrenatural. Era como una hostia gigantesca levantada sobre el universo. Y él, sólo él, podía distinguir con gran intensidad los contornos y contrastes entre volcanes, valles y mares apacibles. «¿Quién más puede mirar la luna como yo?».

Una luciérnaga logró posar su vuelo en el brazo de Modesto sin ser perturbada. Esa lamparita intermitente sobre su piel, también se parecía a los destellos de la luna. Los bellos del brazo se le erizaron al sentir un ligero roce de sensualidad. Nada, en ese momento podía ser más perfecto. Por un instante, como entre sueños, alcanzó a comprender cierto secreto del mundo sagrado. Su piel era un templo y la luciérnaga oraba antes de perderse para siempre en el abismo de la noche. Cuando regresó a su cama tuvo la sensación de haber vivido muchos años flotando a la deriva en la inmensidad de un océano.

Despertó temprano. Estaba decidido a volver al Palacio Municipal. Después del accidente no había tenido oportunidad de presentarse a trabajar. Su rabia involuntaria empezaba a inclinarse

hacia la tierra. Mordió un par de plátanos. Tomó un vaso con leche y salió a tomar el autobús. Cuando se plantó frente a la fachada principal tuvo la extraña sensación de encontrarse parado frente a un edificio infinitamente más antiguo de lo que realmente era. En otras circunstancias su imaginación hubiera funcionado como un queso perforado, pero ahora no tenía ningún problema para imaginar, de un modo increíblemente vívido, toda una escena de carretas, rancheros montañeses, vendedores de pulque y mujeres enrebosadas caminando de prisa con sus canastas rumbo al río. Era como si trajera en la mano una cámara del mismísimo Gustavo Casasola. «Vaya» dijo, mientras sonreía un tanto mareado «Ahora, este maldito edificio donde he trabajado los mejores años de mi vida, se ve tan viejo y tan espléndido». Así era. Las piedras parecían abrirse como conchas marinas. Cada recoveco mostraba sus entrañas. El edificio colonial visto así, en blanco y negro era un conjunto de poderoso acento, un monumento imprescindible en medio de aquella traza urbana repleta de absurdos y calamidades. Adentro, el mundo era sorprendente. Por todas partes había luces centelleantes como cirios en velatorio. Las personas, en cambio, deambulaban perseguidas por sombras diagonales. Había en sus rostros una belleza desconocida Podía distinguir un rostro de otro detallando en cada uno toda clase de ínfimos detalles que los dotaban de increíble singularidad. Podía ser una mueca, un gesto, una verruga, la desviación de un tabique, la prominencia de una comisura, el simple repliegue de los labios, la hendidura imperceptible sobre la frente, probablemente una mancha de paño bajo el pómulo. Nunca antes había notado esas recónditas texturas bajo los pómulos más vulgares. Un simple bigote mal rasurado semejaba una columna de palafitos al borde de un precipicio.

Vaya espectáculo de imágenes grises, tenues, diluidas y al mismo tiempo resplandecientes. Modesto estaba alucinado "«Si pudiera contener en un respiro estos momentos de increíble novedad, mi vida sería fantástica». Sin embargo, a medida que su vista fue capaz de ir delineando toda clase de matices, también fue cayendo en la cuenta de que estaba a punto de caer vertiginosamente a un abismo de fantasías abrasivas. Cada ínfimo detalle también revelaba huellas de la higiene más funesta que, ni en sus peores días de pulcritud exacerbada pudo haberse imaginado. Por ejemplo, barros y espinillas de pronto se multiplicaban por doquier como regiones pantanosas con sus cañerías grasolientas y pútridas. Si alguien hablaba o sonreía cerca de donde se encontraba podía distinguir perfectamente las capas de sarro delineadas sobre el tamiz blanquecino de los dientes.

Antes de perder el sentido del color percibía esos detalles y alcanzaba a disolverlos en la masa amorfa de las imágenes cotidianas. Pero ahora no lograba separar esas imágenes, le costaba un trabajo terrible meterlas al cajón de objetos inservibles. Ahí estaban, fijas, persistentes, álgidas, todas juntas revoloteando alrededor de su cabeza como una parvada de murciélagos espantados. Imaginaba todo el proceso masticatorio de esos dientes cortando y moliendo una argamasa de alimento fétido.

Por un instante lo invadió el miedo. La horqueta del asco se había transformado en algo mucho más amenazante y morbífico. Una anciana se le acercó para preguntarle por los baños. Modesto, casi sin desearlo, miró las manos arrugadas y captó con increíble nitidez la mugre retacada bajo las cutículas. Ya no pudo responder. Se retiró de ahí hacia la escalinata empinada que bordea los murales de Gabriel Flores. No tenía más alternativas que armarse de paciencia. Sacó de su bolsillo una mitad de limón picado y lleno de ansiedad aspiró profundamente. Sus fosas nasales se dilataron y las pupilas se contrajeron como pequeños obturadores heridos por ráfagas de luz.

Cuando llegó a la sección de archivo, lo primero que hizo fue buscar la libreta de firmas. Escribió lo siguiente: *"Señoras y señores. Me ha sucedido algo maravilloso y terrible al mismo tiempo. Mi vista ya no capta el color. Sí, no se alarmen, tan simple y complejo como el agua. Veo pero sin colores. Por supuesto, no es mi deber ofrecer explicaciones detalladas, sólo diré que todo se debe a una terrible caída en el baño de intendencia. Pude haber quedado paralítico, retrasado mental o incluso pude haber perdido la vida. Así como lo oyen. Pero heme aquí dispuesto a cumplir con mis deberes laborales de ciudadano ejemplar. Por lo pronto les hago saber que desde hoy mismo he tomado una sabia decisión. Voy a emprender algunas mejoras sustanciales en los procedimientos higiénicos del archivo. Por favor no se inquieten sólo permanezcan alertas y pendientes de mis movimientos.*

Ocurrió entonces. Bajó a la bodega de intendencia. Se vistió como si fuera encomendado a una misión bacteriológica. Seleccionó los detergentes más potentes, a pesar de que ya no podía distinguirlos por el color de las botellas. Vertió varios chorros en una cubeta jabonosa incluidos tres chisguetes de cloro. En vez de los dos trapeadores habituales, ahora sacó cinco del clóset, más tres escobas, dos aspersores, un cepillo y un puño de trapos. Cuando emergió a la sala de lectura, los cuatro lectores que, a esas horas se disponían a trabajar, dejaron de acomodar sus aparejos de estudio ¿Quién era ese hombre tan extraño? Parecía un bombero extraviado. Otros ya

lo conocían. Modesto siempre estaba lleno de sorpresas, así que debían prevenirse. —Buenos días caballeros —saludó en voz alta como si estuviera en un mercado de verduras. Nadie le respondió. Lo primero que hizo, sin dejar de entonar la Quinta de Beethoven fue encaramarse en una silla para abrir todas las hojas de los ventanales superiores. Recordó que en cierta ocasión, la directora le había prohibido abrir todas las ventanas de golpe. «A muchos usuarios les molesta el ruido de la calle, pues a ciertas horas puede volverse insoportable». —Bah, eso no es tan relevante —dijo entre dientes. Modesto sólo pensaba en las corrientes dobles mencionadas por el sabio Lémery en uno de sus tratados. «Un espacio aireado se vuelve infinitamente más elástico. Los residuos infames se condensan sobre la parte alta de nuestras cabezas y por un efecto físico de contraviento terminan por salir expulsados hacia el exterior». Acto seguido remojó sus trapos en la solución previamente preparada y sin más advertencia empapó la superficie de las mesas, pero lo hizo de un modo tan abrupto, que si no fuera por los reflejos ariscos de un historiador, por poco se mojan unos legajos del siglo XIX. Lo mismo ocurrió en otras dos mesas ocupadas por un sociólogo y un cronista advenedizo. La furia de los tres caballeros no se hizo esperar. Y sería una simple casualidad, o tal vez esa terrible zancadilla que suele meter el zapato del destino en los momentos menos adecuados. El caso es que, justo en esos momentos, después de una ausencia prolongada por más de dos semanas llegó la directora del archivo a su oficina. Tres caballeros, todos académicos de reconocido prestigio se apersonaron junto al sofá donde Modesto solía descansar en horas de trabajo, para quejarse contra ese infame intendente que sin escrúpulos de ninguna clase estaba lavando las mesas de lectura como si fuera un lavacoches. —Calma, señores, calma. Les pido un poco de paciencia. Nuestro intendente es un poco impredecible pero es una buena persona. A veces da rienda suelta a sus manías y bueno, casi nadie lo puede controlar. Por favor tomen asiento. Ahora mismo voy a llamarle la atención.

Y así lo hizo clavando con fuerza los tacones en el piso. Pero Modesto no estaba dispuesto a dejarse intimidar. La dejó hablar mientras seguía frotando minuciosamente la superficie de una mesa. Después, se detuvo limpiándose la frente con el puño de la mano. —Mi estimada señora. Permítame decirle unas cuantas cositas. En primer lugar no me levante la voz. En segundo lugar sépase que si alguien trabaja en este lugar soy yo: Modesto Barroso para servirle. Y en tercer lugar, recuerde que soy un profesional y mi deber es mantener este sitio libre de gérmenes, de parásitos o bacterias, como usted prefiera. ¿Pero qué saben estos señoritos de limpieza eh? A ver dígame usted misma ¿Tiene alguna idea de lo que significa desensamblar

soplos mefíticos? ¿Acaso sabe lo que se requiere para remover placas de bacterias mal obturadas? No, seguramente no lo sabe porque nunca, jamás ha leído por asomo siquiera las recomendaciones de Castrejón, de Tortelle, o del mismísimo Lémery. Pero ¿cómo podría saber estas cosas, si por lo menos hace dos semanas no la vemos por aquí?. —Modesto hizo una pausa, resopló moviendo negativamente la cabeza. Después exprimió un trapo lentamente hasta que la última gota cayó a la cubeta. Entonces se acercó al oído de la directora y le dijo en voz baja. —Por cierto, hoy se ve guapísima.

—¡Largo de aquí! —Gritó la directora. —¡Hoy mismo te mando una suspensión al sindicato!

—Como quiera, pero luego no me venga con reclamitos ridículos. A ver quién se atreve a mantener todo esto decente y sobre todo su cubil, donde no se paran ni las moscas.

Mientras bajaba a la bodega de intendencia volvió a recordar el rostro descompuesto de la directora. Para colmo su olfato seguía reteniendo el tufo a cilantro y cebolla que manaba de la boca de la directora, pero sobre todo, le chocaba profundamente esa imagen persistente de una nariz picada con puntos negros. Cuántas veces se lamentó por no haber terminado su perorata con algo como «...y además su nariz está llena de barros». Eso hubiera sido apoteósico, pensó, un verdadero colofón de patriarca enfurecido. Tan pronto como pudo se deshizo de las ropas de trabajo arrojándolo todo con desprecio en un rincón de la bodega. De poco sirvió haberle sustraído de su propia mano un bolígrafo a la directora. También lo arrojó con desdén al bote de la basura.

Volvió a subir a la sala de lectura decidido a marcharse cuanto antes. Pero antes de cruzar la puerta de salida anotó lo siguiente en la libreta de firmas *"Colegas míos. Aquí se ha cometido una descomunal injusticia. Me marcho mancillado sí, pero con el honor intacto. Es todo cuanto me queda en esta vida."*

Ya en la calle trató de ordenar sus coordenadas. Nunca antes lo habían suspendido de esa manera. «Vaya infamia. Eso me pasa por ser tan entusiasta en mi trabajo». Caminó en diagonal rumbo a Catedral. Bajo los portales se topó con un carrito de frutas. El vendedor platicaba plácidamente con un agente de tránsito. Ese detalle no pasó desapercibido para Modesto «Inútiles. Nadie cumple cabalmente con su trabajo. Vivimos devorados por el imperio de la simulación». Había rodajas de mango, sandía, piña, jícama y pepino apiladas en pequeñas columnas helicoidales. Se acercó a observar detenidamente. Durante unos instantes no pudo

establecer una clara diferencia entre las rodajas de mango, jícama y pepino. Eso lo desconcertó y lo irritó sobremanera. Empezaba a sufrir ciertos estragos en la percepción de contrastes y límites entre colores anteriormente conocidos. La realidad monocroma ciertamente se presentaba como un umbral fascinante, pero al mismo tiempo su experiencia visual anterior, poco a poco se agrietaba dando lugar a múltiples fisuras que inevitablemente tendrían que derivar en pequeñas conmociones. La idea de pérdida se mezclaba con la nueva belleza. Esas rodajas de mango y sandía se ofrecían a su vista como nuevos objetos de una nitidez sorprendente, sin embargo, al mismo tiempo le daba rabia no ser capaz de recordar esas mismas rodajas, tal y como eran con sus colores anteriores. Esa sensación de anomalía empezaba a volverse intolerable.

—Por favor muchacho, dime exactamente de qué color es esta sandía. Y si puedes hacer lo mismo con este mango boludo te lo voy a agradecer. —El chico vendedor se despidió del agente y volteó hacia Modesto con los ojos desmesuradamente grandes y una sonrisa pícara en el rostro. —Mire patrón, esta sandía es roja, roja como una capa de torero y este mangote yo lo miro de un color amarillo como los canarios de mi pueblo. Hora, si no le gustan muy maduros tengo unos como éste, color limón y por acá hay otros barranqueños bien amarillos como huevos de granja ¿Qué le vamos a servir?. —Modesto dio las gracias y se alejó de prisa. Detuvo un taxi y le dijo al chofer que lo llevara a la calle Orizaba 389. —Necesito volver a construir mi propia sensibilidad e identidad, sabe. —El chofer lo miró sonriente por el espejo retrovisor. —Me parece muy bien caballero. Si eso es lo que necesita, allá vamos.

Tres veces oprimió el timbre. Caminaba de un lado a otro como tigre enjaulado. Una vez más volvió a sacar del bolsillo una mitad de limón picado con clavos de olor. Aspiró profundamente y dejó caer unas gotas de jugo sobre su lengua. Un temor lo asaltó mientras oía un crujir de fierros enmohecidos. Era la silla de ruedas acercándose al zaguán. No sería capaz de apretar la mano rugosa de la anciana. Tampoco podía ser descortés. Pero cuando oyó la tos flematosa detrás del cancel no tuvo más remedio que tragar dos pastillas de analgésicos. Afortunadamente traía consigo una botellita con agua purificada. Cuando se abrió la puerta del cancel, Modesto fue presa de un estremecimiento glacial. Quiso explicar sin demasiados rodeos el motivo de su visita a esas horas pero sólo consiguió despedazar sus reservas de cordura.

—No te entiendo hijo, habla más fuerte

—Que vengo a visitar a Óscar, aunque Maura no está, eso ya lo sé. Pero usted me conoce bien. He venido a esta casa varias veces

—Bueno, pasa. Pero yo a ti no te conozco.

Modesto entró, y sin perder tiempo se dio a la tarea de buscar a Óscar. Lo encontró en el patio trasero debajo del lavadero. Andaba descalzo, únicamente cubierto con un pañal desajustado y una camiseta de Mickey con restos de comida por todas partes. Óscar trataba de ponerle un babero al puerco, pero el animal no se dejaba. Chillaba sin estremecerse moviendo la cabeza en todas direcciones. Cuando Óscar vio a Modesto parado junto al lavadero se lanzó a sus brazos con un cierto asombro cómico. Modesto también lo recibió efusivamente sofocado por el vapor ardiente que manaba del puerco. Inmediatamente Óscar le tomó los cachetes y los estiró con fuerza hacia los lados. Desde hacía tiempo encontraba fascinantes los dientes de las personas. Le parecían extrañas piedras blancas, algunas filosas, otras achatadas con sus recovecos oscuros, pero todas dignas de ser tocadas con la punta de sus dedos. Ahora tenía ganas de arrancarlas de esa boca pero no había manera. Ese señor tenía los dientes demasiado duros.

En un segundo metió la mano al bolso de la camisa de Modesto, sacó una mitad de limón picado con clavos de olor y la arrojó hacia donde estaba el puerco. Fue tan espontáneo ese incidente que lejos de molestarse, Modesto lo tomó como una gracia paliativa contra su ansiedad.
—Ven, vamos a jugar al patio.

Pero antes de ponerse a jugar, Modesto no resistió el impulso de recoger el tiradero de juguetes, vasos de plástico y trozos de comida regados por el patio. Recordó especialmente un documento que había leído en el archivo, donde se hacía referencia a los ideales higiénicos de Nicolás Ledoux. Ahí se hacía ver que, a fin de mantener un dique contra los efectos morbíficos del ambiente, era necesario descombrar cualquier espacio circundante a personas enfermas y especialmente cercano a niños de baja estatura. Las bondades del viento saludable sólo pueden surtir efecto si los espacios están despejados, aireados y libres de obstrucción. «Demonios. Lo mismo debo hacer en mi recámara repleta de plantas medicinales y toda clase de objetos higiénicos robados».

Unos cuantos minutos de juego con Óscar y el puerco fueron suficientes para que Modesto olvidara sus raptos de ofuscación. Agotado, se tiró en una silla a la sombra de un árbol arrinconado. Desde ahí se puso a disfrutar de una escena maravillosa. Óscar abrió el chorro de la

manguera y empezó a bañar al puerco. El animal abría el hocico recibiendo grandes bocanadas que lo hacían el rey de los fangos. Todo ese revuelo llenó de alegría a Modesto. Su vista era capaz de retener instantes de una transparencia fantástica. La posibilidad de discernir el mundo a su alrededor en matices grises, que iban de lo más tenue a lo más obscuro, le abría la posibilidad de retener fracciones de realidad, justo cuando su interés por alguna escena en particular alcanzaba su punto culminante. Así, mientras Óscar daba vueltas con la manguera abierta alrededor del patio y el cerdo sacudía su barriga para despojarse los excesos de humedad, Modesto sentía que sus ojos actuaban como obturadores fulminantes capaces de suspender en el aire toda clase de instantes y detalles insospechados. Una sonrisa volada, el movimiento fugaz de una mano, las gotas de agua onduladas en el aire, los pelos erizados del cerdo, la forma oblonga de esa nariz que no dejaba de oliscar el suelo. Por primera vez en su vida sabía que estaba a punto de convertirse en un hombre dotado para ver el mundo como muy pocos podían hacerlo. Sólo él podía percibir diferentes matices de irradiación luminosa en los movimientos entrelazados de Óscar y del cerdo. En el mundo a color, llega un momento en que los objetos se vuelven obscenos; pronto se queman, se consumen. Ahora, en cambio, lejos de consumirse, surgían nuevos objetos, incluso cada parte de un mismo cuerpo podía adquirir voz propia, hablar, preguntar, quejarse o incluso delirar. Mientras miraba a Óscar y al cerdo divertirse de lo lindo, empezaba a comprender que su vista en blanco y negro no sometía de antemano al mutismo. Ahora el mundo estaba lleno de objetos y seres parlantes con sus complicados dispositivos que en conjunto forman todo un conjunto mayor de enigmas inquietantes. De hecho estaba seguro de que gracias a las posibilidades de su vista en blanco y negro, nunca antes hubiera sido capaz de descubrir el hilo conductor de ondulaciones, saltos, vibraciones y sonidos de un modo tan coherente y pleno de sentido estético. Es como si de golpe alguien le hubiera develado un código mágico para entender ciertas escenas del mundo. Conmovido, casi hasta las lágrimas exclamó — Bendita la hora en que me suspendió mi jefa.

Después de jugar un rato con Óscar se dio a la tarea de limpiar todo cuanto pudo. Era necesario actuar de prisa, sin desvíos, es decir, casi de un modo quirúrgico. Primero regresó el cerdo al patio. Lo cinchó a un tubo con un mecate y le dio tres palmadas cariñosas en el hocico. «Idiota. No debí haber hecho eso». Pero como sí lo hizo, tomó un bote con la figura de un hombre que mostraba los bíceps a los cuatro puntos cardinales del universo. Vertió en su palma un puño de detergente en polvo y se talló enérgicamente las manos en el lavadero. Después sacó

a Óscar debajo de su cama. Lo limpió y lo cambió. Parecía un querubín relamido. Enseguida se dio a la tarea de recoger cualquier objeto sospechoso de haber sido arrojado al garete: juguetes, pañales, ropa sucia, trebejos de cocina, cacharros oxidados. Todo fue debidamente sacudido y vuelto a sus lugares. Poco antes de la una de la tarde se puso a fregar el piso hasta reventarse los riñones. —No importa —dijo Modesto, mientras resoplaba y miraba el espectáculo del agua espumosa buscando el resumidero. Fue una visión maravillosa que lo condujo a una cierta felicidad inminente. Las rutas de su imaginación comenzaron a poblarse de sueños y fantasías alborotadas por sus deseos de llorar, pues de pronto, esa grisura líquida se transformó en un juego de imágenes esplendentes. Pudo verse caminando a la orilla del mar junto a pequeñas parvadas de gaviotas en busca de peces, y durante unos instantes de cierta ingravidez fue capaz de dominar absolutamente su inquietud.

Cuando Maura abrió la puerta del cancel quedó fascinada ante aquel espectáculo de limpieza. Un escalofrío dulce corrió bajo su espalda como si presenciara un episodio sobrenatural. Nunca antes había visto su casa tan descombrada. Todo parecía vuelto a su lugar de origen con precisión matemática. Cada objeto parecía estar al alcance de la mano. Muchas veces ella misma trató de volver todo a su sitio, pero siempre fue derrotada por las interrupciones de mamá y los llantos de Óscar. Por si fuera poco toda la casa despedía un aroma intenso a flor de naranjo y tierra mojada. —Vaya cosa —dijo, mientras abría sus fosas nasales ventilándose hasta el fondo. Hacía tantos años de no aspirar ese aroma tan parecido a los efluvios de la solicitación sexual. Ya lo había olvidado por completo. Su olfato adormilado había languidecido acostumbrado a no prestar demasiada importancia a las tufaradas de desperdicios inmundos que, durante días, incluso semanas enteras, permanecían regados por todos los rincones de la casa, sin la más mínima posibilidad de que alguien se diera el tiempo y la paciencia de mandarlos al carajo. Hasta los trastos volteados sobre una charola de cobre tenían algo de sublime. En un instante percibió el nacimiento de un nuevo orden. «Sólo bastaba una dosis de cambios mínimos y la vida puede transformarse en un suspiro» pensó Maura.

No fue difícil encontrar a Modesto. Estaba en el patio trasero lavando unas ropas de Óscar. Cuando Maura lo miró inclinado sobre el lavadero permaneció quieta sin decirle nada. Pronto la envolvió un arrobamiento de burbujas en la nuca porque no había manera de apartar la vista de las manos de Modesto. Esas manos tallaban el cuello de una camisa con tal parsimonia y meticulosidad, que los dedos parecían dibujar veneros de agua, tal y como hacen las piedras lajas

de los ríos cuando son abrazadas por los afluentes del campo. Una guayaba madura se desprendió de una rama y justo cayó en la pila del lavadero. Modesto la tomó y se puso a contemplarla entre sus dedos. Parecía una pepita blanca. Realmente se veía hermosa con esas dunas negras como manchas lunares.

—Me suspendieron en el Archivo

—Sí, ya lo sé. Alguien por ahí me contó

—Perdón por venir a tu casa. Necesitaba un refugio

En vez de responder, Maura lo envolvió en sus brazos con cierta dulzura maternal.

—Está bien. No te preocupes. Ya veo que has estado limpiando la casa. Me siento muy agradecida

—Quiero estar contigo, con Óscar. Incluso me simpatiza el cerdo.

Maura sonrió desmadejada. Se acercó y besó a Modesto en la boca con la euforia de una mujer alegre y apasionada. El otro se dejó hacer como si fuera un adolescente primerizo. Abrió la boca tratando de reafirmar con su lengua las variantes de una conquista llevada hasta la torre más alta de un castillo indestructible. «No se ha resistido. La traigo loca». Pero de pronto un olor nausebundo le quemó el olfato, como si alguien le hubiera puesto una marmota podrida en la cabeza. Modesto se apartó haciendo gestos de repugnancia.

—¡Dios mío, pero que peste es ésta!

—Soy yo, perdóname. Así es mi aliento a veces. Tengo el hígado inflamado.

Entonces ocurrió un milagro. Modesto no huyó despavorido. Se quedó ahí fulminado por el rayo de aquel secreto. Pero además, sin proponérselo empezó a percibir una serie de matices deliciosos entre los meandros de aquella fetidez. Recordó unos pasajes de un documento de 1757 donde el sabio Lémery afirmaba que ciertas emanaciones podridas, cuando provienen de una mujer, fácilmente pueden ocasionar embriaguez voluptuosa. Así que, sin pensarlo demasiado volvió a besar a Maura instalándose en sus labios como para vivir muchos años ahí. Cuando se apartaron ella, con voz tibia, le susurró al oído

—Quédate a vivir conmigo.

Por aquellos días, Inés se había transformado en una anciana más jovial y extrovertida. Cuando menos lo esperaba, un relámpago providencial había caído a sus pies. Resulta que, después de una disputa de alcoba pendenciera, la vecina metió sus cosas en una maleta y se largó, según ella, hasta el fin del mundo. De nada valieron los llantos ni las súplicas del marido. De un portazo acabó todo. A partir de ese momento el hombre se transformó en una bestia sin escrúpulos. Aventó al demonio sus obligaciones en la fábrica de bicicletas donde trabajaba, sacó a la niña de la escuela y se entregó sin medida a beber mezcal y cerveza en congales pestilentes, casi todos ubicados en barrios marginales, donde por igual habían asentado sus reales pandillas de traficantes y enormes maquiladoras de empresas trasnacionales.

Un día en que el padre había amanecido con una resaca de martillos en la sien, Enoé cometió el terrible delito de dejar caer una taza con una infusión de jengibre y limón que había preparado precisamente para contrarrestar los arranques violentos de su padre. Fue inútil esconderse bajo la mesa. El muy bruto la sacó de los cabellos y le propinó un golpe seco en la cara con tanta fuerza, que allá fue a dar contra el garrafón de agua. Inés oyó el llanto ahogado de la niña y los gritos del energúmeno. En cosa de minutos la casa de Enoé se transformó en un hormiguero de vecinos enardecidos que a punto estuvieron de linchar al padre a puñetazos y patadas. De no haber sido por una patrulla de policías adormilados en una esquina, los cuales abrieron los ojos para preguntarse de dónde diablos venía tanta escandalera, aquello hubiera terminado en una carnicería de nota roja.

Cuando Inés vio llegar a los policías, detrás de una ventana apolillada, tomó una decisión. Lo había pensado desde los días aciagos en que la casa se infestó de hormigas. Lentamente, pero con aplomo de vieja brava, se abrió paso entre la turba de vecinos exaltados. Cuando un policía la detuvo en seco, Inés lo miró a los ojos y le dijo con voz firme —Vengo por mi nieta. —Así fue como logró llegar hasta el patio de la casa donde una vecina aplicaba una compresa con agua oxigenada en los pómulos hinchados de Enoé. Había tanta dignidad en la presencia de Inés, que nadie fue capaz de impedirle el paso. En esos momentos de confusión y revuelo parecía un hecho natural que una anciana venerable acudiera al rescate de su nieta. Todo mundo se hizo a un lado a fin de que pudiera sacar a Enoé de aquel sitio infame. La tomó de la mano conduciéndola dificultosamente hasta la calle donde alcanzó a cruzar una mirada fulminante con el padre ya esposado y metido a punta de pistola en el asiento trasero de una patrulla.

Una vez en su casa echó doble llave y la abrazó con ternura infinita —no llores niña mía, aquí nadie jamás volverá a hacerte daño. Debemos dar gracias a la Divina Providencia porque a partir de este momento yo voy a ser la mejor madre del mundo para ti.

Y así fue. Primero le preparó una tina con agua tibia. Vertió un chorro generoso de aceites relajantes de anís, lavanda y pino. Enseguida esparció un puño de sales aromáticas con pétalos de flores frescas. Inmediatamente ascendió un vapor dulcificante que impregnó todo el baño. La pobre Enoé ni siquiera tenía las suficientes fuerzas para desvestirse. Le dolían todos los huesos. Estaba confundida. No sabía cómo había llegado a ese lugar. Tampoco tenía claro lo que había ocurrido momentos antes en su casa. Sin embargo, la tibieza del agua, los vapores relajantes y la mano suave de Inés frotando su espalda terminaron por aflojar todos los músculos de su cuerpo.

Esa tarde, cuando Modesto llegó a casa silbando la primera estrofa de La Quinta, se encontró con la sorpresa de que en la habitación de mamá había una princesita dormida.

—Ni se te ocurra despertarla pedazo de haragán —sentenció Inés, justo a las espaldas de Modesto

—Mírala. Está dormida como una rosa recién nacida

—¿Quién es?

—Ahora es mi hija.

Vinieron días felices. Al principio Modesto se mostró algo reticente, pero en cuanto supo detalles de la vida terrible que debió soportar Enoé, terminó por aceptar la decisión de su madre. —Eso sí —advirtió con un guiño de complacencia —No quiero intrusas en mi habitación. —Inés se entregó en cuerpo y alma a sanar todas las heridas de la niña. No sólo hizo todo lo indicado por médicos y enfermeras para que los tejidos del labio reventado volvieran a regenerarse. También restauró la dignidad de la niña. Le compró ropa fina, zapatos y unos guantecitos de seda. Entre ella y Modesto descombraron un cuarto que durante años había servido como bodega de objetos inútiles. Fue necesario fregar el piso y lavar las paredes con detergente. Para Modesto era pan comido ponerse la mascarilla y fumigar todos los rincones. Después, encaramados en sillas destartaladas, él y Enoé se dieron a la tarea de pintar el cuarto y decorarlo con motivos de mariposas y castillos encantados. Aquella resultó ser una experiencia fascinante y alentadora, pues Modesto comprobó que, de manera muy incipiente, sus ojos iban recobrando cierta capacidad de percibir algunas escalas tonales. Las alas de mariposa en la pared empezaban a

motearse de pequeñas fibras rosadas, aunque en sentido estricto, seguía siendo incapaz de saber correctamente cuáles eran los colores que la niña aplicaba sobre el muro.

Inés también decidió que la niña debía volver a la escuela. Pero ni de broma se le ocurrió enviarla a la misma primaria donde solía recogerla su padre. La inscribió en un colegio Montessori con todos sus útiles nuevos. Poco le importó el hecho de tener que enfrentar el escrutinio de las señoras ricachonas que todos los días iban a recoger a sus hijas en grandes camionetas, como si regresaran de buscar la gema perdida en la selva. La misma firmeza de carácter que le había servido para rescatar a la niña de las garras de su padre, ahora también le otorgaba buenos dividendos a la hora de negociar el pago de las colegiaturas. Logró un descuento sostenido del cincuenta por ciento, a cambio de buen aprovechamiento y conducta ejemplar de la niña. Además obtuvo la promesa por parte de la directora, de no interrogar nunca a la niña sobre el paradero de sus padres. —Ese tema queda sepultado a cal y canto —Fueron sus últimas palabras antes de abandonar la dirección del colegio

❧ ❧ ❧

El día en que Maura le propuso quedarse a vivir con ella, Modesto sufrió espasmos de ansiedad. Anduvo dando vueltas sobre sí mismo como una pantera enjaulada. Necesitaba un paliativo urgente a fin de calmar los nervios. Se metió a una botica de anticuario con el firme propósito de robarse algo codiciado por sus hábitos de higiene. Fue inútil. Se sintió devorado por una espiral de remordimientos absurdos. No lograba concentrarse. Quiso probar con unos desodorantes y una loción Vetiver pero las manos se le hicieron de trapo. Después se metió a un museo de arcadas coloniales, donde exhibían restos de mamuts y osamentas de animales prehistóricos. Tenía la vana esperanza de encontrar un cierto consuelo en un lugar desolado. Pero a los pocos minutos de contemplar la enorme barriga de un mastodonte, semejante a los restos de un galeón colonial, un grupo de veinticinco adolescentes uniformados y con sus libretas de tomar apuntes irrumpió en la sala. A uno de ellos lo reprendió en voz alta por tratar de tocar un muñón del gigantesco esqueleto. También llamó la atención al profesor espabilado que los arriaba por la sala como si trajera una yunta de ganado.

Esa noche no durmió ni un solo instante, asustado por los cauces inexorables que podría tener la propuesta de Maura. En su cabeza restallaban las severas advertencias del sabio Lémery expuestas en ese mismo documento de 1757. Ahí advertía, con absoluta determinación, sobre los riesgos mortales de pasar muchos días comiendo y durmiendo bajo el mismo techo con una sola mujer. Desde el punto de vista de la ciencia médica, decía, ese es el estado propicio para contraer toda clase de enfermedades. Al principio habrá una extraña fascinación entre ambos pero eso no será sino la puesta en escena de un acto preparatorio para la representación de una comedia. Poco a poco los cordajes del cuerpo se volverán flácidos a causa de los embrujos amorosos y al cabo de unas cuantas semanas esos mismos cordajes empezarán a tensarse a causa de un óxido invisible, pero tan potente, que será capaz de reventar maderas, corroer balas de cañón y aún más, será capaz de producir un lodo negruzco y mortífero en las junturas de los dientes. Tales palabras se agolparon en la cabeza de Modesto y ya bien entrada la madrugada tuvo la certeza de que la propuesta de Maura podía mandarlo directamente a las fauces de la muerte. De manera que, en cuanto empezó a clarear se levantó y fue directamente a meterse bajo el chorro de la regadera. Se talló cinco veces todo el cuerpo con un estropajo de henequén y jabón lirio. Lo hizo con tal intensidad que terminó provocándose unos verdugones rosados, como si le hubieran arrojado una olla con agua hirviendo. Después se enfundó en una bata china y se puso a escribir una carta llena de nudos, recovecos y justificaciones perifrásticas. Pero tan pronto avanzaba en la escritura se daba cuenta del absurdo. No iba a ningún lado con aquello, así que terminó por hacer añicos la carta y arrojarla al bote de basura.

Durante varios días no se atrevió a tomar una decisión definitiva. Se impuso un régimen de monje. Nada de carnes rojas. Poca leche, cítricos abundantes, fruta picada, té de azahar sin azúcar y dos raciones diarias de verduras frescas «para despejar la mente». Con tales disciplinas alimenticias, muy pronto se puso flaco y zancón. Sin darse cuenta llegó a un punto crítico. Una mañana se miró el costillar en el espejo sin percatarse que su madre lo observaba por detrás —¡Mira nada más. Pareces pollo rostizado. Y todo por esa mujer! —Paradójicamente esas curas de burro lo fortalecieron para contrarrestar los embates de otros vicios. Durante varios días se abstuvo de robar. Dominó el vicio artero de las telenovelas nocturnas y por si fuera poco dejó de aspirar su limón picado con clavos de olor. No fue algo sencillo. Tuvo que apretarse los huesos, morderse las uñas, enconcharse sin dramatismo pero con el pulso firme. Incluso llegó a empeñar

su palabra de honor frente a una estampa de la Virgen de Talpa. «Ni modo. Si me ayudas a tomar una buena decisión te prometo que ya no voy a fastidiar a nadie más en el trabajo».

Como parte de su propio drama tenía el presagio de que algo siniestro podría sucederle a su madre si él aceptaba la propuesta de Maura. Imaginó que fácilmente se rompería la cadera de una caída, tal y como le había sucedido a una vecina en la carnicería con una simple hoja de lechuga. Podría darle una embolia o ser picada por el mosquito del dengue. Podría echarse encima una olla hirviendo con frijoles, en fin, se le vino a la cabeza todo un vendaval de suposiciones premonitorias, aunque la verdad sea dicha, en su fuero interno de burócrata comodino, siempre había hilos de sueños que lo jalaban hacia los terrenos más cómodos e inmediatos de la vida. «Dónde más volveré a escuchar el despertar de los gallos. ¿Dónde me servirán lentejas con plátano frito como a mí me gustan? ¿Dónde tendré una habitación libre de intrusos nada más para guardar todos mis trofeos higiénicos?». Dónde esto, dónde lo otro. Parecía un animal arisco. Sus argumentos se estrellaban en la escalera, rebotaban en las ventanas y finalmente regresaban a esconderse bajo sus pies como insectos avejentados.

Pero en medio de aquella incertidumbre voraz, la vida también fue pródiga. Modesto entendió que su madre había vuelto a nacer tras la llegada de Enoé. Bastaron unos cuantos días para verla florecer como una magnolia en primavera. Como por arte de magia desaparecieron aquellas facciones adustas y amargas que se fue tallando durante tantos años de no compartir una felicidad fresca, inmediata y renovada. Ahora era posible advertir en su rostro expresiones de vitalidad nunca antes vistas. Incluso volvió a sonreír y a caminar más erguida, como en esa imagen que una vez contempló afuera del Museo de la Ciudad, donde se veían las sombras proyectadas de un mono que, al mismo tiempo de ir caminando se iba transformando en un hombre desnudo. Un día la vio botar a un terreno baldío el palo de cedro laqueado que le servía de apoyo en momentos de insoportable sofoco. Al mismo tiempo renacieron en Inés los instintos maternales más recónditos y los impulsos más sublimes de fiera protectora. Lo mismo era capaz de pasarse horas en la faena de hacer a la niña unas trenzas francesas con rodete, que ir a vociferar contra el gerente de la compañía eléctrica exigiéndole nunca más atreverse a provocar sustos en su niña del cielo con aquellos apagones de mala muerte.

—Eso que haces es ridículo —decía Modesto —Si sólo fue una simple llovizna fuera de temporal —Pero Inés no hacía caso. Parecía embebida por la fascinación de una aventura maternal ya casi olvidada. Quería ganar tiempo, hacer músculo, gastar todas esas energías

contenidas a lo largo de muchos años. Simplemente dejaba escapar a bocanadas un torrente de impulsos que habían estado atrapados durante muchos años en las entrañas de su cuerpo. Ahora cada día, en vez de despertar a ciegas con el juicio centrado en el lumbago y las pantuflas inalcanzables debajo de la cama, abría los ojos de madrugada con una sonrisa de cuerpo entero como el primer signo de sus ansias por vivir muchos años sin achaques seniles ni enfermedades inventadas. Inmediatamente se bañaba con agua fría, se ponía ropas frescas, se prendía una peineta sevillana en el pelo y se maquillaba como para ir a una fiesta. Se daba sus mañas para despertar a Enoé, vestirla y prepararle un desayuno digno de un cura parroquial. Sobre la mesa extendía un mantel tejido a mano. Después colocaba una taza de chocolate espumoso con chilaquiles verdes, bolillo y pan dulce. Otras veces le armaba una pequeña fuente de frutas con yogurt de fresa bañado con miel y nueces picadas. Invariablemente le preparaba un jugo de naranjas recién exprimidas. Al principio Modesto se alarmó con tanto trasiego, pero después se puso celoso porque en un abrir y cerrar de ojos se dio cuenta de que la madre a su servicio había desaparecido para siempre. Todo su repertorio de órdenes ensartadas en la punta de la lengua debió tragárselas pues ahora la casa estaba comandada por una señora renovada y llena de gracia. Incluso un día encontró debajo de la puerta un sobre lacrado y perfumado. Fue tanto el enojo de Modesto que ni siquiera se percató de un hecho crucial. Pudo distinguir sin mayores esfuerzos el color amarillo del papel. Adentro había un breve recado de amor escrito con letras temblorosas. No le costó trabajo enterarse. El enamorado era un profesor de primaria jubilado desde hacía doce años. Era conocido en el barrio por ser un obsesivo corrector de faltas ortográficas en comercios, talleres, zapaterías y toda clase de negocios. Incluso una vez lo detuvieron por haber detenido a una patrulla en plena avenida, nada más para dibujar con marcador rojo la tilde en la palabra policía. Y cuando uno de los oficiales amagó con detenerlo, el profesor de primaria le dijo enfurecido —¡Esa palabra tiene hiato y por lo tanto debe acentuarse!.

No le bastó con romper la carta del profesor. Modesto se encerró en el baño decidido a descargar su cólera en un viaje sin regreso. Tomó una hoja de afeitar y se sentó a contemplarla detenidamente en la taza del excusado. Un torrente de escenas inverosímiles desfilaron a gran velocidad por la pantalla interior de su cabeza. Tomó aire varias veces preguntándose si estaba a punto de convertirse en un mártir o en un perfecto idiota. Al final volvió a colocar la navaja de afeitar en el mismo lugar donde la había tomado, pues la sola posibilidad de terminar sus días desangrado en el retrete, le pareció un asunto repugnante y de mal gusto «Toda mi vida luchando

contra la suciedad y venir a morirme precisamente donde van a dar mis excrementos, jamás —Entonces, como si hubiera dado con la solución a un acertijo, se tronó los dedos en señal de haber tomado una decisión fulminante. Subió a su recámara y se encerró a doble tranca. Uno tras otro fue envolviendo sus objetos higiénicos en hojas de periódico. Aguas de colonia, perfumes, talcos, desodorantes, jabones, ungüentos, cajas de curitas, pomos antisépticos, en fin. Lo mismo hizo con las docenas de hierbas medicinales amarradas en manojos bien apretados. Al removerlas de sus lugares, un remolino de olores intensos le quemó el olfato. Parecía que toda la habitación se había convertido en una olla con infusiones de árnica, eucalipto, naranjo, pasiflora y orégano.

Sin duda, esa indiscriminada profusión de aromas hubiera provocado en cualquier persona unas ganas terribles de salir huyendo a tomar aire fresco. En cambio a Modesto le produjo un efecto contrario. Tuvo la confianza de estarse liberando de ciertas emanaciones insalubres que, según sospechaba, se hallaban suspendidas en la atmósfera de su habitación desde hacía mucho tiempo. Recordó entonces que en uno de los documentos sobre higiene que había leído, el famoso médico Ramel alertaba sobre los peligros de dormir en aires estancados —Sólo el movimiento purifica —repitió de memoria aquella sentencia tenida por máxima severísima durante varios siglos, la cual debía observarse en todo momento, sobre todo en las colonias del Nuevo Mundo, donde a decir de muchos naturalistas y científicos del siglo XVIII, los grandes humedales y los calores suspendidos predisponían a la putrefacción de todo ser viviente incluidas personas y animales. Por ello, algunos naturalistas tan famosos como el Conde de Buffon no habían dudado en sostener que «Al otro lado del mar hay un continente podrido». Estas ideas, combinadas con otras conclusiones típicas del cientificismo clásico francés, produjeron efectos muy curiosos en la personalidad y en las actitudes de Modesto. Estaba convencido, por ejemplo, de que era necesario evitar a toda costa pasar más de tres días viviendo en tierras bajas y calientes, ya que el mundo de la putrefacción podía corroer y minar ciertas partes húmedas y vitales del cuerpo, como son el corazón y el hígado. Una vez leyó un párrafo donde el doctor Castrejón, haciéndose eco de Buffon aseguraba que las personas asentadas en tierras bajas y pantanosas fácilmente podían cometer pecados mortales porque sus días transcurrían cerca del infierno. Castrejón era tajante al afirmar que sólo era cosa de vivir unas cuantas semanas expuesto a la corrupción acuática para que las personas se volvieran indolentes, inmaduras y decadentes. Finalmente, sostenía que no había escapatoria posible, ya que bajo esas condiciones climáticas cualquier siervo de Dios terminaba por entregarse a la gula, el robo, la depredación y la sevicia. Modesto había quedado

tan impresionado ante la fuerza de tales argumentos que aquella vez, cuando cerró el legajo de folios se prometió rechazar tajantemente cualquier invitación a la playa, aún y cuando el mismo Castrejón había sido específico al señalar que ciertamente el agua de mar lograba enfriar y remitir en algo los efectos del miasma pútrido.

Cuando terminó de envolver todo, se dio un baño relajante, se cortó las uñas de los pies y se tiró en la cama a descansar. Flotando de costado tuvo la impresión de ir navegando al frente de una fragata. Se imaginó arribando a una bahía soleada, llena de pájaros, gente asoleándose y una columna de barcos mercantes alrededor del muelle. Los gritos de Enoé detrás de la puerta lo despertaron —Ya es hora de comer —Modesto sintió un escalofrío. Tuvo la certeza de haber estado en el mar. Cuando bajó a comer se encontró con la sorpresa de que Inés y Enoé estaban sentadas con los ojos cerrados y las manos juntas a la altura de la frente. Inés repetía la misma jaculatoria que había interrumpido veinticinco años atrás, exactamente la misma tarde en que su marido decidió salir por la puerta para no regresar nunca más

—...agradecidos todos porque vamos a compartir estos sagrados alimentos y te pedimos que el santo espíritu consuma nuestras vidas con la gracia y el fuego de tu amor...

Después de un silencio escurridizo, Modesto abrió la boca.

—¿Y ahora por qué nos ponemos místicos?

—Porque esta niña va a vivir en un hogar decente

—¿Y antes no éramos decentes?

—Sí, pero ahora es diferente".

—Ah ya veo. Ahora somos diferentes

—Por cierto, hablando de decencia ¿cuándo regresas al trabajo? Ya me enteré que te mandaron una suspensión al sindicato.

—No sé. Mañana le hablo por teléfono a la jefa a ver si ya se le pasó el berrinche

—¿Y qué tanto has estado removiendo en tu cuarto? ¿Acaso vas a cambiarte de casa o qué?

Modesto no respondió inmediatamente. Dio tres cucharadas al plato de lentejas con plátano frito y luego se limpió las comisuras con una servilleta nueva.

—Sí, eso voy a hacer

De sobra conocía las bravatas de su hijo, tantas veces soltadas al aire como lluvia de perdigones. Sin embargo, esta vez tuvo el presentimiento de que Modesto hablaba en serio. La

sospecha se recrudeció cuando entró a la cocina y vio apagada la veladora de San Judas Tadeo. Aquello no podía ser obra de un simple ventarrón, ni siquiera cabía la posibilidad de una travesura de la niña. Sin duda se trataba de un aviso, una señal premonitoria del destino. Mientras servía unas tortitas de calabaza con queso derretido en el plato de la niña, se sintió invadida por una ráfaga de remordimientos. Probablemente se había excedido en el cariño dedicado a la nueva reina de la casa. «Pero si ese es el motivo para irte, de veras eres injusto» pensó. Una a una repasó las batallas encarnizadas y los innumerables escollos que había debido sortear para devolver la dignidad a la pequeña Enoé, cuya vida indudablemente había cambiado. Ahora era una pequeña colegiala de una sola pieza con sus ropas bien limpias, almidonadas y una sonrisa candorosa que a todo mundo arrebataba. Ya no tenía que ocultarse en los baños a llorar las palizas del papá. Ya no tenían que mandarla despiojar a la Cruz Roja. Nunca más dormiría en una cama pestilente. Pero sobre todo, nunca más, lo juraba por la memoria de su sangre, alguien habría de ponerle una mano encima para hacerle daño

—Si vas a irte con esa mujer, por lo menos ten la decencia de decirme su nombre

Pero modesto no dijo nada. Siguió dando cucharadas a su plato de lentejas. La simple evocación de un escándalo protagonizado por su madre, en casa de Maura, le provocó un estremecimiento de pavor.

—A su debido tiempo, ya lo sabrá

Todavía duró unas horas encerrado en su cuarto. Lo apremiaba el imperativo de guardarlo todo antes de ser azotado por el arrepentimiento. No debía dejar un solo clavo sin guardar, desde álbumes decorados con imágenes polvorientas de Pasteur, Lamarck y Lavoisier, sus héroes favoritos, hasta unos aretes de falsa pedrería que había robado en el callejón de los azahares. De no haber sido por las ansias pueriles de tener todo listo antes del anochecer hubiera sido capaz de sentarse a conversar a solas con algunos de sus objetos higiénicos más preciados. Todavía conservaba un frasquito azul con perlas de nitrato de plata, como recuerdo de una de las mujeres más hermosas que había visto en toda su vida. Cinco años atrás en los albores de una madrugada fresca iba montado en un camión de segunda clase rumbo a la costa. Según eso lo habían enviado como representante de auxiliares y servicios municipales, a la Quinta Convención Nacional de Burócratas Afiliados. Él había aceptado sin mayores reticencias con la esperanza de pasar unos días retozando a pierna suelta, margarita en mano y lentes oscuros, bajo la sombra de una enorme palmera, siempre, claro, a las orillas de un lujoso hotel. Nada de eso ocurrió. Ambos trayectos de

ida y vuelta fueron desastrosos y la famosa convención resultó ser una encerrona sindical en un terreno para coches desguazados con todo el mundo de pie y teniendo que soportar ocho peroratas inagotables bajo un sol ardiente y nubes de moscos carniceros que se metían a picar hasta en las junturas de las nalgas. Pero lo único rescatable de toda la odisea había ocurrido en el trayecto de ida, en plena zona de barrancas. Llevaban media hora dando tumbos a diestra y siniestra, sorteando curvas interminables, cuando de pronto, la mujer que iba a su lado apenas logró abrir la ventanilla para sacar la cabeza y vomitar un chorro largo de bilis amarilla. Él preguntó si podía ayudarla, pero cuando la mujer metió la cabeza resoplando en la estrechez opresiva del asiento, Modesto se quedó idiotizado ante el espectáculo de tanta belleza reunida en un solo rostro y a unos centímetros de su brazo derecho.

—Sí, abra mi bolso y páseme un frasquito azul —Aunque ya no era tan nítida la imagen en su memoria, alcanzó a recordar que había obedecido con los dedos temblorosos y casi con la baba colgando. La mujer entonces desenroscó la tapita y aspiró profundamente. —Ahora distráigame por favor. Cuénteme algo para el mareo.

Esa fue una de las poquísimas ocasiones en que había tenido la osadía de contar la trayectoria completa de su existencia. Y aunque, el muy tildado, lo había hecho a manera de monólogo, como si estuviera leyendo su curriculum vitae, fue suficiente para que su ángel guardián se quedara profundamente dormida con unos ronquidos de leona que, a trasluz del horizonte acentuaban aún más la belleza cerrana de su rostro. Entonces recordó en cascada los últimos detalles de su encuentro con aquella mujer. En cuanto el autobús se había estacionado y el chofer apagó el motor, la mujer imposible abrió unos ojos enormes como gemas de la selva, los cuales, aún de perfil provocaron que el pobre Modesto se derritiera en el asiento. Pero cuando le mostró de golpe aquel rostro almendrado y el par de labios perfectamente humedecidos por un tubo L'Oreal, Modesto había empezado a tener taquicardias como si anduviera cargando piedras en la parte más alta de un cerro. Enseguida vino ese aguijón certero que suele clavarse en la médula de los espíritus pusilánimes. De un movimiento rápido y bien calculado la mujer abrió su bolso y sacó el mismo frasquito azul que le había servido para atenuar un poco los efectos atroces del mareo.

—Tenga, puede quedarse con él.

Con los primeros atisbos de la noche, Modesto dio por terminada su tarea. Las dos bolsas deportivas estaban tan repletas, que parecían embutidos a punto de reventar. No nada más había

removido y empacado sus objetos higiénicos. También se había dado a la tarea de cepillar y remojar con cloro y pinol cada rincón. De manera que todo el dormitorio quedó transformado en un espacio aséptico capaz de resguardar los restos de un enfermo terminal. Aunque de cualquier manera, Modesto había adoptado modales tan pulcros, que una simple araña tejedora se hubiera sentido bastante incómoda pasando días y noches en rincones libres de polvo. Aún el único alacrán de tierra caliente que había logrado hacerse un hueco en los recovecos más oscuros del zapatero, de pronto se vio desnudo y con el ojo torcido por el relumbrón de luz que lo dejó a la intemperie. Modesto lo aplastó con la suela del zapato y así fulminó a la última alimaña que se dejó ver en toda la faena. Por último emprendió uno de sus rituales higiénicos más socorridos en horas de incertidumbre. Se exprimió en las palmas de las manos unas gotas de limón piqueteado con clavos de olor. Enseguida remojó una bolita de algodón con un poco de ruda fermentada en alcohol y se aplicó el jugo a lo largo de los brazos y el cuello. Estaba seguro de que, en caso de una epidemia desatada sin aviso previo, ese remedio sería una coraza infalible por lo menos durante los primeros síntomas de histeria colectiva.

A las ocho en punto de la noche, Inés lo vio plantado en la puerta de la casa. Parecía un novio solitario y relamido a punto de embarcarse en una travesía trasatlántica. Llevaba puesto un traje fúnebre y desfasado como si se hubiera equivocado de siglo. Para asombro suyo también traía puestos los mismos anteojos de cristal redondo y armazón de plata que alguna vez usó el padre en las escaldaduras mineras de Guanajuato.

A pesar de sus esfuerzos no pudo disuadirlo. Inés comprendió que, a esas alturas no había manera de torcerle el propósito. Desde niño había sido tozudo y cabezón como una mula. Y aunque Inés nunca estuvo al corriente de los motivos secretos que habían impulsado a su hijo a irse de la casa, ciertamente había un aire de complicidad casi premeditada e inevitable en aquel ritual de despedida. Tal vez por ello no quiso pronunciar más palabras de las estrictamente necesarias. Tal vez por ello lo bendijo a cinco dedos y le metió en la solapa un recordatorio con sus deberes acomodados en orden alfabético, tal y como lo había hecho durante muchos años cuando lo despedía cada mañana rumbo al Palacio Municipal.

—Y del dinero, no te apures. Ya me las arreglaré con mi pensión de maestra.

Sonó el claxon de un taxista gordo y con palillo de dientes en la boca. Modesto abrazó a su madre con la resolución imperiosa de un soldado y sin perder su impavidez, le dio una muestra de que su proceder no era un simple capricho ni la infamia de un embrujo.

—Voy a seguir haciéndome cargo de sus gastos. Se lo prometo.

Aunque no se lo dijo abiertamente, esa declaración la tomó como una firma estampada en la hipoteca de su vejez.

—Gracias. Siempre te lo vamos agradecer. Ahora vete. Por ahí te deben estar esperando.

Lo cierto es que Maura no esperaba a nadie a esas horas de la noche. Cuando sonó el timbre y abrió la puerta de la casa pensó que el chofer de alguna funeraria se había equivocado de domicilio —Aquí no se ha muerto nadie señor —Pero Modesto no se amilanó, incluso al percibir el fétido aliento de Maura. Peores confusiones había padecido en toda clase de circunstancias y lugares. Una vez, mientras caminaba plácidamente rumbo a la sección de archivo, una viuda lo había alcanzado taconeando bajo las arcadas coloniales de un pasillo. Lo paró en seco y sin mayores preámbulos se le dejó ir a los cabellos desgreñándolo con todas sus fuerzas. No fue sino hasta después del zafarrancho cuando se le bajaron los azufres a la señora y aún jadeando logró explicar que lamentablemente lo había confundido con el mismo notario estafador y pendenciero que recientemente la había embaucado en los trámites de su herencia con todos los bienes terrenales del marido. En otra ocasión, igualmente desafortunada, una voz proveniente de un comercio arrabalero gritó a los cuatro vientos de la noche, que un ladrón acababa de asaltar un local de licores a punta de pistola. No pasaron dos minutos antes de que Modesto fuera interceptado por un convoy de guardias armados hasta los dientes. Se lo llevaron esposado a los calabozos de la comandancia más cercana y ahí pasó dos noches seguidas durmiendo entre tufaradas de borrachales, mariguanos, travestis y ladronzuelos de poca monta. De no haber sido por la rectificación firmada del hombre que lo había acusado, fácilmente hubiera pasado todo un año pudriéndose en la cárcel. De manera que, esa noche no debía el destino depararle una suerte más calamitosa. Sin perder la compostura se quitó el sombrero de media copa y se lo puso en el corazón con las parsimonias de un caballerito decimonónico.

—Modesto, eres tú. ¿Pero qué haces aquí a estas horas y vestido de esa manera?

—Vengo a vivir contigo.

Maura se quedó enmudecida de terror, pues en una fracción de segundo tuvo el presagio de una catástrofe inminente. Miró el salitre carcomido en los zapatos de Modesto. Sintió en la boca del estómago un burbujeo de flemas verdes por haber desatado ella misma las correas al demonio de la imprudencia. En esos momentos no era capaz de complacerlo hasta no poner en orden las cuentas de su memoria, pero al mismo tiempo no podía mandarlo al carajo como si fuera un mendigo del vecindario.

—Puedes quedarte esta noche. Mañana ya veremos.

Pero a pesar del susto inicial, no fue necesario recomponer las cosas. Modesto se integró sin mayores sobresaltos a la vida de la casa. Después de todo, fuentes confiables le informaron que la directora del archivo no tenía intenciones de levantarle el castigo hasta finales de mes. Lejos de inquietarse, recibió la noticia como un regalo caído del cielo. Una nube de pájaros alborotados se le escapaban del pecho. Andaba desatado de ánimos, imaginativo, servicial y de un corazón previsible a prueba de balas. Su acromatía se había diluido casi por completo. Aquellos amaneceres deslavados en que el sol parecía un enorme huevo cocido detrás de las laderas, ya sólo perduraban fragmentariamente en episodios fugaces que, a ratos ensombrecían su ánimo pero sin parecerse nunca a las terribles perturbaciones que le carcomían el ánimo y la paciencia durante aquellos días aciagos. Porque fue en el momento menos pensado cuando le sobrevino la recuperación total del color.

Estaba vistiendo a Óscar cuando de pronto sintió un golpe abrupto en el trasero. Quiso sujetarse de una silla pero fue a dar al suelo. Ahí fue atacado a lengüetazos en la cara. Era el cerdo que se había desamarrado del mecate. Cuando logró apartarlo sintió que todas las vísceras se le iban a salir por la boca de una sola arcada. Enceguecido por la viscosidad de las babas se metió con todo y ropas bajo la regadera del baño. Cuando cerró la regadera lo primero que vio fue el color rosado del cerdo que no dejaba de mover la cola como si fuera un perro a la espera de un hueso. Después quedó atónito cuando se dio cuenta de que podía distinguir perfectamente el color rojo de una tanga colgada en un clavo y diferenciarla del sostén amarillo también colgado y triste en otro clavo. Después, emocionado apretó una pastilla de jabón Palmolive y volvió a reconocer ese color verde parecido al de los pastizales suizos, tantas veces evocados en los albores de su adolescencia, cuando se metía a la peluquería del gordo Jacobo a robarse un par de revistas para caballeros que, además de mostrarle maravillas del mundo civilizado, le permitían escudriñar aquellos cuerpos de mujeres semidesnudas que tuvieron el privilegio de servir como

musas de inspiración para darse los primeros escarceos de adolescente en el retrete del baño. Después, en un acto reflejo miró a través de la ventana y pudo reconocer de un vistazo las bandas anaranjadas en los pechos de cuatro pájaros chirrioneros que, justo en ese momento surcaban el cielo por encima de los postes de luz. Después se quedó pasmado ante la fosforescencia verde amarilla que había en los restos de una sopa de flor de calabaza que, seguramente Maura había olvidado en la esquina del buró. Después, fue tanta su emoción que no le importó salir del baño completamente ensopado como un náufrago en busca de tierra firme. Al pie del ropero estaba tirada una revista de Cosmopolitan. La hojeó con desesperación desatando un vendaval de colores que literalmente se le estrellaron en la cara. Todo se volvió alucinante, como si presenciara el espectáculo de un prestidigitador clandestino. En la sección de artes se topó con un reportaje de Andy Warhol. Se fijó en el cuadro *Factory*. Cada imagen parecía estar vibrando en perpetuo movimiento. La moneda de cinco centavos que impide ver el ojo izquierdo de una mujer a punto de dar un trago a su Coca-Cola no dejaba de girar sobre sí misma. El sello rojo del refresco parecía un comal ardiendo con sus letras blancas a punto de derretirse. Casi podía escuchar el rugido del motor de la patrulla estacionada en la parte inferior del cuadro y la mujer que estaba a punto de beber abría sus labios carnosos para sacarle una lengua roja y espigada como serpiente del desierto sonorense.

Por la tarde, cuando llegó Maura rendida del trabajo, Modesto la recibió gesticulando a manotazos como un loco feliz —¡Tenemos en la casa a un puerco milagroso! —Ella también se puso feliz. Lo abrazó y se pusieron a bailar alrededor de Óscar y del cerdo tirado boca arriba para que le rascaran la barriga.

Como por arte de magia se le fueron bajando los humos y toda la herrería de su espíritu holgazán, de pronto empezó a resquebrajarse como si un terremoto le hubiera cimbrado los cimientos de mampostería. Muy pronto se hizo cargo de las tareas domésticas. Se iba temprano al mercado en busca de las mejores provisiones. A todo mundo regateaba y a todos reprendía, ya fuera por traer sucias las manos, por haber dejado un mango engusanado a la vista, o por aquel hedor de aguas turbias con brócolis y zanahorias remojadas en tinajas de colores. A un vendedor de legumbres le dijo en tono severo que al caer la tarde era necesario cubrir todas las frutas y verduras con una manta de tejido cerrado a fin de contener los daños del rocío nocturno. Cuando el buen hombre se rascó la cabeza pidiéndole una explicación más detallada, Modesto le soltó una perorata sobre la colicuación de los humores, los cuales a decir del famoso Pringle,

predisponen fácilmente a la putrefacción de alimentos dulces y ricos en agua. Y ya enfilado en su cátedra de mercado, habló sobre la urgentísima necesidad de no mezclar frutas y verduras de un modo tan abyecto. En ese punto se remitió a una de las teorías vitalistas de Teófilo Bordeu para insistir, con las manos encrispadas y la voz enjundiosa, que cada fruta lleva escrita en su estructura interior una serie de maneras específicas de ser, de actuar, de sentir y hasta de crecer. Por tanto, debían ser acomodadas en los mostradores nada más por familias biológicas. —Sólo de ese modo podrán ustedes evitar un foco terrible de contaminación. Aunque al final ya nadie le hacía caso, él salía del mercado convencido de haber realizado una pequeña contribución de honorable ciudadano a los problemas higiénicos de la ciudad.

Precisamente, soflamado por las atenciones momentáneas que le brindaban los vendedores del mercado, un día tuvo la ocurrencia de escribir al presidente municipal una carta de catorce páginas bien apretadas, donde se proponía a sí mismo como coordinador general de las estrategias y acciones higiénicas a seguir, antes de que una peste descendiera como castigo infernal sobre la población inocente de la ciudad. Hablaba de la infame proliferación de mendigos que vivían hacinados a las orillas del río Santiago entre basurales pestilentes y lúgubres. Era tajante al afirmar que todos, sin excepción alguna, debían ser removidos a un solar seco y por tanto libre de zancudos. Él mismo se proponía como organizador de obras purgativas tanto de cloacas como de las tumbas mal tapadas en los cementerios. «Si usted me lo permite» decía Modesto hacia el final de su carta «moveré mis influencias en Palacio Municipal para formar cuadrillas de hombres valientes dispuestos a recorrer asilos y hospitales en busca de ropas que hayan estado expuestas con enfermos sospechosos y esas mismas cuadrillas de voluntariosos me servirán para colocar sahumerios estratégicos en toda la ciudad, a fin de esparcir vapores medicinales que nos libren a todos del miasma mefítico».

Nunca recibió respuesta. Pero lejos de sentirse desanimado, pensaba que sus propuestas eran de tal innovación y osadía que el presidente municipal no se atrevía a encomendárselas a un solo hombre. Volvió a escribir al mismo destinatario, aunque esta vez sólo mandó un mensaje escueto: «Yo ya hice mi parte. No permita que la historia lo condene a usted».

Más allá de pequeños descalabros e infortunios ocasionales, Modesto aprendió a desprenderse de sí mismo, aunque en muchos momentos, hasta las fibras más íntimas de todo su cuerpo se resistían a emprender el duro trabajo que significa eliminar de tajo las marañas de pensamientos y conductas adictivas. Empezó por devolver la dignidad de la pobreza a la casa de

Maura. No sólo se entregó con ahínco puntilloso a las labores de limpieza. Lavaba los pisos, fregaba trastos, sacudía muebles, arreglaba las jaulas de los pájaros, daba de comer al cerdo, tendía las camas, despercudía retretes y lavabos, en fin, andaba a salto de mata por todos los rincones de la casa. Pero además, se impuso el deber de atender hasta las necesidades más inmediatas de la anciana y más aún del pequeño Óscar. Para ello debió trabarse en verdaderas batallas épicas contra el asco, pues a esas alturas de la vida, el cuerpo de la anciana se había convertido en una máquina de orificios incontrolables. Cada vez que retiraba el enorme babero atascado con restos de comida mal digerida, Modesto se apretaba los dientes, tensaba los músculos y respiraba por la boca a fin de no vomitar él mismo. Igual sucedía cuando la volteaba hacia un lado sobre el colchón para cambiarle el enorme pañal. Inmediatamente percibía un aire viciado a cadáver. Aún así era capaz de abrir un rollo de papel higiénico y remover aquellas natas de excrementos mal cuajadas. Después aplicaba compresas de agua jabonosa sobre la piel escamada y cubierta de llagas rojizas que se le quedaban colgando en la memoria como lamparones encendidos. Finalmente aplicaba una capa gruesa de talco y volvía a cinchar las lenguas blancas del pañal. Aquello era tan pungente y agresivo al olfato, que ni siquiera se quedaba a escuchar una mínima expresión de agradecimiento. Salía tambaleándose al aire fresco del patio, despojado hasta la médula y con el firme propósito de no volver a hacerlo nunca más. Aunque al mismo tiempo sentía la fuerza de un vínculo pedregoso, más allá de su propia voluntad.

Con Óscar fue más fácil. Los gusanos del asco se fueron escurriendo sigilosamente hasta perderse casi por completo en nidos de escombros. Llegó a dominar el pánico de los vómitos sin mayores dramatismos. Bastaba un remojón copioso en la pila del lavadero para desahogar las bolas de náusea contenida en el esófago. Si Óscar ensuciaba un pañal no se andaba con demasiados melindres. Actuaba de prisa, directo al grano con movimientos rápidos y certeros. En unos cuantos segundos ya tenía el molote encajetado, bien apartado y metido en una bolsa reservada especialmente para los desperdicios del intestino. Óscar ni cuenta se daba del tráfico de manos y polveadas de talco en su trasero. Maura contemplaba aquel espectáculo y pensaba que ni una vieja partera podía hacerlo mejor

—¿Cómo le haces? —preguntó con cierta candidez

—No miro, no huelo, simplemente actúo.

Ciertamente, desde que Modesto había puesto los pies en aquella casa, la salud y el ánimo de Óscar habían mejorado notablemente. Su principal mérito en ese renglón fue haber descubierto con ojo clínico una especie de comunicación simbiótica entre el cerdo y el niño. Desde hacía tiempo sospechaba que las mejorías en la piel escamada de Óscar no se produjeron nada más por haberse quedado unas horas dormido en la barriga del animal. «Debe ser algo más». A esa conclusión llegó una tarde calurosa de verano. Estaba terminando de regar las macetas cuando oyó algo en la recámara de Óscar. Sigilosamente, como un cazador furtivo se acercó para no asustarlo. Cuando entró, fue testigo de un espectáculo conmovedor. Al centro del cuarto estaba sentado Óscar dándole trozos de manzana al cerdo. Se los acercaba con la mano extendida y el cerdo resoplaba agradecido con su redonda y húmeda nariz. El pequeño Óscar hacía figuras elípticas en el aire y lanzaba una serie de sonidos guturales cortos y prolongados. De pronto suspendió la boruca de sonidos y le dijo al cerdo —No debes portarte mal...no debes portarte mal. —Aquellas palabras lo dejaron impávido. Tuvo el presentimiento de que aquello no había sido una simple articulación espontánea de palabras. «Tal vez sabe hablar y nunca nos hemos dado cuenta». No le dijo nada a Maura. Necesitaba pruebas más contundentes, a fin de no hacer andamios en el aire. Durante varios días lanzó toda clase de señuelos verbales, pero fue inútil. Óscar sólo contestaba a las preguntas de Modesto con sonidos guturales y movimientos abruptos de las manos. Modesto se dio por vencido. Incluso, hubo un momento, después de insistir tenazmente con preguntas directas, gesticulaciones, intentos de repetición y toda clase de fórmulas designativas, en que Óscar se llevó las manos a los oídos y dio muestras de un cierto comportamiento regresivo: arrojó el plato de comida, hizo un berrinche descomunal por cualquier cosa y cogió una ruta de gatear como locomotora de vapor a través de toda la casa. Cuando Maura lo levantó traía las rodillas sangradas.

Después de ese episodio, Modesto no volvió a insistir más. Sin embargo, pronto descubrió que el único ser capaz de hacerlo hablar era el cerdo. Para sorpresa suya comprobó que podía producir enunciados más largos y complejos, aunque sólo bajo ciertas condiciones. Tenía que estar a solas con el cerdo sin haber sido llevado ahí por nadie. Tenía que estarle dando algo de comer en el hocico y sobre todo, tenía que sentirse absolutamente libre de ojos escrutadores. De ese modo, Modesto supo que Óscar tenía un confidente con el cual podía quejarse de las verduras. Pero además descubrió que Óscar no se valía de enunciados genéricos, sino que usaba nítidamente identificadores con nombre y apellido. Varias veces le oyó decir al cerdo que odiaba

cosas feas como zanahoria, cebolla, brócoli, pepino, apio, y acelga. También lo escuchó decir que su mamá era la mujer más buena y bonita del mundo. En cambio con la abuela no fue pródigo. La puso en el rincón de los miedos infantiles —me asusta...huele feo —le dijo al cerdo sin dejar de meterle pedazos de guayaba al hocico.

«¿Qué opinión tendrá de mí?» se preguntaba Modesto, escondido detrás de unos tablones podridos. Para saberlo tuvo que espiarlo sin concesiones, aunque eso no fue lo más difícil. Debió hacer maniobras de prestidigitación, a fin de impedir que Maura y la abuela no asomaran sus narices mientras Óscar daba comida al cerdo. La recompensa llegó un día cualquiera en forma de alucinación. Era casi mediodía. La casa estaba sumergida por el rumor caliente de un sol abrasador. Modesto ya tenía buen rato espiando detrás de una maceta orejona, pero el viento fresco y la sombra extendida de un tabachín vecino terminaron por doblegarlo. Sólo abrió los ojos cuando escuchó entre sueños una frase que no habría de olvidar nunca —...Me lleva en bici... Eso me gusta.. —Cuando levantó la cabeza, Óscar estaba casi encima de Modesto, señalándolo con el dedo —Mira —le dijo al cerdo —es él.

A partir de ese momento se volvieron inseparables. Modesto volvió a poner a punto la bicicleta con todo su ímpetu e imaginación. La pintó de colores llamativos. La reforzó con llantas nuevas, bomba de aire, tubo de parches y zapatas italianas. Le puso diablitos nuevos, le adaptó un asiento trasero acolchonado con su timbre de mano y una corneta para que todos supieran por dónde iba pasando Óscar. También cubrió todo el cuadro con adhesivos preventivos. Colgó en los rayos una serie de pequeños círculos fosforescentes por si acaso se perdían en la noche y una lamparita en los manubrios. Finalmente le compró a Óscar un pequeño uniforme de guerra con insignias militares y su gorrita de almirante. Por allá se les podía ver todas las mañanas rumbo al parque del acuario. Iban como dos pillos desatados contra el viento y con las sonrisas exultantes de quienes han conseguido mandar al carajo las trabas de la vida. Óscar aprendió a identificar rostros familiares en el barrio saludando a todo mundo con su claxon particular. Allá lanzaba gritos de júbilo a un agente de tránsito que le devolvía el saludo a silbatazos. Calles más abajo, rumbo al mercado, soltaba un cornetazo a un grupo de albañiles polvorientos que suspendían la piropería a las colegialas madrugadoras, para saludar a Óscar por todo lo alto con sus pepsicolas empuñadas. En el parque no era menos feliz. La dueña de un expendio de jugos y helados, le obsequiaba cada mañana un bolis de vainilla. Fue el primer y único vicio mantenido a pulso durante toda su vida en complicidad con Modesto.

Muy pronto aquellas salidas en bicicleta habrían de convertirse en verdaderas aventuras. Hacían paradas esporádicas en la carnicería, en el supermercado, en talleres de relojero y hasta en el bodegón de un anticuario judío que les enseñó toda clase de objetos sorprendentes. A Óscar le obsequió un pequeño catalejo para mirar piratas desde cualquier parte del mundo y Modesto se obsequió a sí mismo un frasquito de 1929, que alguna vez sirvió para guardar efluvios balsámicos de rosas para las damas de alta sociedad. Pero fue en el acuario del parque donde vivieron la experiencia más intensa. Como siempre, llegaban temprano a la entrada principal, no había manera de explicarle a Óscar lo que era un delfín. Una mañana, sin embargo, cuando ya estaban a punto de volver a montarse a la bicicleta para regresar, se les acercó sigilosamente una hermosa creatura de piel aceitunada y cabello largo hasta la cintura. Tomó a Óscar de la mano, lo abrazó, y como si ya los conociera de toda la vida, los condujo entre puertas y pasillos traseros hasta llegar a la piscina central del acuario. Cuando Modesto le preguntó a qué se dedicaba, ella hizo una sonrisa pícara y con toda naturalidad le dijo que por las mañanas era instructora de delfines y por las noches era instructora de hombres en el Salón Caimán. —¿Y qué hace ahí señorita? —preguntó ingenuamente Modesto. —Soy stripper cariño.

Desde ese momento Óscar y Modesto quedaron hipnotizados, aunque las razones de Modesto eran de índole muy diversa, pues no podía apartar la vista de aquellos senos apretados bajo el traje de inmersión submarina. Durante unos segundos se imaginó a sí mismo en primera fila del Salón Caimán colocando un racimo de billetes en el liguero de aquella sirena con la que fácilmente sería capaz de sumergirse toda la noche a más de ocho leguas náuticas. Cuando se despabiló, Óscar ya estaba montado en calzoncillos sobre el lomo de un delfín nariz de botella. Jamás lo había visto tan feliz, tan lleno de vida. Parecía un cupido de los siete mares protegido por una princesa de coral. Ella lo tenía sujeto de la cintura mientras el delfín hacía leves zambullidas. Hubo un momento en que Modesto los vio pasar junto a sus pies por debajo del agua. Aquello era de un azul tan cristalino que se deslizaban completamente fundidos en el fondo, como si ambos fueran el mismo animal marino. Durante un momento, Modesto temió lo peor. Óscar nunca había estado de ese modo en una piscina. Sin embargo, cuando lo vio salir a la superficie con los brazos levantados y la sonrisa triunfal en el rostro, tuvo la sensación de que Óscar ya no era el mismo niño minusválido, sino un guerrero capaz de matar tiburones bajo el mar.

Ciertamente Maura estaba sorprendida. No esperaba tantas complacencias de un hombre cuya reputación de holgazán era bien conocida por todo mundo en las oficinas del Palacio Municipal. Había proyectado toda clase de prejuicios y temores vergonzantes que a los pocos días terminaron por irse al resumidero, pues a pesar de las dudas iniciales, Modesto resultó ser un compañero magnífico. No sólo fue capaz de mantener la casa limpia y pulcra como un claustro de monjas, además estaba logrando lo que ningún médico había podido hacer durante años: devolverle su niñez a Óscar. De aquel niño cetrino, agotado por los rescoldos amargos de tanta medicina, ya sólo quedaban las coletillas en forma de berrinches esporádicos y alguna que otra privación respiratoria provocada por un sobresalto repentino. Desde que Modesto empezó a pasearlo en bicicleta su comportamiento se volvió mucho más estable. Andaba suelto por toda la casa sin la necesidad de barrotes y patas de palo para sostenerse. En cambio, no se desprendía ni un sólo minuto de su gorrita de almirante mientras buscaba tesoros debajo de las camas. Ya se paraba, se sentaba, daba vueltas, jalaba las orejas del cerdo, aventaba chorros de agua, despelucaba un racimo de plantas y las metía en la pila del lavadero. También le gustaba tirarse en el suelo con un biberón gigantesco, a contemplar su espectáculo particular de nubes gordas.

Dos meses completos habían pasado desde el arribo inesperado de Modesto. La casa era otra, Óscar era otro, la abuela también era otra, menos vieja y más lenguaraz que de costumbre. Hasta el cerdo andaba moviendo la cola por todos lados. Toda esa locura súbita era registrada por Maura, hasta en los más ínfimos detalles. Por las noches encendía una veladora y daba gracias a la Virgen del Rayo por haberle concedido el milagro de trastocar a un holgazán de fama legendaria en hombre de provecho. Pero sobre todo, estaba agradecida con la virgen por haberlo metido a su casa. Buscó en secreto alguna forma de retribución que no espantara al pobre Modesto. Tenía miedo de azuzar contra sí misma los perros del deseo. Además sabía muy bien que cualquier atadura sentimental, más allá de buenos acuerdos, acabaría por arrojarlos a un purgatorio sin regreso. Le obsequió un estuche de terciopelo rojo con lavandas y lociones francesas. Pero Modesto no se entusiasmó con el detalle. Repasó con las yemas de los dedos el

repujado de las tapas y con cierto desdén leyó *Coeur d'or*. Ni siquiera abrió el estuche. Y cuando Maura le preguntó por qué no había abierto su regalo, Modesto se limitó a responder de un modo críptico —Porque no quiero volver al vicio.

Poco a poco desapareció la necesidad de recurrir a mayores trucos. Maura en el trabajo, Modesto haciéndose cargo de mil cosas. Ninguno de los dos parecía tener tiempo de ocuparse del otro. Vivían esquivándose, bien pertrechados en sus rincones como hacen los animales del circo. Mas no era cuestión de voluntades prejuiciosas. Aunque ella tenía ciertamente sus armas bien cebadas, ninguno de los dos pudo controlar esas descargas eléctricas producidas por el afecto cotidiano y el simple roce de los cuerpos.

Una tarde vaporosa decidieron sentarse a tomar café con galletas en la mesa del comedor. Después de una jornada laboral de mucho jaloneo, bullicio y trapicheo descarado, Maura había decidido que para sentirse más relajada, lo mejor sería tomar un baño tibio y ponerse una hopalanda sin demasiados amarres. Además, decidió untarse aceite de romero en todo el cuerpo, brillo cremoso en los labios y para rematar, un toque de sensualidad mediante una trenza aflojada sobre el costado izquierdo del cuello. Cuando Modesto la vio así tragó saliva. Se hizo el inocente pero por dentro se sentía como un cervatillo abatido a garrotazos. Nada parecía capaz de distraer el encanto. Óscar estaba entretenido tratando de pegarle calcomanías de Batman al cerdo, y la abuela roncaba plácidamente en su recámara. Modesto llevaba puesto el traje oscuro de mozo funerario, y aunque era como estar metido en una caja de muerto, ahí se sentía seguro. En un acto de reflejos maniáticos sacó su mitad de limón picado y se puso a olerla compulsivamente. En eso vio que Maura levantaba el brazo por todo lo alto con la taza de café en la mano —Por los buenos tiempos que se avecinan —dijo en tono festivo. Y en vez de responder, Modesto se quedó idiotizado contemplando en toda su amplitud, la axila depilada de Maura. Fue como dejarle caer una plomada de péndulo al centro de las piernas. Inmediatamente la sangre le subió hasta las orejas y todo el pecho se le congestionó por el inesperado zumbido de debilidad. Maura se dio cuenta del trance, pero lejos de cerrar paso a la liebre desatada hizo un movimiento de seductora profesional. Con la punta de un dedo movió el pliegue de la bata hacia un lado dejando al descubierto un muslo de carnes rebosantes. Cuando esas cosas ocurren, ya no vale ninguna ortodoxia moral. Ni siquiera es cuestión de incitantes confidencias para que el amor siga su curso, pues la misma delicia de la tarde monótona y el arrebato de unos vientos cruzados se encargaron de llevarlos a la cama.

Una vez desatada la mágica intensidad, no hubo manera de contener ese ritmo bárbaro y delicado del deseo. Pronto aprendieron a olfatearse por toda la casa. Se adivinaban a señas, mediante gestos mínimos. Incluso, llegó un momento en que además de olfatearse aprendieron a marcar territorios de amor hasta en los rincones más insospechados. Unas veces parecían conejos. Otras veces parecían contorsionistas capaces de componer figuras de una belleza sublime. En una ocasión se acoplaron encima del lavadero sin tiempo suficiente para hacer a un lado las ropas colgadas en el tendedero. Fue tan repentino el encontronazo que los bufidos de Modesto confundieron al cerdo haciéndole creer que otro de su especie había llegado a casa. En esa ocasión, además de sudorosos terminaron enredados entre las ropas y sábanas del tendedero, mientras el cerdo lamía los tobillos de Modesto sin dejar de mover la cola. Maura, fetichista desde siempre, no paraba de reírse pero se cubrió el rostro con las manos porque estaba segura de que si alguien la miraba inmediatamente después de hacer el amor, aunque fuera un cerdo, podía echarle mal de ojo.

Modesto se aficionó tanto a esas angurrias de adolescente que no dudó en buscar ayuda profesional, a fin de perfeccionarse en las artes del sexo. Era como ese impulso irrefrenable de quien desea soplar sobre brasas ardientes. Sin embargo una cosa es imaginar y otra cosa es el enfrentamiento crudo con la realidad. Un sábado por la noche salió en busca de una maestra que le mostrara las rutas más cortas para llegar al centro de las estrellas. Su premisa era determinante «Las más baratas saben de todo». Sin demasiados rodeos llegó a un barrio lúgubre y pestilente donde proliferaban los burdeles de mala muerte. Increíblemente estaba siendo capaz de sobreponerse a todos los terrores del asco, a pesar de que a cada cuadra se le hacía más grande el engrudo atorado en la boca del estómago, nada más de percibir las pestes y el mugrero de aquellos tugurios. Varias veces estuvo tentado a regresar corriendo, pero resistió dándose toda clase de ánimos a base de argumentos tan absurdos como inverosímiles. Desde niño conocía los callejones de lupanares miserables que habían logrado sobrevivir, gracias a las quincenas de albañiles y gendarmes que llegaban sonambulizados, directo a emborracharse y a quedarse dormidos en algún colchón orinado. «Por ahí es» se dijo, y en efecto, antes de llegar a la zona más densa de faroles rojos, le salió al paso una mujer delgadita como palo de bambú. Se veía tan fina y delicada que a Modesto le pareció una persona digna de todas sus confianzas. Incluso llegó a pensar que una mujer así, sin tantos afeites y sin ropas chillantes, no debía estar relacionada directamente con negocios de burdeles. Pronto se desengañó.

—Hola corazón ¿A dónde te llevo?

—Depende

—¿Depende de qué?

—De lo que puedas enseñarme

La mujer soltó una carcajada larga y sonora.

—Ay, tú no sabes. Yo soy una loquita de atar. Conmigo vas a aprender todo y de todo

—Vamos pues

Entraron del brazo al primer tugurio que les salió al paso. Ella lo conducía entre neblinas de cigarrillo, tufaradas a cerveza y una música de trompetas estridentes que no tenía para cuando terminar. En un claro del patio, improvisado como pista de baile, ella empezó a contonearse de un modo frenético sin dejar de reírse. No habían pasado ni cinco minutos cuando a su lado, un hombre gordo, ya pasado en copas dio un trastabilleo y sin querer le pisó un pie a la dama. En un segundo la mujer sacó un cuchillo cebollero que traía untado en las fajas del vestido y de un tasajo abrió la barriga del hombre gordo. Gritería, desorden, caos. Una turba enardecida logró sujetarla, a pesar de que vociferaba, pataleaba y rasguñaba como leona. La policía llegó en cinco minutos. —¡Aquí está. Es la misma perra! —gritó un oficial. Y sí, en efecto, era la misma mujer que horas antes había degollado a su último amante con ese mismo cuchillo. Modesto se escondió en un patio trasero atestado de basura, cajas de cerveza y paquetes de preservativos. Ahí permaneció completamente petrificado, como si hubiera consumido un puño de hongos alucinógenos. Cuando por fin se diluyó la gritería y los piquetes policiales abandonaron el lugar, entonces Modesto salió del escondite con las piernas intoxicadas de adrenalina y el pulso a todo galope. Se le podía observar cruzando calles penumbrosas con esa prisa loca de perseguido. Media cuadra antes de llegar a casa de Maura se bofeó con calambres en las pantorrillas. En cuanto Maura abrió la puerta, Modesto fue a encerrarse al retrete a derramar lágrimas de hiel sin saber cómo diablos pudo salvar la vida sin recibir un solo rasguño.

Durante varios días anduvo contrahecho. No tenía ganas de comer. Dormía poco y dedicaba minúsculos esfuerzos a las faenas de limpieza. Maura trataba de consolarlo dibujándole pequeños ideogramas en el pecho, pero ni así lograba rescatarlo de aquel marasmo mal cuajado. La única explicación a la mano era que su hombre deseaba regresar al vientre materno, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo sin dar la batalla. Una de esas noches, antes de dormir, se acercó al oído de Modesto, le removió uno de sus aladares enchinados y le dijo —El mejor antídoto

contra la depresión es el amor —Y así fue. Poco a poco volvieron a retomar el ritmo suspendido. Sin embargo fue necesario que Maura se colocara en el epicentro de todas las iniciativas a fin de someterlo a sus propios caprichos de lujuria sin exasperarlo demasiado. Modesto no tardó en olvidar el suceso del prostíbulo. Después de todo, nunca había sido acorralado por una mujer de un modo tan frenético. Por las noches, Maura lo desvestía en la penumbra. Lo tendía bocarriba sobre el colchón humedecido con perfumes balsámicos y se entregaba a un ritual de primate, husmeando con angustia cada centímetro de piel. Lo hacía contenida, en silencio, pendiente nada más de las respiraciones entrecortadas, como si ambos fueran novicios ocultos en alguna mazmorra de monasterio. Tan pronto lograba consolidar sus intuiciones dejaba escapar un tropel desbocado de instintos, cuya misión era alcanzar el saciamiento sin el más mínimo rescoldo de culpa. Modesto correspondía muy en su papel de cachorro, siempre consciente de que tarde o temprano aquello terminaría por ahogarse en los propios ímpetus del deseo desaforado.

Sin embargo los descalabros del deseo llegaron por otro lado. Ninguno de los dos habría podido imaginarse que las cosas habrían de suceder de esa manera. Una tarde otoñal estaba Modesto sentado en la mecedora de mimbre, bajo la enorme sombra de un aguacate vecino. Durante muchos años aquellas ramas descomunales crecieron tanto que traspasaban las bardas perimetrales de varios vecinos a la redonda. Al principio nadie reclamaba porque todos se daban gusto recogiendo montones de aguacates. Pero cuando llegaron las lluvias torrenciales y los pudrideros de huesos engusanados se hicieron insoportables, se desataron las discordias entre vecinos y la viuda solitaria que se oponía a talar el árbol bajo el argumento de que ese aguacatero ya estaba plantado en ese mismo lugar, desde hacía más de doscientos años y que incluso alguna vez, en 1810, el padre Hidalgo fue obsequiado con un racimo de aquellos aguacates. Sin embargo, el punto más álgido de aquellas disputas se produjo a partir de una fiesta infantil. Resulta que, en pleno acto de los payasos, un aguacate maduro se desprendió desde lo más alto de una rama y fue a caer justo sobre la cabeza del payaso principal. Mientras los niños pensaban que el pobre hombre estaba actuando, uno de los médicos presentes se percató de que en vez de estar fingiendo, el payaso estaba en coma. Desde entonces aquel árbol frondoso entró en una vorágine de reclamos legaloides. Pero nada se pudo hacer, pues además de empecinada, la viuda resultó ser amante de un político mediocre dispuesto a defenderla de cualquier agravio. Pasaron los años y el asunto cayó en esa languidez de los olvidos burocráticos. Nadie volvió a reclamar.

Precisamente, una tarde otoñal estaba Modesto sentado en una silla de mimbre bajo aquella sombra de las discordias. Acababa de darle a Óscar una papilla de arroz con leche cuando llegó Maura. Estaba exhausta y acalorada después de una jornada infernal, pues al parecer no acababan de cuadrar las cifras entre las facturas reportadas y los gastos reales de un funcionario que había pasado quince días en Viena con todo y su pequeña comitiva imperial. Era tal su cansancio que ni siquiera tuvo ganas de entrar al baño a refrescarse. Por allá botó los tacones en el patio, abrazó a Óscar, le hizo unas zarandajas juguetonas y después fue con su madre a saludarla con un beso rutinario en la frente. A pesar del calor había un ligero vaivén de ráfagas de viento fresco. Una golondrina paso revoloteando con trozos de argamasa para terminar de sellar su nido en una de las esquinas altas del comedor. Maura se acercó a Modesto, lo miró a los ojos y le dijo directamente. —Vamos al dormitorio —Modesto acató la orden con todo el formalismo de un ritual impostergable. Pero antes se aseguró de que en la taza del arroz con leche que traía Óscar no quedara un solo palito de canela cocida. —Puede atragantarse —le dijo a Maura.

Desde que entraron al dormitorio, Modesto sabía que estaban a punto de hacer un amor desganado. Y así fue, en parte debido a las prisas, al revoltijo de ropas tiradas en el suelo, tal vez un poco tuvo que ver ese tufillo a sudor amargo que Modesto percibió al desabotonar la blusa de Maura. El hecho es que muy pronto se vieron tiranizados bajo el imperio de esas interferencias imposibles de soportar, y que sin darse cuenta se les habían filtrado por las escolleras. Era como si un mosquito les hubiera picado a ambos en la punta del dedo gordo. La comezón se les fue por otro lado, menos donde debía. Mientras ganaban terreno a cada palmo de los cuerpos, una espiral delicuescente se iba desenredando en sentido contrario al frenesí de los deseos. Llegaron a ese punto de mecanización racional que todo lo descompone. Sin decirse nada, ambos fueron apagándose hasta esa posición fetal de espaldas encontradas, que ha sido motivo de tantas guerras en el mundo. En eso, Modesto pegó un brinco en la cama, se puso de pie y comenzó a vestirse de prisa.

—¿Qué pasa?

—Tengo un presentimiento. En seguida vuelvo

Fue al dormitorio de la anciana. Nada más abrir la puerta percibió la fetidez de un barbitúrico mal digerido. Tuvo una intuición que lo aterrorizó. Al acercarse un poco más, presenció una de esas imágenes que difícilmente pueden ser olvidadas por los nubarrones de la memoria. Estaba la anciana en su mecedora de mimbre con la cabeza echada hacia atrás. Tenía el

rictus de unos ojos infinitamente abiertos que se habían quedado fijos en algún punto del techo. El pequeño Óscar estaba a su lado trepado en un banquito de madera. Inútilmente seguía introduciendo cucharadas de postre en aquella boca abierta de quijadas descoyuntadas por el esfuerzo agónico del atragantamiento. Abajo, en el piso, no había desperdicio porque el cerdo estaba dándose un pequeño festín de arroz con leche sin dejar de mover la cola.

Mucho tiempo debió pasar antes de que Modesto fuera capaz de exorcizar los demonios de la culpa. Sobre todo por las noches escuchaba un rumor de letanías amargas que lo mantenían en vilo hasta los picos más altos de la madrugada. Se llenó de ojeras y empezó a sufrir los estragos de un desánimo crónico. Era como enfrentarse a una jauría de perros, aunque nadie, salvo él mismo seguía pensando que la muerte de la anciana se debió a un acto de imprudencia suyo. Maura, en cambio, nunca volvió a tocar el asunto. Desde un principio asumió con serenidad la muerte de su madre sin hacer concesiones al dramatismo de los llantos desgarradores. Hasta cierto punto fue un duelo casi recitado de memoria, de tanto haber sido releído. No encontraba razones para lamentarse porque las cosas hubieran sucedido como ocurrieron. Durante muchos años se había dejado carcomer por el gusano del miedo. Le atormentaba la posibilidad de que su madre llegara al final de sus días convertida en bulto de hospitales y postrada en el infierno de interminables agonías. En realidad la anciana había muerto sin una noción clara de lo que era un hospital. Una sola vez, Maura había tratado de llevarla a una clínica pública pero literalmente fracasó. En cuanto supo cuáles eran los planes de su hija, la anciana echó doble cerrojo al cancel de la entrada, enterró la llave en una maceta y se amarró a la silla de ruedas con dos cinchos de cuero. —A ver cómo me sacas de aquí —le había dicho a Maura, con esa risilla pícara de quien ha cometido una de sus últimas travesuras en la vida. No hubo manera de convencerla. Daba gracias a Dios por haber librado a su madre del suplicio que significa pasar años agónicos entre hospitales insalubres y médicos carniceros. Es más, estaba segura de que su madre había muerto de prisa, con el aliento intacto y la mirada entretenida en el cielo del techo. Esa idea le dio el sosiego necesario para realizar los trámites funerarios con el entendimiento lúcido y los ánimos bien dispuestos, a fin de afrontar las alimañas burocráticas que siempre se hacen presentes en los funerales de barrio.

Maura hizo hasta lo imposible para que los funerales de su madre fueran recordados como el último adiós a una dama de alta dignidad. Se gastó hasta el último peso duro de sus ahorros bancarios en la compra de un ataúd de roble biselado con sus herrajes circulares de plata y un

enorme Cristo del Sagrado Corazón repujado en la tapa frontal. Maura se encargó personalmente de mandar imprimir en varios periódicos locales una esquela fúnebre, donde su madre era comparada con el rumor de una lluvia que discretamente ha sabido bañar al mundo con su frescor. Ella tenía previsto un funeral discreto, de pésames aislados, ofrecidos en calma por unas cuantas ancianas apaciguadas por el sedante de los rosarios. Pero las cosas no fueron así. Para sorpresa suya, en un abrir y cerrar de ojos la casa se llenó de gentes que Maura nunca había visto, a pesar de que entre ellos se saludaban efusivamente, como si ya se conocieran de toda la vida. Había médicos, abogados, dos mujeres empresarias de altos vuelos, un piloto de aeronaves comerciales con su hermosa azafata del brazo. También había pequeños grupos de mujeres con sus niños en brazos, trabajadores electricistas con sus herramientas terciadas en la cintura, muchachos adolescentes ataviados con sus ropas gelatinosas, patinetas bajo el brazo y unos torzales enormes enroscados en los cuellos. Uno de ellos sonreía ostensiblemente mostrando sus dientes de plata y el enorme tatuaje que lo identificaba como líder de una banda legendaria de narcotraficantes y delincuentes. El cerdo andaba asustado porque alguien le había dibujado en el lomo la figura de una mujer desnuda. Pronto el funeral se vio transformado en reunión de viejos conocidos. Los adultos conversaban alegremente sacando sin ocultar las cervezas, mientras que las señoras trataban de meter en cintura a las creaturas que andaban felices de la vida jugando a las escondidas con Óscar y el cerdo. Al caer la tarde llegó una furgoneta reluciente con nueve monjas de la caridad. Traían dos coronas de flores enormes que fueron a colocar junto al cajón de la difunta. Una de ellas no paraba de llorar y abrazó a Maura con tanta fuerza que a punto estuvo de provocarle una fractura en las costillas. —Señora, su madre era una santa.

Fue así como se enteró Maura del secreto mejor guardado que su madre nunca le compartió. Desde hacía veinticinco años había sostenido en secreto una casa para huérfanos. Después de aquel apretón de luchadora, la madre superiora se encargó de darle a conocer los detalles. Le contó cómo fue que muchos años atrás, siendo aún muy joven, la anciana difunta recibió en herencia directa de su padre, un rancho enorme con sus tierras de labranza y varias parcelas de ganado bien montadas. También le heredó una vieja casona mantenida en pie desde los tiempos de Porfirio Díaz. Uno de los hermanos, abusivo y pendenciero, trató de recluirla en un convento, no tanto por sus convicciones religiosas, sino porque de ese modo podía arrebatar a la hermana todos sus derechos de propiedad. Ella desistió del convento, hizo su vida y se casó como Dios manda. Las malas lenguas dicen que se escapó con un amante

—Pero eso no es verdad. Yo lo sé, créame. Lo cierto es que antes de dejarnos habló conmigo haciéndome ver su firme decisión para que el rancho fuera convertido en un lugar de caridad. Además, dispuso de todo lo necesario para que el monto total de las rentas de la casona, se destinara íntegramente a la manutención del orfanato. Fue así como nació la casa hogar más grande y fecunda, posible de encontrar por estas tierras. Ahora toda esta gente que ve usted aquí, es sólo una partecita, entre cientos de huérfanos que han salvado sus vidas gracias a la buena voluntad de su madre.

Una vez pasada la tormenta de visitas, misas y rituales funerarios, toda la casa volvió a plagarse de silencios. A Maura no le importó contemplar los destrozos en las plantas, ni la silueta de una mujer desnuda pintada sobre el lomo del cerdo. Se recostó en la misma mecedora de mimbre donde había muerto su madre y ahí dejó escapar un río de lágrimas, demoliéndose a causa de un laberinto de incertidumbres que trataba de resolver con todas las fuerzas de su alma. Al margen quedaban esos años de recuerdos imborrables. Era la primera vez que se angustiaba por no saber quién fue su madre. Sólo ahora se le hacía evidente que, durante toda su vida, los enigmas de su procedencia estaban ligados a otros misterios por los que ella nunca preguntó y que ahora irremediablemente habrían de permanecer varados para siempre en las orillas de la noche.

❧ ❧ ❧

El viernes de esa misma semana Maura le entregó a Modesto un citatorio urgente. Se le notificaba que desde hacía dos semanas le habían levantado el castigo. Al parecer lo habían estado buscando en casa de su madre, pero nunca hubo respuesta. Como sea, debía presentarse a más tardar el lunes siguiente a primera hora. De lo contrario corría el riesgo de ver mermada su quincena de pagos. —Abusivos. Sólo eso faltaba —dijo Modesto en voz alta. Por si fuera poco, no era difícil advertir el tono de sorna oculto en la frase final «Esperamos verlo pronto por aquí». Maura lo vio tirar el oficio al bote de la basura. Le pareció reconocer al hombre de antes: falso, rapaz, miembro activo de un país marchito por sus corruptelas.

Aquella noticia del regreso al trabajo lo agarró por el cuello y lo zarandeó, a grado tal, que en un solo día ya parecía sobreviviente de un naufragio. Dejó de comer, dejó de hacer los deberes domésticos. Tampoco tuvo ánimos de vestir decorosamente a Óscar y llevarlo al parque en bicicleta. Todo le parecía una pérdida de tiempo. Pasó la mañana del sábado acostado sobre la barriga del cerdo en el traspatio de la casa. Ambos estaban echados bajo las ropas tendidas. No era demasiado, pero trataban de disfrutar el paisaje de toallas, pantalones, braguitas y brasieres. De vez en cuando Óscar les arrojaba chispas de agua desde el lavadero. Modesto cerraba los ojos y pensaba que sus sueños no eran más que una artimaña para vivir. —Vivimos en régimen de penuria —dijo en voz alta. Pero Óscar no le hacía mucho caso porque estaba sumamente entretenido tratando de amarrar un globo a la cola del cerdo. Así pasó casi todo el día, despatarrado, masticando chicle, moviéndose de vez en cuando, de un lado a otro sobre la barriga del cerdo, como si él mismo fuera un animal inválido. Maura se vio obligada a hacer ella misma los quehaceres necesarios de la casa. Andaba de un lado a otro, limpiando, recogiendo, sacando natas de polvo, aún sin poder esquivar los recuerdos ambiguos de su madre, pues a cada rato creía verla sentada en su silla de mimbre con una taza de arroz con leche en la mano.

A pesar de todo no se enfadó con Modesto. Si acaso necesitaba descolgar una toalla del tendedero, simplemente esquivaba los pies extendidos del hombre echado y punto, como si se tratara de un lagarto inofensivo. Incluso, ya por la tarde, Maura tuvo el detalle de llevarle un plato de espinazo con acelgas y un vaso con agua roja de Jamaica. Modesto dejó el plato a la mitad y le dio generosamente el agua al cerdo. —Anda puerco, bebe. De seguro nunca en tu vida habías tomado agua de Jamaica. Mira, te vas a poner chapeteado y de paso te vas a purgar los riñones. —Pero ya en los albores de la noche se le calmó la depresión a piquetazos. Nada más persuasivo para sacarse la pereza de golpe que una nube de mosquitos carniceros. Algunos bajaban de los árboles, otros subían de las alcantarillas, otros brotaban de cacharros viejos y llantas aventadas en lotes baldíos. Esas pupas eran las más peligrosas porque recién salidas del agua estancada, todos sus tejidos larvales estaban ávidos de sangre. Antes de meterse a la cama se metió al baño, abrió la regadera, tomó el estropajo y se talló con furia. Necesitaba castigarse, hacer del dolor un pequeño triunfo. Sólo así podía dirimir un poco esa rabia de volver al mundo cotidiano. Sin embargo, también sabía que su vida ya no era la misma. Ahí estaba Maura. Ahí estaba Óscar. Ellos eran la expresión viva de una rara experiencia que merecía ser asumida con el propósito de un sueño esclarecedor.

Modesto regresó al trabajo con la sonrisa ligeramente torcida. Nuevos sarcasmos brotaban desde su complicidad silenciosa. A ratos exhibía modales cordiales y refinados hasta la exasperación. La gente murmuraba «cambió de religión» «le habrán hecho budú» «pobre idiota, estará enamorado». No obstante, nadie sabía lo que había detrás de esa aparente dulzura paternal. En cosa de días aprendió a disimular entre las sombras, siempre al margen, como hace el zorro guardián cuando los filamentos de su olfato se activan al detectar el paso de una presa. A ratos ejecutaba sus labores de limpieza con tal precisión y pulcritud, que algunos lectores lo felicitaban con toda naturalidad. Sin embargo, otras veces, cuando le llegaban flamazos de rencor y desamparo, levantaba la vista para observar impúdicamente a sus presas. Los envolvía con sus clásicos ataques disfrazados de movimientos mal calculados, pequeñísimos errores en maniobras de limpieza, falsos extravíos, miradas inquisitivas, un codazo a discreción, la radio encendida en una estación de cumbias. —¿Óigame. Por qué hace todo eso? —le reclamó airado un historiador, ya entrado en años —Modesto le sostuvo la mirada. —No me hable en ese tono. Vivimos en un país convulso, incapaz de tranquilidad. Yo nada más soy congruente. —En otra ocasión empezó a silbar repetidamente la primera estrofa de La Quinta. Una mujer inmensa, de carnes mórbidas amenazó con ponerle otro reporte. Al parecer estaba enterada de la última suspensión que le había impuesto la directora del archivo. Previendo un desastre mayor, Modesto se acercó a la mujer y en tono lastimero, le dijo —Vamos señorita. No hay necesidad de alarmar a nadie. Me callo y punto. Nuestro honor debe quedar intacto. Además debe usted saber que soy un trabajador sindicalizado, lo cual, en este país, significa inmunidad a toda prueba ¿cómo ve? —Después de esos arrebatos entraba en periodos de languidez. Se volvía espeso, taciturno, movedizo como un murciélago desinflado. Ni una sola palabra salía de su boca. Poco le importaba la altanería y los insultos de algunos investigadores asiduos. Optaba por aceptar sus culpas mediante simples movimientos afirmativos de cabeza dejando que el orgullo se escurriera por el caño.

Una mañana de cielos nublados la vio entrar a la sala de lectura. Modesto estaba limpiando una mesa con detergente aromático. Se detuvo en seco. Maura llevaba lentes oscuros y traía el pelo suelto. Modesto no entendía por qué traía tacones altos a esas horas. Pasó junto a él sin mirarlo siquiera. Ni un pestañeo, un gesto lacónico, nada. Se fue directamente al mostrador de documentos. Modesto siguió limpiando pero sin perder de vista los movimientos de Maura. Para sorpresa suya, Maura eligió la mesa que él estaba limpiando. Antes de poner la charola de aluminio con el folio de hojas sobre la superficie de la mesa, esperó a que Modesto eliminara los

restos de humedad. Hizo un gesto de impaciencia. Modesto trató de acomodarle la silla pero ella lo impidió mediante un movimiento rápido. Después, hizo el intento de ver la ficha técnica del documento pero ella se inclinó sobre los papeles como si tratara de protegerlos de una presencia amenazadora. Entonces desistió, no sin cierta rabia contenida y se alejó de ahí con el firme propósito de fastidiar impunemente a los lectores, valiéndose de toda clase de artimañas. Podía ser un coletazo de trapeador mal calculado, un leve pisotón a discreción, un empujón aparentemente inofensivo, una gota de agua derramada sobre una carpeta, una serie de miradas excesivas que se colaban hasta las rendijas más sagradas de la intimidad académica. Para colmo, no permitía el menor reclamo. Si acaso alguien intentaba interpelar su conducta, inmediatamente contraía el rosto, hacía un gesto de burla y pasaba a otra mesa sin el menor remordimiento. Aquello se prolongó más de lo que él mismo hubiera deseado. Varios lectores, de plano fastidiados optaron por abandonar la sala de lectura. Una jovencita incluso le hizo una señal obscena, pero Modesto ni siquiera se inmutó. Aquella retahíla de pequeños desmanes continuó durante toda la mañana, hasta que por fin, Maura le insinuó una leve sonrisa de complicidad. Hasta entonces Modesto se aplacó.

Maura regresó el legajo de hojas al mostrador pero dejó sobre la mesa una pequeña nota. Desde el otro lado de la sala Modesto se percató del detalle. De inmediato se escurrió como una anguila entre las mesas, tomó la nota, la escondió en un bolsillo y bajó de prisa al cuarto de almacén. Ahí jaló la cadenita de un foco cenital y leyó: «Lee con atención la foja tres del folio 5, ya sabes cual, maldito». Inmediatamente regresó a la sala de lectura. Luis le entregó sin mayores contratiempos el mismo folio que Maura acababa de entregar.

Higiene y salubridad en la Nueva Galicia 1756-1790. Folio 5. La curiosidad por irse directamente a la foja tres lo quemaba, sin embargo debió ser paciente y empezar la lectura desde la primera página, pues sabía que de no hacerlo corría el riesgo de perder el hilo de la secuencia y fácilmente podía errar en las interpretaciones. Esta vez el médico Castrejón daba inicio a sus disertaciones advirtiendo a la población vulgar sobre los graves peligros implicados en las nuevas modas cosméticas recién desembarcadas de Paris. Incluso se hacía eco de las recomendaciones vertidas por el gran higienista Fouchellez, quien acusaba a las mujeres de pervertirse con el uso de coloretes y pomadas. Esos artilugios, advertía Castrejón, además de ser artificios del demonio causan graves daños a la piel femenina debido a que están elaborados con sustancias emulsivas como el aceite blanco de ballena, mantequilla, manteca de cacao y pasta de almendras. «Todas

ellas tapan los poros y hacen que los cuerpos se inflen como botargas de cerdo y retengan en las entrañas toda clase de porquerías». Enseguida venía un pequeño ejemplario de desgracias relacionadas con el frenesí del maquillaje. Contaba el caso de una mujer que murió convulsionada a orillas del Sena, después de haber intentado quitarse un emplasto de maquillaje. «Como suelen durar las mujeres de nuestros tiempos entre dos o tres meses sin baño, los emplastos de maquillaje se endurecen y en algunos casos encarnan, de manera tal que al levantarlos de la piel, inmediatamente los poros absorben aires mefíticos que se combinan con las excrecencias interiores y es entonces cuando todo el organismo colapsa». Modesto pensó si no debería él mismo lanzar una misiva pública a los diarios locales advirtiendo a las mujeres de la ciudad sobre los peligros del maquillaje. Siguió leyendo. En otra de sus diatribas, Castrejón afirmaba que el maquillaje impedía la sensibilidad y precisión del tacto. «Por ese motivo las mujeres maquilladas son más ríspidas y toscas. A este paso llegará un día en que no haya matrimonios perdurables a causa del maquillaje». Modesto detuvo la lectura. Nunca había pensado en eso, pero en efecto, haciendo un recuento de imágenes pasadas, le pareció que las mujeres maquilladas que había tratado a lo largo de su vida eran indudablemente más odiosas que las mujeres libres de maquillaje. Incluso, dedujo que esa debía ser una razón importantísima por la cual Maura se mostraba mucho más hosca por las mañanas. «Siempre después de haberse maquillado, vaya».

Más adelante, aún dirigiéndose a las mujeres, Castrejón hacía hincapié en los modales de higiene fresca. Maneras para evitar el despilfarro alimentario. Recomendaciones puntuales sobre cómo evitar el contacto con lo pútrido mediante procedimientos incisivos con las exigencias del pudor, como por ejemplo los ordenamientos en el calendario de los flujos menstruales, la regulación sistemática del vaciado de bacinicas y orinales en aguas no estancadas. Pero sobre todo, como ya había hecho con el maquillaje, Castrejón advertía respecto a las nocivas consecuencias del aseo continuo sobre el organismo entero. Parafraseando a Delacoux recordaba que las cortesanas eran infecundas precisamente debido a sus excesos de aseo íntimo. Muchas mujeres, decía Castrejón son privadas del milagro materno debido a esos cuidados indiscretos de higiene mal habida. Y lo más grave de todo era, según Castrejón, que el baño se había convertido en el principal enemigo de la belleza femenina. «Las mujeres que suelen frecuentarlo excesivamente, ya sea en tinas con agua tibia o en los márgenes de los ríos, suelen ser por lo general mucho más descoloridas, ya que la piel extravía sus tintes naturales. Por si fuera poco

suelen volverse gordas y los pechos se les van hasta los ombligos como ubres de vaca debido al empastamiento de los tejidos. Estas mujeres terminan por volverse abúlicas y perezosas, ya que el baño las reblandece por dentro y por fuera sin remedio. Por último, les recomendaba que por ningún motivo cayeran en la tentación de sumergirse después de comidas abundantes, en estado de ebriedad y mientras dura todo el flujo menstrual. «Pueden morir ahí mismo de un solo estertor». «Si después de estas advertencias» sentenciaba Castrejón, «alguien decide por su propia voluntad, emprender un baño de cuerpo entero, por lo menos debe ser sensato evitando mojarse la cabeza. De ese modo se podrá evitar el colapso del cerebro».

Castrejón, igual que muchos médicos de su época sólo confiaba en los baños ordenados bajo prescripción médica. A lo sumo, una o dos veces al mes, no más, o bien cuando el hedor se volviera de plano incómodo al resto de los presentes en una reunión. Ante el entresijo de secarse los órganos genitales, simplemente ordenaba. «Hombres y mujeres por igual deben cerrar los ojos. Se debe secar con una manta larga y tenderse sobre una banca antes de que sobrevenga un segundo estremecimiento». Modesto estaba fascinado ante tales descubrimientos. Siguió leyendo. Uno de los aspectos que más preocupaban a Castrejón era la perturbación provocada por el espejeo de las aguas en el baño. «La desnudez de las damas se hace todavía más evidente y distorsionada». Sospechaba además, que las prácticas de baño en tina se recrudecían precisamente durante la pubertad, cuando las jóvenes sienten más necesidad de dar rienda suelta a la higiene corporal. «Hay algo de ocioso e impúdico» señalaba Castrejón «en ese gusto de permanecer largo tiempo metida en una bañera de aguas estancadas». Para Castrejón no era casual que los baños en tinas de agua caliente se hicieran más frecuentes entre muchachas púberes, cuando según sus cálculos «el demonio de los deseos se desata». Por tanto, su conclusión era tajante. «Esas jovencitas no buscan asear sus cuerpos, les interesa obtener las caricias sensuales del agua». Por extensión, todo el ritual de preparación le parecía sospechoso y proclive a desatar pensamientos licenciosos. «¿Qué pensar del tiempo dedicado a calentar el agua, transportarla en tinajas, llenar la tina y sumergirse en ese líquido infectado ya con amalgamas de sensualidad vaporosa?» Por todo ello, Castrejón sólo confiaba en los baños parciales: medios baños, pediluvios, maniluvios, baños de asiento, baños parecidos más bien a abluciones que a verdaderas prácticas de higiene.

Así llegó Modesto a la foja número tres. Hasta ese momento Castrejón sólo había hablado de prácticas higiénicas personales. Sin embargo, poco a poco sus prédicas se iban deslizando

hacia otros ámbitos. Las encomiendas de aseo para el cuerpo se desplegaban hacia los hogares, escuelas, templos, talleres, curtidurías, cantinas, salones de baile y cualquier otro lugar de proliferación. Proclamaba una nueva fisiología del aseo y la excreción, ahí donde un buen número de utopías del placer se habían asentado. Por primera vez, Castrejón describía en detalle las amenazas que traen consigo los excrementos. Pero, a diferencia de otros higienistas, no enfocaba su atención exclusivamente en el problema de los atascamientos. Ahora introducía una nueva noción. Se refería al esparcimiento de sustancias volátiles provenientes de excrementos no necesariamente humanos. Ratas, cucarachas, mosquitos, mariposas y toda clase de insectos voladores podían desatar una catástrofe pavorosa de infecciones, nada más con la fuerza morbífica de sus cagarrutas. Ahí se detuvo Modesto. Alguien, a lo lejos lo vio llevarse las manos a la cabeza. Entonces, como si todo se hubiera confabulado para que llegara a ese punto de la foja número tres, Modesto leyó con suma atención el párrafo donde Castrejón aseveraba que el peligro más grande se encontraba sin duda en lugares donde había grandes concentraciones de papeles antiguos. «Ahí, en esos lugares, sin que nadie se dé cuenta, se van acumulando delgadísimas capas de lodo negruzco y mortífero que no es otra cosa sino hez acumulada». En especial hablaba de los pececillos de plata o piojos del libro. «Esa mezcla estancada puede volatizarse al menor sacudimiento de papeles. Aún el trasiego mínimo puede resultar extremadamente peligroso y más aún, cuando hay estancamientos de siglos. En esos casos, hay tales cantidades de materia fecal pulverizada que, si una persona comete el error de acercar la nariz a un palmo de distancia puede caer fulminada con estertores de muerte. En ocasiones, no hay deceso fulminante pero los infectados empiezan a mostrar síntomas de envenenamiento. Por las noches sobrevienen sudores fríos con fiebres atroces y quebrantamiento de huesos. La respiración se hace dificultosa y en algunos casos la boca se congestiona de esputos arenosos hasta arrojar sangre por la boca, nariz y orejas. Hemos visto casos de cadáveres tan negros e hinchados que no hay manera de autopsiarlos».

Ahí cerró el legajo. No aguantó más. Estaba espantado. Se apartó de aquellos documentos como si dieran toques eléctricos. Apenas, con las puntas de los dedos volvió a anudar el cordón del legajo y lo entregó a Luis. Inmediatamente lo inquirió sobre las ausencias de un par de empleados. Luis no respondió a la primera, pues estaba terminando de recibir otros documentos a un caballero que no dejaba de mirar desconfiadamente la exaltación de Modesto.

—Están enfermos

—¿Pero de qué? Vamos, dame detalles

—¡Pues yo que sé! Uno de ellos dijo que le dolía el estómago y se fue a su casa. El otro se sentía mareado y también pidió permiso para no venir en dos días

—¿Crees que tengan fiebre?

—Fiebre no sé, pero calentura sí, jaja.

Modesto se dirigió a la oficina de la directora. No fue difícil encontrar un ejemplar del directorio general de empleados. Buscó de prisa. No había tiempo que perder. Uno de ellos se llamaba Antonio. Lo conocía bastante bien. Era un clasificador destacado. De esos que nunca hacen ruido, pero que son capaces de encontrar una aguja en un pajar. Ahí estaba. Tomó el auricular y llamó al número indicado. Estaba muy alterado. Sentía que estaba a punto de hacer un descubrimiento importantísimo. Al otro lado del teléfono se oyó la voz de una mujer. Modesto se identificó mediante circunloquios excesivos. Trató de ser amable pero los nervios lo traicionaban. Por fin se decidió a lanzar la pregunta que más le importaba.

—¿Podría decirme si Antonio ha tenido fiebre?.

—Bueno, anoche le subió algo la temperatura, pero hoy amaneció un poco mejor. Creemos que se trata de una infección gastrointestinal. ¿Es usted algún médico de la agencia de seguros? Le aseguro que mi marido no está engañando a nadie

—No señora, no se preocupe. Sólo soy un compañero de trabajo. Espero que Antonio se reponga pronto y que tenga usted un excelente día. —Colgó.

Por un momento estuvo tentado a buscar el teléfono del otro empleado enfermo. Sin embargo no lo hizo. Volvió a colocar el directorio en su lugar. «Para qué perder más tiempo. Con esa evidencia me basta. Ya sé lo que está ocurriendo en este lugar.

Antes de llevar a cabo sus planes se dirigió a la mesa donde estaba la libreta de firmas. Escribió: *"Señores. He tomado una decisión importantísima. Ustedes no lo saben pero nuestra salud está en gravísimo riesgo. Debo actuar con firmeza y determinación. Ahora no es momento de dar mayores explicaciones. Todo a su momento. Sólo les pido que no sean reaccionarios. No me juzguen sin conocimiento de causa."*

Bajó a la bodega de prisa. Volvió a jalar la cadenita del foco cenital. Al fondo había un estantero con una enorme calavera fosforescente. Ahí estaban guardados los plaguicidas fumigantes. Algunos de ellos, a juzgar por el color y el tamaño de las calaveras debían ser de alta toxicidad. Esos eran los que le interesaban a Modesto. «Si voy a eliminar las mierdas venenosas

de las que habla Castrejón, no será con cualquier cochinada». Era indudable que nadie había metido mano por ahí en mucho tiempo. Modesto sabía que en realidad ese pequeño arsenal de pesticidas ya no tenía vida útil, pues desde hacía varios años, las fumigaciones corrían a cargo de empresas especializadas. Pero no sería ese un buen momento para indagar las razones por las cuales aquellos venenos aún seguían ahí. Lo cierto es que había telarañas cruzadas y una humedad insoportable. Con una escoba hizo a un lado las telarañas. No había mucha luz en ese rincón. Fue necesario encender una lámpara de mano. Con la punta de los dedos fue recorriendo lentamente las hileras de los pequeños cilindros, algunos de ellos incluso ya venían equipados con su propio mecanismo aspersor. Seleccionó aquellos que le parecieron más eficaces.

Pronto se vistió como si fuera a emprender una misión de guerra. Primero el overol de nylon rojo-fosforescente con rayas amarillas, después las botas de plástico impermeable, unas gafas de vinil transparente, dos pares de guantes plastificados, un par de cubre bocas de tela azul y por último una chamarra impermeable. Lanzó un sonido hueco por las ventanas de la nariz en un intento por despejarla del humor sofocante. Le hubiera gustado dedicar todo el tiempo del mundo a su ritual de atavío, como hacía antes de meterse a limpiar retretes, pero no había tiempo que perder. Estaba seguro de que una acción como aquella requería precisión, voluntad y sobre todo una valentía a toda prueba. Pensó en sus colegas de trabajo, en la anciana afanadora. Incluso experimentó una cierta conmiseración fugaz hacia la directora. «Estoy a punto de emprender un acto heroico, y todo para salvarlos a ustedes, miserables. Ah, si el pobre Castrejón hubiera tenido cerca estos artilugios modernos, otra cosa hubiera sido del mundo. Sin duda no viviríamos entre tanta porquería».

Escondió los cilindros en el carrito de limpieza y subió de nuevo a la sala de lectura. No fue difícil escabullirse por el pasillo trasero hasta el área de archivo. Los documentos más antiguos estaban ubicados en el tercer piso. Pensó que lo mejor sería empezar por ahí, ya que sin duda, el foco de infección debía estar más arraigado en ese lugar. Tuvo que esperar varios minutos hasta estar seguro de que el elevador no iba a ser accionado por miradas impertinentes. Así lo hizo. Una vez en el tercer piso, sacó un cilindro y caminó hasta el rincón más solitario de los estantes. Empezó a rociar de un modo simétrico, siempre en línea recta y manteniendo el brazo lo más alto posible. Suponía que de ese modo habrían de propagarse con mayor virulencia los efectos desinfectantes.

No tardó en recorrer tres estantes cuando empezó a sentir un sabor pastoso en la garganta. Los ojos ardían pero no lo suficiente como para claudicar. Bajó al siguiente piso entre toses perrunas. Ahí no tuvo tiempo de ocultarse. Sacó un cilindro nuevo y empezó a rociar a mansalva. Dos archivistas inmediatamente abandonaron el lugar tapándose la boca. Modesto alcanzó a distinguir las blancuras de un rostro despavorido. Cuando vació todo el cilindro empezó a tener dificultades para respirar. «Uno más, uno más...» Bajó otro piso, pero ahí había por lo menos ocho personas ocupadas en tareas de clasificación. Como ya se hacía insoportable la sensación de ahogo y empezaba a tener serias dificultades para encuadrar la vista, Modesto no tuvo más remedio que aplicar el rociador con todas sus fuerzas y en todas direcciones. Inmediatamente se desató la gritería. Todos los presentes dejaron caer al piso cualquier objeto que trajeran en las manos e inmediatamente emprendieron la huída entre empujones y llantos de histeria. En cosa de segundos se hizo un reguero de papeles del siglo XIX. Había de todo: censos, actas notariales, defunciones, testamentos. Modesto quería decirles algo a todas esas gentes que trataban de salir sin dejar de toser. Quería decirles que no debían atropellarse, que no había motivos para escapar de esa manera. Sin embargo, no podía hacerlo porque la lengua se le había entumecido de un modo insoportable, la respiración se le estaba llenando de navajazos calientes y la visión se le había empañado, a tal grado que, no lograba distinguir nada, a más de un metro de distancia. En el frenesí por salir, alguien lo empujó con tal fuerza que se golpeó la cabeza contra la esquina metálica de un estante. Cayó al piso. Intentó arrastrarse como un cocodrilo viejo. Apretó los puños con toda la tirantez nerviosa de su alma, pero era inútil porque los músculos estaban engarrotados más allá de su propia voluntad. No pudo más. Una sensación de vació terminó por sumergirlo en un túnel de parajes húmedos hasta que poco a poco lo fue invadiendo una sensación de reposo apacible, como si las horas del universo largas y cortas se hubieran convertido en envolturas intangibles de la nada. Los labios entreabiertos dejaban fluir una rebaba espumosa color verde.

A los cuatro días, después de haber pasado por terapia intensiva, Modesto recobró el conocimiento. La boquilla del tanque de oxígeno le había provocado un ligero entumecimiento en los músculos faciales. Trató de moverse pero fue inútil. Todo el cuerpo estaba traumatizado, como si lo hubieran atropellado a media calle. A ratos tenía la sensación de estar flotando en el aire sin ningún punto de apoyo. Los pies se le iban estirando como si fueran de chicle. Daban vueltas en los barrotes de la cama y después regresaban a su lugar. Modesto sentía miedo de

perderlos, aunque al mismo tiempo le parecía muy extraño verse las puntas de sus pies completamente quietas como objetos inverosímiles, carentes de tiempo y espacio. «¿Esos pies son míos o alguien los ha olvidado?» se preguntaba Modesto con toda naturalidad, mientras una punzada de comezón se le iba clavando en la rodilla izquierda. Por más que trató no lograba conectar el impulso dirigido hacia los dedos con la voluntad de hacerlos moverse. Simplemente no podía rascarse. Los dedos de las manos estaban rígidos, entumecidos, atascados en esa trabazón de torpeza inexplicable. Podía verlos con el rabillo del ojo, pero también sintió que eran extremidades ajenas a su cuerpo. —Demonios —alcanzó a decir —Ahora sí estoy en la miseria.

Faltaba poco para el medio día cuando alcanzó a distinguir un rumor de voces conocidas. Diálogos rápidos, entrecruzados —Hijo...hijo...soy yo...Venimos a verte. —No podía responder. Aún sentía hormigueos en la lengua. Como pudo trató de hacer un gesto de alegría. Aquellos rostros empezaban a cobrar sentido, aunque todavía parecían máscaras abultadas desde el fondo de una cabina. —Aquí estamos Enoé y yo...Te vas a poner mejor...ya verás...La señora Maura ha sido muy buena contigo... Ahora vamos a vivir aquí…todos juntos. Ya tenemos todo arreglado. —Llegó un momento en el que la vista lubricada por una película de lágrimas le permitió reconocer el mundo a su alrededor. En efecto, ahí estaba Inés Carrasco, su madre. Ahí estaba Enoé. Ahí estaba Maura. Cada uno trataba de expresarle algo, desde sus afectos elementales, pero Modesto no era capaz de retener la onda expansiva de aquellas palabras, pues un zumbido caliente le quemaba desde el fondo de los tímpanos. A la mitad del cuarto giraba el ventilador. El cerdo estaba echado a los pies de la cama. Óscar, sin sacarse el chupón de la boca jugaba con las orejas del cerdo. Sobre el buró había un racimo de frasquitos con barbitúricos, pastillas contra la acidez, leche de magnesia, bandas adhesivas, algodones, una taza tibia con infusiones de árnica y eucalipto, jarabe para la tos. Modesto hizo un gran esfuerzo para levantar el cuello. Logró desprenderse la boquilla del respirador. A su alrededor se hizo un silencio sepulcral

—Dónde…dónde…dónde… está Óscar

Aquellas palabras eran como pepitas extraídas desde el fondo de una caverna. Maura trató de tranquilizarlo.

—Aquí está jugando con el puerco, a un lado de la cama.

—Quiero…verlo...

Maura tomó a Óscar y lo sentó en la cama junto a la cabecera. Entonces se incorporó, a pesar de la fermentación brumosa que le provocaban sus propios dolores. Lentamente, como si

arrastrara bloques de piedra empezó a mover los brazos. Nunca en su vida había hecho un esfuerzo semejante. Todos los músculos del cuerpo le ardían. El cuello se le empapó de sudor. Jadeaba como un animal escondido en la manigua de la selva. Ni siquiera el sabor amargo de la bilis en la boca lo hizo desistir. Cuando logró abrazar a Óscar lloró de emoción y de vergüenza porque tuvo la certeza de que ahí estaba todo lo que había buscado a lo largo de su vida. Ya no había más visiones atroces, ni contactos con bestias de fuego. En vez de eso imaginó los márgenes de un arroyo crepuscular. Él y Óscar navegaban solitarios sobre una barcaza de bambú. Nada les preocupaba, nada les provocaba fatigas, deseos, inquietudes. Óscar y él se dejaban llevar suavemente por el vaivén de la brisa fresca y el murmullo de las hojas altas en los árboles. —No somos nada —le dijo Modesto a Óscar. —pero tú y yo tenemos en nuestras manos todos los sueños del mundo. —Óscar sonrió, mientras la última rémora de piel reseca se desprendía de su cuerpo. Ahora estaba completo. Ya nunca más volvería a descamarse, porque una extraña felicidad se abría paso entre los laberintos más miserables y mezquinos de la tierra.